ATREUS ROSEWOOD



# DUST AND Desire

Vaqueros de Artemisa: Libro cinco

# DUST AND DESIRE

Sagebrush Cowboys #5

Atreus Rosewood

**UwU Publishing**



Copyright © 2025 UwU Publishing

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design by: UwU Publishing
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

# CAPÍTULO UNO: DUSTIN

Salvar el rancho Baker fue lo más egoísta que había hecho en mi vida. Pero para el resto de Sagebrush, fue un acto de generosidad, uno de esos raros momentos en los que un chico de ciudad de Nueva York mostró que tenía corazón e hizo lo correcto. Para todos ellos, yo era un héroe, su caballero de brillante armadura. Si tan solo supieran la verdad.

En realidad, invertí en el rancho Baker para salvarme a mí mismo, no a ellos. Recién divorciado y lidiando con mi recién descubierta sexualidad, estuve a unos cuantos días de lanzarme por la ventana de mi oficina en el piso veintiuno. Bueno, quizás eso fue un poco dramático, pero así de desesperada se sentía la situación en los días previos a conocer a Logan y Dakota por primera vez.

Pero desde el momento en que bajé de la camioneta en las vastas llanuras de Sagebrush, Texas, supe que estaba en casa. O al menos que no quería irme. Nunca. Había algo en ese pequeño pueblo que me atrajo, algo que simplemente se sentía… *bien*. No podía explicarlo, pero sabía que no podía irme. Así que no lo hice.

En lugar de eso, renuncié a mi trabajo corporativo, vacié al menos la mitad de mis cuentas de inversión, pagué la deuda del rancho Baker, me mudé a Texas, en medio de la nada, y me construí una casa diminuta en el lindero trasero de la propiedad de los Baker. Eso hizo muy felices a los Baker, y estuvieron más que dispuestos a dejarme vivir allí permanentemente. De hecho, Logan y Dakota me visitaban con bastante frecuencia. Y había al menos dos noches a la semana en que oía a uno de ellos llegar con un par de caballos y me

arrastraban de vuelta a la casa principal para cenar. Eran como mi familia. La única familia que me quedaba…

Mi teléfono sonó con estridencia, sacándome de mis pensamientos. Lo tomé y reconocí el nombre en la pantalla. Era Alicia. Sentí la misma punzada de melancolía agridulce que sentía cada vez que llamaba. Uno pensaría que después de un par de años ya lo habría superado.

—Hola, Ali —dije, tratando de inyectar algo de calidez en mi voz al contestar.

—No me vengas con tu «Hola, Ali», Dustin Corvus —llegó su habitual descaro a través del altavoz—. Llevo tres días seguidos llamándote y me manda al buzón de voz. ¿Qué está pasando por allá en medio de la nada?

Hice una mueca al darme cuenta de que había estado evitando sus llamadas. No intencionadamente, pero el calor sofocante me tenía encerrado en mi casita con el aire acondicionado a tope, y había estado dejando que todo se fuera al buzón de voz. —Lo siento, ha estado brutal por aquí. Y la señal es… mala.

—Ajá. —Su tono me dijo que no me creía—. No te me estarás volviendo un ermitaño otra vez, ¿o sí? Porque voy a manejar hasta allá y te voy a sacar a rastras de esa caja de zapatos a la que llamas casa.

A pesar de todo, sonreí. Alicia me conocía demasiado bien. —Estoy bien, de verdad. Solo intento sobrevivir a este verano de Texas.

—Pues sobrevívelo en algún lugar con aire acondicionado y otros seres humanos. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con alguien cara a cara?

Abrí la boca para responder y entonces me di cuenta de que no podía recordarlo. Logan y Dakota habían estado ocupados con el ganado y yo había estado evitando la casa principal. El aislamiento comenzaba a afectarme, pero no estaba listo para admitírselo a ella.

—Eso me imaginaba —dijo ante mi silencio—. Sal de esa casa, Dustin. Ve a buscar gente.

—Gracias, Ali —suspire, y luego cambié rápidamente de tema—. ¿Cómo van las cosas por Nueva York?

—Nueva York es Nueva York —dijo con un suspiro dramático—. El mismo caos, un día diferente. Me dieron el ascenso, así que ahora dirijo oficialmente todo el departamento.

—Eso es increíble —dije, genuinamente feliz por ella—. Te lo merecías.

—Lo sé —respondió, y casi podía verla echarse las trenzas por encima del hombro—. Aparte de eso, todo sigue igual. Movidito. Agitado. Ruidoso. —Su voz se suavizó un poco—. Nada que ver con tu pequeño y tranquilo paraíso.

Podía imaginármela perfectamente, sentada en su elegante apartamento en un rascacielos de Manhattan, probablemente vistiendo algo fabuloso mientras sorbía un café carísimo. La imagen me hizo sonreír a mi pesar.

—Paraíso quizás sea exagerar un poco ahora mismo. Hacen como cuarenta grados a la sombra.

—Pobrecito —arrulló burlonamente—. Recuérdame otra vez por qué elegiste vivir en una lata de sardinas bajo el calor de Texas.

Eché un vistazo a mi casita. Con treinta y siete metros cuadrados, era acogedora en el mejor de los casos, claustrofóbica en el peor. Pero era mía. —Libertad —respondí simplemente.

—Mmm. —Su murmullo fue evasivo. Podía notar que quería decir más, presionarme como siempre lo hacía, pero algo la detuvo—. Bueno, supongo que si eso es lo que necesitas, es lo que necesitas.

—Sí… —suspire, dejándome caer de espaldas en mi cama—. Simplemente… me aleja de mi antigua vida, ¿sabes?

—¿Te refieres a lejos de mí?

Me quedé helado al oír ese tono frío y familiar en su voz. —No quise decir eso, Ali. Lo sabes.

—Entiendo —dijo ella, su frialdad reemplazada por la calidez de una sonrisa—. Divorciarte de mí no fue suficiente. Tenías que escaparte al lejano oeste para empezar tu nueva vida gay.

Ahí estaba. Ese filo que siempre se colaba en nuestras conversaciones, agudo y cortante a pesar de sus intentos por mantener las cosas ligeras. Me senté, pasándome la mano por el pelo.

—Ali, eso no es…

—Estoy bromeando, Dustin. En su mayor parte. —Su risa sonó hueca—. Mira, tengo que irme. Tengo una reunión en diez minutos.

—Alicia, espera…

—Sal de esa casa hoy, ¿está bien? Prométemelo.

La línea se cortó antes de que pudiera responder. Me quedé mirando el teléfono un buen rato, con ese nudo familiar de culpa y arrepentimiento instalándose en mi pecho. Dos años, y todavía no sabía cómo hablarle. Todavía no sabía cómo cerrar la brecha entre lo que solíamos ser y lo que sea que fuéramos ahora.

Lancé el teléfono sobre la pequeña encimera y miré alrededor de mi diminuto santuario. Las paredes parecían encogerse con el calor de la tarde, a pesar de que el aire acondicionado trabajaba a toda máquina. Quizá tenía razón. Quizá me estaba convirtiendo en un ermitaño.

Tomé una botella de agua y mi sombrero, y salí al calor opresivo de Texas. El sol me golpeó como un puñetazo, e inmediatamente me arrepentí de haber dejado el capullo climatizado de mi casa. Pero había hecho una promesa, aunque ella no la hubiera escuchado.

Empecé a caminar hacia la casa principal, manteniéndome en cualquier sombra que pude encontrar junto a la línea de la cerca. La ondulante pradera se extendía sin fin en todas direcciones, con

ondas de calor que titilaban sobre la hierba verde. Mientras caminaba, podía oír los lejanos sonidos de la actividad en la arena de entrenamiento para rodeo. Se oía el rítmico golpeteo de los cascos y la voz de Caroline, que cortaba el aire con instrucciones tajantes para sus alumnos.

Y entonces la oí. Esa risa profunda y familiar que me revolvía el estómago cada maldita vez.

Colt, el jodido Dawson.

Cambié de dirección, yendo hacia la arena a pesar de que cada parte racional de mi cerebro me gritaba que me diera la vuelta. Me dije a mí mismo que solo estaba siendo un buen vecino, revisando las actividades del rancho. Pero sabía la verdad. Me sentía atraído por él como una polilla a la llama, y tenía la misma probabilidad de quemarme.

Colt Dawson era mi sueño húmedo de adolescente hecho realidad. Pelirrojo, pecoso, musculoso, salvaje y una estrella de rodeo. Sin mencionar que era un coqueto insaciable. Cada vez que lo veía, mi mente se quedaba en blanco y mis jeans se apretaban. Ese hombre me ponía como ningún otro. Lo deseaba tanto que casi podía saborearlo.

Pero ya tenía dueño. Eli Daniels se me había adelantado. No es que yo hubiera tenido alguna oportunidad para empezar. Eli y Colt eran mejores amigos en la preparatoria, por lo que tenía entendido. Eso debería haber jugado a mi favor, pero al más puro estilo de enemigos a amantes, se golpearon y se enamoraron. Y yo estaba tan jodidamente celoso de ellos que podía saborearlo.

Así eran todos en Sagebrush. Al menos, todos los que eran como yo. Por lo que había oído, tres años atrás nadie hubiera sabido que había un hombre gay en cien millas a la redonda de Sagebrush. Ahora había al menos nueve. Vaya explosión arcoíris. Yo era el número nueve, por supuesto, y el que sobraba, porque los otros ocho ya estaban emparejados. Y aunque me gustaba pensar que alguien podría aparecer, sabía que las probabilidades de eso eran

probablemente menores a cero. La fiebre del oro gay ya había pasado, y yo me la perdí.

Me acerqué a la arena, mis pasos se hicieron más lentos a medida que me aproximaba. La valla de madera estaba descolorida por el sol y curtida, perfecta para apoyarse mientras fingía que no estaba allí específicamente para comerme con los ojos a cierto vaquero pelirrojo.

A través de los listones, pude ver a Caroline Baker caminando de un lado a otro por el borde de la arena, su trenza oscura balanceándose mientras le hacía gestos enfáticos a una joven jinete que luchaba por mantener la postura correcta. Su voz se oía claramente en todo el espacio.

—¡Por el amor de Dios, Jessie, te vas a romper la muñeca si sigues sujetando las riendas así! ¡Afloja el cuerpo!

Y entonces lo vi. Colt estaba en el centro de la arena, sin camisa… Por supuesto que estaba sin camisa, ¿cuándo no lo estaba? Con el sudor brillando en sus hombros pecosos y sus músculos flexionándose, tuve que cambiar de postura para hacerle espacio a mi verga que se engrosaba. Le estaba demostrando algo a otro estudiante, sus movimientos fluidos y seguros mientras gesticulaba con manos fuertes y capaces. El tipo de manos que probablemente podrían romper a un hombre por la mitad o mantenerlo de una pieza cuando se estuviera desmoronando. Unas que probablemente se sentirían increíbles alrededor de mi…

Tragué saliva con dificultad y traté de parecer casual mientras me acercaba a la valla, saludando con la cabeza a un par de peones del rancho que pasaron con un amigable «Buenas tardes». Se tocaron el ala del sombrero en mi dirección, todavía mirándome con una mezcla de curiosidad y respeto que me incomodaba. El abogado de ciudad que salvó sus trabajos. El divorciado gay que vivía en una casita y no se metía con nadie. Una curiosidad, por decir lo menos.

—¡Vaya, miren quién ha salido de su cueva! —la voz de Caroline me hizo sobresaltar. Me había visto y ya marchaba hacia mí, levantando

polvo alrededor de sus botas—. Dustin Corvus, saliendo de su hibernación. Debe de ser una ocasión especial.

Logré sonreír. —Solo pensé en tomar un poco de aire.

—¿Con este calor? O eres valiente o estúpido. —Sonrió, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Aunque supongo que esa caja de zapatos tuya debe de ser un horno ahora mismo.

—El aire acondicionado está trabajando a toda máquina —admití.

Los agudos ojos de Caroline me estudiaron por un momento, y me sentí transparente bajo su mirada. Echó un vistazo por encima del hombro hacia donde Colt ahora se reía con su estudiante, y luego me miró de nuevo con una sonrisa de complicidad.

—¿Sabes? —dijo, bajando la voz—. Siempre le pregunta a Logan para asegurarse de que estés bien.

Mi corazón dio un vuelco vergonzoso en mi pecho. —¿Quién?

Ella puso los ojos en blanco. —No te hagas el tonto, Corvus. No te queda bien.

Antes de que pudiera responder, uno de sus estudiantes la llamó de vuelta a la arena.

—¿Quizás deberías salir con los muchachos alguna vez en lugar de encerrarte en esa choza? Tal vez haría las cosas un poco menos miserables, ¿eh?

—No estoy...

Pero no pude terminar. Simplemente me guiñó un ojo y se alejó con aire despreocupado, dejándome con una extraña punzada de esperanza que de inmediato intenté sofocar. Colt estaba con Eli. Todo el mundo lo sabía. Caroline solo estaba siendo amable e intentaba convencerme de tener una vida. Igual que Ali.

Me apoyé en la cerca, diciéndome que solo me quedaría unos minutos antes de regresar. El sol pegaba sin piedad y sentía cómo el sudor comenzaba a perlarme la frente a pesar de la sombra de mi

sombrero. Pero no podía obligarme a irme. No cuando Colt estaba justo ahí, todo piel dorada y confianza natural, moviéndose como si hubiera nacido en la silla de montar.

Debió de sentir mi mirada, porque de repente esos ojos verdes encontraron los míos a través de la arena. Por una fracción de segundo, nuestras miradas se conectaron y sentí esa familiar descarga eléctrica recorrer todo mi cuerpo. Luego, esbozó esa sonrisa devastadora, la que probablemente lo había sacado de apuros toda su vida, y levantó la mano para saludar.

—¡Epa, chico de ciudad! —gritó, su voz cargada con ese toque de desafío juguetón que siempre me aceleraba el pulso—. ¿Finalmente escapaste de tu prisión con aire acondicionado?

El calor me inundó las mejillas y no tuvo nada que ver con el sol de Texas. —Algo así —le devolví el grito, esperando que mi voz sonara más firme de lo que me sentía.

Colt le dijo algo a su alumno y luego comenzó a caminar hacia la cerca donde yo estaba. Con cada paso que se acercaba, se me secaba más la boca, lo cual parecía imposible con esta humedad. Para cuando llegó hasta mí, apoyando los antebrazos en el barandal superior a solo unos metros de distancia, yo luchaba contra el impulso de huir de vuelta a mi pequeña casa y esconderme.

—Elegiste un día de mierda para aventurarte a salir —dijo, echándose el pelo hacia atrás con una mano. El gesto hizo que se le flexionara el bíceps y tuve que apartar la mirada antes de hacer algo vergonzoso como quedármele viendo—. Debemos estar rozando los ciento diez aquí afuera.

—Caroline mencionó algo sobre que yo era valiente o estúpido.

—Bueno, ¿cuál de las dos es? —Sus ojos se arrugaron en las comisuras y había algo en su expresión que no pude descifrar. Diversión, tal vez. O curiosidad.

—Todavía está por verse —logré decir, sorprendido de poder hilar palabras teniéndolo tan cerca. Dios, hasta podía olerlo... un aroma a

sudor y cuero que me mareaba.

—Sabes —dijo Colt, su voz bajando de tono, volviéndose más íntima —, Eli ha estado preguntando por ti.

Se me revolvió el estómago. Claro. Eli. Su novio. El que conseguía todo lo que yo quería sin siquiera intentarlo. —¿Ah, sí?

—Mmm —la mirada de Colt estaba fija en la mía—. Dice que has estado evitando a todo el mundo. A Logan y a Dakota también. Están preocupados.

La culpa me golpeó como un puñetazo. Había estado tan absorto en mi propia miseria, en mi patético anhelo, que había descuidado a las personas que de verdad se preocupaban por mí. Las personas que se habían convertido en mi familia elegida.

—No he estado evitando a nadie —dije, pero sonó débil hasta para mis propios oídos.

Colt enarcó una ceja. —¿Cuándo fue la última vez que subiste a la casa principal a cenar?

Abrí la boca y luego la volví a cerrar. Ahí me atrapó.

—Eso pensé —pero su tono no era de juicio, solo de preocupación. Hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Lo siento... Es que yo... —me detuve, sin saber qué excusa elegir.

—¿Sabes qué? —dijo Colt tras un momento de silencio—. ¿Por qué no vienes al pueblo con nosotros mañana por la noche? Todos los muchachos se van a reunir en Dolly's. Nos encantaría que vinieras — se acercó un poco más y bajó la voz—. Vamos a emborracharnos y a cantar karaoke. Puede que en algún momento nos quitemos las camisas.

Casi me ahogo con mi propia saliva. La imagen de Colt sin camisa y borracho, cantando en un karaoke, fue suficiente para cortocircuitar lo que quedaba de mi cerebro racional. —Yo, eh... —me aclaré la garganta, intentando recuperar un mínimo de compostura—. Eso suena...

—¿Divertido? —completó Colt, con esa sonrisa pícara extendiéndose aún más por su rostro—. ¿Peligroso? ¿Exactamente lo que un ermitaño necesita para volver al mundo?

—Todo lo anterior —admití, odiando lo entrecortada que sonaba mi respiración.

—Bien —se apartó de la cerca y de inmediato extrañé su proximidad —. A las siete. No me hagas venir a sacarte yo mismo de esa pocilga.

La amenaza me provocó una emoción completamente inapropiada. La idea de que Colt Dawson apareciera en mi puerta, todo determinación y fanfarronería, y tal vez entrara a la fuerza en mi pequeño espacio donde estaríamos a centímetros de distancia...

—Ahí estaré —dije rápidamente, antes de que mi imaginación pudiera desbocarse aún más.

—Así se habla, chico —me guiñó un ojo. De verdad, el maldito me guiñó un ojo. Y sentí que me flaqueaban las rodillas—. Tengo que terminar la clase y amansar a un nuevo peón toda la tarde. Te veo mañana en el restaurante.

Se dio la vuelta con una sonrisa y un saludo, regresando con sus alumnos. Yo me quedé ahí, apoyado en la cerca con la verga tensa contra mis vaqueros y el sudor corriéndome por el cuello por razones que no tenían nada que ver con el calor. Dios, me sentía patético deseando a la estrella de rodeo que sabía que nunca podría tener.

Con un profundo suspiro, me aparté de la cerca y me dirigí de vuelta por la propiedad hacia mi aire acondicionado. Ya era más que suficiente de estar afuera por hoy.

# CAPÍTULO DOS: ALEX

Sagebrush, Texas. Mi nuevo hogar. Por ahora.

A decir verdad, no se veía muy diferente de cualquier otro pueblo pequeño mientras mi vieja camioneta azul avanzaba a los tumbos por las carreteras pavimentadas que necesitaban desesperadamente un reasfaltado.

La suspensión de la camioneta crujía con cada bache y yo hacía una mueca de dolor mientras mi caja de herramientas traqueteaba en la parte de atrás. Debería haberla asegurado mejor, pero había estado demasiado ansioso por ponerme en camino esta mañana. Demasiado ansioso por dejar atrás el desastre que había hecho en Oklahoma.

Colinas onduladas se extendían a ambos lados de la calle principal, cubiertas de ese tono particular de verde que solo llegaba con las lluvias de principios de verano. La hierba se movía como el agua con la brisa y me encontré reduciendo la velocidad a pesar de mi prisa por llegar al Rancho Baker antes del atardecer. Había algo en este lugar que hacía que un hombre quisiera respirar más profundo, sentarse un poco más erguido en su asiento. Y estaba muy lejos de mis problemas.

El centro de Sagebrush consistía en quizá unas seis cuadras de fachadas desgastadas y un único semáforo que parpadeaba en amarillo en todas las direcciones. Unas cuantas camionetas pickup estaban estacionadas en ángulo frente a lo que parecía ser un restaurante, y alcancé a ver un poste de barbero de estilo antiguo

girando perezosamente bajo el calor de la tarde. Era el tipo de lugar donde todos se conocían, y los extraños desentonaban a la legua.

Perfecto. Justo lo que necesitaba después del desastre que había dejado atrás.

Me detuve a un lado para revisar la dirección que Logan Baker me había dado por teléfono, entrecerrando los ojos ante la pantalla de mi celular por el resplandor. Tres barras de señal, lo cual era mejor de lo que esperaba para estar en medio de la nada. Se suponía que el rancho estaba a unas diez millas del pueblo y, según mi GPS, ya casi llegaba.

El camino para salir de Sagebrush era aún más accidentado que la calle principal, flanqueado por postes de cercas y portones para ganado que habían visto mejores tiempos. Pero al coronar una pequeña colina, el paisaje se abrió en algo que me hizo olvidar por completo los amortiguadores quejumbrosos de la camioneta.

El Rancho Baker se extendía ante mí como una postal. Pastizales ondulantes salpicados de ganado, un conjunto de edificios que incluía lo que debía ser la casa principal, una extensa estructura de dos pisos con un porche envolvente, y varios graneros y dependencias. A lo lejos, pude ver a unos jinetes trabajando con el ganado en un gran corral, sus figuras pequeñas contra la inmensidad del cielo de Texas. Y luego estaba la arena de rodeo, escondida en la parte trasera detrás de los altos robles.

Era hermoso. También era completamente ajeno a todo lo que había conocido.

Seguí el camino de grava hacia la casa principal y mi camioneta anunció mi llegada con una nube de polvo que probablemente violaba varias normativas medioambientales. Para cuando me detuve cerca del porche, dos hombres habían salido de la casa y caminaban hacia mí.

Ambos parecían tener más o menos la misma edad. Pero el alto de pelo oscuro tenía que ser Logan. Se movía con la confianza natural

de un hombre que se siente cómodo en su propia piel. Al otro, sin embargo, lo reconocí al instante.

Era Colt Dawson, la famosa estrella de rodeo, cuya homosexualidad había sido revelada de forma espectacular el otoño anterior. Era fuerte, corpulento, pelirrojo, y tenía una sonrisa que te dejaría de una pieza si no tenías cuidado. Sabía que tenía pareja, pero eso no me impidió sonreír como un tonto mientras se acercaba.

Salí de mi camioneta y mis botas crujieron sobre la grava mientras estiraba la espalda después del largo viaje. El calor de la tarde me golpeó como una pared, haciéndome arrepentir al instante de mi elección de una camisa de manga larga.

—Usted debe ser Alex Reyes —dijo Logan, extendiendo la mano mientras se acercaba. Su apretón era firme, calloso por años de trabajo en el rancho—. Qué bueno ver que llegó antes del anochecer.

—Apenas —admití, mirando el sol que colgaba bajo en el cielo del oeste—. Empecé tarde esta mañana.

—Bueno, ya está aquí —dijo Logan con una sonrisa afable—. Este es Colt. Ayuda con el programa de entrenamiento de rodeo que dirige mi hermana.

Colt se adelantó y de cerca era aún más impresionante que en las fotos de las revistas que había visto. Sus ojos verdes se arrugaban en las comisuras cuando sonreía y un ligero velo de pecas le cruzaba el puente de la nariz.

—Bienvenido a Sagebrush —dijo, estrechándome la mano. Su palma estaba cálida y áspera contra la mía y me di cuenta de que la sostuve un instante de más antes de soltarla—. ¿Logan dice que vas a ayudar con las reparaciones por aquí?

Asentí, de repente consciente del polvo del camino en mi ropa y de la barba de tres días en mi mandíbula. —Ese es el plan. Carpintería, electricidad, plomería, caballos, ganado… lo que sea que necesite arreglo o arreo.

—Y por lo que me dice Caroline, eso es prácticamente todo —dijo Logan con una carcajada—. Venga, le mostraré dónde se quedará.

Agarré mi maleta del asiento del copiloto y los seguí por la propiedad. El camino nos llevó más allá del borde de la arena, donde una mujer con una larga trenza oscura se estaba desmontando de un cuarto de milla alazán.

—Esa es Caroline —explicó Logan, siguiendo mi mirada—. Mi hermana. La conocerá en la cena esta noche.

La cabaña en la que me iba a quedar resultó no ser una cabaña en absoluto. En su lugar, era un pequeño apartamento, y completamente nuevo por lo que parecía. Era sencillo pero limpio: una sala principal con una cocineta, un dormitorio separado y un baño que parecía maravillosamente moderno. Las ventanas daban al oeste, capturando la luz dorada del sol poniente.

—No es mucho —dijo Logan—, pero es privado. La mayoría de nuestros peones viajan desde el pueblo, así que tendrá el lugar para usted solo.

—Es perfecto —dije, y lo decía en serio. Después de semanas de dormir en sofás de amigos o en mi camioneta, esto parecía un resort de lujo—. Más de lo que esperaba.

Colt se apoyó en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. La postura le estiraba la camiseta sobre los hombros, y me obligué a desviar la mirada.

—El baño tiene buena presión de agua —dijo con una sonrisa—. Es lo primero que reviso en cualquier lugar nuevo. Yo vivía aquí antes.

—Un hombre con sus prioridades claras —rio Logan, dándole una palmada en el hombro a Colt—. La cena es a las siete en la casa principal. Cocina Caroline, así que considérese advertido.

—¿Tan mala es? —pregunté, enarcando una ceja.

—Mi hermana es buena para muchas cosas —dijo Logan con un suspiro—, pero las tareas domésticas no son una de ellas.

—Qué suerte para ese novio nuevo que tiene —bromeó Colt, dándole un codazo a Logan—. Ojalá le gusten los panqueques tan duros como para clavar un clavo. El último duró un par de meses, pero tiró la toalla después de esa bandeja de brownies de concreto que hizo para Navidad.

Logan negó con la cabeza, pero pude ver el cariño en su expresión. —Ha estado practicando. Más o menos.

—Seguro que estará bien —dije, aunque en privado hice una nota mental de masticar despacio. No quería perder un diente ni nada por el estilo. Pero había sobrevivido a cosas peores que la mala cocina, y no iba a quejarme de una comida casera después de tres semanas de comer porquerías de gasolinera.

—Hablando de Caroline —dijo Logan, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta—, debería ir a ayudarla a terminar con la alimentación de la tarde y hablar con ella de los libros de contabilidad. Me ha estado evitando desde hace dos días. —Sonrió—. Odia los números. ¿Le muestras el lugar, Colt? ¿Lo ayudas a instalarse?

—Sin problema, jefe —sonrió Colt, inclinando su sombrero—. Cuenta con ello.

—Deja de llamarme así.

—No puedo —replicó Colt—. Tengo que mostrarle mis respetos al señor del rancho.

Logan, poniendo los ojos en blanco, salió por la puerta, mostrándole el dedo del medio a Colt al pasar. No pude evitar reírme para mis adentros.

—Ese hombre me aguanta muchas cosas —dijo Colt, sacudiendo la cabeza con una sonrisa mientras Logan desaparecía de la vista—. Suerte que tiene sentido del humor.

Dejé mi maleta de lona en el pequeño sofá e intenté no quedarme mirando demasiado tiempo la forma en que los jeans de Colt se le ajustaban a los muslos. —¿Hace mucho que se conocen?

—Solo desde el año pasado —Colt se apartó del marco de la puerta y se acercó a la cocineta—. Conocía a Caroline de la universidad, pero no conocí a Logan hasta que construyeron esta arena. Son buena gente. De hecho, este apartamento era mío cuando llegué.

Seguí su mirada por el apartamento. Alguien se había esmerado en hacerlo acogedor; un pequeño jarrón con flores silvestres descansaba sobre la encimera, y los muebles, aunque sencillos, parecían cómodos. Mucho mejor que cualquier lugar en el que me había quedado en los últimos años.

—Y bien —dijo Colt, clavando esos ojos verdes en mí—. ¿Cuál es tu historia, Alex? Logan dijo que has andado por todos lados.

La pregunta me revolvió el estómago. ¿Cuánto contar? ¿Cuánto ocultar?

—No hay mucho que contar —me encogí de hombros, intentando sonar casual—. He trabajado en ranchos desde los dieciséis. Nunca encontré una razón para sentar cabeza en ningún sitio.

—Como una planta rodadora —observó Colt, estudiándome con una mirada que parecía ver más de lo que yo quería mostrar—. ¿Alguna razón en particular por la que aterrizaste en Sagebrush?

Me entretuve abriendo la cremallera de mi maleta. —Oí que era un buen lugar. Pueblo chico, gente buena. —Hice una pausa—. Lo suficientemente lejos de Oklahoma.

—Ah —asintió Colt, sin presionar para obtener más detalles—. ¿Huyendo de algo? ¿O de *alguien*?

Levanté la cabeza de golpe y me encontré con su mirada. No había juicio en ella, solo comprensión.

—¿Y quién no? —repliqué.

Se rio, un sonido cálido que llenó el pequeño espacio. —Buen punto. Todos tenemos nuestros fantasmas. —Señaló hacia la ventana—. Vamos, te mostraré el resto del lugar antes de la cena. Vas a querer saber dónde está todo cuando empieces mañana.

Afuera, la luz del atardecer lo pintaba todo de dorado. Colt me guio por los terrenos, señalando los establos, los cobertizos de equipos y los pastizales. Su conocimiento del rancho era impresionante, y me di cuenta de que me estaba relajando mientras caminábamos, la tensión del camino se disipaba lentamente de mis hombros.

—Y esa es la arena donde Caroline hace su magia —dijo Colt, señalando el gran ruedo de rodeo—. Fue idea suya construir el centro de entrenamiento, para empezar. Sin ella, nada de esto sería posible.

—Tú ayudas con eso, ¿verdad? Logan mencionó que eres parte del programa.

El rostro de Colt se iluminó. —Sí, enseño monta de toros y doma de potros salvajes. Bueno, yo montaba profesionalmente hasta que… —Se interrumpió, su mano moviéndose inconscientemente hacia su costado—. Digamos que los toros ganaron unas cuantas rondas de más.

Había oído hablar de esos accidentes en el circuito de rodeo. Todo el mundo lo había hecho. De cómo lo habían lanzado y pisoteado, terminando en el hospital más de una vez. Supuestamente, los médicos le habían dicho que un accidente grave más podría matarlo, pero al verlo ahora, fuerte y lleno de vida bajo la luz dorada del atardecer, era difícil imaginar que algo pudiera derribar a Colt Dawson.

—Debe ser duro —dije con cuidado—, dejar algo que amas.

—Sí, bueno. —Se encogió de hombros, pero noté la tensión en sus ojos—. Enseñar no está tan mal. Puedo ver crecer a la nueva generación, ayudarlos a evitar algunos de los errores que yo cometí. —Me miró de reojo—. ¿Y tú? ¿Alguna vez has montado?

—Caballos, claro. ¿Toros? —Negué con la cabeza—. No soy tan estúpido como para montarme en algo que pesa casi mil kilos y quiere matarme.

Colt soltó una carcajada, otra vez con ese sonido profundo. —Hombre listo. Aunque no hay nada como ese subidón de ocho segundos. Pura adrenalina.

Habíamos dejado de caminar y estábamos parados cerca de la cerca de la arena mientras el sol continuaba su descenso. El aire del atardecer estaba cargado del olor a heno y cuero, a caballos y polvo. Olía a hogar de una forma que me oprimía el pecho.

—Entonces, ¿qué onda con el novio? —me encontré preguntando antes de poder contener las palabras.

Colt enarcó las cejas. —¿Novio?

Sentí que la cara me ardía. Mierda. ¿Había interpretado mal la situación? —Es que… pensé… ¿no estás con alguien? ¿Un tal Eli?

—Eli Daniels —dijo Colt lentamente, con una extraña expresión en su rostro—. ¿Dónde oíste eso?

—No sé, es que… los rumores corren en el circuito, ¿sabes? Sobre quién anda con quién. —Ahora estaba balbuceando, desesperado por retractarme—. Lo siento, no quise ser indiscreto.

—No, está bien… —Colt se pasó una mano por el pelo rojizo, pareciendo repentinamente incómodo—. Eli y yo… estamos… —Soltó un largo suspiro—. Estamos juntos. Necesito acostumbrarme a decirlo. —Me examinó de pies a cabeza—. ¿Tú también eres gay?

Le dediqué la sonrisa más amigable que pude ofrecer. —Claro que sí. —Miré hacia el pastizal, observando cómo el cielo se llenaba de dorados y rojos mientras el sol se ponía—. He sido gay desde que tengo memoria. No tienes nada de qué preocuparte conmigo.

La tensión en sus hombros se relajó en un instante. —Lo siento —dijo, negando con la cabeza—. Pasé tanto tiempo manteniéndolo en secreto que todavía tengo esas reacciones instintivas, ¿sabes?

—Te entiendo —asentí—. Aunque lamento oír que tienes pareja. —Colt enarcó una ceja en mi dirección, pero lo ignoré. Sabía lo que

había dicho—. ¿Hay alguien más en este pueblo como nosotros? ¿O solo son tú y Eli?

—De hecho —sonrió, dándome un codazo—, somos un montón. Eli y yo, Logan y Dakota, Beau y Lucas y, más recientemente, Rowan y Brooks.

—Así que solo parejas —suspire—. Pero muchos más de los que esperaba.

—Sí, este lugar se ha vuelto una especie de imán para gais. —Hizo una pausa—. Y de hecho, el tipo que salvó este rancho, el inversionista, está soltero. Se llama Dustin. —Colt miró hacia el extremo norte del rancho—. Es de lo más guapo que hay, pero no creo haber conocido a nadie tan… no sé… *solitario*.

Solitario. Sabía lo que se sentía.

—¿Sabes qué? Deberías venir al restaurante mañana por la noche. Todos vamos a cantar en el karaoke. Es como una tradición nuestra.

—¿Un montón de gais cantando temas de musicales? —me reí—. Qué original.

—También cantamos canciones country —replicó Colt con una risita.

—Apuesto a que canto mejor que tú —sonreí, sintiendo cómo afloraba mi lado competitivo—. Si no puedo salir con el hombre más guapo del pueblo, al menos podría patearle el trasero, ¿no?

Colt enderezó los hombros y me examinó de pies a cabeza antes de cruzarse de brazos sobre su musculoso pecho. —Soy el más guapo *y* el que mejor canta.

Imité su postura, sin echarme atrás a pesar de que era mucho más pequeño que él. —Supongo que tendremos que ver eso.

—¿Estás buscando un rival, Reyes?

—Parece que ya encontré uno, *Dawson*.

Me lanzó una mirada perspicaz que se transformó en una sonrisa. —De acuerdo —dijo, extendiendo la mano—. Acepto el reto.

Le tomé la mano y se la estreché con fuerza. —Ya lo creo.

# CAPÍTULO TRES: DUSTIN

Estaba parado afuera de Dolly's Diner, moviéndome de un lado a otro con nerviosismo. No era la primera vez que me invitaban a un karaoke, y ni siquiera la primera vez que asistía, pero eso no evitaba que los nervios me traicionaran. Cantar no era lo difícil, y no es que yo lo hiciera nunca. Era el simple hecho de socializar… y darme cuenta de que era el único allí que estaba solo. Me hacía sentir terriblemente fuera de lugar.

Me obligué a respirar profundo. Otra vez estaba siendo patético y compadeciéndome de mí mismo. ¿Y de qué tenía que sentirme mal? Tenía dinero, mi propia casa y toda la paz que pudiera desear. Tampoco estaba ya atado a un matrimonio. Pero aun así no podía evitar sentirme como un extraño, como un perro callejero que los demás toleraban por pura lástima.

Empujé la puerta de cristal de Dolly's y la campanilla de siempre anunció mi llegada. El restaurante era exactamente lo que uno esperaría de un pequeño pueblo de Texas. Tenía reservados de vinilo rojo, pisos de linóleo a cuadros y el persistente olor a café y a fritura lo impregnaba todo. Pero esa noche se sentía diferente, vivo con las risas y el murmullo de las conversaciones que provenían del rincón del fondo, donde alguien había instalado una máquina de karaoke.

—¡Vaya, miren quién decidió aparecer! —la voz de Colt retumbó por todo el restaurante y sentí que todos los pares de ojos del lugar se volvían hacia mí. El calor me subió por el cuello cuando lo vi haciéndome señas para que me acercara a un gran reservado donde

los sospechosos de siempre estaban apretujados como sardinas en lata.

Logan y Dakota estaban sentados muy juntos a un lado, con el brazo de Dakota sobre los hombros de Logan con naturalidad. Frente a ellos, Eli se había adueñado del rincón, dejando el espacio justo para que Colt se metiera a su lado. Las otras parejas estaban esparcidas en las mesas cercanas, creando una pequeña constelación de vaqueros gay que habría sido impensable en la mayoría de los pueblos pequeños.

Y luego estaba yo. Parado como un idiota con las manos metidas en los bolsillos.

—¡Dustin! —gritó Dakota, señalando una silla vacía que habían acercado a la mesa—. Te guardamos un lugar.

Avancé hacia allá, muy consciente de cómo la silla me separaba del acogedor reservado. Como un niño en la mesa de los adultos durante la cena de Acción de Gracias.

—Pensé que te ibas a acobardar —dijo Colt con esa sonrisa tan suya, pero sus ojos denotaban una calidez genuina—. Me alegra que hayas venido.

—Sí, bueno —me encogí de hombros, acomodándome en la silla—. Tenía que ver si de verdad podías entonar una melodía o si todo era puro cuento.

El grupo se rio y parte de la tensión en mis hombros se disipó. Quizá no sería tan malo después de todo.

—¿Qué te sirvo, cariño? —la mesera apareció a mi lado. Era la misma Dolly, una mujer de unos cuarenta y tantos años con el pelo rubio y cardado, uñas rojas y una sonrisa que podría encantar al mismísimo diablo.

—Solo una cerveza —dije—. La que tengan de barril.

—Que sean dos —dijo una voz detrás de mí—. Yo invito.

Me giré y vi a un hombre que no reconocí sentándose en la silla a mi lado. Era más joven que yo, quizá de veintitantos, con pelo oscuro y ese tipo de confianza desenfadada que hacía que la gente se sintiera atraída hacia él. Pero lo que me llamó la atención fueron sus ojos, de un cálido color miel y totalmente fijos en mí con una intensidad que me revolvió el estómago.

—Alex Reyes —dijo, extendiendo la mano—. Soy el nuevo peón en el rancho de los Baker.

—Dustin Corvus —respondí, estrechándole la mano. Su agarre era firme, calloso, y lo mantuvo un instante más de lo necesario, con una sonrisa silenciosa en sus ojos.

—El famoso inversionista —dijo Alex, sin soltarme la mano—. He oído hablar mucho de ti.

—Nada bueno, espero —me las arreglé para decir, intentando hacer una broma. Me sentí recurriendo a mis viejos hábitos corporativos. La charla trivial era una habilidad que había aprendido, no un don natural—. ¿Qué te parece el lugar?

—Me gusta bastante hasta ahora —dijo Alex, soltando finalmente mi mano pero sin romper el contacto visual—. Aunque todavía me estoy familiarizando con todas las… atracciones locales.

La forma en que lo dijo, con esa ligera pausa y el atisbo de una sonrisa jugando en sus labios, hizo que un calor se acumulara en mi vientre. ¿Estaba coqueteando conmigo? Había pasado tanto tiempo desde que alguien me miraba así que no estaba seguro de poder fiarme de mi propio juicio.

—Bueno, elegiste una buena noche para eso —intervino Logan, aparentemente ajeno a la tensión que crepitaba entre Alex y yo—. Colt ha estado presumiendo toda la semana de que va a dejar a todos en ridículo en la máquina de karaoke.

_—_¿Ah, sí? —Alex dirigió esa cálida mirada hacia Colt, pero lo pillé mirándome de reojo—. Puede que tenga algo de competencia esta noche.

Colt se enderezó en su asiento, y esa vena competitiva que había presenciado en el ruedo se encendió. —¿Cantas, novato?

—Un poco —dijo Alex con una falsa modestia que no engañó a absolutamente nadie en la mesa.

Dolly regresó con nuestras cervezas y las dejó sobre la mesa con una eficiencia experta. Le di un largo trago a la mía, agradecido de tener algo que hacer con las manos. El líquido frío ayudó a calmar mis nervios, pero no hizo nada para evitar que le echara miradas furtivas a Alex.

Tenía una belleza ruda, completamente distinta al llamativo atractivo de estrella de rodeo de Colt. Mientras que Colt era todo sonrisas radiantes y encanto evidente, Alex tenía algo más tranquilo, más misterioso. El tipo de hombre que probablemente tenía historias que no contaba y secretos que guardaba con recelo. O a lo mejor era que había estado leyendo demasiadas novelas románticas a solas en mi casita. Seguramente esa era la respuesta más lógica.

—¿Y bien, cuál es tu historia, Dustin? —preguntó Alex, dirigiendo toda su atención de nuevo hacia mí—. ¿Logan mencionó que eres de Nueva York?

—Abogado corporativo —dije, y al instante deseé haber dicho algo más interesante—. O lo era, al menos. Lo dejé todo para mudarme aquí.

—Vaya cambio —observó Alex, inclinándose más cerca. Su rodilla rozó la mía por debajo de la mesa, y no estaba seguro de si había sido a propósito o por lo apretados que estábamos sentados—. ¿Qué te hizo decidir cambiar los rascacielos por el ganado?

La respuesta sincera era demasiado complicada, demasiado cruda para compartirla con un desconocido en un restaurante abarrotado. El divorcio, la revelación sobre mi sexualidad, el aplastante autodesprecio que casi me había llevado a hacer una estupidez. En lugar de eso, recurrí a la versión pulcra que le había estado dando a la gente desde que me mudé a Sagebrush.

—Necesitaba un cambio de aires —dije, encogiéndome de hombros —. A veces uno simplemente sabe que es hora de empezar de nuevo.

Alex asintió lentamente, como si entendiera más de lo que yo decía. —Lo entiendo. A veces correr hacia algo nuevo es la única manera de dejar de huir de lo que dejas atrás.

Había algo en su voz, un deje de experiencia personal que me hizo mirarlo más de cerca. ¿De qué huía?

—Muy bien, Reyes —dijo Colt, dando una palmada en la mesa que nos sobresaltó a ambos—. A ver de qué eres capaz.

—Acepto el reto —respondió Alex sin dudarlo.

Era mucho más desenvuelto que yo. Tardé un momento en salir de mi ensimismamiento, en volver al restaurante y al presente. A veces era tan fácil quedarse atrapado en el pasado sin darse cuenta. Sin embargo, la espléndida vista que se me ofreció mientras Alex y Colt caminaban hacia la máquina de karaoke era suficiente para hacer que cualquier hombre volviera en sí.

—Cielos —suspiró Eli—. Nunca me canso de ver a ese hombre alejarse. —Me miró con una sonrisa pícara y cómplice—. Nada mal, ¿eh?

—Yo… eh… —tartamudeé.

Y por suerte no tuve que terminar la frase porque la música empezó a sonar, y tanto Alex como Colt tomaron sus micrófonos para dar comienzo a la noche.

El riff de guitarra inicial de *«Save a Horse (Ride a Cowboy)»* retumbó por los altavoces del restaurante, y casi me atraganto con la cerveza. Por supuesto que elegirían esa canción. La ironía no se me escapó, ni a nadie más en la mesa, a juzgar por los gritos y vítores que estallaron.

Alex tomó el micrófono primero y se lanzó a la estrofa inicial con una confianza sorprendente. Su voz era rica y suave, con la suficiente

aspereza en los bordes para hacerla interesante. Pero cuando Colt se unió en el estribillo, sus voces se mezclaron de una manera que me provocó un escalofrío.

—Carajo —susurró Dakota, inclinándose sobre la mesa—. El nuevo tiene buena voz.

No podía apartar los ojos de Alex. Se movía con una gracia natural, completamente desinhibido mientras actuaba para el pequeño público. Cuando me sorprendió mirándolo, me guiñó un ojo, me guiñó un maldito ojo, y la cara me ardió tanto como para freír un huevo.

—Creo que alguien tiene un admirador —dijo Eli en voz baja, dándome un codazo.

—¿Qué? No —protesté débilmente—. Solo está siendo amable.

Eli me lanzó una mirada que decía que no se lo tragaba. —Amable es preguntar qué tal te ha ido el día. Eso —señaló con la cabeza a Alex, que ahora me estaba cantando directamente a mí—, es un hombre dejando sus intenciones meridianamente claras.

Me hundí en la silla, deseando desesperadamente poder desaparecer. No porque no estuviera interesado —Dios me perdone, estaba más solo que la una—, sino porque no tenía ni idea de qué hacer con ese interés. Hacía tanto tiempo que no navegaba por nada que se pareciera al coqueteo que sentía que me ahogaba en aguas desconocidas. La última persona con la que había salido era mi exesposa.

La canción terminó con ambos hombres adoptando poses dramáticas, y el restaurante estalló en aplausos. Chocaron los cinco, la tensión competitiva olvidada momentáneamente en su triunfo compartido, antes de regresar a nuestra mesa.

—Te toca —anunció Colt, dejándose caer en su asiento junto a Eli—. ¿Quién sigue?

—Dustin todavía no ha cantado —sugirió Alex, volviendo a sentarse en la silla a mi lado. Estaba ligeramente sin aliento por la actuación, una fina capa de sudor hacía que su piel brillara bajo las luces del restaurante—. Apuesto a que tiene una gran voz.

—Oh, yo no… —empecé, pero Dakota ya asentía con entusiasmo.

—¡Vamos, Dustin! No puedes quedarte mirando toda la noche.

—Soy más de observar —insistí, agarrando mi cerveza como si fuera un salvavidas.

—Yo voy contigo —ofreció Alex, bajando la voz para que solo yo pudiera oírlo—. Podemos hacer un dueto.

La idea de estar de pie a su lado, compartiendo un micrófono, posiblemente rozándolo en el pequeño espacio junto a la máquina de karaoke… era a la vez aterradora y estimulante.

—De verdad, no canto —logré decir, odiando el temblor en mi voz.

Alex se acercó más, su hombro rozando el mío. —Todo el mundo canta —dijo en voz baja, con su aliento cálido junto a mi oreja—. Algunos solo necesitan la… motivación adecuada.

La forma en que dijo *motivación* hizo que se me secara la boca. Tragué en seco, intentando ignorar cómo su cercanía hacía que mi corazón se acelerara. Su aroma, dulce y rústico al mismo tiempo, era embriagador.

—Creo que necesito otra cerveza antes de considerar ese tipo de humillación pública —dije, apurando lo que quedaba de la primera.

—Puedo encargarme de eso —respondió Alex con una sonrisa, haciéndole una seña a Dolly para que trajera dos más. Sus ojos no se apartaron de los míos y fui incapaz de desviar la mirada, atrapado en su fulgor como un ciervo encandilado por los faros.

Al otro lado de la mesa, Logan y Dakota se habían lanzado a una animada interpretación de «*Islands in the Stream*», sus voces se mezclaban con la naturalidad de una pareja que se conocía a la perfección. Los observé, sintiendo una punzada de envidia retorcerse

en mi pecho. Se movían el uno alrededor del otro con una gracia tan natural, anticipando los movimientos del otro, compartiendo sonrisas cómplices. Era el tipo de conexión que nunca tuve con Alicia, el tipo que empezaba a pensar que nunca tendría con nadie.

—Hacen buena pareja —observó Alex, siguiendo mi mirada.

—Sí —asentí, con la voz más suave de lo que pretendía—. Lo son.

—¿Llevan mucho tiempo juntos?

—Un par de años. Se conocieron justo cuando Logan intentaba salvar el rancho.

Alex asintió, pensativo, con la mirada aún fija en la pareja. —¿Y tú? ¿Alguien especial en Nueva York?

Solté una risa sin humor. —No. Y tampoco nadie aquí. —Mis ojos se desviaron hacia Colt por un momento antes de volver a mi regazo—. No soy lo suficientemente valiente para ese tipo de cosas.

La mano de Alex estaba en mi hombro, apretándolo suavemente. —Quizás solo necesitas que alguien dé el primer paso —sugirió. Bajó la voz a un susurro, acercándose hasta que su aliento me hizo cosquillas en el cuello—. He oído que tienes un lugarcito privado muy agradable en la parte trasera del rancho. Podría…

—Tengo que irme —dije de repente, levantándome tan rápido que casi le doy un cabezazo a Alex en la mandíbula.

—¿Qué? —exclamó Colt, volviéndose hacia mí—. ¡No puedes irte todavía! ¡Acabas de llegar!

—Yo… olvidé algo en la casa —dije, buscando desesperadamente cualquier excusa—. La estufa… está encendida. Creo que la dejé encendida. No quiero que la casa se incendie.

—Pero, Dustin…

—¡Tengo que irme! —grité, dirigiéndome a la puerta antes de que Colt o cualquiera de los otros pudiera detenerme.

Me permití una fugaz mirada hacia Alex, que tenía una expresión de sorpresa. Sin embargo, sus ojos parecían casi disculparse, como si supiera que me había ahuyentado. Pero la verdad era que no podía soportar sus coqueteos. No sabía cómo procesarlos, cómo aceptarlos, o si sentía que me los merecía. Sencillamente, era demasiado para manejarlo todo a la vez.

Y mientras salía del restaurante, me maldije mentalmente por ser tan cobarde. Hasta ese momento pensaba que mi falta de prospectos amorosos era algo fuera de mi control. Pero ahora me daba cuenta, una vez más, de que era mi culpa. No era lo suficientemente valiente ni para intentarlo.

# CAPÍTULO CUATRO: ALEX

El sol de Texas pegaba decididamente más fuerte que el de Oklahoma. No estaba seguro de cómo era eso posible, pero la banda para el sudor de mi sombrero de vaquero no servía de nada para evitar que me entrara en los ojos. Llevaba casi dos horas cabalgando por los límites del Rancho Baker, revisando las cercas en busca de daños. Al parecer, en Sagebrush hubo una tormenta de nieve inesperada a principios de esa primavera y una inundación tras el deshielo repentino. Todos se habían concentrado tanto en reparar la arena que no habían tenido tiempo de revisar las cercas. Así que, como el nuevo peón del rancho, esa tarea me tocó a mí. Al nuevo siempre le tocan los trabajos de mierda.

Pero no me importaba. Sinceramente, me gustaba tener algo de tiempo para mí. Trabajar y vivir en ranchos solía significar estar rodeado de gente todo el tiempo. Siempre había conversaciones, discusiones y muy poca privacidad. Pero el Rancho Baker era diferente en ese sentido. Aquí los peones se iban a casa al final del día, excepto yo, y tenía mi propio apartamento privado. No podría haber pedido un puesto mejor. Incluso me habían dado mi propio caballo para montar, un castrado alazán que sin duda era viejo, pero de lo más dócil. No ganaría ninguna carrera con él, pero era firme y confiable. Y eso me parecía perfecto.

Le di una palmada en el cuello mientras avanzábamos por la línea de la cerca.

—Eres de los buenos, ¿no, amigo?—, le susurré, y resopló en respuesta. Lo había llamado Rusty, que no era muy original dado su

color, pero le quedaba bien.

La cerca parecía intacta en este tramo, pero el calor del mediodía se estaba volviendo insoportable. El sudor me corría por la espalda y la camisa se me pegaba incómodamente. A lo lejos, pude ver el brillo del agua a través de los árboles. Era uno de los pequeños arroyos que atravesaban la propiedad.

—¿Qué te parece si tomamos un descanso?—, le pregunté a Rusty, guiándolo hacia el agua.

El arroyo era tranquilo, sombreado por un grupo de álamos que proporcionaban un bendito alivio del sol. Desmonté, dejando que Rusty bebiera a sus anchas mientras lo ataba sin apretar a una rama baja. El agua se veía fresca y tentadora, ondeando sobre piedras lisas. Sin pensarlo dos veces, empecé a quitarme la ropa.

Al haberme criado en ranchos, el pudor nunca había sido mi fuerte. Cuando compartes barracas con otros peones y te duchas en espacios comunes, o te sientes cómodo con tu cuerpo, o sufres. Yo había elegido lo primero hacía mucho tiempo.

Entré en el arroyo, suspirando de placer mientras el agua fresca me lamía los tobillos. Era más profundo de lo que parecía, un poco por encima de mi cabeza en el centro, y me adentré hasta que el agua me llegó al pecho. El alivio fue inmediato, lavando horas de sudor y polvo. Metí la cabeza bajo el agua, pasándome los dedos por el pelo antes de salir a la superficie con un jadeo.

Por un momento, me quedé flotando, contemplando los trozos de cielo azul visibles a través de las hojas. Había silencio, excepto por el suave murmullo del arroyo y el resoplido ocasional de Rusty.

Mi mente volvió a la noche anterior en lo de Dolly. El karaoke había sido más divertido de lo que esperaba, sobre todo el enfrentamiento con Colt. El tipo sabía cantar, eso se lo concedo, pero me defendí bien. Con lo que no contaba era con Dustin Corvus.

Había oído hablar de él, por supuesto. El misterioso abogado de Nueva York que había llegado de la nada y salvado el Rancho Baker,

para luego decidir quedarse. Logan lo había mencionado un par de veces durante mi orientación, y Colt me había señalado su pequeña casa a lo lejos. Pero nada me había preparado para conocerlo en persona.

Era guapísimo con ese estilo de chico de ciudad bien arreglado, todo líneas limpias y movimientos cuidadosos. Pero había algo más ahí, una tristeza que persistía en sus hermosos ojos azules incluso cuando sonreía. Y cuando empecé a coquetearle, vi el pánico cruzar su rostro antes de que saliera huyendo.

Suspiré, dejando que mi cuerpo se hundiera más en el agua. Quizá había sido demasiado lanzado. No sería la primera vez. Pero había algo en Dustin que me hacía no querer perder el tiempo. Por otro lado, habían pasado varios meses desde que había estado con alguien, así que quizá solo estaba caliente. Tampoco sería la primera vez para eso.

No estaba seguro de qué era lo que me atraía tan intensamente de él. Quizá era la forma en que se mantenía al margen de todos, como si tuviera miedo de acercarse demasiado. O quizá era simplemente que, en un pueblo lleno de vaqueros gais emparejados, éramos los dos únicos solteros. Sea como fuere, estaba claro que lo había asustado, y ahora tendría que averiguar cómo arreglar las cosas, aunque solo fuera para ser amigos. Lo último que quería hacer era ahuyentar al inversor de mi nuevo empleador. Eso no me dejaría muy bien parado.

Flotando de espaldas, cerré los ojos ante la luz del sol que se filtraba entre las hojas. El agua me acunaba, fresca contra mi piel desnuda, llevándose no solo el sudor del día, sino también parte de la pesadez que arrastraba desde Oklahoma. Esa era la belleza del agua, que podía limpiar más que solo el cuerpo, si se lo permitías.

Llevaba tanto tiempo huyendo que a veces se me olvidaba de qué huía. O quizá simplemente no quería recordar. La pelea. La sangre. La mirada en sus ojos cuando le dije que me iba y que no volvería.

Hay cosas que es mejor dejar atrás, enterradas en lo más profundo, donde no puedan alcanzarme.

Una rama se partió en algún lugar cercano y me incorporé de golpe en el agua, de repente alerta. Rusty no se había movido, seguía pastando satisfecho al borde del arroyo, lo que significaba que probablemente no era un depredador. Pero algo, o alguien, definitivamente estaba ahí.

—¿Hola?—, grité, pataleando en el agua mientras escudriñaba la línea de árboles. —¿Hay alguien ahí?

El silencio me respondió, pero no podía quitarme la sensación de que me observaban. Se me erizó el vello de la nuca a pesar del calor. Nadé hacia la orilla donde había dejado mi ropa, sin apartar la vista de los árboles circundantes. Me puse de pie y salí, con el agua fría chorreándome por el cuerpo.

Hubo movimiento en las sombras entre los árboles; apenas un destello, pero inconfundible. Alguien me estaba observando.

—¿Quién anda ahí? —pregunté con brusquedad, mi voz ahora más cortante. No era particularmente recatado, pero tampoco me gustaba que me espiaran.

La figura se escabulló, un borrón de movimiento que desapareció en la espesura del bosque antes de que pudiera distinguir ningún detalle. Hombre o mujer, no sabría decirlo; solo que había estado ahí, observando, y ahora se había ido.

El corazón me martilleaba en las costillas mientras recogía mi ropa en la orilla. El agua goteaba por mi cuerpo desnudo mientras salía, calentándome rápidamente bajo el sol. Si quienquiera que fuese quería un espectáculo, desde luego lo había tenido. En lugar de apurarme, me quedé un momento al sol, dejando que el calor me secara.

—Jodidamente perfecto —mascullé, escudriñando los árboles aunque sabía que la persona se había ido—. No hay nada como tener un

acosador en mi primera semana de trabajo. —Hice una pausa por un momento—. O a Pie Grande.

¿Pudo haber sido Dustin? El pensamiento cruzó mi mente, trayendo consigo una mezcla confusa de irritación y excitación. Pero no, después de cómo salió disparado del restaurante anoche, dudaba que me estuviera buscando, y mucho menos de esta manera.

Pero entonces me asaltó un nuevo pensamiento, uno que me llenó el pecho de ansiedad. ¿Acaso *él* podría haberme encontrado ya? No parecía posible con la distancia que había recorrido en apenas unos días. Y no le dije a nadie a dónde iba. Ni siquiera di mi nueva dirección.

No, no podía ser él.

Rusty se movió con nerviosismo, percibiendo mi inquietud. Aún húmedo, me vestí rápidamente y lo desaté, montando de un salto en la silla. La mezclilla mojada me rozaba incómodamente los muslos, pero apenas lo noté mientras azuzaba al caballo de vuelta hacia los edificios principales del rancho.

Mientras cabalgábamos, seguí escudriñando la línea de los árboles, medio esperando volver a ver a mi mirón. Pero no había nada, solo el susurro de las hojas con la ligera brisa y el canto ocasional de un pájaro. Aun así, no podía quitarme la sensación de inquietud que se había posado sobre mí como una sombra.

No fue hasta que coronamos la colina con vista al rancho que me permití relajarme un poco. La vista de los edificios, sólidos y reales bajo el sol de la tarde, me ancló a la realidad. Estaba paranoico. Probablemente era solo uno de los otros peones tomando un atajo por el bosque, o tal vez incluso Caroline que quería ver cómo estaba yo sin interrumpir mi descanso.

Pero mientras Rusty me llevaba hacia los establos, un recuerdo afloró, inoportuno y afilado como un cuchillo. *Él*, de pie en las sombras afuera de mi apartamento en Oklahoma City, observándome a través de la ventana. El ramo de rosas medio

muertas en mi umbral a la mañana siguiente. La promesa susurrada que me había helado la sangre.

Volví a quitármelo de la cabeza. No podía ser eso. Simplemente no podía ser.

Desmonté en los establos, con la ropa mojada incómoda contra mi piel. Rusty parecía ansioso por volver a su puesto, y no podía culparlo. El calor era opresivo, incluso a la sombra del granero.

—¿Cómo fue la revisión de la cerca? —La voz de Caroline me sobresaltó mientras le quitaba la silla a Rusty. Estaba apoyada en la puerta del puesto, con su trenza oscura sobre un hombro y vetas de polvo en la cara y los brazos.

—Bien —dije, tratando de sonar casual a pesar de mi persistente inquietud—. Encontré algunos puntos que necesitan remiendos en el lado norte, pero nada grave.

Ella asintió, y sus ojos agudos observaron mi ropa y mi pelo húmedos. —Veo que decidió refrescarse.

—El arroyo se veía demasiado tentador como para dejarlo pasar —admití, colgando la silla en su soporte—. Aunque puede que tuviera compañía.

Caroline enarcó una ceja. —¿Compañía?

—Alguien me estaba observando. Salió corriendo cuando lo vi. —Mantuve un tono ligero, como si fuera solo una leve curiosidad en lugar de algo que me había puesto los nervios de punta—. No tienen un Pie Grande por aquí, ¿o sí?

—Que yo sepa, no. Probablemente solo era uno de los peones tomando un atajo —dijo, haciéndose eco de mi pensamiento anterior. Luego sus labios se torcieron en una media sonrisa—. O tal vez Dustin. Su minicasa no está lejos de ese arroyo.

El estómago me dio un vuelco al oír su nombre. —¿Dustin? ¿El abogado?

—El mismo. —La sonrisa de Caroline se ensanchó—. Le gusta pasear por la propiedad a veces. Dice que le ayuda a pensar.

Traté de imaginar al abogado estirado que había conocido anoche, merodeando por el bosque, espiándome mientras nadaba desnudo. No terminaba de encajar.

—No parecía del tipo mirón —dije, cepillando a Rusty con más concentración de la necesaria.

Caroline resopló. —No lo es. Ese hombre es tan correcto que probablemente desvía la mirada cuando ve su propio reflejo en la ducha. —Hizo una pausa, estudiándome—. Usted se fue a la cama con bastante prisa anoche.

Me encogí de hombros, sin mirarla a los ojos. —Fue un día largo. Necesitaba dormir.

—Ajá. —Su tono dejó claro que no se lo creía—. ¿Nada que ver con que usted hizo que Dustin saliera corriendo como alma que lleva el diablo?

Alguien debía de habérselo contado. Suspiré, mirándola por fin. —Puede que me haya pasado un poco de la raya.

—¿Un poco? —Caroline soltó una carcajada—. Por lo que oí, Reyes, usted estaba prácticamente en su regazo. El pobre hombre probablemente sintió que le iba a dar un infarto.

Un calor que no tenía nada que ver con el sol de Texas me subió por el cuello. —Solo estaba siendo amable.

—¿Así le dicen en Oklahoma? —Negó con la cabeza, pero su expresión no denotaba un juicio real—. Mire, Dustin es… diferente. No es como el resto de nosotros.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté, sinceramente curioso por ese desconocido despampanante de ojos azules.

Caroline se movió con nerviosismo, algo que no hacía a menudo. —No me corresponde a mí decirlo. Son sus asuntos. —Hizo una pausa y me recorrió con la mirada—. No le voy a decir cómo vivir su vida —

añadió, cruzándose de brazos—. Pero ni se le ocurra espantar a ese hombre. Por aquí se le considera un santo. ¿He sido clara?

—Sí, señora —dije automáticamente. Quizás Caroline no lo dijo sin rodeos, pero su intención era advertirme. Si tuviera que elegir entre Dustin y yo, ella elegiría a Dustin. Y no podía culparla—. Tendré más… cuidado la próxima vez.

—Buen hombre —asintió—. Bueno, estamos preparando la cena en la casa por si quiere acompañarnos. Barbacoa esta noche.

—¿Quién cocina? —pregunté antes de poder contenerme.

Caroline se dio la vuelta y se plantó las manos en las caderas con fuerza. —Beau y Lucas, ya que lo pregunta.

Solté un suspiro de alivio. —Ah, bueno. Puedo ir.

Me fulminó con la mirada por un largo momento. —No estoy segura de que me guste su tono.

Solo sonreí. —Bueno, al menos es una buena corredora de barriles.

—¡Odio a los hombres! —ladró Caroline, dándome la espalda, mientras su trenza se agitaba detrás de ella.

—¡Sabe que le caigo bien! ¡Soy demasiado lindo para que me odie! —le grité.

Juraría que casi la oí reírse disimuladamente.

# CAPÍTULO CINCO: ALEX

Me tomé mi tiempo para guardar a Rusty antes de volver a mi pequeño apartamento en la parte trasera de la arena. Refrescarse en el arroyo había sido agradable, pero el agua del arroyo dejaba un cierto hedor del que quería deshacerme antes de la cena. Que fuera un peón de rancho no significaba que tuviera que oler como tal. Después de todo, era un hombre gay, y eso exigía al menos una mínima apariencia de decoro, especialmente cerca de otros gais.

La ducha de mi apartamento era pequeña pero funcional, con buena presión de agua, tal como Colt había prometido. Dejé que el agua caliente me cayera encima, restregándome el agua del arroyo y el sudor con el jabón con aroma a pino que había comprado en el almacén del pueblo. Mi mente no dejaba de volver a la figura en el bosque. Había algo en ella que no me cuadraba, pero no sabía decir exactamente por qué. Tal vez solo estaba dejando volar demasiado mi imaginación.

Al salir de la ducha, me envolví una toalla en la cintura y limpié el vapor del espejo. Mi reflejo me devolvió la mirada, con ojos oscuros y una seriedad que no tenían antes de hacía tres años. Antes de él.

—Para ya —mascullé para mis adentros—. Estás paranoico.

Me vestí rápidamente con mis jeans más limpios y una camisa de botones que no estaba demasiado arrugada. Incluso me puse un toque de la colonia que guardaba para ocasiones especiales. No es que una barbacoa en el rancho fuera especial, pero existía la posibilidad de que Dustin estuviera allí y, a pesar de la advertencia

de Caroline, no podía evitar querer causar una mejor impresión que la que di en el diner. Como mínimo, quería verme guapo. Tenía una reputación que construir en este nuevo pueblo.

La caminata hasta la casa principal tomó solo cinco minutos y, para cuando llegué, la pequeña reunión ya estaba en pleno apogeo. El gran patio trasero estaba bañado en la sombra de un enorme álamo en el centro. Debajo había dos mesas de pícnic cubiertas con manteles de cuadros rojos, y el olor a carne ahumada flotaba denso en el aire. Logan estaba a cargo de una parrilla enorme junto a un hombre alto y musculoso, de pelo rubio y sombrero de vaquero. Era Beau, uno de los chicos guapos que había conocido en el karaoke la noche anterior. Mientras tanto, su prometido, Lucas, colocaba fuentes de elotes y panecillos en una mesa cercana.

—¡Alex! —me llamó Dakota, haciéndome señas desde donde estaba sentado con una pareja mayor que reconocí como los padres de Logan. Nos habían presentado brevemente la noche que llegué—. ¡Ven y toma asiento!

Me acerqué, tomando una cerveza fría de una hielera al pasar.

—Señor y señora Baker —dije, inclinando mi sombrero al acercarme —. Qué gusto verlos de nuevo.

—Por favor, no tienes que llamarnos así —dijo el padre de Logan con una cálida sonrisa, palmeando el banco a su lado—. Aquí todos nos tratamos de tú.

—Lo siento, señor Baker —dije, inclinando el sombrero—. Debo mostrarle mi respeto al jefe.

—A Caroline la llamas por su nombre —añadió Dakota, levantando una ceja en mi dirección.

—Sí, bueno… —no pude evitar sonreír—. Me gusta hacerla rabiar.

El señor Baker se rio. —Alguien tiene que darle una cucharada de su propia medicina. Es una buena chica, pero puede ser un poco dura

con los peones del rancho. —Me sonrió—. Y bien, ¿cómo te estás adaptando?

—Muy bien, gracias —respondí, sentándome con ellos—. El trabajo ha estado bien y todo el mundo ha sido muy acogedor. No se puede pedir mucho más que eso.

La señora Baker se inclinó hacia delante con genuino interés. —¿Qué te trajo a Texas, cariño? Logan mencionó que has trabajado en ranchos por todas partes.

Tomé un sorbo de mi cerveza, ganando un momento para formular la respuesta correcta. —Simplemente sentí que era hora de un cambio, señora. Escuché cosas buenas sobre Sagebrush, y el rancho Baker ya tiene una gran reputación.

—Así es —dijo el señor Baker con orgullo—. Aunque estuvimos a punto de perderlo todo no hace mucho.

—Si no fuera por Dustin… —la voz de la señora Baker se apagó con evidente gratitud.

Al oír su nombre, me encontré oteando la reunión, buscando esos penetrantes ojos azules y cabello oscuro. Pero no se le veía por ninguna parte.

—¿Vendrá esta noche? —pregunté, tratando de sonar casual.

Dakota y Logan intercambiaron una mirada. —Lo invitamos —dijo Logan, volteando las hamburguesas en la parrilla—. Pero ya sabes cómo es. Prefiere estar solo la mayor parte del tiempo.

—Ese hombre necesita salir más —dijo la señora Baker, negando con la cabeza—. No es saludable, todo ese aislamiento.

—Déjalo en paz, mamá —la voz de Caroline interrumpió la conversación mientras se unía a nosotros, llevando una jarra de té helado—. No todo el mundo necesita ser el alma de la fiesta. Dustin ya ha hecho mucho por nosotros. Si no quiere venir a cenar, está en su derecho.

Pero noté cómo su mirada se detuvo en el sendero que llevaba a la parte trasera de la propiedad, donde sabía que la pequeña casa de Dustin se encontraba, alejada de todo lo demás. Había preocupación allí, del tipo que surge al preocuparse por alguien que no te deja ayudarlo.

—Bueno —dijo Lucas, dejando un plato de elotes perfectamente asados—, tal vez alguien debería llevarle un plato más tarde. Para asegurarse de que coma.

—Yo podría hacerlo —me ofrecí antes de poder contenerme.

La mesa se quedó en silencio por un momento, y todos los ojos se volvieron hacia mí. La expresión de Caroline era particularmente penetrante, como si estuviera tratando de leer mis intenciones.

—Es que, de todas formas, voy de vuelta a la arena —agregué rápidamente—. Y me gusta dar un paseo después de cenar para hacer la digestión. Me ayuda a despejar la cabeza.

—Qué atento de tu parte —dijo finalmente la señora Baker, con la voz cálida y llena de aprobación.

—Sí, muy atento —murmuró Caroline por lo bajo, pero cuando la miré, estaba concentrada sirviendo el té como si no hubiera dicho nada en absoluto.

—Creo que es una gran idea —dijo Logan, ajeno a la tensión que se sentía en el ambiente—. A Dustin probablemente le vendría bien la compañía, aunque no lo admita.

Dakota asintió. —Últimamente ha estado incluso más retraído de lo normal. Ya ni siquiera sube para nuestras cenas semanales.

—Algo lo tiene asustado —agregó Beau, uniéndose a la conversación mientras traía una bandeja de falda de res perfectamente ahumada —. Lo vi en la tienda la semana pasada y parecía que había visto un fantasma.

Sentí un nudo en el estómago al oír esas palabras, y los recuerdos de mi propia paranoia reciente me invadieron. La figura en el

bosque, la sensación de que me observaban. ¿Sería posible que a Dustin le estuviera pasando algo parecido?

—Bueno, no nos quedemos aquí chismeando sobre él —dijo la señora Baker con firmeza, aunque su tono era amable—. Alex, es muy dulce de tu parte ofrecerte. Estoy segura de que agradecerá una comida casera, sobre todo una tan buena como la que hacen estos chicos.

Lucas sonrió radiante ante el cumplido. —Hice pan de maíz de más, así que hay de sobra.

La conversación derivó hacia otros temas mientras nos servíamos, pero me di cuenta de que solo escuchaba a medias. Mi mente no dejaba de pensar en Dustin, solo en su diminuta casa mientras el resto de nosotros nos reuníamos aquí como una familia, incluso siendo yo tan nuevo. ¿Qué lo mantenía tan alejado de todos los que claramente se preocupaban por él?

La comida estaba increíble. Lucas y Beau se habían lucido con la barbacoa. La falda de res prácticamente se me deshacía en la boca, y las guarniciones eran de la calidad de un restaurante. No fue hasta que Caroline me contó sobre todos los trofeos de Beau que entendí por qué. No podía creer que un campeón estatal me estuviera sirviendo falda de res.

A medida que avanzaba la noche, me fui relajando, atraído por la camaradería natural del grupo. Esto era lo que había extrañado en mis años de nómada, la sensación de pertenecer a un lugar, de ser parte de algo más grande que yo. Hacía mucho tiempo que no estaba rodeado de una *familia* de verdad. En el fondo de mi corazón, deseaba pertenecer a esta, no ser solo un extraño en Sagebrush. Pero sabía que tampoco me quedaría. Nunca pasaba más de un año en un mismo lugar si podía evitarlo. De esa forma, mi pasado no podía alcanzarme.

—Y bien, Alex —dijo Dakota mientras terminábamos—, Caroline me dice que hoy encontraste una cerca dañada en el lado norte.

—Nada demasiado grave —respondí—. Unos cuantos postes que hay que reemplazar y algo de alambre que se soltó. Debería poder arreglarlo mañana si el tiempo lo permite.

—Puedo ayudar con eso —ofreció Logan—. He tenido ganas de salir a revisar esas secciones yo mismo.

—Te lo agradezco, pero puedo encargarme. No quiero quitarte de un trabajo más importante.

Caroline resopló. —Créeme, arreglar una cerca es de lo más importante que hay por aquí. Si el ganado se escapa, todos nos metemos en un lío tremendo.

—Yo me encargo de la contabilidad, sobre todo —suspiró Logan—. Pero me gusta salir y hacer algo físico de vez en cuando. No quiero terminar pareciendo un cerdo panzón por estar sentado todo el día en una silla de oficina. —Miró el plato vacío que tenía delante—. Eso y que me gusta comer.

Dakota se estiró y le puso una mano en el estómago a Logan. —No te preocupes, cariño —sonrió—. Te amaré sin importar cuántas llantitas tengas.

Logan lo apartó, sonriendo. —¿Qué te parece si lo dejamos en solo dos, eh?

—Ya me hartaron ustedes dos —gruñó Caroline, lanzándole una servilleta a su hermano—. Algunos estamos tratando de comer.

—Solo estás celosa —bromeó Dakota, pasando su brazo por los hombros de Logan.

—¿De qué? —replicó ella—. ¿De tener que escucharlos a ustedes dos hacerse ojitos todo el día?

—De tener a alguien a quien hacerle ojitos —intervino Beau con un guiño, lo que le valió una mirada asesina de Caroline.

No pude evitar reírme, disfrutando del intercambio de bromas. Me recordaba a mi propia familia antes de que… bueno, antes de que todo se fuera al diablo.

Cuando la cena llegaba a su fin, la señora Baker comenzó a empacar un plato generoso para Dustin, envolviéndolo cuidadosamente en papel de aluminio. —Asegúrate de que reciba todo este pan de maíz —me indicó, entregándome el recipiente—. Ese chico está demasiado flaco.

—Sí, señora —asentí, tomando el plato. Pesaba más de lo que esperaba, cargado con suficiente comida para tres personas.

—Y dile que lo extrañamos —añadió, con una mirada enternecida—. Hazle saber que siempre es bienvenido, cuando sea.

—Se lo diré —prometí, sintiendo el peso de su preocupación.

Mientras regresaba a mi apartamento para agarrar mi chaqueta antes de ir a casa de Dustin, Caroline se puso a mi lado.

—Recuerda lo que te dije —me advirtió en voz baja, en un tono que solo yo podía escuchar—. Ese hombre ya ha sufrido bastante.

—Solo le llevo la cena —respondí, intentando sonar inocente.

Me clavó una mirada dura. —Sabes perfectamente lo que haces, Reyes. Ya he visto esa mirada antes.

—¿Qué mirada? —pregunté, genuinamente confundido.

—Como si hubieras visto algo que quieres perseguir. —Suspiró, suavizando un poco la expresión—. Solo… sé gentil con él, ¿sí? Él no es duro como la gente de aquí aparenta ser. Somos rancheros, sabemos lo que significa curtirse. Dustin es… bueno, él no es así. Lo lleva todo a flor de piel. —Hizo otra pausa—. Solo sé amable.

Antes de que pudiera responder que por supuesto que sería amable, ella se dio la vuelta y regresó a la reunión, dejándome con su advertencia resonando en mis oídos.

Una vez que tuve mi chaqueta de mezclilla, seguí el sendero hacia la pequeña casa de Dustin, que serpenteaba a través de una arboleda. La luz del atardecer se filtraba entre las hojas, y de vez en cuando, se asomaban puntitos de estrellas en el cielo. A medida que me acercaba, pude ver la estructura compacta enclavada contra el telón

de fondo de las colinas onduladas. Era moderna y elegante, con grandes ventanales y una pequeña terraza al frente. Unos paneles solares brillaban en el techo, captando los primeros rayos de luna.

Me detuve en el borde del claro, de repente nervioso. ¿Y si no quería compañía? ¿Y si me cerraba la puerta en la cara? O peor, ¿y si pensaba que seguía intentando ligar con él después de aquel desastre en el restaurante?

—Contrólate, Reyes —mascullé para mis adentros—. Solo estás siendo un buen vecino.

Respiré hondo, me acerqué a la puerta principal y llamé con firmeza. Durante un largo momento, solo hubo silencio, y me pregunté si siquiera estaría en casa. Quizás me había visto por la ventana y había decidido no abrir. Pero entonces oí movimiento y el inconfundible sonido de unos pasos. Volví a respirar hondo, esbozando una sonrisa cálida mientras el picaporte empezaba a girar.

# CAPÍTULO SEIS: DUSTIN

El corazón me latía con fuerza cuando volví a mi cabaña. Cerré la puerta de un portazo a mis espaldas, apoyando la espalda contra la frescura de la madera. El sudor me corría por la frente y el cuello por el calor y la carrera. Apenas podía creer lo que había visto.

Alex, el puto Reyes… completamente desnudo y chorreando agua. Dios… nunca en mi vida me había puesto tan duro tan rápido.

Su cuerpo era aún más perfecto de lo que me había imaginado durante esas noches que pasé despierto, con la mirada fija en el techo, tratando de no pensar en él. El sol había besado cada centímetro de su piel bronceada, resaltando los músculos definidos de su espalda, la curva de su trasero, sus muslos fuertes. Presioné la base de mi palma contra mi entrepierna, intentando aliviar un poco la presión.

—Mierda —mascullé, apartándome de la puerta.

Necesitaba una ducha. Una fría. Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que el agua fría no borraría la imagen grabada en mis retinas. Veía a Alex de pie en ese río, el agua deslizándose por su cuerpo, completamente ajeno a mi presencia. Bueno, hasta que me descubrió, claro.

Pero no había tiempo para pensar en eso. No ahora.

Me quité la camisa húmeda de sudor y la tiré sobre la cama, luego me saqué las botas de una patada. Siguieron mis jeans, y casi gemí de alivio cuando liberé mi verga de los calzoncillos. Estaba en

posición de firmes, más dura de lo que había estado en meses. Quizás años.

Esto todavía era nuevo para mí, desear a un hombre con tantas ganas. Sabía que era gay desde la secundaria. Claro, eso no me impidió reprimirlo todos esos años y casarme con Ali con la vana esperanza de que algún día simplemente desapareciera. Aun así, incluso después de salir del clóset y del divorcio, nunca antes había sentido este tipo de necesidad cruda y desesperada. Por nadie.

Entré a los tropezones al pequeño baño y abrí la ducha. No fría. Ya no podía mentirme a mí mismo. Quería… no, *necesitaba* liberarme.

Mientras el agua se calentaba, me metí bajo el chorro, dejando que cayera en cascada sobre mis hombros. Mi mano se deslizó hacia mi verga, envolviéndola con una familiaridad nacida de años de práctica. Cerré los ojos e inmediatamente Alex apareció en mi mente.

Esos labios carnosos. La forma en que se separarían si lo besara. La forma en que se estirarían alrededor de mi-

—Cristo —siseé, masturbándome más rápido.

Me imaginé cayendo de rodillas frente a él, tomándolo en mi boca, sintiéndolo golpear el fondo de mi garganta. Casi podía saborearlo en mi lengua, casi podía oír los sonidos que haría. ¿Sería silencioso, conteniendo los gemidos, o sería expresivo, diciéndome exactamente lo que quería?

Mi mano se movió más rápido, el agua y el líquido preseminal facilitaban el deslizamiento. Mi otra mano se apoyó en la pared de azulejos mientras mis rodillas amenazaban con doblarse.

Alex. Alex con su sonrisa encantadora y sus ojos misteriosos. Alex con su sombrero de vaquero negro y sus jeans ajustados. Alex desnudo en el río, con gotas de agua aferradas a sus pestañas. Hasta este momento, había estado tan encaprichado con Colt que no me había fijado en nadie más. Él solía ser el objeto de mis fantasías cuando estaba en la ducha como ahora o solo en mi cama.

Pero esos ojos color miel y ese cuerpo magníficamente bronceado lo habían reemplazado en un segundo. Este desconocido, con su confianza natural y sus encantos, me había hechizado sin que me diera cuenta. Y ahora que lo había visto desnudo, no había vuelta atrás. Lo deseaba, deseaba su verga… quería que me *usara*, aunque significara que yo no era nada para él. Demonios, eso es lo que me merecía.

Me vine con un gemido ahogado, su nombre en mis labios, mi corrida yéndose por el desagüe tan rápido como había aparecido.

A medida que mi respiración se calmaba y la realidad volvía a filtrarse, la vergüenza la seguía de cerca. No debería estar fantaseando con uno de los peones del rancho. Era poco profesional. Inapropiado. Y sin embargo…

No podía dejar de pensar en él. No podía dejar de preguntarme qué secretos se escondían detrás de esos ojos marrones. No podía dejar de preguntarme cómo se vería despatarrado y desnudo en mi cama. Era como un sueño, y uno que sabía que era demasiado dulce para hacerse realidad.

Terminé de ducharme y me sequé, intentando sacar los pensamientos sobre Alex de mi mente. Pero mientras me envolvía la toalla en la cintura y volvía al dormitorio, me vi en el espejo que había sobre la cómoda. Mi pelo oscuro estaba húmedo y revuelto, mi pecho todavía sonrojado por el calor de la ducha y lo que acababa de hacer. Parecía un hombre al que le habían dado una buena paliza, y todo solo por el recuerdo de haber visto a otro hombre desnudo durante un puñado de segundos.

¿Qué demonios me pasaba? Se suponía que debía concentrarme en volver a poner en pie este rancho, no en masturbarme con fantasías sobre empleados que apenas conocía. Alex llevaba aquí menos de una semana y yo ya estaba actuando como un adolescente caliente.

Me puse unos jeans limpios y una camiseta, intentando sacudirme los efectos persistentes de mi corrida. Pero incluso mientras me vestía, no podía dejar de revivir aquellos momentos junto al río. La

forma en que Alex se había girado al oírme irrumpir entre la maleza, sin avergonzarse en absoluto de su desnudez. El agua corriendo por su pecho, siguiendo el rastro de vello que bajaba hasta-

—Para ya —me dije en voz baja, pasándome una mano por el pelo húmedo.

Necesitaba volver al trabajo. A… *algo*. Desde que llegué a Sagebrush, me había estado escondiendo en mi diminuta casa con la excusa de que estaba trabajando. Y definitivamente no era nada del rancho porque yo era un completo inútil para el trabajo físico. El primer par de semanas que viví en el rancho intenté ayudar a reparar cercas. Todo lo que logré fue hacer enojar a los caballos y arruinar una gran sección de alambre. Por lo poco que escuché, los peones del rancho habían amenazado con renunciar si Caroline me permitía ayudar de nuevo.

Entonces, ¿qué estaba haciendo allí? En los últimos dos años, me las había arreglado para leer una cantidad alarmante de novelas románticas, muchas de ellas sobre vaqueros gais. Tenía la idea de que si leía suficientes, alguien podría aparecer, tomarme en sus brazos grandes y velludos y llevarme hacia el atardecer. Claramente, eso no estaba funcionando. A veces escribía en mi diario sobre cómo me sentía, pero siempre era una práctica deprimente. Así que solo quedaba una cosa por hacer.

Caminé a través de la pequeña casa, tomé un tapete que estaba detrás del sofá y lo extendí en el suelo. Coloqué mi computadora portátil en el piso frente a él, busqué uno de mis videos de yoga favoritos y presioné el botón de reproducir.

—Hola y bienvenidos a yoga gay con Ciaran —dijo el hombre en la pantalla, con una sonrisa demasiado brillante y un rostro barbudo demasiado perfecto—. Hoy vamos a hacer un poco de yoga para aliviar la ansiedad y el estrés.

—Perfecto —mascullé, poniéndome de rodillas sobre el tapete.

Necesitaba todo el alivio para la ansiedad que pudiera conseguir en este momento, con el cuerpo desnudo de Alex todavía apareciendo en mi mente como un letrero de neón. Seguí las instrucciones de Ciaran, moviéndome a la postura del niño y luego levantándome lentamente a la del perro boca abajo. El estiramiento en mis isquiotibiales me ayudó a anclarme, trayéndome de vuelta a mi cuerpo en lugar del mundo de fantasía en el que había estado nadando.

—Ahora respiren profundo —indicó Ciaran con su relajante acento irlandés—. Sientan cómo la tensión abandona su cuerpo con cada exhalación.

Lo intenté. Dios, lo intenté. Pero mientras cambiaba a la postura del guerrero, mis pensamientos volvieron al río. A Alex. A la forma en que me miró cuando me sorprendió observándolo, no enojado ni avergonzado, sino casi… ¿asustado, tal vez? Había algo en sus ojos que no pude descifrar del todo.

—Concéntrate en tu respiración —me recordó Ciaran desde la pantalla.

—Lo intento —refunfuñé, tambaleándome ligeramente mientras pasaba a la postura del árbol.

Pronto agarré ritmo, imitando todas las posturas de la pantalla mientras me desconectaba del mundo por completo. En cambio, me quedé con mis propios pensamientos. Pensé en Ali, en mi vida en Nueva York y en todo lo que había dejado atrás cuando salí del clóset. Se suponía que el yoga consistía en dejar ir todo eso y relajarse, pero parecía que esta sesión iba a estar plagada de monólogos internos y autoinculpación.

Cuando el video terminó, me encontré acostado boca arriba, mirando el techo de pino nudoso de mi cabaña. Rayos de sol atravesaban la habitación en diagonal, anunciando el atardecer. Cerré los ojos, intentando desesperadamente concentrarme en mi respiración y permitir que mi cuerpo se relajara.

Me pregunté si debería decirle a Alex que era yo el que estaba en el arroyo. Aunque, seguramente eso sería un error. Incluso si fuera gay y le gustara yo, estaba bastante seguro de que a nadie le gustaba un mirón. Pero, ¿y si él quería que yo lo viera? ¿Y si supo que era yo todo el tiempo? ¿Y si… pudiera ser lo suficientemente valiente como para dejarlo entrar en mi mundo solitario? ¿Y si pudiera…?

Un golpe en la puerta hizo que mis ojos se abrieran de par en par y me senté, quejándome. Me dolía el cuerpo por haber estado acostado en el suelo duro. Un vistazo a la ventana me dijo por qué. El sol había sido reemplazado por la luna y las estrellas. Claramente, me había quedado dormido. Y eso significaba que me había perdido la parrillada en casa de los Baker. No es que planeara ir de todos modos, pero…

Otro golpe en la puerta.

Me estiré y me puse de pie, gimiendo por los dolores en la espalda y el trasero. Serían Logan, Dakota, o quizás ambos. Siempre me traían comida después si no iba a una parrillada. La señora Baker parecía decidida a engordarme lo más posible. Y los chicos siempre parecían preocupados por mí. Incluso Dakota, que había sido bastante solitario antes de que yo llegara, parecía pensar que no era saludable pasar tanto tiempo solo. Quizás tenían razón.

Arrastrando los pies hacia la puerta, intenté alisar mi cabello, que se había secado en todo tipo de direcciones extrañas después de mi siesta improvisada. Abrí la puerta, listo para agradecer a la pobre alma a la que le habían encargado alimentar al recluso esta noche.

Mi corazón se detuvo.

No eran Logan ni Dakota los que estaban en mi porche. Era Alex.

—Oye —dijo, su voz suave en la oscuridad. Sostenía un plato de aspecto pesado cubierto con papel de aluminio—. Pensé que podrías tener hambre, ya que te perdiste la cena.

Me quedé helado, incapaz de articular palabra. El hombre con el que acababa de fantasear, el hombre cuyo cuerpo desnudo había visto

hacía solo unas horas, estaba en mi puerta, trayéndome comida. Mi cara ardía, y recé para que la luz del porche no fuera lo suficientemente brillante como para que él lo notara.

—¿Puedo pasar? —preguntó cuando no respondí.

—S-sí, claro —tartamudeé, haciéndome a un lado para dejarlo entrar. Mi diminuta cabaña de repente se sintió microscópica con él adentro—. Perdón por el, eh… —hice un gesto vago hacia el tapete de yoga que todavía estaba en el suelo.

Alex sonrió, y vaya que se le iluminó toda la cara. —¿Haces yoga? Yo también. Ayuda con el dolor de espalda por montar a caballo todo el día.

La imagen de Alex en la postura del perro boca abajo me cruzó por la mente y tuve que darme la vuelta, fingiendo que acomodaba unos libros en mi estante. —Sí, es... eh... relajante.

—Beau preparó un poco de su famoso brisket —dijo, dejando el plato sobre la pequeña mesa de mi cocina—. Y Lucas también hizo pan de maíz. Quería asegurarse de que te llegara un poco.

Le eché un vistazo al plato rebosante. —¿Solo un poco? Aquí hay comida suficiente para una familia de cuatro.

Alex se rio, un sonido hermoso que me llegó directo al corazón. —Sí, creo que a la señora Baker se le pasó un poco la mano. Parece que piensa que estás muy flaco. —Ladeó la cabeza, echándome un buen vistazo de pies a cabeza—. Aunque, para mí, te ves bien.

Sentí que la cara me ardía al instante y supe que debía de haberme puesto rojo como un tomate. Pero antes de que pudiera decir algo, Alex chasqueó la lengua.

—Lo siento —dijo rápidamente—. Sé que no estás acostumbrado a este tipo de cosas. O bueno, Caroline dice que no lo estás. Sé que puedo ser un poco directo cuando veo algo que me gusta. —Volvió a chasquear la lengua, apartándose—. Maldición, lo hice de nuevo.

—Está… está bien —respondí, con la voz temblorosa a pesar de todos mis esfuerzos—. Yo… eh… es que no estoy seguro de cómo responder.

—¿Un abogado que no sabe qué decir? —Alex rio entre dientes—. Esa es nueva.

—Abogado corporativo —corregí—. Tenía conversaciones triviales en las salidas de golf y eso era todo. Toda mi carrera la viví detrás de un escritorio y correos electrónicos.

Alex metió las manos en su chaqueta de mezclilla, ladeando una cadera en lo que probablemente era una postura normal para él, pero que a mí me pareció increíblemente sensual. —¿Te gustaba? ¿La vida en la gran ciudad?

—En realidad, no —dije, apoyándome en mi librero. No sabía qué hacer con las manos, así que tomé uno de los libros y empecé a hojearlo con nerviosismo—. Creo que alguna vez sí, pero de eso hace mucho tiempo.

—¿La extrañas?

Pensé por un momento, recordando mi apartamento penthouse, a mi exesposa, las lujosas cenas a las que asistíamos y el tráfico interminable.

—A veces —respondí con sinceridad—. De vez en cuando, aquí se siente demasiado silencioso, demasiado aislado. Y extraño la comida. —Miré el plato—. No me malinterpretes, me encanta el diner y la comida casera, pero a veces solo necesitas un buen bagel, ¿sabes?

Alex solo se encogió de hombros. —No sabría decirte. El único bagel que he comido en mi vida venía en una bolsa del supermercado.

Levanté la vista hacia él; esos ojos marrones me freían el cerebro por completo. —Ah.

Un largo e incómodo silencio cayó sobre la habitación mientras ambos nos mirábamos fijamente.

—Bueno —dijo Alex, dándose unas palmaditas en los muslos, que era la señal universal de «es hora de irse»—. Te dejo con tu cena.

Se dio la vuelta hacia la puerta y la abrió con un movimiento fluido.

—¿Alex?

Se detuvo y me miró de reojo.

—Yo… eh… solo quería disculparme —dije, mi voz apenas un susurro.

Él enarcó una ceja. —¿Por qué?

—Era yo el que estaba junto al arroyo hoy —continué, sin estar muy seguro de por qué sentía la necesidad de confesar. Quizás era un vano intento de aliviar mi culpa por haberme masturbado pensando en él en la ducha—. No me di cuenta de que estabas… *ya sabes*… y me sentí demasiado avergonzado para decir algo, así que simplemente… corrí.

Su expresión se suavizó hasta convertirse en algo casi como… *¿alivio?*

—Me lo estaba preguntando —respondió, y su rostro se abrió en una sonrisa—. Espero no haberte asustado ni nada. No me detuve a pensar que podría haber alguien por aquí. No volverá a pasar.

—¡Oh, no! —dije rápidamente, preocupado por haberlo ofendido—. ¡Haz lo que tengas que hacer! ¡No me molesta! —Volvió a sonreír y me di cuenta de cómo debió de haber sonado eso. La cara me ardía de vergüenza—. No… no estaba tratando de…

—No pasa nada —sonrió. Se dirigió de nuevo hacia la puerta, deteniéndose en el umbral—. Pero si me permites el atrevimiento… la próxima vez que me pilles bañándome desnudo, no tienes que salir corriendo. No soy tímido y no me molesta tener a alguien con quien charlar. —Me echó otro vistazo de pies a cabeza—. O alguien con quien *nadar*.

Tenía la cara tan caliente que pensé que se me iba a derretir. ¿Estaba sugiriendo de verdad lo que yo creía? ¿Podía ser tan

atrevido? ¿Tan directo? ¿Por qué sentía los pantalones apretados de nuevo? Esa última pregunta no necesitaba respuesta. Sabía exactamente por qué estaban apretados.

—Que pases una buena noche, Dustin —dijo Alex, inclinando su sombrero—. Y no te pierdas. No muerdo, a menos que me lo pidas amablemente.

Y con eso, se fue. La puerta se cerró tras él y solté el aire que no sabía que estaba conteniendo. Me quedé allí, jadeando, con la palma de la mano en la parte delantera de mis pantalones para mantener a raya mi palpitante miembro.

¿Por qué cada vez que Alex Reyes se me acercaba, terminaba hecho un manojo de nervios con la verga goteando?

# CAPÍTULO SIETE: DUSTIN

Habían pasado tres días desde la visita nocturna de Alex a mi cabaña, y todavía no podía dejar de pensar en él. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía parado en el umbral de mi puerta, con esa sonrisa despreocupada en su rostro, esos ojos sabios recorriendo mi cuerpo. Había repasado sus palabras de despedida al menos cien veces…

—*No muerdo, a menos que me lo pidas por favor.*

Dios, quería pedírselo. Quería suplicarle.

Pero no lo había visto desde esa noche. Era como si se hubiera desvanecido en el aire, lo cual era ridículo considerando lo pequeño que era el rancho Sagebrush. Había entrevisto su sombrero negro a lo lejos, lo había observado cabalgar junto a Colt en el extremo más alejado del pastizal, pero no se había acercado lo suficiente como para conversar.

Una parte de mí se preguntaba si me estaba evitando. Quizás había malinterpretado toda la situación. Quizás su coqueteo era solo su forma natural de hablar con todo el mundo, y yo era un hombre patético y solitario que veía lo que quería ver.

Suspiré, mirando el documento de Word en blanco en la pantalla de mi laptop. Había estado intentando escribir algo… *lo que fuera* durante la última hora, pero mi mente seguía volviendo a Alex. A su piel bronceada. A la invitación en sus ojos. ¿Cómo se suponía que un hombre pudiera hacer algo con alguien como Alex cerca?

Un golpe en la puerta me hizo sobresaltar. El corazón me dio un vuelco. ¿Era él? ¿Mis plegarias habían sido escuchadas?

Me puse de pie de un salto, pasándome una mano por el pelo en un vano intento de domarlo antes de abrir la puerta de un tirón.

—Hola, Dustin —. Era Dakota, no Alex. Intenté ocultar mi decepción mientras levantaba una bolsa de papel—. Mamá te mandó un poco de su pay de manzana. Dijo que anoche no comiste postre.

—Gracias —dije, tomando la bolsa—. No tenías que venir hasta acá.

Dakota se encogió de hombros, apoyándose en el marco de la puerta. —No es nada. Además, quería ver cómo estabas. Últimamente has estado más ermitaño que de costumbre.

Sentí que el rubor me subía por el cuello. —Solo estoy ocupado con… el trabajo.

Dakota enarcó una ceja, claramente sin creerme. —Claro. Bueno, esta noche hay una fogata. Junto al lago. Todos van a ir.

—¿Todos? —No pude evitar preguntar, y me arrepentí al instante cuando los ojos de Dakota se entrecerraron con suspicacia.

—Sí, todos. Incluyendo a ese nuevo peón que has estado evitando.

—No lo he estado…

—Ahórratelo —me interrumpió Dakota con una sonrisa de complicidad—. Te he visto esconderte detrás de los edificios cuando Reyes anda cerca. Muy sutil, por cierto.

Gruñí, cubriéndome la cara con la mano libre. —¿Es tan obvio?

—Solo para alguien que ha estado observando —dijo Dakota, suavizando su voz—. Mira, sea lo que sea que esté pasando entre ustedes dos, no puedes resolverlo escondiéndote en tu cabaña. Ven esta noche. Tómate una cerveza. Habla con el tipo.

—No está pasando nada —protesté débilmente.

Dakota solo me miró, con una expresión que mezclaba diversión y lástima. —¿Es por eso que estás tan encerrado en esta cabaña? ¿Porque desearías que *sí* estuviera pasando algo?

El corazón se me subió a la garganta y obligué a mi mirada a clavarse en el suelo, incapaz de hablar.

—Así que es eso —sonrió Dakota, con esa sonrisa de complicidad que era casi más de lo que podía soportar—. Te gusta, ¿no es así?

Abrí la boca para negarlo, pero no me salieron las palabras. El calor se extendió por mi cara como un reguero de pólvora.

—Lo sabía —dijo Dakota, con una voz sorprendentemente amable—. Mira, no te estoy juzgando. Solo… ven a la fogata, ¿sí? Deja de esconderte.

Apreté más fuerte la bolsa del pay, el papel crujiendo bajo mis dedos. —No lo sé, Dakota. No soy muy de fogatas.

—Tampoco eras de ranchos, pero aquí estás —. Se despegó del marco de la puerta—. A las ocho. Trae una chamarra. Refresca junto al agua.

Antes de que pudiera formular otra excusa, Dakota ya se alejaba, sus largas zancadas lo llevaron rápidamente a través del patio. Lo vi marcharse, con la ansiedad y la expectación luchando en mi pecho.

Una fogata. Con Alex allí. La idea hizo que me sudaran las palmas de las manos.

Cerré la puerta y me apoyé en ella, de forma muy parecida a como lo había hecho después de ver a Alex desnudo en el arroyo. Parecía que últimamente no hacía más que apoyarme en cosas, intentando recuperar el aliento tras encuentros que me dejaban sin saber qué hacer.

—Al diablo —mascullé, dejando el pay sobre la barra.

Dakota tenía razón. No podía seguir escondiéndome. Y si Alex me estaba evitando, bueno, al menos lo sabría con certeza. Se acabaría

este limbo, este interminable repasar momentos que podrían no haber significado nada para él, pero todo para mí.

Además, ya era hora de que hiciera *algo* con otro hombre. Había dejado atrás a mi esposa y mi vida porque sabía que no era lo que quería. Pero hasta ahora lo único que había hecho en Sagebrush era *evitar* lo que quería. Y si seguía así, ¿de qué habría servido todo mi sacrificio? Aunque Alex no fuera mi persona, al menos podría mostrarme cómo era ser yo mismo por una vez. Eso tenía que valer algo, ¿no?

Pasé el resto de la tarde en un estado de nerviosa expectación, cambiándome de ropa tres veces antes de decidirme por unos jeans y una camisa de botones azul que Ali me dijo una vez que resaltaba mis ojos. Me recorté la barba, me puse un poco de colonia y luego me quité la mayor parte, preocupado de que fuera demasiado.

Para cuando dieron las ocho, yo era un manojo de nervios. Estuve a punto de convencerme de no ir dos veces, pero el recuerdo de la mirada cómplice de Dakota me hizo seguir adelante. Tomé un paquete de seis cervezas de mi refrigerador como ofrenda de paz y salí a la noche.

La caminata hasta el lago no fue larga, pero cada paso se sentía más pesado que el anterior. Pude ver el resplandor del fuego antes de llegar, oír las risas y la música que flotaban sobre el agua. Por un instante, me detuve en el borde del bosque, observando.

Todos parecían tan cómodos juntos. Caroline Baker estaba sentada en una silla plegable, su rostro curtido gesticulaba con animación mientras hablaba con Beau. Dakota atizaba el fuego, mientras Logan y algunos de los otros trabajadores se pasaban botellas de cerveza. Y allí, al otro lado de la fogata, estaba Alex. Las llamas proyectaban una luz dorada sobre sus facciones, con sombras que danzaban en los huecos de sus mejillas. Se reía de algo que Colt había dicho, con la cabeza echada hacia atrás y la garganta expuesta.

Dios, se veía delicioso…

Casi me di la vuelta en ese mismo instante. ¿Qué lugar tenía yo entre esta gente? Era un forastero, un chico de ciudad jugando a la vida de campo. No importaba cuánto tiempo me quedara en el Rancho Baker, sentía que no encajaba. Ahora era mi hogar y, sin embargo, me sentía más impostor que nunca.

Pero entonces Alex levantó la vista, como si sintiera mi presencia, y nuestras miradas se encontraron a través del fuego. Su sonrisa se amplió cuando me vio, y levantó su botella de cerveza en un pequeño saludo. El simple gesto envió una oleada de calidez a mi pecho, ahuyentando mis dudas.

—Vaya, vaya —exclamó Caroline, que había seguido la mirada de Alex—. Miren lo que trajo el viento. Dustin, mueve el trasero para acá antes de que cambies de opinión y te escapes.

El calor me subió por el cuello cuando todos se giraron para mirarme. Obligué a mis pies a moverse, saliendo de entre los árboles con lo que esperaba que pasara por confianza.

—Hola a todos. Traje cerveza —dije torpemente, levantando el paquete de seis como un tonto.

—Este es de los míos —sonrió Colt, tomando una de las botellas—. Ven, siéntate. Justo estábamos contando historias vergonzosas de los días de Caroline en las carreras de barriles.

—No eran vergonzosas —protestó Caroline, pero sus ojos brillaban de alegría—. Ese caballo me la tenía jurada, lo juro.

Encontré un sitio vacío en uno de los troncos dispuestos alrededor del fuego, tratando de no darme cuenta de que me situaba justo enfrente de Alex. Lo intenté y fracasé. Cada vez que levantaba la vista, él me estaba observando, con esos ojos marrones que reflejaban la luz del fuego.

—Así que, Dustin —dijo Logan, sentándose a mi lado con una cerveza fresca—. Dakota dice que has estado escribiendo. ¿En qué tipo de cosas trabajas?

Casi me atraganté con mi bebida. —Solo… cosas personales. Nada interesante.

—Vamos —intervino Alex, su voz se oía con facilidad por encima del crepitar de las llamas—. Apuesto a que es más interesante de lo que crees. ¿Qué te hizo empezar?

La pregunta era bastante inocente, pero la forma en que la hizo, inclinándose ligeramente hacia delante, con toda su atención centrada en mí… hizo que se me secara la boca.

—No sé —dije con sinceridad—. Supongo que necesitaba algo que hacer con mis manos. Con mi mente. El silencio de aquí… te hace pensar.

—¿Pensamientos buenos o pensamientos malos? —preguntó Alex, y había algo en su tono que me hizo preguntarme si entendía más de lo que aparentaba.

—Ambos —admití, tomando otro trago de cerveza para armarme de valor—. Depende del día. —Sacudí la cabeza—. Pero todavía no se me ha ocurrido nada bueno. Aún estoy tratando de averiguar qué quiero decir.

—Debe ser importante, entonces —sonrió Caroline—. Casi dos años y todavía no has averiguado qué quieres decir.

—S-Sí… supongo…

—Déjenlo en paz —intervino Alex, acudiendo a mi rescate—. Llevo aquí una semana y estoy bastante seguro de que ninguno de ustedes podría hilar seis palabras seguidas para salvar sus vidas.

Eso causó un alboroto, desviando la atención de mí. Alex recibió las burlas de los demás, pero él solo sonrió a través de ellas, lanzándome miradas rápidas. No pude evitar devolverle la sonrisa y sentirme agradecido por su intervención.

La conversación fluyó a nuestro alrededor después de eso, pero me di cuenta de que solo estaba escuchando a medias. Era demasiado consciente de Alex, de la forma en que la luz del fuego jugaba sobre

sus facciones, de cómo su risa me provocaba escalofríos por la espalda. De vez en cuando, nuestras miradas se encontraban, y la intensidad en la suya me cortaba la respiración. Era un hombre tan guapo.

A medida que avanzaba la noche, la gente empezó a marcharse. Caroline fue la primera en irse, alegando que tenía que madrugar. Dakota y Logan la siguieron no mucho después, y pronto solo quedamos yo, Alex, Colt y Beau alrededor de la fogata moribunda.

—Probablemente yo también debería volver —dijo Colt, estirándose —. Tengo que ayudar a Caroline con los caballos nuevos mañana.

Beau asintió, levantándose y sacudiéndose la tierra de los jeans. — Sí, yo también. Lucas probablemente me está esperando despierto. ¿Vienes, Dustin?

Miré a Alex, que seguía sentado, hurgando en las brasas con un palo. —Creo que me quedaré un poco más. Para asegurarme de que el fuego se apague bien.

Beau me lanzó una mirada cómplice, pero no hizo ningún comentario. —De acuerdo. Nos vemos mañana.

Colt me guiñó un ojo. —Que tengas una buena noche.

Y entonces quedamos solo nosotros dos.

El silencio se extendió entre nosotros, ocupado solo por el crepitar de las llamas moribundas y el suave murmullo del agua contra la orilla. Alex continuó hurgando en el fuego, enviando chispas que danzaban hacia el cielo nocturno. Observé sus manos, hipnotizado por la forma en que sus dedos agarraban el palo, la forma en que los tendones de sus antebrazos se movían con cada movimiento.

—En realidad no necesitas asegurarte de que el fuego esté apagado, ¿o sí? —dijo Alex por fin, con la voz grave y ronca.

El corazón me martilleaba contra las costillas. —No. No lo necesito.

Entonces levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron por encima de las brasas incandescentes. —Bien. Esperaba que te

quedaras.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, cargadas de posibilidades. Me sentí como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de saltar hacia algo que lo cambiaría todo.

—Alex, yo…

—Me has estado evitando —dijo, dejando el palo a un lado—. Desde hace tres días.

—No es que… —empecé a decir, pero me detuve. ¿Qué sentido tenía mentir?—. Bueno, quizá sí. Un poco.

—¿Por qué? —Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas—. ¿Fui muy directo la otra noche? ¿Te… te hice sentir incómodo?

—No —dije rápidamente—. Dios, no. —Hice una pausa—. Bueno, quizá un poco. Pero no fue eso.

—Entonces, ¿qué fue?

Me quedé mirando mis manos, tratando de encontrar las palabras. ¿Cómo podía explicarle que estaba aterrorizado? ¿Que nunca antes había estado con un hombre? ¿Que cada vez que me miraba, sentía que podía entrar en combustión?

—No soy bueno para esto —dije finalmente—. Para… lo que sea que sea esto.

Alex se quedó en silencio por un largo momento. Cuando por fin levanté la vista, me estaba estudiando con esos intensos ojos marrones.

—¿Qué crees que es esto? —preguntó en voz baja.

Se me secó la boca. —No lo sé. Dímelo tú.

Entonces se puso de pie y rodeó el fuego con una gracia fluida hasta quedar justo frente a mí. Lo suficientemente cerca como para oler su colonia, para ver las motas doradas en sus ojos marrones.

—Creo —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro—, que eres uno de los hombres más hermosos que he visto en mi vida. Y que tú también crees que soy guapo.

Se me cortó el aliento. —Alex…

—¿Me equivoco? —Levantó la mano para ahuecar mi mandíbula, su pulgar rozando mi pómulo—. Dime que me equivoco y me iré ahora mismo. Fingiré que esto nunca pasó.

Me apoyé en su caricia, mis ojos cerrándose lentamente. —No… no te equivocas.

Cuando abrí los ojos, se me cortó el aliento. Estaba tan cerca.

—Pero yo…

—¿Qué pasa? —preguntó, su pulgar acariciando mi mejilla.

—Yo… no puedo hacer esto —me oí decir, apartándome de él. Me puse de pie en un instante, con los ojos ya llenos de lágrimas mientras años de ocultamiento, dolor y deshonestidad volvían a inundarme—. Es que… es que no puedo.

Y me alejé, la fría noche me tragó antes de que Alex pudiera detenerme.

# CAPÍTULO OCHO: ALEX

Una tarde libre no era una ocasión común para un peón de rancho como yo. Estaba acostumbrado al trabajo duro, todo el día y todos los días. Pero las cosas en el Rancho Baker resultaban ser muy diferentes a cualquier otro rancho en el que hubiera trabajado. Para empezar, no tenía que partirme el lomo ni de lejos tanto como antes. Gracias a la arena y a las clases de rodeo, el rancho ganaba mucho dinero. Eso significaba que podían permitirse todos los peones que necesitaban para cuidar del lugar. Y eso, a su vez, significaba que cada peón tenía un día libre a la semana. Apenas podía creer mi suerte.

La mayoría de los peones iban a Amarillo en su día libre o al Rusty Spur para pasar un largo día de cerveza, billar y cualquier otra travesura que se les ocurriera. Mi camioneta era confiable, pero vieja, y no tenía ganas de tentar a la suerte tratando de manejar hasta Amarillo. Por otro lado, tampoco me apetecía mucho pasarme la noche bebiendo en el Rusty Spur.

En lugar de eso, decidí trabajar por la mañana, aunque no tenía por qué hacerlo. Sinceramente, empezar el día con algo físico me ponía de buen humor. Estaba acostumbrado y, sencillamente, no sabía en qué desperdiciar una mañana si no era así. Pero cuando llegó la tarde, volví al apartamento. Después de una siesta rápida y una ducha, me dirigí al centro de Sagebrush. No era gran cosa, pero pensé en invitarme a cenar. Nadie más iba a hacerlo y, en lo que a mí respectaba, me lo merecía. Me hubiera gustado llevar a Dustin conmigo, pero después de la fogata de hacía dos noches, tenía la sensación de que ya no quería verme.

Por alguna razón, su reacción me estaba retorciendo por dentro. No estaba acostumbrado a que me rechazaran. Por lo general, los chicos, cuando los encontraba, no se cansaban de mí. Quizá fuera egocéntrico, pero me había acostumbrado a ser muy cotizado. Me gustaba la atención y no me avergonzaba admitirlo.

Pero algo en Dustin era diferente. No se parecía a esos otros chicos. Era callado, de buenos modales y tan tímido como el que más. También era hermoso de pies a cabeza, con un par de ojos azules en los que podría perderme para siempre. Había algo más, sin embargo, una especie de neblina melancólica a su alrededor que yo deseaba desesperadamente apartar con besos suaves y palabras dulces susurradas al oído. Tenía la mirada de un hombre que había pasado por un infierno. Solo deseaba que me dijera por qué. O que me diera la oportunidad de intentar mejorarlo. Incluso una sola noche podría animarlo. Y restaurar mi ego herido.

El diner estaba muy concurrido cuando entré; la gente del almuerzo todavía andaba por ahí a pesar de que pasaban de las tres de la tarde. La campana sobre la puerta tintineó, anunciando mi llegada, y algunas cabezas se giraron hacia mí. Asentí cortésmente, inclinando mi sombrero ante una mujer mayor que no reconocí y que se iba con su nieto.

—Vaya, miren a este diablo guapo —dijo Dolly desde detrás de la barra, con sus labios pintados de rojo curvándose en una cálida sonrisa—. Pensé que ustedes solo venían por el desayuno.

—Solo cuando estamos trabajando —respondí, deslizándome en un taburete de la barra—. Tengo la tarde libre.

—Qué suerte tienes —dijo, sirviéndome una taza de café sin preguntar—. El menú es el mismo, pero hoy tenemos el brisket de Beau como especial del día.

—Suena perfecto —dije, sin molestarme en mirar el menú. El diner de Dolly era legendario en esta zona gracias a la combinación de la barbacoa de Beau y su cocina casera.

Mientras anotaba mi pedido, eché un vistazo al diner. Era un lugar acogedor, todo de cromo y vinilo rojo, con fotos de la historia de Sagebrush cubriendo las paredes. Me recordó a una docena de otros diners en una docena de otros pueblos pequeños por los que había pasado. Pero algo en este se sentía diferente. Quizá era porque Sagebrush en sí se sentía diferente.

O quizá era por él.

—Parece que estás a mil kilómetros de aquí —dijo Dolly, acercándome el café—. ¿En qué piensas?

Me encogí de hombros, echando una cucharada de azúcar en mi café. —Solo disfruto del día libre.

Dolly se apoyó en la barra, entrecerrando ligeramente los ojos. Tenía esa mirada que ponen las mujeres cuando saben que no estás diciendo toda la verdad. —Ajá. Y yo soy la reina de Inglaterra.

No pude evitar sonreír. —Su Majestad.

Me dio un golpecito en el brazo con su libreta de pedidos. —No te pases de listo conmigo, Alex Reyes. Llevo sirviendo café en este pueblo el tiempo suficiente para saber cuándo un hombre tiene algo en la cabeza. Y *tú* tienes algo en la cabeza.

Tomé un sorbo de mi café, considerando mis opciones. Apenas conocía a Dolly, pero parecía el tipo de mujer que se enteraba de todo. Y que mantenía la boca cerrada cuando importaba. Todo el mundo hablaba muy bien de ella, como si fuera una tía querida, así que debía de ser de confianza.

—Está bien —concedí—. Quizá sí estoy pensando en algo. O en alguien.

Levantó las cejas. —¿Ah, sí? ¿Alguien que conozca?

Dudé, revolviendo mi café. No muchos pueblos pequeños aceptaban a hombres como yo. Pero, por otro lado, Dolly no parecía tener problemas con ninguno de los otros chicos. —Dustin Corvus —dije al fin, con la voz apenas por encima de un susurro.

Algo brilló en los ojos de Dolly… ¿reconocimiento, o quizá incluso preocupación? —¿El chico de ciudad del Rancho Baker? ¿El callado?

—Ese mismo —asentí—. ¿Lo conoces bien?

Dolly se enderezó, mirando a su alrededor como para asegurarse de que nadie estuviera escuchando demasiado. La gente del almuerzo había empezado a disminuir considerablemente, y ahora éramos los únicos dos en la barra.

—Lo conozco de vista y por sus buenos modales —dijo ella, simplemente—. Pero a pesar de que lleva aquí casi dos años, no habla mucho. Aunque es un encanto.

—Sí, «encanto» es una buena palabra para describirlo —convine, tomando otro sorbo de café—. Y callado. Demasiado callado, a veces. Como si tuviera todo un mundo encerrado dentro de él.

La expresión de Dolly se suavizó mientras me rellenaba la taza sin que se lo pidiera. —Algunas personas cargan con sus penas de esa manera. Se guardan todo bien adentro hasta que están a punto de estallar.

—¿Crees que eso es lo que está haciendo? ¿Guardándose las cosas?

Ella se encogió de hombros, limpiando la barra con un trapo. —Es difícil saberlo. Viene una, quizás dos veces por semana. Siempre pide lo mismo. Un club sándwich de pavo, sin mayonesa, y ensalada en lugar de papas fritas. Deja buena propina. Dice «por favor» y «gracias», pero nunca mucho más.

Me encontré inclinándome hacia adelante, hambriento de cualquier dato sobre Dustin. —¿Alguna vez ha mencionado algo sobre su pasado? ¿Sobre por qué vino aquí?

—A mí no —dijo Dolly, y luego bajó la voz—. Pero llevo en esto el tiempo suficiente para reconocer esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La mirada de un hombre que huye de algo. —Hizo una pausa, con los ojos perdidos en la distancia—. Podría estar huyendo de su

pasado. Podría estar huyendo de sí mismo. Sea como sea, tiene ese aire atormentado.

Se me encogió un poco el corazón. Ya lo sospechaba, pero oírlo confirmado lo hizo real. —Solo desearía que hablara conmigo.

—¿Ah, sí? —Las cejas de Dolly se arquearon con interés—. ¿Ya están teniendo problemas ustedes dos?

Solté una risa seca. —No se pueden tener problemas si para empezar no hay nada.

—¿Pero quieres que haya algo?

Un calor me subió por el cuello. —Quizás. Sí.

Dolly me estudió por un momento, luego asintió como si hubiera tomado una decisión. —Sabes, a veces los más callados son los que más tienen que decir. Solo están esperando a alguien lo suficientemente paciente para escuchar.

—Tengo paciencia de sobra —insistí—. Pero es difícil escuchar cuando ni siquiera me mira.

—Dale tiempo —me aconsejó, dándome una palmada en la mano—. Pero tampoco te rindas. No creo que sea del tipo que pica el anzuelo a la primera.

La campanilla sobre la puerta tintineó cuando un nuevo cliente entró, y Dolly se enderezó. —Tu brisket saldrá en un minuto, cariño. Piensa en lo que te dije.

Mientras se alejaba para saludar al recién llegado, me quedé mirando mi café, pensando en Dustin. En la forma en que se apoyó en mi mano en la fogata, cerrando los ojos solo por un momento antes de que el pánico se apoderara de él. En las lágrimas que había vislumbrado en sus ojos cuando se apartó. Había algo ahí… algo a lo que quería rendirse. Pero estaba luchando contra ello con uñas y dientes.

Pero, ¿por qué? No podía ser tan malo, y vaya que yo había salido con unos verdaderos patanes en mi vida.

Quizás solo era tímido. Quizás tenía un pasado como el mío, con gente que no lo aceptaba por ser quien era. Dios sabe que yo entendía eso muy bien. O quizás simplemente no le gustaba, aunque esa idea me dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Llegó mi brisket, humeante y cubierto con la famosa salsa de Beau. Dolly lo dejó en la mesa con un guiño y se fue a atender a sus otros clientes. Corté la carne tierna, saboreando el gusto ahumado mientras mi mente continuaba divagando.

La verdad era que no estaba acostumbrado a que el rechazo de alguien me importara tanto. Usualmente, simplemente pasaba al siguiente compañero dispuesto. Pero algo en Dustin se me había metido bajo la piel de una manera que nadie más lo había hecho antes. No era solo su apariencia, aunque, por Dios, un hombre podría ahogarse en esos ojos azules suyos. Era algo más profundo. Esa tristeza que cargaba, tal vez. Quería conocer su origen. Quería aliviarla, si podía.

—¿Otro café, cielo? —Dolly estaba de vuelta, con la cafetera en la mano.

—Por favor —asentí, empujando mi taza hacia ella—. Dolly, ¿sabes si está saliendo con alguien? Con Dustin, digo.

Ella se rio entre dientes, llenando mi taza. —¿En Sagebrush? Cariño, si ese hombre estuviera saliendo con alguien en ochenta kilómetros a la redonda, yo ya lo sabría. Este pueblo no guarda secretos así por mucho tiempo.

—Así que está solo —reflexioné, más para mí que para ella.

—Más solo que la una —confirmó—. Aunque no por falta de interés. Caroline Baker intentó emparejarlo con la mitad de las mujeres disponibles del condado antes de darse cuenta de que no iban por ahí los tiros. —Hizo una pausa por un momento—. La primera vez que lo pillé mirando a Colt Dawson, supe que estaba perdiendo el tiempo. Pero, bueno, ¿a quién *no* le gusta mirar a Colt Dawson?

No pude evitar la pequeña sonrisa que se dibujó en mis labios. Así que Caroline lo sabía. Y si Caroline lo sabía, probablemente todo el rancho lo sabía. Con razón nadie se inmutaba cuando coqueteaba con él.

—¿Eso le molesta a la gente de por aquí? —pregunté con cuidado.

Dolly me lanzó una mirada cómplice. —Algunos, claro. Siempre habrá gente con la mentalidad estancada en el siglo pasado. Pero la mayoría por aquí está demasiado ocupada con sus propios líos como para preocuparse de con quién se acuesta cada uno. —Se inclinó con aire de conspiración—. Además, después de lo que pasaron Lucas y Beau, casi todos cambiaron de parecer. Es difícil odiar lo que hace felices a tus vecinos, sobre todo cuando su negocio es el que mantiene a flote este viejo y polvoriento pueblo.

Asentí, y un gran alivio me invadió. No era así en todas partes. Había trabajado en ranchos donde tuve que mantener mis preferencias en secreto, donde que me descubrieran significaba violencia o algo peor.

—Entonces, ¿qué lo detiene? —me pregunté en voz alta.

—Eso —dijo Dolly, limpiándose las manos en el delantal— es algo que solo Dustin puede decirte. —Se acercó, tamborileando sobre el mostrador con sus uñas de acrílico rojas—. Entonces, ¿por qué no vas a verlo? ¿Haces que hable contigo?

—No sé… —empecé—. Se siente… *invasivo*.

—No hay nada de invasivo en llevarle la cena a un hombre.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —sonrió— que te voy a preparar una cena para llevar y tú se la vas a llevar a ese hombre solitario que está allá en medio de la nada. Y luego —añadió, inclinándose más—, le vas a hacer compañía. Te dejo a ti cómo quieres lograrlo.

Me guiñó un ojo y no pude evitar que el rubor me subiera a las mejillas.

—Trato hecho —sonreí.

Pero por dentro, mi corazón latía con fuerza por la emoción. Esta vez iba a ver a Dustin, e iba a tener una conversación *de verdad* con él, aunque tuviera que sacarle las palabras a la fuerza. Quería saber sobre él, sobre quién era. E incluso si nunca surgía nada de esto, al menos podría decir que lo intenté.

# CAPÍTULO NUEVE: ALEX

Estacioné mi vieja camioneta junto a la arena, justo afuera de mi apartamento. En el asiento del copiloto había una bolsa de papel con asas llena de comida para llevar que Dolly había insistido en que me llevara sin pagar. Se suponía que debía llevársela a Dustin, pero me había estado tomando mi tiempo. Estiré mi cena tanto como pude antes de irme y, ahora que estaba de vuelta en el rancho, me sentía un poco nervioso por seguir adelante con el plan de Dolly.

Respiré hondo y bajé de la camioneta, con la bolsa de papel en la mano. El calor del día había comenzado a disminuir mientras el sol se dirigía hacia el horizonte oeste. El cielo estaba bañado en rojos y dorados, tiñendo la parte inferior de las nubes. Lo contemplé por un momento, absorbiéndolo todo. Luego, armándome de valor, me dirigí por el largo y sinuoso sendero hacia la cabaña de Dustin.

La grava crujía bajo mis botas mientras caminaba, y cada paso levantaba pequeñas nubes de polvo en el aire. El corazón me martilleaba en el pecho como si fuera un adolescente enamorado en lugar de un hombre adulto. ¿Qué tenía Dustin que me revolvía tanto por dentro? Nunca me había puesto tan nervioso al acercarme a alguien.

Su cabaña estaba enclavada entre un grupo de pinos, la madera se mimetizaba con el paisaje como si hubiera crecido allí de forma natural. El humo se enroscaba perezosamente desde la chimenea a pesar del calor de la tarde. A medida que me acercaba, pude ver un suave resplandor a través de las ventanas, cálido y acogedor contra

el creciente crepúsculo. No la había visto bien la última vez que vine, pero era probablemente la minicasa más bonita que había visto en mi vida.

Me detuve al pie de la escalera del porche, cambiando la bolsa de una mano a la otra. ¿Y si me cerraba la puerta en la cara? ¿Y si ni siquiera estaba en casa? ¿Y si…?

—Deja de ser tan cobarde —me dije entre dientes, subiendo los escalones antes de poder cambiar de opinión.

Toqué con firmeza, tres golpes secos que parecieron resonar en el aire tranquilo de la tarde. Por un largo momento, no hubo nada. Luego oí movimiento dentro, unos pasos suaves que se acercaban a la puerta.

Cuando se abrió, Dustin estaba allí, con un aspecto desaliñado y tierno que no le había visto antes. Su cabello oscuro estaba alborotado, como si hubiera estado pasándose las manos por él, y llevaba una camiseta azul descolorida que se le pegaba a los hombros de la manera correcta. Sus ojos se abrieron de par en par al verme, esas profundidades azules reflejando sorpresa y algo más que no pude identificar.

—Alex —dijo, mi nombre apenas era un susurro en sus labios.

—Hola —respondí, levantando la bolsa como una ofrenda—. Dolly te mandó cena. Pensé que tendrías hambre.

Parpadeó, mirándome a mí, luego a la bolsa y de nuevo a mí. —Yo… gracias.

Un silencio incómodo se extendió entre nosotros. Cambié mi peso de un pie a otro.

—¿Puedo pasar? —pregunté finalmente—. O podríamos comer afuera si prefieres. Es una noche agradable.

Algo cruzó su rostro. Duda, quizá incluso miedo, pero luego dio un paso atrás, abriendo más la puerta. —Puedes pasar.

El interior de su cabaña era exactamente como lo recordaba, pero esta vez su tapete de yoga no estaba extendido en el suelo. Estaba ordenada pero se notaba que alguien vivía ahí, con libros apilados en cada superficie disponible. Una computadora portátil estaba abierta en una pequeña mesa junto a la ventana, la pantalla mostraba un documento con solo unas pocas líneas de texto. Los muebles eran sencillos pero parecían cómodos, y había una alfombra trenzada en el suelo que había visto días mejores, probablemente de una tienda de segunda mano local.

—Me gusta este lugar —dije, dejando la bolsa sobre la pequeña mesa de la cocina—. Es acogedor.

—Es pequeño —respondió encogiéndose de hombros—, pero es todo lo que necesito. Y es el doble de grande que algunos de los apartamentos de Nueva York en los que he vivido.

—No me imagino viviendo en Nueva York —dije, comenzando a desempacar la comida para él—. Toda esa gente apretujada, todo el mundo corriendo a alguna parte. A mí me gustan las cosas tranquilas.

Dustin sonrió levemente, tomando platos de un gabinete. —Tiene sus encantos. La energía, la gente, los restaurantes… pero sí, después de un tiempo empiezas a sentir que los edificios se te vienen encima.

—He visitado un par de ciudades grandes durante mis viajes —dije —. La mayoría de las veces solo de paso. No estoy seguro de poder vivir rodeado de tanto concreto y metal. A mí dame árboles y cielo abierto cualquier día.

—Estoy de acuerdo —respondió—. Aunque no sabía que eso era lo que necesitaba hasta que vi este lugar. —Se quedó mirando los recipientes en la mesa, contándolos mentalmente—. ¿Dolly mandó suficiente? No es propio de ella escatimar en comida.

—Ah, yo ya comí —sonreí, tomando asiento al otro lado de la mesa —. Pero mandó suficiente pastel de pacanas para los dos.

Los ojos de Dustin se iluminaron al mencionar el pastel de pacanas, y por primera vez desde que había llegado, sus hombros parecieron relajarse una fracción. —El pastel de pacanas de Dolly es peligroso. Se sabe que me he comido una rebanada entera de una sentada.

—¿Solo una rebanada? —bromeé, observando cómo se servía porciones generosas de la falda de res y las guarniciones—. Estás demostrando más autocontrol que yo.

Una sonrisa genuina se dibujó en sus labios. —Bueno, quizá dos rebanadas. Pero solo en ocasiones especiales.

—¿Qué constituye una ocasión especial? —pregunté, reclinándome en mi silla.

Hizo una pausa, con el tenedor a medio camino de su boca. —Yo… sinceramente, ya no estoy seguro. Ha pasado un tiempo desde que tuve algo que celebrar.

La confesión quedó suspendida entre nosotros, cargada de una tristeza tácita. Quería preguntar más, ahondar en lo que había puesto esa melancolía en su voz, pero pude ver que ya empezaba a encerrarse en sí mismo.

—Bueno —dije con cuidado—, quizá deberíamos hacer de esta noche una ocasión especial. Buena comida, buena compañía… — Señalé hacia la ventana donde el atardecer pintaba todo de un dorado cálido—. Y una tarde preciosa.

Dustin siguió mi mirada, y algo en su expresión se suavizó. —Es hermoso. Nunca me canso de los atardeceres de aquí. No se parecen en nada a los de la ciudad.

—¿Demasiados edificios que tapan la vista?

—Eso, y demasiada contaminación lumínica por la noche. Apenas se pueden ver las estrellas. —Le dio un bocado al brisket y cerró los

ojos brevemente mientras lo saboreaba—. Dios, Beau de verdad sabe lo que hace. Esto es increíble.

Lo observé comer, notando la forma en que todo su cuerpo parecía relajarse con cada bocado. ¿Cuándo fue la última vez que alguien le había llevado comida? ¿Cuándo fue la última vez que había cenado con otra persona? Era evidente que podía alimentarse solo, pero yo sabía cómo podía ponerme cuando estaba demasiado tiempo a solas. A veces, simplemente me olvidaba por completo de la comida.

—Y bien… —dije, tratando de mantener un tono ligero—, ¿en qué trabajabas cuando toqué? Vi tu laptop abierta.

Su tenedor se detuvo a medio camino de su boca. —Ah, eso. No es… nada en realidad. Solo algunas ideas que intentaba plasmar.

—¿Ideas de escritor o de abogado?

—De escritor, supongo. Aunque no estoy seguro de que se le pueda llamar «escribir» cuando te pasas dos horas mirando una página en blanco.

Me incliné ligeramente hacia adelante. —¿Qué tipo de escritura?

Dejó el tenedor en la mesa y se pasó una mano por su cabello ya revuelto. —No lo sé. Ese es el problema. Sigo pensando que tengo algo que decir, pero cuando me siento a decirlo… —Se encogió de hombros, impotente.

—Quizá te estás esforzando demasiado —sugerí—. A veces las mejores cosas surgen cuando no las fuerzas.

—Lo dice alguien que nunca ha intentado escribir —dijo con una sonrisa irónica.

—De hecho, llevo un diario —admití, sintiendo que el calor me subía por el cuello—. Nada elaborado, solo… pensamientos sobre los lugares en los que he estado, la gente que he conocido. Cosas que no quiero olvidar.

Dustin me miró sorprendido, con sus ojos azules ligeramente abiertos. —¿Llevas un diario?

—No me mires tan sorprendido —me reí—. Hasta los vaqueros tienen pensamientos.

Un ligero rubor tiñó sus mejillas. —No quise decir…

—Lo sé —dije suavemente—. Solo te estoy tomando el pelo.

Agachó la cabeza, concentrándose de nuevo en su comida. —¿Y sobre qué escribes? En tu diario, quiero decir.

Consideré la pregunta, observando cómo los últimos rayos de sol se filtraban por su ventana, proyectando largas sombras sobre el suelo de madera. —De todo, en realidad. Me mudo mucho, así que escribo sobre los ranchos en los que he trabajado. La gente que he conocido en el camino. Los caballos que he domado. —Hice una pausa y luego añadí en voz más baja—: Los hombres que he amado y dejado atrás.

Sus ojos se encontraron con los míos, sosteniéndome la mirada un instante más de lo necesario antes de volver a bajarla. —Parece que has tenido una vida bastante movida.

—En realidad no —me encogí de hombros—. Solo una vida inquieta.

—¿Es por eso que te mudas tanto? ¿Por inquietud?

Me recosté en mi silla, estudiándolo. —Algo así. ¿Y tú? ¿Qué te trajo a Sagebrush? Está muy lejos de Nueva York.

—Vine a salvar el rancho.

Enarqué una ceja en su dirección. —La verdadera razón por la que viniste —corregí—. Nadie abandona la ciudad y toda su vida por un capricho.

Dustin dejó el tenedor, con el plato medio vacío. —Es… complicado.

—Tengo tiempo —dije, señalando con la cabeza el cielo que oscurecía afuera—. Y ningún sitio a donde ir.

Se quedó en silencio por un largo momento, y me preocupó haber presionado demasiado. Pero entonces suspiró, y sus hombros se hundieron ligeramente.

—Necesitaba un lugar tranquilo —dijo finalmente—. Un lugar donde pudiera… aclarar mis ideas.

—¿Y lo has conseguido? ¿Aclarar tus ideas?

Soltó una risa hueca. —Ni de cerca.

La tristeza en su voz me tocó una fibra sensible. Quise estirar la mano sobre la mesa y tomar la suya, pero sabía que no debía. Todavía no.

—Quizá —le sugerí—, necesites salir más de esta cabaña. Ver el mundo más allá de estas paredes.

—Veo bastante —protestó débilmente—. A veces voy a la casa principal. Y al pueblo a por provisiones.

—No me refería a eso, y lo sabes. —Me puse de pie, con una idea en mente—. Vamos. Ponte las botas.

Me miró parpadeando. —¿Qué? ¿A dónde vamos?

—A dar un paseo —dije, mientras me dirigía hacia la puerta—. El sol ya casi se ha puesto, pero todavía hay suficiente luz. Y conozco el lugar perfecto.

Dustin vaciló, mirando su cena a medio comer. —No he terminado…

—Puede esperar —le aseguré—. No tardaremos, te lo prometo.

Por un momento, pensé que se negaría. Pero entonces algo cambió en su expresión, como si hubiera tomado una decisión, y se apartó de la mesa.

—De acuerdo —dijo, agarrando sus botas junto a la puerta—. Pero solo un paseo corto. No estoy vestido precisamente para hacer senderismo.

Esperé en el porche mientras él se ataba las botas, observando cómo la última luz del día se desvanecía del cielo. Las estrellas comenzaban a aparecer, puntitos de plata contra el azul cada vez más profundo. Cuando Dustin se me unió, se había puesto una chaqueta ligera sobre la camiseta, y la imagen de él, casual, un poco desaliñado, pero aun así tan guapo, hizo que se me acelerara el corazón.

—Por aquí —dije, señalando un sendero estrecho que se alejaba de su cabaña y se adentraba entre los árboles.

El sendero era lo suficientemente ancho para que camináramos uno al lado del otro, y nuestros hombros se rozaban de vez en cuando mientras avanzábamos por el terreno irregular. Cada toque accidental me enviaba una sacudida por el cuerpo, y me preguntaba si él también lo sentía. La tensión entre nosotros era palpable, algo vivo que parecía pulsar con cada paso que dábamos.

—¿Adónde vamos exactamente? —preguntó mientras nos adentrábamos más en el bosque.

—Ya verás —respondí, incapaz de ocultar la sonrisa en mi voz.

El camino comenzó a descender, y pude oír el suave murmullo del agua en la distancia. Al doblar una curva, los árboles se abrieron para revelar un pequeño arroyo, cuya superficie brillaba con los últimos vestigios del crepúsculo. La orilla estaba cubierta de hierba y salpicada de flores silvestres que se habían cerrado por la noche, pero que volverían a abrirse con el sol de la mañana.

—Encontré este lugar en mi segundo día aquí —dije, llevándolo hacia una roca plana cerca de la orilla del agua con una gran sonrisa —. Es tranquilo. Y es el mismo lugar donde me viste nadando desnudo, si te acuerdas.

Un profundo rubor se extendió por el rostro de Dustin al mencionar nuestro primer encuentro, y apartó la mirada, concentrándose en el arroyo en lugar de en mí. —Me acuerdo —dijo en voz baja, su voz apenas audible por encima del suave murmullo del agua.

—Bien —dije, sentándome en la roca y palmeando el espacio a mi lado—. Porque he estado pensando en ese día desde entonces.

Dudó un momento antes de sentarse junto a mí, cuidando de dejar una distancia prudente entre nosotros. La roca estaba cálida por el calor del día, todavía irradiando una sensación reconfortante mientras el aire de la noche comenzaba a enfriarse.

—Es hermoso aquí —dijo, y pude notar que intentaba desviar la conversación de aquel momento tan cargado que habíamos compartido junto al agua.

—Lo es —asentí, pero no estaba mirando el arroyo. Estaba observando la forma en que la luz emergente de la luna delineaba la línea afilada de su mandíbula, la manera en que su cabello oscuro caía sobre su frente—. ¿Dustin?

—¿Sí?

—¿Qué pasó la otra noche? ¿En la fogata? —Mantuvé la voz suave, sin sonar amenazante—. En un momento dejabas que te tocara y, al siguiente…

Se abrazó las rodillas, acercándolas a su pecho en un gesto que lo hacía parecer más joven, más vulnerable. —Me asusté.

—¿De mí?

—De mí mismo —la confesión fue apenas un susurro—. De lo que quería.

Se me encogió el corazón al oír el dolor en su voz. —¿Y qué es lo que querías?

Se quedó en silencio tanto tiempo que pensé que no respondería. Cuando finalmente habló, sus palabras fueron tan suaves que tuve que inclinarme para poder oírlas.

—A ti —dijo—. Quería que siguieras tocándome. Quería corresponderte. Quería… —Sacudió la cabeza, como si intentara despejarla—. Pero no puedo.

—¿Por qué no? —pregunté, acercándome un poco más en la roca. No lo suficiente para invadir su espacio, pero sí lo bastante cerca para sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Porque no sé cómo ser esta persona —dijo, con la voz quebrándosele un poco—. Pasé treinta y dos años fingiendo ser otra persona. Estuve casado, Alex. Tenía una esposa que me amaba, y le destruí la vida porque fui demasiado cobarde para admitir lo que era.

Las piezas comenzaron a encajar. La tristeza, el aislamiento, la forma en que se apartaba justo cuando las cosas empezaban a calentarse entre nosotros.

—Eres gay —dije, no como una pregunta, sino como una suave afirmación.

Él asintió, sin mirarme todavía. —Me tomó bastante tiempo darme cuenta. O admitirlo, mejor dicho. Creo que una parte de mí siempre lo supo, pero era más fácil simplemente… no lidiar con eso.

—¿Qué pasó con tu esposa?

—Se llama Ali —dijo, con la voz cargada de arrepentimiento—. Alison. Nos conocimos en la facultad de derecho, nos casamos justo después de graduarnos. Es hermosa, inteligente y amable, y merecía mucho más de lo que yo le di. De lo que la obligué a soportar.

—¿Qué la obligaste a soportar? —pregunté suavemente, con el corazón doliéndome por el pesar que podía oír en su voz.

Se quedó en silencio por un largo momento, sus dedos jugueteando con la hierba junto a la roca. —Años de sentir que no era suficiente. Como si hubiera algo malo en ella, algo que no podía darme. Me esforcé tanto por ser el marido que merecía, pero no podía… No podía desearla de la forma en que ella necesitaba que lo hiciera.

Las palabras quedaron flotando pesadamente en el aire entre nosotros. Quería extender la mano para tocarlo, para ofrecerle algún tipo de consuelo, pero sentí que necesitaba desahogarse.

—Ella lo sabía —continuó, con la voz apenas por encima de un susurro—. Quizás no conscientemente, pero sabía que algo andaba mal. Se esforzaba más, se arreglaba para mí, sugería cosas en la cama que yo simplemente… —Sacudió la cabeza—. La hice sentir que estaba fallando, cuando el fracaso era todo mío.

—Eso no es fracasar, Dustin —dije con suavidad—. Eso es solo ser humano.

Entonces finalmente me miró, con esos ojos azules brillantes por las lágrimas contenidas. —¿Lo es? Porque sentía que vivía una mentira todos los días. Fingiendo ser un esposo mientras fantaseaba con hombres con los que ni siquiera había hablado. Volviendo a casa con ella después de ver a algún tipo en el metro y tener que excusarme para ir al baño porque estaba tan alterado que no podía pensar con claridad.

La honestidad brutal en su voz me oprimió el pecho. Podía ver la vergüenza que cargaba, el peso de los años que pasó negando quién era.

—¿Cuándo se lo dijiste? —pregunté.

—Hace dos años. Después de que la vi llorando en la cocina una noche porque pensaba que ya no la encontraba atractiva. —Se le quebró la voz—. Se estaba culpando por mi incapacidad de ser lo que ella necesitaba, y yo… simplemente ya no podía dejar que lo hiciera. Así que se lo conté todo.

—¿Cómo se lo tomó?

—Mejor de lo que merecía —dijo con una risa amarga—. Estaba dolida, obviamente. Enojada. Pero sobre todo, se sintió aliviada de por fin entender por qué nuestro matrimonio se sentía tan… vacío. Dijo que se había estado preguntando si había alguien más y, en cierto modo, descubrir que yo era gay fue mejor que pensar que me había enamorado de otra mujer.

Asentí, comprendiendo más de lo que él probablemente se daba cuenta.
—¿El divorcio fue idea suya?

—Mía. Ella merecía una oportunidad de encontrar el amor de verdad, y yo… —Dejó la frase en el aire, con la mirada perdida en el agua oscura—. Merecía dejar de fingir ser alguien que no era. Pero saber eso no hace que la culpa desaparezca.

—¿Por eso viniste aquí? ¿Para escapar de la culpa?

—En parte. —Acercó las rodillas a su pecho—. Necesitaba alejarme de todo lo que me recordaba la vida que había construido sobre una mentira. El apartamento, el trabajo, los amigos que nos conocían como pareja. Y necesitaba un lugar donde pudiera descubrir quién era realmente, no la mentira que creía que debía ser.

Observé cómo el rostro de Dustin se suavizaba bajo la luz de la luna, su perfil nítido contra el cielo que se oscurecía. El arroyo gorgoteaba a nuestro lado, un telón de fondo tranquilizador para su confesión.

—¿Y lo has hecho? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro—. ¿Has descubierto quién eres?

Se giró hacia mí, con una sonrisa triste dibujada en sus labios.
—No del todo. Pero sé que no soy el hombre que fingí ser todos esos años. —Se pasó una mano por el pelo, un gesto encantadoramente nervioso—. Sé que me gusta estar aquí, lejos del ruido y las expectativas. Sé que no extraño el derecho corporativo. Y

sé… —hizo una pausa, tragando saliva—, sé que me siento atraído por los hombres. Por ti.

La confesión quedó suspendida entre nosotros, frágil como una pompa de jabón. Quise acercarme a él, atraerlo hacia mí, pero sentí que no había terminado.

—Por eso salí corriendo la otra noche —continuó—. Porque sentir esa atracción y realmente actuar en consecuencia… lo vuelve real de una manera para la que no he estado listo.

—¿Y ahora? —pregunté, con el corazón martilleándome en las costillas.

—Ahora estoy aterrorizado —admitió con una risa suave—. Pero estoy cansado de huir de lo que quiero.

Me acerqué más, con cuidado, como si me aproximara a un potro asustadizo.
—¿Y qué es lo que quieres, Dustin?

Sus ojos se encontraron con los míos, sus profundidades azules nadando en incertidumbre y deseo.
—Quiero saber qué se siente —susurró—. Besar a un hombre. Besarte a ti.

Se me cortó la respiración.
—Sería un honor ser el primero —dije en voz baja, levantando la mano para ahuecar su mejilla.

Se apoyó en mi caricia, sus ojos se cerraron con un aleteo. Me moví lentamente, dándole tiempo para que se apartara si cambiaba de opinión. Pero no lo hizo. En cambio, inclinó su rostro hacia el mío, una invitación que no pude resistir.

Cuando nuestros labios se encontraron, fue con delicadeza. Un mero susurro de contacto, ambos tanteando y explorando. Sus labios eran más suaves de lo que había imaginado, ligeramente agrietados por el sol de Texas. Lo sentí tensarse momentáneamente antes de

derretirse en mí, un pequeño sonido escapando de su garganta que envió una oleada de calor por mis venas.

Mantuve el beso ligero, dejándolo marcar el ritmo, pero cuando su mano subió para agarrar mi hombro, sus dedos hundiéndose en la tela de mi camisa, algo cambió. El beso se profundizó, sus labios se separaron bajo los míos, y lo saboreé: café de medianoche y el dulce ahumado de la barbacoa.

Su inexperiencia era evidente en la forma vacilante en que se movía, pero había un entusiasmo que me hizo dar vueltas la cabeza. Cuando mi lengua rozó la suya, él jadeó, el sonido tan puro y sorprendido que no pude evitar sonreír contra su boca.

—¿Estás bien? —murmuré, retrocediendo lo suficiente para ver su rostro.

Tenía los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas a la luz de la luna. —Sí —respiró—. Creo que nunca he estado mejor.

Volvió a dudar y, en lugar de presionarlo más, simplemente lo rodeé con mis brazos, sosteniéndolo contra mí. Su cabeza se apoyó en mi hombro, su corazón latía tan fuerte que podía oírlo a través de su pecho.

Nos quedamos sentados así, dándonos calor el uno al otro en el frescor que anunciaba la noche. Los grillos cantaban y las luciérnagas brillaban sobre la hierba. Por un breve instante, todo en mi vida se sintió perfecto. Y esperaba, más que nada, que Dustin sintiera lo mismo.

# CAPÍTULO DIEZ: DUSTIN

Sentía que no había pisado el suelo durante la última media hora. Alex me había besado… de verdad me había besado. Fue mi primer beso de otro hombre y no estaba seguro de si alguna vez me recuperaría. Tenía la verga dura como una roca en mis jeans desde que sus labios tocaron los míos. Agradecía que estuviera oscuro porque no quería que viera lo empalmado que estaba ni la mancha de humedad que se formaba en la punta de mi verga.

Caminamos de regreso a mi cabaña en un silencio cómodo, con la tensión entre nosotros chisporroteando como electricidad en el aire nocturno. A cada pocos pasos, nuestras manos se rozaban, enviando corrientes por todo mi cuerpo. Estaba hipersensible a todo: al crujido de las botas de Alex sobre la grava, al aroma masculino de su colonia mezclado con heno y cuero, al calor que irradiaba su cuerpo en el aire fresco de la noche.

Cuando llegamos a mi porche, batallé con las llaves, con las manos temblándome ligeramente. El simple acto de abrir la puerta se sintió monumental, como si estuviera abriendo algo más que la entrada a mi cabaña. No es que necesitara cerrarla con llave, pero las viejas costumbres tardan en morir.

—Creo que ya debería volver —dijo Alex en voz baja, pero no hizo ningún ademán de irse. En lugar de eso, se quedó de pie justo detrás de mí, tan cerca que podía sentir su aliento en la nuca.

Me di vuelta, con la llave aún en la mano, y me encontré atrapado entre la puerta y su cuerpo. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba seguro de que podía oírlo.

—No —susurré; la palabra se me escapó antes de que pudiera detenerla—. No te vayas.

Algo brilló en sus ojos marrones. ¿Era sorpresa? ¿Deseo? ¿Quizás ambas cosas? —Dustin…

—Sé lo que estoy pidiendo —dije, con la voz apenas audible—. Sé que no estoy listo para todo, pero… no quiero que te vayas a casa.

Levantó las manos y me tomó el rostro, sus pulgares rozándome los pómulos. —¿Estás seguro? Porque no estoy seguro de poder resistirme una vez que me dejes entrar.

—Estoy seguro —musité, aunque todo mi cuerpo temblaba.

Me giré, abrí la puerta y lo jalé conmigo al interior. En el momento en que se cerró detrás de nosotros, Alex me presionó contra ella, con su cuerpo pegado al mío. Podía sentir cada centímetro de él, la pared maciza de su pecho, la fuerza de sus brazos y, Dios me ayude, la dura longitud de su erección presionando contra mi cadera.

—Estás temblando —murmuró, sus labios rozando mi oreja.

—Estoy nervioso —admití, apretando su camisa con mis manos.

—Podemos parar cuando quieras —dijo, retrocediendo para mirarme —. Solo dilo.

En lugar de responder, lo besé. Esta vez no hubo nada de tierno en el beso. Todo el anhelo y la necesidad que había estado reprimiendo durante meses se derramaron. Lo besé como si me estuviera ahogando y él fuera el aire: desesperado, hambriento y completamente abrumado por las sensaciones que me inundaban.

Alex gimió contra mi boca, deslizando las manos para agarrarme las caderas y apretarme más contra él. La fricción me hizo jadear, rompiendo el beso, y él aprovechó para deslizar sus labios por mi garganta.

—Joder —respiré, mi cabeza cayendo hacia atrás contra la puerta—. Alex…

—Dime qué quieres —dijo, con la voz ronca por el deseo—. Dime qué necesitas.

—No lo sé —jadeé—. Nunca he hecho esto antes. Solo… solo tócame.

Se apartó lo suficiente para mirarme, con sus ojos marrones oscurecidos por el anhelo. —Voy a cuidarte —prometió, llevando sus manos al borde de mi camiseta—. ¿Puedes confiar en mí?

Asentí, incapaz de articular palabra mientras me levantaba lentamente la camiseta por la cabeza. El aire fresco golpeó mi pecho, haciéndome temblar, pero las cálidas manos de Alex aparecieron de inmediato, con las palmas planas sobre mi piel, recorriendo los contornos de mi torso con toques reverentes.

—Por Dios, qué hermoso eres —murmuró, y sentí un calor inundar mis mejillas ante el cumplido. Nadie me había llamado hermoso antes. Guapo, tal vez, pero nunca hermoso.

Sus dedos trazaron la línea de vello que iba desde mi pecho hasta la cinturilla de mis jeans, y contuve el aliento bruscamente. Mi verga se tensaba contra la mezclilla, tan dura que casi dolía.

—¿Puedo? —preguntó, con los dedos suspendidos sobre la hebilla de mi cinturón.

Asentí frenéticamente, más allá de toda palabra. Se deshizo rápidamente de mi cinturón y del botón de mis jeans, y luego, lenta, tortuosamente, bajó el cierre. El sonido pareció imposiblemente fuerte en la silenciosa cabaña.

Cuando me bajó los jeans por las caderas, casi sollocé de alivio. Mi verga saltó libre, ya goteando y desesperada por atención. Los ojos de Alex se oscurecieron aún más al contemplarme, con la polla al aire y deseoso.

—Maldita sea —respiró, envolviendo su mano a mi alrededor.

La sensación de la mano de otro hombre en mi verga por primera vez hizo que mis rodillas flaquearan. Me habría caído si Alex no me

hubiera estado sosteniendo, con su brazo libre rodeándome la cintura.

—Tranquilo —me calmó, mientras su pulgar se deslizaba por la punta de mi verga, esparciendo el líquido preseminal—. Aquí estoy para ti.

Me mordí el labio para reprimir un gemido, pero se me escapó de todos modos, crudo y necesitado. El tacto de Alex era todo lo que había imaginado y más… firme pero gentil, y con una seguridad que me hizo darme cuenta de todo lo que me había estado perdiendo.

—¿Dónde? —logré jadear.

—Vamos a tu cama —sonrió, llevándome hacia la parte trasera de la cabaña.

Me soltó lo suficiente como para que me quitara las botas y los jeans de una patada, y luego me levantó en brazos como si no pesara nada. La demostración de fuerza hizo que se me contrajera la verga y hundí la cara en su cuello, inhalando su aroma.

Me recostó en la cama con una gentileza sorprendente, y luego retrocedió para quitarse su propia ropa. Observé, hipnotizado, cómo revelaba centímetro a centímetro de piel bronceada y musculosa. Primero se quitó el sombrero y lo dejó con reverencia sobre la mesita de noche. Luego siguieron sus botas vaqueras, con un poco menos de cuidado. La franela y la mezclilla se las arrancó rápidamente. Y cuando finalmente se bajó los jeans y los bóxers, liberando su impresionante erección, de verdad solté un gemido.

—Dios mío… —susurré, extendiendo la mano hacia él—. Eres perfecto.

Me sonrió desde arriba, dio un paso adelante y su verga encajó perfectamente en la palma de mi mano. Miré su longitud, sintiendo el calor contra mi piel mientras palpitaba en mi mano. Era más gruesa que la mía, pero no tan larga, con una gran vena que le recorría el tronco por arriba. Sin embargo, tenía algo que no me esperaba.

—Oh, Dios mío… —susurré, sintiendo la barrita de metal tibia en la parte inferior de su glande. Ya había oído hablar de los piercings en el frenillo, pero nunca había visto uno en persona—. ¿No te dolió?

—Como la puta madre —sonrió Alex desde arriba—. Pero ahora es tan sensible… —restregó su verga contra mi palma, dejando escapar un pequeño gemido—. Y a los chicos les encanta.

Mi mano tembló mientras exploraba el piercing, hipnotizado por la forma en que la respiración de Alex se entrecortaba cuando pasaba mi pulgar sobre el metal. La idea de esa barrita deslizándose dentro de mí envió una oleada de calor por todo mi cuerpo.

—¿Se siente bien? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro—. O sea… ¿adentro?

—Demasiado bien —gimió, con los ojos entrecerrados mientras me observaba tocarlo—. Pero no tenemos que llegar tan lejos esta noche, así que no te preocupes.

Dicho esto, se unió a mí en la cama y su peso hundió el colchón mientras se movía sobre mí. La sensación de su cuerpo desnudo contra el mío fue abrumadora. Toda esa piel cálida, la aspereza del vello de su pecho contra mi torso más liso, y la presión de su verga junto a la mía… era increíble. Había fantaseado con este momento durante tanto tiempo, pero nada me había preparado para la realidad.

—Alex —jadeé mientras comenzaba a besarme el cuello, la clavícula, el pecho. Cada presión de sus labios dejaba un rastro de fuego a su paso.

—Te he deseado desde el momento en que te vi —murmuró contra mi piel—. Esos ojos azules tuyos… me persiguen.

Su boca encontró mi pezón, y arqueé la espalda con un grito ahogado. Nunca supe que podían ser tan sensibles, pero bajo la hábil lengua de Alex, todo mi cuerpo se encendió de placer.

—Oh, Dios —resoplé, enredando mis dedos en su pelo corto, sujetándolo contra mí—. Por favor, no pares.

Se rio entre dientes, y la vibración me envió otra sacudida—. No pensaba hacerlo, hermoso.

Continuó bajando, besando mi estómago, su lengua sumergiéndose en mi ombligo, siguiendo el rastro de vello oscuro que conducía a mi verga adolorida. Cuando finalmente la alcanzó, me miró desde debajo de sus pestañas, sus ojos haciendo una pregunta silenciosa.

—Sí —respiré, sin importarme lo desesperado que sonaba—. Dios, sí, Alex.

El primer toque de su lengua contra el tronco de mi verga casi me deshizo por completo. Apreté las sábanas con los puños, luchando por controlarme mientras lamía una franja larga y lenta desde la base hasta la punta. Cuando me metió en su boca, el calor húmedo envolviéndome, tuve que morderme el labio para no correrme en el acto.

—Mierda —gemí, mis caderas moviéndose involuntariamente.

Alex me tomó más profundo, su mano envolviendo lo que no cabía en su boca. La doble sensación de sus labios y sus dedos trabajando en tándem era una tortura exquisita. Me habían hecho mamadas antes, pero esto era diferente. Alex sabía exactamente lo que otro hombre querría, exactamente cómo girar la muñeca y aplanar la lengua para volverme loco. Eso era algo que las mujeres con las que había estado nunca entendieron bien.

Sentí la opresión familiar en mis bolas demasiado pronto—. Alex, espera… voy a…

Se apartó con un chasquido obsceno, sus labios rojos e hinchados—. Lo que tú digas —sonrió—. Estoy a tus órdenes.

No pude evitar reír a pesar de mi cuerpo tembloroso y la necesidad desesperada que me recorría—. No creo que esté en posición de dar órdenes a nadie en este momento.

—Entonces déjame cuidarte —susurró Alex, subiendo de nuevo por mi cuerpo para capturar mis labios en un beso abrasador.

El sabor de mí mismo en su lengua era embriagador de una manera que no había esperado. Gemí en su boca, mis manos explorando la ancha extensión de su espalda, sintiendo los músculos moverse bajo las yemas de mis dedos.

—¿Puedo tocarte? —pregunté cuando nos separamos, ambos respirando con dificultad.

—Cariño, puedes hacer lo que quieras conmigo —dijo con vozarrón, espesa por el deseo.

Con manos temblorosas, busqué entre nosotros y envolví mis dedos alrededor de su verga. El peso de ella en mi palma se sintió correcto de una manera que nada lo había hecho antes. La barra de metal presionaba contra mis dedos mientras lo acariciaba a modo de prueba, observando su rostro en busca de reacciones.

Sus ojos se cerraron, sus labios se separaron en un suave gemido—. Justo así —me animó.

Envalentonado, apreté mi agarre, encontrando un ritmo que hizo que su respiración se entrecortara. El saber que le estaba dando placer, que estaba haciendo gemir de gusto a este hombre maravilloso, me produjo una emoción como ninguna que hubiera experimentado.

—Quiero probarte —susurré, sorprendido de mi propia audacia.

Los ojos de Alex se abrieron de golpe, oscuros y hambrientos. —¿Estás seguro?

Asentí, de pronto desesperado por saber cómo se sentía en mi boca, por sentir ese piercing contra mi lengua. —Muéstrame cómo.

Con un gemido, Alex se giró sobre su espalda, atrayéndome encima de él. Me encontré a horcajadas sobre sus muslos, con su verga erguida orgullosamente entre nosotros. De cerca, era aún más

hermosa, gruesa y enrojecida, con la cabeza reluciente de líquido preseminal.

—Tómate tu tiempo —dijo en voz baja, mientras una de sus manos subía para acunar mi mejilla—. No hay prisa. Solo haz lo que creas que *tú* disfrutarías.

Me acomodé entre sus piernas, con el corazón latiendo tan fuerte que pensé que se me saldría del pecho. Era el momento. El momento con el que había fantaseado durante más tiempo del que me atrevía a admitir. Me incliné hacia adelante y le di a la cabeza un lametón experimental.

El sabor era salado y almizclado, claramente masculino, y de inmediato me encontré deseando más. Envolví la punta con mis labios, sintiendo la barra de metal presionar contra mi lengua mientras lo metía más profundo en mi boca.

—Ah, mierda —gimió Alex, su mano acunando con suavidad la parte de atrás de mi cabeza—. Eso es, hermoso. Lo estás haciendo muy bien.

Su elogio me inundó, incitándome a continuar. Lo tomé más profundo, tratando de imitar lo que él me había hecho, girando mi lengua alrededor de la cabeza, presionándola contra ese punto sensible donde se encontraba el piercing.

—Mierda —jadeó, agarrando un puñado de mi pelo y forzándome a bajar sobre su verga.

Tuve una arcada y me eché hacia atrás, con los ojos llorosos. Al levantar la vista vi a Alex, con una expresión de horror en el rostro.

—¡Lo siento mucho! —exclamó, apartando las manos—. Yo… Fue un reflejo, no quise…

—No —dije, interrumpiéndolo. Con una audacia que no sabía que poseía, tomé su mano y la coloqué de nuevo sobre mi cabeza, bajando una vez más hacia su verga—. No quiero que seas delicado. Yo… Me gusta cuando tienes el control.

La preocupación desapareció de su rostro, reemplazada de inmediato por una lujuria ardiente. —Ah, mierda… —gimió, empujándome hacia abajo—. No sabes qué clase de monstruo acabas de despertar.

El agarre en mi pelo se tensó mientras Alex me guiaba a lo largo de su miembro, controlando el ritmo. La sensación de ser sujetado, de que él tomara el control, envió una descarga de electricidad directa a mi verga ya dolorida. Nunca había sabido que deseaba este tipo de dominación, pero sentir su fuerza, su control, era embriagador.

—Eso es —gruñó, con la voz áspera por el deseo—. Toma lo que te doy.

Gemí alrededor de su verga, y la vibración lo hizo maldecir en voz baja. La barra de metal se arrastraba contra mi lengua mientras me levantaba y me empujaba hacia abajo de nuevo, estableciendo un ritmo que me mareaba de deseo. La baba se me escapaba por las comisuras de la boca, pero no me importaba. Nada importaba excepto su sabor, su peso sobre mi lengua, la forma en que estaba usando mi boca.

—Mírame —ordenó, inclinando mi barbilla hacia arriba con su mano libre.

Encontré su mirada, con los ojos llorosos por el esfuerzo de tomarlo tan profundo. La expresión en su rostro, pura hambre mezclada con algo tierno, hizo que mi corazón se acelerara aún más.

—Jodidamente hermoso —murmuró, acariciando mi mejilla con su pulgar—. Te ves tan bien tomándome la verga.

Me apartó de él con un chasquido húmedo, ambos respirando agitadamente. Antes de que pudiera protestar por la pérdida, me tomó por debajo de los brazos y me jaló hasta el borde de la cama, de modo que mi cabeza colgaba del colchón. Saltó de la cama, se colocó de pie sobre mí, su verga descansando contra mi barbilla. Me agarró la mandíbula inferior, forzando mi boca a abrirse.

—Voy a follarte la cara —declaró, sin dejar lugar a discusión—. Y te vas a venir para mí.

—Sí —jadeé, la palabra apenas audible mientras mi corazón martilleaba contra mis costillas.

Alex se acarició la verga una, dos veces, y luego la guio hacia mi boca abierta. La posición era incómoda, con la cabeza inclinada hacia atrás, pero cuando se deslizó dentro, entendí de inmediato por qué nos había acomodado de esa manera. Su verga se deslizó más profundo que antes, el ángulo le permitía llegar al fondo de mi garganta sin resistencia mientras sus bolas descansaban suavemente contra mi nariz.

—Relájate —murmuró, mientras sus manos acunaban mi cara—. Respira por la nariz.

Hice lo que me indicó, concentrándome en mi respiración mientras él comenzaba a embestir. Lento al principio, dejándome acostumbrar, luego con una fuerza creciente. El metal de su piercing se arrastraba por el paladar con cada estocada, enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

Una de sus manos dejó mi cara para envolver mi descuidada verga, acariciándola al ritmo de sus embestidas. La doble sensación era abrumadora. La forma en que su grosor llenaba mi boca mientras su palma callosa trabajaba mi miembro con destreza experta me volvía loco.

—Eso es —gimió, su ritmo flaqueando ligeramente mientras me observaba—. Joder, eres un mamador de vergas nato.

Las lágrimas se escaparon de las comisuras de mis ojos, no por incomodidad, sino por la intensidad de todo. Nunca me había sentido tan completamente consumido, tan absolutamente poseído por otra persona. Mis manos se aferraron a sus muslos, sintiendo los músculos flexionarse con cada embestida.

—Tócate —ordenó, soltando mi verga—. Quiero verte hacerte venir mientras te follo la boca.

Obedecí sin dudar, envolviendo mis dedos alrededor de mí mismo, igualando el ritmo que él marcaba. La presión familiar se acumuló en la base de mi columna, una espiral tensa lista para estallar.

Las embestidas de Alex se volvieron más erráticas, su respiración más agitada. —Mierda, Dustin, estoy cerca —advirtió, sus dedos apretándose en mi pelo—. Jodidamente cerca.

Esas palabras me hicieron estallar. Mi orgasmo me desgarró con una fuerza inesperada, mi verga palpitaba mientras chorros calientes de leche pintaban mi estómago y mi pecho. Gemí con su miembro llenándome la boca, y las vibraciones lo arrastraron conmigo al clímax.

—¡Oh, Dios! —exclamó, retirándose justo a tiempo para derramarse sobre mi cara y mi cuello.

Las cálidas salpicaduras en mi piel deberían haber sido impactantes, quizá hasta incómodas, pero en lugar de eso me encontré arqueándome hacia ellas, anhelando esa marca primitiva. El rostro de Alex sobre mí era una visión de éxtasis, sus ojos entrecerrados, los labios entreabiertos, las mejillas sonrojadas por el placer.

Entonces empecé a lamerlo, volviendo a meter su miembro en mi boca para saborear su dulce leche. Le limpié la verga con la lengua y seguí chupando. Alex dejó escapar algunas respiraciones entrecortadas hasta que la sensación fue demasiado para él y sacó su pene de mi boca con un sonoro «pop».

—D-demasiado sensible… —jadeó. En su lugar, se inclinó hacia adelante, apoyando sus bolas contra mis labios para que yo tuviera algo que chupar hasta que pudiera recuperar el control una vez más.

Durante varios latidos, nos quedamos así, ambos jadeando, ambos temblando por la fuerza de nuestro orgasmo. Finalmente, lo solté y él se sentó a mi lado en el colchón. Solo entonces la expresión de Alex se suavizó; una mirada de tierna preocupación reemplazó el deseo feroz.

—¿Estás bien? —preguntó, mientras su pulgar limpiaba suavemente una veta de semen de mi mejilla.

Asentí, aún incapaz de articular palabra. Sentía la garganta irritada y los labios hinchados, pero la satisfacción que vibraba dentro de mí me hizo olvidar todo eso. En vez de eso, alcé la mano, tomé la suya y guié su pulgar a mi boca, donde lo lamí hasta dejarlo limpio. Joder, qué bien sabía.

—Creo que estoy mejor que nunca en toda mi vida…

Y por una vez, lo decía en serio.

# CAPÍTULO ONCE: DUSTIN

No había soñado nada en absoluto, algo a lo que no estaba acostumbrado. La noche pasó en una oleada de oscuridad y, al despertar, me sentí más descansado que en meses. Tal vez incluso años. Sin embargo, no abrí los ojos de inmediato. En cambio, abracé la almohada con fuerza, saboreando el calor de los rayos del sol que se filtraban por la ventana sobre mi piel desnuda. Me sentía en paz y contento con el mundo. Moviéndome, intenté acurrucarme en los brazos en los que me había quedado dormido, deseando pasar solo unos minutos más de felicidad en la cama antes de que la ansiedad me alcanzara.

Por desgracia, no tuve mucha opción. Cuando mi cuerpo no encontró nada, me di la vuelta y me estiré, intentando agarrar a Alex y atraerlo hacia mí. En su lugar, todo lo que encontré fue una cama vacía y un edredón arrugado. Abrí los ojos.

No estaba allí.

De inmediato, mis dudas me invadieron. ¿Se había escabullido Alex en mitad de la noche? ¿Fue porque no le gusté? O tal vez porque fui muy malo en la cama. Después de todo, no tenía ninguna experiencia con hombres. La mamada fue probablemente tan horrible que salió huyendo. O quizás fue porque le pedí que fuera rudo conmigo. Podría ser eso. Supuse que era una petición un poco pervertida para ser nuestra primera vez. O tal vez yo no significaba nada para él. Ahora y siempre, él sería mi primera vez. Pero para él, tal vez yo solo era un chico más en una larga lista de corazones rotos que había dejado esparcidos por el centro de Estados Unidos.

Mi espiral de pensamientos estaba a punto de descontrolarse y arruinarme el día entero cuando vi el trozo de papel sobre la mesita de noche. Era una hoja de mi lista del súper y el bolígrafo de la cocina estaba encima, sujetándola.

Alcancé la nota con dedos temblorosos, casi con miedo de leerla. La letra era un poco desordenada, pero aun así legible, con los trazos firmes de alguien acostumbrado a trabajar con las manos más que con un bolígrafo.

*Buenos días, hermoso. Tuve que ayudar a dar de comer temprano a los animales. No quise despertarte. Te veías demasiado tranquilo. Lo de anoche fue increíble. ¿Cenamos juntos esta noche? Solo nosotros dos. Te paso a buscar a las 7 p. m.*

*- Alex*

Había un pequeño corazón dibujado junto a su nombre.

Apreté el papel contra mi pecho, mientras el alivio me inundaba como una lluvia fresca después de una sequía. No me había abandonado. No se había arrepentido de lo que pasó entre nosotros. Quería volver a verme.

Me dejé caer de espaldas sobre las almohadas, con una sonrisa tonta extendiéndose por mi cara. Las sábanas todavía olían a él, a heno y a cuero y a esa colonia dulce que usaba. Hundí la cara en la almohada donde su cabeza había descansado e inhalé profundamente, dejando que los recuerdos de anoche volvieran a mí. Sus manos sobre mi piel. Su boca. La forma en que me había mirado como si yo fuera algo precioso. Me puse duro casi de inmediato al pensar en él, mis caderas moviéndose contra el colchón sin mi permiso. Pero no me importaba, se sentía bien ser deseado por otro hombre, que otro hombre me la mamara y que otro hombre me *diera órdenes*.

Era lo que me había faltado toda la vida.

Me giré boca arriba, mirando el techo, con la verga todavía palpitante contra mi estómago. El recuerdo del sabor de Alex

persistía en mi lengua y no pude evitar preguntarme a qué más sabría. Qué otras partes de él podría explorar esta noche.

Esta noche. Cena. Solo nosotros dos.

Mi estómago se revolvió con una mezcla de emoción y nervios. Esto ya no era solo un encuentro casual, era una cita. Una cita de verdad con un hombre de verdad que de verdad me deseaba. Apenas podía respirar.

Tomé mi teléfono de la mesita de noche y miré la hora. Apenas pasadas las nueve. Tenía diez horas por delante antes de volver a verlo y, de repente, eso se sintió como una eternidad.

Me obligué a levantarme de la cama, haciendo una ligera mueca por el dolor en la mandíbula. El recuerdo de por qué me dolía me envió otra oleada de calor y tuve que respirar hondo para calmarme. Una ducha. Necesitaba una ducha.

El agua caliente se sintió bien en mi piel, lavando la evidencia seca de las actividades de anoche. Mientras me enjabonaba el cuerpo, no pude evitar notar las ligeras marcas que Alex había dejado. Había un tenue moretón en mi cadera donde me había sujetado y un punto sensible en mi cuello donde había chupado con demasiada fuerza. Cada una de ellas me provocaba un escalofrío. La prueba de que había sido real y no solo una de mis fantasías nocturnas.

Después de secarme, preparé café y me instalé en el porche con mi computadora, decidido a escribir un poco. El documento en blanco me devolvía la mirada, pero por una vez, el cursor no se sentía como una acusación. Las palabras surgieron con facilidad, fluyendo a través de mis dedos hacia la página, no pulidas ni perfectas, sino honestas. Crudas. Reales.

Escribí sobre el deseo. Sobre el descubrimiento. Sobre la sensación de las manos de otro hombre en mi piel por primera vez. No sabía si alguien lo leería alguna vez, pero no importaba. Esto era para mí. Un registro de la noche en que todo había cambiado.

Mi teléfono vibró a mi lado, interrumpiendo mi flujo de escritura. Mi corazón dio un vuelco, esperando que fuera Alex, pero fue el nombre de Ali el que apareció en la pantalla.

*Ali: ¿Cómo está mi exesposo favorito?*

Me quedé mirando el mensaje, y la culpa inundó mi sistema de inmediato. Ali y yo habíamos logrado mantener una amistad después del divorcio; una tentativa al principio, que luego se fortaleció con el paso de los meses. Ella me había apoyado en mi mudanza a Sagebrush, incluso mientras se preguntaba por qué había elegido un lugar tan remoto. Pero no habíamos hablado en unos días y ahora aquí estaba, escribiéndome justo cuando yo finalmente había dado este paso. Era como si el universo estuviera jugando conmigo. Y no en el buen sentido.

*Yo: Todavía respiro. ¿Cómo te trata Nueva York?*

Aparecieron tres puntos de inmediato.

*Ali: El mismo caos de siempre. Acabo de cerrar un caso importante. Celebrando con demasiado vino y comida para llevar.*

Sonreí, imaginándola en su apartamento, acurrucada en el sofá con una copa de vino tinto y recipientes de comida tailandesa esparcidos sobre su mesa de centro.

*Yo: Felicitaciones. Te lo mereces.*

Otra pausa. Luego, los puntos aparecieron una vez más.

*Ali: De hecho… esta noche viene alguien a ayudarme a celebrar. Un amigo que conocí en el trabajo.*

*Yo: ¿Ah, sí? ¿Alguien que conozca?*

*Ali: No. Es un chico nuevo.*

El corazón me latió un poco más fuerte mientras miraba su mensaje. No estaba celoso, exactamente, pero algo en el mensaje hizo que se me hiciera un nudo en el estómago. Ali no me pertenecía, lo sabía.

Pero la idea de ella con otro tipo, sola en su apartamento, bueno… no sé. Simplemente se sentía… *raro.*

—Han pasado dos años —refunfuñé para mis adentros, girando la cabeza hacia el techo con un suspiro—. No es monja. Estoy seguro de que ha habido muchos tipos.

Pero ¿por qué me contaba sobre este en particular?

Me tomó un momento formular una respuesta que no sonara acusadora.

*Yo: ¿Así que es una cita o solo una cena de celebración?*

Seguía sonando acusador. Mierda.

*Ali: Es una cita. Bueno, más que eso, supongo. Llevo un tiempo saliendo con él.*

*Yo: ¡Me alegro por ti! ¿Por qué no dijiste nada?*

*Ali: No sé… Ahora me siento estúpida por haberlo mantenido en secreto. Ya no estamos casados ni nada.*

Traté de ignorar el dolor que me recorrió con esas palabras. Fue mi culpa que nos divorciáramos. Probablemente ella todavía estaba dolida por eso. Demonios, yo todavía lo estaba, y fui yo quien solicitó el divorcio.

*Yo: Quiero que seas feliz, Ali. Y sé que lo nuestro no funcionó, pero aun así quiero que encuentres a tu hombre perfecto y vivas una buena vida. Y me gustaría ser tu amigo si puedo. Todavía eres importante para mí.*

Hubo una pausa muy larga antes de que esos tres puntos volvieran a aparecer.

*Ali: Gracias, Dustin.*

Como no llegaron más mensajes, entré y me puse algo que no fueran pantalones de pijama. Necesitaba un paseo para aclarar mi cabeza.

Tomé mi chaqueta y salí al aire fresco de la mañana, mis pies me llevaron por el sendero familiar hacia el arroyo sin pensarlo. El mismo camino por el que Alex me guio anoche, donde todo cambió entre nosotros. El recuerdo de su boca sobre la mía, la forma en que me miró a la luz de la luna, envió una oleada de calor por mi pecho a pesar de la brisa fresca.

Pero el mensaje de Ali había despertado algo incómodo en mis entrañas. No exactamente celos, sino una extraña mezcla de culpa y… ¿qué? ¿Alivio? La parte racional de mi cerebro sabía que ella merecía la felicidad, merecía a alguien que pudiera amarla de la forma en que necesitaba ser amada. Pero todavía quedaba esa pequeña parte egoísta de mí que sentía que estaba perdiendo la última conexión con mi antigua vida. Como si este fuera el último clavo en el ataúd de Dustin Corvus, el abogado corporativo de Nueva York, y de todo por lo que había trabajado.

Pateé una piedra suelta en el camino, viéndola deslizarse hacia la hierba alta. Quizás de eso se trataba. Quizás necesitaba perder esas conexiones para aceptar plenamente en quién me estaba convirtiendo. Lo de anoche con Alex se sintió como el primer momento honesto que había tenido con otra persona en años. Sin fingir, sin forzarme a ser alguien que no era. Solo yo, crudo y real y, por fin, finalmente yo mismo.

El arroyo apareció a la vista, su superficie brillando bajo el sol de la mañana. Me senté en la misma roca donde Alex y yo nos habíamos sentado, donde me besó por primera vez. El recuerdo hizo que me hormiguearan los labios, y me los encontré tocándomelos distraídamente, todavía sin poder creer que hubiera sucedido.

Me quité la chaqueta después de solo un par de minutos; el sol disipó rápidamente el frescor del aire. El rocío ya se había ido de la hierba y en menos de una hora, toda la pradera estaría cociéndose bajo el sol de Texas. Mi teléfono vibró de nuevo. Esta vez era un mensaje de un número desconocido que tenía un código de área que nunca había visto.

*Desconocido: Hola, guapo. Soy Alex. Caroline me dio tu número. Espero que no te moleste. No puedo dejar de pensar en lo de anoche.*

Mi corazón dio un vuelco mientras guardaba su información de contacto, añadiendo el emoji de corazón junto a su nombre como el que había dibujado en la nota.

*Yo: Para nada. Yo tampoco puedo dejar de pensar en eso.*

*Alex: Bien. Porque he estado distraído toda la mañana. Casi se me cae una paca de heno en el pie.*

Me reí a carcajadas, el sonido resonando sobre el agua.

*Yo: Odiaría ser responsable de algún accidente laboral.*

*Alex: Vale la pena. Vales mucho más que un pie magullado.*

El calor me subió por el cuello ante sus palabras. Incluso por mensaje de texto, tenía esta manera de hacerme sentir deseado, querido de una forma que nunca antes había experimentado.

*Yo: ¿A dónde vamos esta noche?*

*Alex: Es una sorpresa. Pero vístete casual. Con unos jeans está bien.*

*Yo: Realmente ya no tengo otra cosa. Tiré mis trajes cuando me mudé aquí.*

*Alex: Perfecto. Te ves increíble en jeans. Aunque te ves aún mejor una vez que te los quito.*

Mi cara ardió mientras contestaba.

*Yo: Alex…*

*Alex: —Perdón. No lo puedo evitar. Soy un tipo muy caliente, pero puedo calmarme si quieres.*

Me quedé mirando su mensaje, con el pecho oprimido por el anhelo. Me encantaba la idea de que me deseara, medio duro en algún granero. La idea me asustaba casi tanto como me emocionaba.

*Yo: —A mí también… solo que me cuesta decirlo.*

*Alex: —Está bien, hermoso. Nos vemos a las 7. Intenta no darle tantas vueltas a las cosas de aquí a entonces. <3*

Sonreí a mi pesar. Ya me conocía lo suficiente como para saber que eso era exactamente lo que haría.

*Yo: —Lo intentaré.*

*Alex: —Y, Dustin… Anoche fue perfecto. Estuviste perfecto.*

Apreté el teléfono contra mi pecho, con los ojos escociéndome por unas lágrimas inesperadas. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me había llamado perfecto? ¿Cuándo fue la última vez que sentí que merecía ese tipo de halago? Dios… Quería más, *necesitaba* más. Parecía que la respuesta a décadas de plegarias por fin había llegado y su nombre era Alex Reyes.

# CAPÍTULO DOCE: ALEX

A las seis en punto salí del granero, empapado en sudor, heno y la mitad de la tierra de la pista. Había sido un día largo y duro en el rancho, pero apenas me había dado cuenta. Después de la noche anterior con Dustin, estaba en las nubes. Solo podía pensar en esos hermosos ojos azules y en la forma en que brillaban cuando le agarré un puñado de pelo y le dije que me tomara cada centímetro en su boca. Vaya subidón de poder y una increíble muestra de confianza por su parte. Para ser un tipo que había estado evitando las relaciones sexuales por miedo, la verdad es que estaba muy ansioso por complacer.

Me agarré la verga por encima de los jeans mientras caminaba rápidamente de vuelta al apartamento. Solo pensar en anoche me ponía duro. Quería ir a su cabaña ahora mismo, pero primero necesitaba una ducha. Todo entre nosotros era demasiado nuevo como para aparecer sin lavar y apestando a caballo. Además, quería causar una buena impresión, hacerle pensar que era más centrado de lo que realmente era. No es que alguna vez hiciera eso por otros hombres, pero algo en Dustin era *especial*. De verdad quería gustarle.

Y eso, más que nada, era nuevo para mí. Por lo general, no era del tipo que se acostaba con el mismo tipo dos o tres veces. Después de eso, empezaban a sentir cosas y de repente querían hablar de casas, familias y de asentar la cabeza. Siempre me daban náuseas. Claro, tal vez algún día querría eso, pero tenía veinticinco años. Podía esperar. Y, sin embargo, con Dustin, me sorprendía a mí mismo soñando despierto con follármelo con la misma frecuencia con la que

me preguntaba cómo sería despertar con él, preparar el desayuno juntos y vivir el día a día uno al lado del otro.

Negué con la cabeza con una pequeña burla. Quizás me estaba sintiendo solo. De cualquier manera, igual iba a pasar a buscarlo esta noche. Y si eso salía bien, también al día siguiente. Supuse que me lo tomaría un día a la vez hasta que estuviera seguro de lo que quería.

Sin embargo, en el momento en que rodeé la parte trasera de la pista, encontré la puerta de mi apartamento abierta de par en par.

Me quedé helado, mi mano bajó instintivamente a mi costado, donde solía llevar mi cuchillo cuando trabajaba. Pero no estaba allí. Entonces recordé que lo dejé en el granero, en mis alforjas. Pero no tenía tiempo para preocuparme por eso. Algo andaba mal. Nunca dejaba la puerta abierta, ni siquiera en un lugar tan seguro como el Rancho Baker.

Me acerqué con cautela, aguzando el oído en busca de cualquier sonido de movimiento en el interior. Nada más que el suave zumbido del aire acondicionado y las lejanas llamadas del ganado desde los campos. Se me erizó el vello de la nuca cuando subí al pequeño porche y miré adentro.

—Qué carajo…

Habían saqueado mi apartamento. Las pocas posesiones que tenía estaban esparcidas por el suelo. Sacaron mi ropa de los cajones, vaciaron mi bolso de lona sobre la cama. Ni siquiera la pequeña zona de la cocina se había salvado. Los gabinetes colgaban abiertos, mi taza de café estaba rota en mil pedazos sobre el linóleo, y todos mis cajones estaban abiertos y vaciados en el suelo.

Entré despacio, buscando cualquier señal del intruso, pero quienquiera que hubiera hecho esto ya se había ido. El lugar no era lo suficientemente grande como para que alguien se escondiera. Apreté la mandíbula mientras examinaba los daños. No era solo un desorden... era *deliberado*. Alguien había estado buscando algo.

Mi diario. La idea me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Corrí a la mesita de noche donde lo guardaba y abrí el cajón de un tirón. Vacío. El corazón me martilleaba en las costillas mientras caía de rodillas, buscando debajo de la cama, detrás de la cómoda, en cualquier lugar donde pudiera haberse caído. Nada.

—Maldita sea —mascullé, sentándome sobre mis talones.

Ese diario lo contenía todo: mis pensamientos sobre el Rancho Baker, sobre la gente de aquí, sobre Dustin. Cosas que nunca diría en voz alta, momentos privados que había querido recordar. Y ahora alguien lo tenía.

Saqué el teléfono del bolsillo y busqué el número de Logan. Él y Caroline eran los jefes del rancho; si alguien debía saber de esto, eran ellos. Mi pulgar flotó sobre el botón de llamar cuando se me ocurrió otro pensamiento. ¿Y si esto no era al azar? ¿Y si alguien me había elegido específicamente a mí?

Antes de poder pensarlo demasiado, presioné llamar.

—¿Alex? —respondió la voz grave de Logan después de dos tonos—. ¿Está todo bien?

—Alguien entró a mi apartamento —dije, yendo directo al grano—. Revolvió todo. Se llevó algunas de mis cosas.

Hubo un breve silencio. —No se mueva de ahí. Llego en cinco minutos. Llamaré al sheriff. No toque nada.

Fiel a su palabra, Logan apareció en mi puerta minutos después, con una expresión sombría mientras examinaba el desastre. Dakota lo seguía de cerca, su habitual actitud relajada reemplazada por algo más duro, más vigilante.

—¿Cuándo cerró con llave por última vez? —preguntó Logan, agachándose para examinar la puerta.

—Esta mañana antes de dar de comer. Sobre las 5:30. —Me pasé una mano por el pelo, todavía húmedo por el sudor—. La puerta no estaba forzada.

—Quizás la abrieron con ganzúa —sugirió Dakota, examinando la cerradura—. O tenían una llave.

La insinuación me cayó como un balde de agua fría. —¿Nadie de por aquí haría eso, verdad? O sea… me llevo genial con los demás muchachos…

—Nadie en este rancho hizo esto —dijo Logan con firmeza—. Alguien se metió. —Señaló la ventana lateral que estaba detrás del sofá. El vidrio estaba roto hacia adentro—. Después simplemente se fueron.

—El vidrio debe de estar detrás del sofá —dije, echando un vistazo de nuevo al interior—. Ni siquiera me di cuenta.

—Carajo —masculló Dakota, y entró para asomarse detrás del sofá —. Sí, está todo aquí. Parece que se cubrieron la mano con algo para amortiguar el sonido.

A Logan se le tensó la mandíbula mientras inspeccionaba los daños. —¿Qué falta?

—Mi diario —dije, y las palabras me dejaron un sabor amargo—. Lo tenía en el cajón de la mesita de noche. Ya no está.

—¿Algo más?

Le di otro vistazo rápido a la habitación, revisando mis pocas cosas de valor. —No lo creo. Mi billetera sigue aquí, el reloj también. Solo el diario.

Dakota y Logan intercambiaron una mirada que me hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué? —exigí—. ¿Qué es lo que no me están diciendo?

—Probablemente nada —dijo Logan, pero su tono sugería lo contrario—. Solo parece raro que se llevaran algo tan personal y dejaran todo lo que de verdad tiene valor.

Antes de que pudiera responder, el sonido de unas llantas sobre la grava anunció otra llegada. A través de la ventana rota, vi una patrulla del sheriff estacionándose al lado de la camioneta de Logan.

—Qué rápido —observó Dakota.

—Lo llamé de camino para acá —respondió Logan, y luego me miró con seriedad—. Alex, necesito que piense. ¿Alguien ha estado haciendo preguntas sobre usted? ¿Alguien que pareciera demasiado interesado en sus asuntos?

Negué con la cabeza, y luego me detuve. —Espere. Ayer en la cafetería, Dolly y yo estábamos hablando de… —Me callé al darme cuenta de cómo sonaría eso.

—¿De qué? —presionó Logan.

Sentí que el calor me subía por el cuello. —De Dustin. Me estaba dando consejos sobre… bueno, sobre cómo invitarlo a salir.

Dakota arqueó las cejas, pero Logan solo asintió como si ya lo hubiera sospechado. —¿Había alguien más cerca? ¿Alguien que pudiera haber escuchado?

—La clientela habitual del almuerzo, supongo. La verdad no le estaba prestando atención a quién más estaba allí.

Las botas del sheriff crujieron sobre la grava mientras se acercaba y sentí que se me aceleraba el pulso. Según mi experiencia, los policías de pueblo podían ser una lotería cuando se trataba de tipos como yo. Pero cuando apareció en el umbral, quitándose el sombrero para revelar un cabello rubio ceniza y unos ojos amables, sentí que parte de la tensión abandonaba mis hombros.

—Buenas tardes, Logan. Dakota. —Su voz era cálida, profesional. Me miró—. Soy el sheriff Marcus Webb. Usted debe de ser Alex.

—Sí, señor —respondí, irguiéndome—. Alex Reyes.

—Vaya cosa —dijo, inspeccionando el destrozo—. ¿Le importa si echo un vistazo?

Durante los siguientes veinte minutos, el sheriff Webb documentó todo con la minuciosidad de alguien a quien de verdad le importaba su trabajo. Fotografió la ventana rota, buscó huellas y tomó notas detalladas sobre lo que faltaba.

—¿Está seguro de que solo fue el diario? —preguntó, con la pluma suspendida sobre su libreta.

—Hasta donde sé. Todo lo demás está en su sitio.

—¿Alguna idea de por qué alguien lo querría específicamente?

Miré a Logan y a Dakota; ambos me observaban con expresiones que no pude descifrar. —La verdad es que no estoy seguro —respondí—. Tiene muchas cosas personales, pero no sé por qué…

Hubo una larga pausa.

—¿Logan? ¿Dakota? —preguntó el sheriff, volviendo la mirada hacia los otros—. ¿Les importaría subir a la casa principal y revisar si algún vehículo extraño pasó por aquí hoy?

Ambos intercambiaron una mirada, pero asintieron y se dirigieron a pie hacia la casa.

—Ahora —dijo el sheriff, volviéndose hacia mí—. ¿Qué es lo que no me está contando?

Me quedé mirando al sheriff, con el corazón martilleándome en las costillas. Había algo en su comportamiento que me decía que no iba a dejarlo pasar así como así. Sus ojos verdes eran agudos, evaluadores, pero no hostiles.

—Yo… —empecé y luego me detuve. ¿Cuánto debía decirle? ¿Cuánto podía confiarle?

—Hijo —dijo el sheriff Webb con amabilidad—, llevo quince años en este trabajo. Me doy cuenta cuando alguien está ocultando algo. Si quiere que atrape a quien hizo esto, necesito toda la verdad.

Respiré hondo, sopesando mis opciones. El diario contenía detalles sobre mi pasado, sobre los lugares en los que había estado, la gente que había dejado atrás. Cosas que nunca le había contado a nadie en el Rancho Baker. Cosas que podrían ponerme en peligro si caían en las manos equivocadas.

—Podría haber alguien —dije finalmente—. Alguien de mi pasado que ha estado… buscándome.

La expresión del sheriff no cambió, pero vi que apretaba con más fuerza el bolígrafo. —¿Qué tipo de persona?

—Un ex. —Las palabras me rasparon la garganta como lija—. Keith Bordeaux. Estuvimos juntos en una granja en Luisiana hace unos tres años. La cosa terminó mal.

—¿Qué tan mal?

Me pasé una mano por el pelo, mientras los recuerdos que había intentado enterrar salían a flote como el aceite en el agua. —Era… posesivo. Controlador. Cuando intenté irme, me dejó bien claro que no quería que me fuera. Dijo que me encontraría dondequiera que fuera.

—¿Lo amenazó?

—No con esas palabras. Pero dejó bien claro que me consideraba de su propiedad. —Miré al sheriff a los ojos—. Me fui en medio de la noche. Tomé solo lo que podía cargar y nunca miré atrás.

El sheriff Webb asintió, tomando notas. —¿Cree que podría haberlo rastreado hasta aquí?

—Esperaba que no. He sido cuidadoso, nunca me quedé en ningún sitio demasiado tiempo, nunca intimé mucho con nadie. —Hice una pausa—. Hubo un par de veces que pensé que me pisaba los talones, así que me fui lo más rápido que pude. Siempre estuve un paso por delante de él hasta ahora. —Hice una pausa por un momento—. Y el diario… tiene detalles sobre todos los lugares en los que he estado, toda la gente que he conocido. Si se lo llevó… bueno, se va a enterar de muchas cosas sobre mí que no le van a gustar. Incluyendo a todas las personas con las que he tenido relaciones en los últimos tres años.

—¿Cree que eso podría llevarlo a la violencia? —preguntó el sheriff con gravedad.

Dudé, recordando la rabia de Keith la noche en que le dije que me iba. La forma en que su atractivo rostro se había desfigurado, la rapidez con la que su encanto se había transformado en algo oscuro y peligroso.

—Sí —dije en voz baja—. Creo que podría.

La expresión del sheriff Webb se mantuvo profesional, pero capté un destello de preocupación en sus ojos. —¿Ha notado algo inusual últimamente? ¿Alguien que lo vigile, vehículos desconocidos por el rancho, llamadas en las que cuelgan?

—No, nada de eso. —Miré el apartamento saqueado—. Esta es la primera señal que tengo de que podría estar cerca. Demonios, ni siquiera sé si este allanamiento fue obra suya.

El sheriff asintió y tomó otra nota. —¿Qué tipo de vehículo maneja? ¿Hay algo distintivo en su apariencia que deba buscar?

—La última vez que supe, tenía una Ford F-150 roja. Un modelo viejo, probablemente de hace siete años. El escape modificado que la hace más ruidosa de lo que debería. —Tragué saliva—. En cuanto a Keith… es alto, quizá un metro ochenta y ocho, de complexión delgada. Tiene el pelo oscuro y lo lleva más largo que la mayoría de los hombres la última vez que lo vi. Ojos verdes. Y tiene esa forma de vestir… siempre se ve impecable, incluso cuando solo lleva vaqueros y una camiseta.

—¿Acento de Luisiana?

—Sí. De familia adinerada del sur. Del tipo que te hace pensar en mansiones de plantaciones y *mint juleps*.

El bolígrafo del sheriff se detuvo. —Puede que lo haya visto. Vi una camioneta roja que coincide con esa descripción en el pueblo ayer. Estuvo estacionada frente al café un rato, y más tarde cerca del Rusty Spur. No le di importancia, solo que nunca la había visto antes.

Se me heló la sangre en las venas. —Entonces está aquí. En Sagebrush.

—Posiblemente. —El sheriff Webb cerró su libreta—. Estaré atento, emitiré una alerta sobre el vehículo. Mientras tanto, le sugiero que se quede con alguien más esta noche. Este lugar no es seguro con esa ventana rota.

—Se supone que voy a ver a alguien a las siete —dije, mirando mi reloj. Ya eran casi las seis y media—. Dustin Corvus.

La expresión del sheriff se suavizó ligeramente. —¿El abogado de la casita? Parece un buen hombre. Aunque muy callado.

—Sí, iba a pasar por él para ir a cenar, pero ahora… —Hice un gesto de impotencia hacia el desorden que me rodeaba.

—Vaya a su cita —dijo el sheriff Webb, sorprendiéndome—. Pero manténgase alerta. Pasaré por su casa más tarde para ver cómo están ambos, si le parece bien.

—Gracias, sheriff. —Dudé—. ¿Cree que debería decírselo? Sobre Keith, quiero decir.

Lo consideró por un momento. —Esa es su decisión. Pero en mi experiencia, la honestidad suele ser la mejor política, especialmente cuando la seguridad de alguien podría estar en juego.

Asentí, con el estómago revuelto ante la idea de explicarle mi complicado pasado a Dustin. ¿Todavía me querría una vez que supiera la verdad? ¿Que llevaba años huyendo, que lo había puesto en peligro solo por estar cerca de él?

El sonido de unas botas sobre la grava me sacó de mis pensamientos. Eran Logan y Dakota que regresaban de la casa principal.

—Nadie vio nada que quisiera recordar —dijo Logan, negando con la cabeza—. Tenemos tantas clases en la arena en esta época del año que ninguno de nosotros presta atención a los vehículos que entran y salen.

Marcus asintió. —¿Puede darme una copia de la lista de sus clases y de sus padres? Solo quiero asegurarme de que ninguno de esos

nombres aparezca en mis archivos.

—Claro que sí —asintió Logan, haciéndole un gesto al sheriff para que lo siguiera—. Tengo una fotocopiadora en la casa.

—Gracias por su ayuda, Alex —dijo Marcus, inclinando el sombrero después de ponérselo de nuevo—. Estaré en contacto. —Hizo una pausa un momento y me guiñó un ojo—. Y buena suerte esta noche.

—Gracias, sheriff —respondí, asintiendo también.

Quizás Sagebrush era mucho más tolerante de lo que había pensado en un principio.

# CAPÍTULO TRECE: ALEX

Llegué a la puerta de Dustin sin ducharme, cubierto de tierra y con una mochila en una mano y una bolsa del supermercado en la otra. Tenía una pinta de mierda. Pero cuando Dustin abrió la puerta, sus ojos azules se iluminaron como si yo fuera lo más hermoso que hubiera visto en su vida. Esa sensación me estrujó el corazón de una forma que no creía posible y luego se fue directo a mi entrepierna. Claro.

—Perdón por llegar tarde —dije, dedic eмyándole la sonrisa más grande que pude—. Se metieron a robar a mi departamento.

Su sonrisa se desvaneció y se convirtió en preocupación en un instante. —¿¡Qué!?

—No pasa nada —dije con una amplia sonrisa, dejando caer mi bolso en el suelo y envolviéndolo en un fuerte abrazo—. Pero puede que necesite usar tu ducha.

Soltó un pequeño gemido de placer mientras lo abrazaba. —C-claro —hizo una pausa—. ¿Necesitas un lugar donde quedarte?

Me aparté un poco y lo besé suavemente. —Esperaba que lo ofrecieras.

El alivio que inundó su rostro me oprimió el pecho. —Por supuesto —dijo, subiendo las manos para apoyarlas en mi pecho—. Quédate todo el tiempo que necesites.

—Gracias —murmuré, inclinándome para besarlo de nuevo, esta vez más profundo. Sabía a café y a algo dulce, y me perdí en la calidez

familiar de su boca.

Cuando nos separamos, ambos con la respiración un poco agitada, los ojos de Dustin escudriñaron mi rostro. —¿Estás bien? ¿De verdad?

—Ahora lo estoy —dije, y lo decía en serio. Estar aquí con él, sentir su sólida calidez contra mí, hacía que todo lo demás pasara a un segundo plano—. Pero probablemente debería asearme antes de que vayamos a cualquier parte. Huelo a establo.

Un sonrojo le subió por el cuello. —Yo… la verdad es que no me molesta. Hueles a trabajo. Como… —agachó la cabeza, avergonzado —. Como a un hombre.

El calor se me fue directo a la verga con sus palabras, y tuve que respirar hondo para estabilizarme. —Cuidado, hermoso. Si sigues hablando así, nunca llegaremos a la cena. Y preparo una pasta increíble.

Su sonrojo se intensificó, pero no apartó la mirada. —¿Sería tan terrible?

—No —dije, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Pero quiero cocinar para ti. Te lo mereces.

Algo suave y vulnerable parpadeó en sus ojos ante mis palabras. —Nunca un hombre ha cocinado para mí. No de… esta forma.

—Espero que te guste la comida italiana entonces —dije, dándole un beso en la frente—. Pero primero, la ducha —le guiñé un ojo—. No vayas a espiarme.

Mis palabras quedaron suspendidas entre nosotros, cargadas de posibilidad y de un desafío. Vi cómo las pupilas de Dustin se dilataban y su respiración se volvía superficial.

—Yo… —empezó, y luego tragó saliva con fuerza—. Intentaré no hacerlo.

—Ven aquí —dije, tomándolo de la mano. Dejé mis bolsas en el mostrador antes de arrastrarlo al baño. Abrí la puerta de par en par

y lo coloqué en el umbral—. Tú solo quédate ahí y *mira*.

Comencé a desvestirme lentamente, observando el rostro de Dustin mientras me desabotonaba la camisa. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos, abriéndose más a medida que revelaba más piel, su respiración entrecortada por el deseo. Cuando me quité la camisa de los hombros, dejándola caer al suelo, su respiración se cortó de forma audible.

—¿Ves algo que te gusta? —bromeé, mientras mis dedos se movían hacia la hebilla de mi cinturón.

Él asintió, aparentemente incapaz de hablar, con la mirada fija en mis manos. Me tomé mi tiempo con el cinturón, deslizándolo por las presillas con deliberada lentitud antes de tirarlo a un lado. El botón de mis jeans fue lo siguiente, luego el cierre, cuyo sonido fue imposiblemente fuerte en el pequeño baño.

—Todavía puedes mirar para otro lado —dije en voz baja, aunque esperaba que no lo hiciera.

—No quiero —susurró, con la voz cargada de deseo.

Me bajé los jeans por las caderas, saliendo de ellos con toda la gracia que pude reunir en el pequeño espacio. De pie, solo en bóxers, podía sentir su mirada como un toque físico, caliente y hambrienta sobre mi piel.

—Última oportunidad —le advertí, enganchando mis pulgares en la cinturilla de mi ropa interior.

Dustin se apoyó en el marco de la puerta, su pecho subiendo y bajando rápidamente. —No pares.

Con un movimiento suave, me bajé los bóxers, liberando mi verga ya medio dura. La brusca inhalación de Dustin fue toda la confirmación que necesitaba de que apreciaba la vista.

—La ducha es toda tuya —dijo, señalando débilmente hacia la cabina.

Me metí bajo el chorro de agua, dejando que el agua caliente cayera en cascada sobre mi piel manchada de tierra. A través de la puerta de cristal transparente, podía ver a Dustin todavía observando, sus ojos azules recorriendo mi cuerpo.

—Sabes —le grité por encima del sonido del agua—, estaba un poco preocupado de que no quisieras volver a verme después de anoche. Has sido tan tímido, y pensé que tal vez te había abrumado.

Dustin vaciló, mordiéndose el labio inferior de esa manera que me volvía loco. Luego, pareció salir de su ensimismamiento, y su mirada se encontró de nuevo con la mía.

—Anoche fue m-maravilloso —dijo, claramente avergonzado. Aunque no estoy seguro si fue por mi desnudez o por la conversación—. Pensé que tú… bueno, no estabas aquí cuando me desperté y…

—¿Pensaste que me acosté contigo y me fui corriendo? —reí, mi voz resonando en los azulejos.

—S-sí.

—Lamento decepcionarte —sonreí, girándome deliberadamente hacia él mientras me enjabonaba la verga—. Pero eres demasiado hermoso como para echar un polvo y desaparecer en una noche.

Dustin se puso rojo como un tomate al instante. Intentó mantener la vista en mis ojos en un vano intento por ser recatado, pero su mirada se desviaba hacia mi pene a cada rato. Entonces, decidí darme la vuelta y comencé a enjabonarme el culo. Pero esta vez pudo mirar con total desenfreno. Puede que me diera la impresión de ser pasivo, pero eso no significaba que no le gustaría la vista. Además, su verga era demasiado hermosa como para no montarla al menos una vez cuando tuviera la oportunidad.

Pasé los siguientes cinco minutos provocándolo en silencio antes de finalmente enjuagarme y salir de la ducha. Me entregó una toalla que me enrollé en la cintura, tan bajo como pude. Luego, sin ponerme nada de la ropa que había traído, lo tomé de la mano y me dirigí a la cocina. Pero no sin antes echar un vistazo a la gruesa

verga que se marcaba contra sus jeans y a una creciente mancha de humedad producto de su excitación. No pude evitar reírme para mis adentros.

—Hace cinco años trabajaba en una granja en Georgia para un hombre italiano mayor —dije, soltando la mano de Dustin y poniéndome a trabajar en la cocina. Todo lo que necesitaba estaba en mi bolso y Dustin era tan organizado que encontrar ollas y utensilios fue pan comido. Me puse a cocinar mientras contaba mi historia vestido solo con una toalla, disfrutando del rubor en las mejillas de Dustin por mi desnudez.

—Era un buen hombre —continué—. Se había mudado desde Nueva Jersey a finales de los noventa y había construido una pequeña granja donde cultivaba los tomates más hermosos y más hierbas de las que pensé que vería en mi vida. Estaba solo, así que necesitaba ayuda para mantener todo en orden y para trabajar en el mercado de agricultores. —Miré a Dustin mientras ponía el agua a hervir en la estufa con un puñado de sal. También encendí el horno pequeño para precalentarlo—. Y era un amante increíble.

Los ojos de Dustin se abrieron como platos y no pude evitar reírme.

—¿Sorprendido? —le pregunté.

—Pues… un poco, supongo.

—¿Te molesta si hablo de mi pasado?

—N-no —dijo después de un momento—. Tengo algo de curiosidad.

Sonreí. La mayoría de los chicos tendían a ponerse celosos con ese tipo de cosas, pero Dustin era de lo más dulce.

—Bueno, yo tenía veinte años y él acababa de cumplir cincuenta y uno ese verano cuando acepté ayudarlo. Al principio solo éramos amigos, disfrutando de la compañía del otro. Pero algo en el calor de ese verano nos unió más. Recuerdo la primera vez que me quité la camisa mientras recogíamos albahaca y él no podía apartar los ojos de mí. Luego, cuando estábamos en el mercado, se rozaba contra mí

o me dejaba tomar sorbos de su cerveza en lugar de comprarme una para mí. Era tierno y erótico a la vez. —Miré a Dustin—. Hasta ese momento, todas mis relaciones habían sido encuentros rápidos por aplicaciones o en bares. Nadie me había *saboreado* antes. Fue tan excitante.

El agua había comenzado a hervir y eché el fettuccine, girando la muñeca en el último momento para que la pasta se abriera en abanico como una estrella.

—Nico, así se llamaba, me invitó a cenar a su casa una noche. A ese hombre le encantaba cocinar. Hacía su propia pasta, salsas y pesto desde cero. Incluso tenía queso casero madurando en el sótano. Era un genio en la cocina. Ese verano me enseñó a preparar parte de la mejor comida que he probado en mi vida. Y esa primera noche que cocinó para mí… —Cerré los ojos, recordando el puro placer que sentí al probar su comida—. Bueno, no encontraba la forma de agradecerle lo suficiente. Así que lo besé.

Dustin sonrió, con la barbilla apoyada en la palma de la mano mientras se inclinaba sobre la mesa. —Qué romántico…

—Lo fue —asentí, echando un puñado de ajo picado en la sartén con mantequilla derretida y caliente—. Por un momento pensé que me había pasado de la raya. Pero cuando se echó hacia atrás y tomó mi cara entre sus manos, solo dijo *che bellissimo.*

—Qué hermoso… —tradujo Dustin con un suspiro.

Así que sabía un poco de italiano. Eso sí que era excitante. Sonreí, mojando el borde cortado del pan crujiente que había traído en la sartén. Lo mantuve ahí, empapándolo de toda la mantequilla y el ajo antes de pasarlo a una bandeja de horno y meterlo. Una rápida revisión de la pasta me indicó que quedaban tres minutos para que estuviera lista. Hora de hacer la salsa.

—Bueno —dije, comenzando a rallar mi Parmigiano Reggiano en hebras finas—. Como te podrás imaginar, fue un verano *muy* bueno después de eso. Nico era un amante increíble. Lento, sensible, bien

dotado y con toda una vida de experiencia. Tocaba mi cuerpo como un instrumento fino y prácticamente me adoraba en la cama. Siguió enseñándome a cocinar y para cuando llegó el final de la temporada, estaba empezando a pensar que me pediría que me quedara. —Mi sonrisa se desvaneció mientras añadía aceite de oliva a la sartén y un poco más de ajo—. Pero cuando llegó el momento de irme, Nico no intentó detenerme. En cambio, me dio un beso, me regaló un pequeño libro escrito a mano con sus recetas y me dijo que siempre me amaría, pero que necesitaba ir a buscar mi propia felicidad.

Oí cómo se le cortaba la respiración a Dustin. —¿Qué? ¿Simplemente te dejó ir? —hizo una pausa, sus ojos moviéndose de un lado a otro —. O sea, no me malinterpretes, me alegra que estés aquí conmigo, pero… suena a que de verdad lo amabas.

—Lo amaba —asentí, sonriendo en un intento de evitar llorar. Comencé a pasar la pasta de la olla directamente a la sartén con mantequilla caliente y ajo—. Estaba bastante desconsolado. Y no fue hasta un par de meses después, cuando por fin pude abrir ese libro de recetas, que me di cuenta de por qué me había dejado ir. — Saqué un cucharón lleno de agua de la pasta y lo eché en la sartén antes de añadir mi Parmigiano Reggiano y pimienta negra recién molida—. Se estaba muriendo, y lo sabía.

—No… —susurró Dustin, llevándose una mano a los labios.

Asentí. —Cáncer. Y uno que no se podía detener. Él sabía que su tiempo era limitado y no quería que estuviera allí para verlo caer—. Salteé la sartén un par de veces, mezclando todo, mientras una lágrima solitaria rodaba por mi mejilla. —Murió ese invierno e hice el viaje de regreso a Georgia para asistir al funeral.

—Qué triste…

—Lo es —asentí, mientras sacaba del horno el pan de ajo, ya tostado—. Pero Nico me dijo en su carta que debía salir y encontrar a alguien a quien amar, vivir mi vida al máximo en su memoria—. Comencé a rebanar el pan y a servir los platos, probando los sabores

sencillos una última vez. —Y he hecho mi mejor esfuerzo para lograrlo todos los días.

Espolvoreé un poco de perejil fresco sobre la pasta antes de colocar ambos platos en la mesa. Dustin se levantó para tomar un par de copas de vino y sacó una botella de Chardonnay que maridaría perfectamente con la pasta.

—Gracias por compartir esa historia —dijo él, sirviéndonos una copa a cada uno—. Es… muy hermosa. E íntima.

—Gracias por dejarme compartirla —le devolví la sonrisa, tomando asiento, todavía envuelto solo en una toalla—. La mayoría de los chicos… —pensé inmediatamente en Keith, mi ex—. No quieren oír sobre ese tipo de cosas.

—Bueno, qué bueno que no soy como la mayoría, entonces —sonrió Dustin, levantando su copa—. Por Nico.

Choqué mi copa con la suya. —Por Nico.

Ambos tomamos un sorbo antes de levantar los tenedores. Me detuve un momento para ver a Dustin dar su primer bocado. Enrolló la pasta cremosa en su tenedor y se la llevó a la boca. En el momento en que probó el bocado, dejó escapar un pequeño gemido de placer.

—Ay, por Dios… —suspiró, aparentemente al borde de las lágrimas —. Esto… Esto está tan bueno…

—Ten cuidado —sonreí, apuntándolo con mi trozo de pan de ajo—. Todos piensan que el camino al corazón de un hombre es a través de su pene. Te aseguro que es a través de su estómago.

Las mejillas de Dustin se sonrojaron mientras me miraba fijamente, con esos ojos azules centelleando. —Puede que tengas razón.

Mi corazón dio un brinco ante sus palabras, y no pude evitar sonreír aún más. Este hombre tímido y callado se iba a meter en mi corazón si no tenía cuidado. Y, sinceramente… estaba empezando a pensar que no me importaría en lo más mínimo.

# CAPÍTULO CATORCE: DUSTIN

Para cuando terminamos de cenar, ya había dejado los platos en el fregadero y le había tomado la mano a Alex. Serían un problema para el día siguiente. Esta noche, quería pasar cada momento con Alex. Después de su historia, tenía el corazón encendido. No podía entender muy bien por qué. Tenía razón, la mayoría de la gente se habría puesto celosa de que hubiera amado a otro hombre, pero yo no. Me pareció hermoso, íntimo y triste de la manera perfecta. Tal vez en el fondo sí era un escritor.

Alex todavía no llevaba más que una toalla mientras lo sacaba al porche delantero, al aire de la noche. Nos apoyamos en la baranda, observando a las luciérnagas danzar sobre la pradera. Sobre nosotros, las estrellas titilaban y una delgada luna creciente colgaba en la oscuridad.

—Nunca me canso de esto —dije, mirando a Alex—. Este lugar, la paz que siento aquí… es tan diferente a Nueva York. Y todo lo que no sabía que necesitaba. —Lo recorrí con la mirada, admirando ese cuerpo musculoso, los músculos marcados de su torso y la forma en que el vello rubio de su abdomen se hundía bajo la toalla—. Es mucho mejor que fingir ser otra persona en un rascacielos.

La mirada de Alex se desvió de las estrellas hacia mí, sus ojos reflejaban la luz de la luna. —He visto muchos cielos nocturnos, trabajando de rancho en rancho, pero hay algo en este que se siente diferente. —Se acercó más, su hombro desnudo rozando el mío—. O quizás es la compañía.

El calor de su piel contra la mía me recorrió como una corriente eléctrica. No pude evitar extender la mano para recorrer su clavícula con la punta de los dedos. Se le cortó la respiración y me sentí atraído hacia él como una polilla a la llama.

—Sabes, Dustin —susurró—, nunca he conocido a nadie como tú. Alguien que… no sé… pareces tan fuera de lugar, pero tan reconfortante al mismo tiempo. —Sacudió la cabeza, dejando escapar un pequeño suspiro—. Lo siento. Solo estoy diciendo tonterías.

Le ahuequé el rostro, mi pulgar rozando su mejilla sin afeitar. —No te detengas —dije, sorprendiéndome a mí mismo—. Si esto son tonterías, me gustan.

—Normalmente no soy el romántico —respondió.

—Basado en la historia que acabas de contarme —dije, inclinándome más cerca—, creo que sí lo eres. Y me encanta.

Cuando nuestros labios se encontraron, sentí como si las mismas estrellas hubieran descendido a mi cuerpo. Su boca era cálida, ansiosa, con un leve sabor al vino que habíamos compartido en la cena. La toalla alrededor de su cintura ofrecía poca barrera mientras se apretaba contra mí, su excitación era evidente contra mi muslo.

Mis dedos se enredaron en su pelo corto mientras el beso se profundizaba, su lengua explorando la mía con un hambre que igualaba a la mía. Estaba tan perdido en él que apenas registré el sonido de unas botas sobre la grava.

Alguien se aclaró la garganta detrás de nosotros. Nos separamos, sobresaltados, para encontrar al sheriff Marcus de pie al pie de la escalera del porche, con el sombrero en la mano.

—Buenas noches, caballeros —dijo, con una expresión indescifrable en la penumbra—. Solo haciendo mis rondas, comprobando que todo esté tranquilo por aquí.

El calor me inundó la cara, pero Alex permaneció pegado a mi costado, aparentemente sin avergonzarse de su casi desnudez.

—Todo tranquilo por aquí, sheriff —logré decir, con la voz vergonzosamente ronca.

Marcus asintió, una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios mientras se ponía el sombrero de nuevo. —Me alegro de oírlo. Que tengan una buena noche, muchachos. —Inclinó el ala del sombrero hacia nosotros y se dio la vuelta para marcharse, diciendo por encima del hombro—: Hermosa noche para mirar las estrellas.

Cuando el sonido de su vehículo se desvaneció en la distancia, Alex estalló en carcajadas contra mi hombro. —Bueno, esa es una forma de que conozcas a la policía local.

No pude evitar unirme a él, la tensión se disolvió en algo más ligero, más cargado. —Vamos —dije, tirando de él hacia la puerta—. Creo que ya le hemos dado suficiente espectáculo a la pradera por esta noche.

De vuelta adentro, con la puerta cerrada con llave detrás de nosotros, la picardía de Alex se transformó en algo más voraz. Me presionó contra la pared, su toalla finalmente cayó mientras sus manos trabajaban en los botones de mi camisa.

—Me alegro de que te quedes esta noche —dije sin aliento, saboreando la sensación mientras deslizaba sus manos sobre mi pecho ahora desnudo—. ¿Saben quién entró en tu apartamento? Nosotros… —me detuve cuando sus labios se cerraron alrededor de mi pezón, arrancándome un gemido—. No hablamos de eso.

—No me importa —dijo, sin levantar la vista de la adoración que le profesaba a mi cuerpo—. No es importante en este momento.

Su boca descendió, trazando besos calientes por mi esternón mientras sus manos trabajaban en mi cinturón. Quería discutir, insistir en que habláramos del allanamiento, pero la forma en que me estaba tocando esparcía mis pensamientos como hojas en el

viento. Apenas podía mantener la idea en mi mente por más de un instante fugaz.

—Alex —respiré, mis manos encontraron sus hombros, sintiendo el músculo sólido bajo la piel calentada por el sol—. Te necesito.

Entonces me miró, sus ojos cafés me tranquilizaron. —Estoy aquí, Dustin. No voy a ninguna parte.

Algo en su voz hizo que mi pecho se oprimiera, una vulnerabilidad que igualaba a la mía. Lo atraje hacia mí, reclamando su boca en un beso que era desesperado y tierno a la vez. Mis manos recorrieron su cuerpo, memorizando cada contorno y cada hueco, la forma en que se estremecía cuando trazaba la línea de su cadera.

—La habitación —logré decir contra sus labios, pero ya me estaba guiando hacia atrás por el pasillo, nuestros cuerpos apretados, piel contra piel.

Caímos en mi cama en un enredo de extremidades y risas ahogadas. Las manos de Alex estaban por todas partes, en mi pelo, en mi cara, deslizándose hacia abajo para terminar lo que había empezado con mis jeans. Cuando finalmente quitó la última barrera entre nosotros, me sentí expuesto en más de un sentido, mi pene se liberó.

—Dios, eres hermoso —susurró, con la voz ronca por el deseo. Sus dedos trazaron dibujos en mi pecho, y yo me arqueé ante su contacto, anhelando más.

—Tú también —dije, y lo decía en serio. A la luz de la luna que se filtraba por la ventana, parecía salido de un sueño, todo piel dorada y músculos magros, con el pelo rubio cenizo alborotado por mis dedos. Era un ángel hecho realidad, mi ardiente y desnudo salvador.

Cuando me besó de nuevo, lo hizo con una reverencia que me aceleró el corazón. No era solo deseo, era algo más profundo, algo que me asustaba y me emocionaba a partes iguales. Sus manos exploraron mi cuerpo con paciente minuciosidad, encontrando puntos que me hacían jadear y gemir debajo de él.

—Quiero hacerte sentir bien —murmuró contra mi garganta, su aliento caliente sobre mi piel—. Dime cómo hacerlo.

Lo miré fijamente durante un largo momento antes de alzar la mano para acunarle el rostro. —¿Me ayudas a salir de mi propia cabeza? —le pregunté, con más sinceridad de la que él imaginaba. Lo deseaba tanto, pero todavía me costaba mantenerme en el presente, mantener a raya el desprecio por mí mismo.

—¿Cómo? —preguntó él, sin más.

El calor me subió a las mejillas. —Véndame los ojos.

Alex contuvo el aliento y, por un momento, pensé que lo había asustado.

—L-Lo siento —murmuré—. Fue demasiado… No debí…

Un dedo se posó en mis labios, silenciándome. —Me *encantan* las vendas en los ojos —dijo, su voz de repente grave y hambrienta—. ¿Cuáles son tus límites esta noche?

La energía en la habitación había cambiado de repente. Conocía esa sensación. Era la misma que sentía cuando Ali y yo íbamos a las fiestas sexuales que organizaban nuestros amigos. Ali pensaba que eran divertidas, y era el único momento en que yo me sentía realmente satisfecho. Que me vendaran los ojos, me ataran y me torturaran sexualmente de las formas más exquisitas me permitía olvidar quién me estaba tocando. Podía fantasear todo lo que quisiera sin que ellos lo supieran. Y, al fin y al cabo, cuando tenía los ojos vendados, una boca era una boca.

—Mantengámoslo bastante tradicional —dije, adoptando de nuevo un modo sumiso que conocía demasiado bien—. Pero estoy abierto a… ya sabes… a cualquier cosa, supongo.

—Sé específico —dijo Alex, sin darme ni un centímetro de tregua.

Vacilé un momento, avergonzado pero demasiado excitado para detenerme. —El sexo anal y el oral están sobre la mesa. Hay

condones en el cajón con lubricante, pero no tienes que usarlos si no quieres. Estoy completamente sano.

—Yo también —respondió Alex, solo para tranquilizarme—. Me hice la prueba antes de venir a Sagebrush. No he estado con nadie más desde entonces.

—Entonces… —dije, atreviéndome a tener esperanza—. ¿Eso es un sí?

—Eso es un *jodido* sí —sonrió—. Pero si te sientes incómodo en algún momento, dímelo, ¿de acuerdo? Pararé de inmediato.

Asentí, mi pecho llenándose de una excitada efervescencia. —De acuerdo.

—¿Dónde está la venda?

Metí la mano en la mesita de noche, la saqué y se la entregué. La tomó con reverencia, frotando la tela entre sus dedos.

—¿Seda negra? —preguntó, levantando una ceja. Asentí—. Chico elegante —me devolvió la sonrisa.

—Recuéstate —dijo Alex, su voz adoptando un tono autoritario que me provocó un escalofrío por la espalda. Me acomodé contra las almohadas, con el corazón desbocado mientras él se inclinaba sobre mí. La seda se sentía fría contra mi piel caliente mientras la ataba con cuidado detrás de mi cabeza, sus dedos delicados en mi pelo.

—¿Qué tal así? —preguntó, su aliento cálido contra mi oreja.

—Perfecto —susurré, y lo era. La oscuridad fue inmediata y total, intensificando todas las demás sensaciones. El suave algodón de las sábanas bajo mi cuerpo, el murmullo de la respiración de Alex, el ligero aroma de su piel mezclado con el persistente aroma de la cena.

—Bien —murmuró, y luego sus labios se posaron en mi cuello, dejando suaves besos que me hicieron arquearme debajo de él—. Solo siente, Dustin. No pienses en nada más.

Su boca descendió, trazando la línea de mi clavícula con su lengua. Jadeé y apreté las sábanas con los puños cuando encontró ese punto sensible donde mi cuello se une a mi hombro. Parecía registrar cada reacción, cada sonido que hacía, ajustando su tacto en consecuencia.

—Respondes tan bien —dijo contra mi piel, y pude oír la sonrisa en su voz—. Me encanta observarte.

Sus manos recorrieron mi pecho, sus pulgares rodeando mis pezones hasta que me retorcí debajo de él. Cuando reemplazó sus dedos con su boca, grité, arqueando la espalda para separarme de la cama. Se tomó su tiempo, prodigando atención primero a uno y luego al otro, hasta que estuve temblando de necesidad.

—Alex, por favor —supliqué, sin estar seguro siquiera de lo que estaba pidiendo.

—Paciencia —me reprendió suavemente, sus labios rozando mis costillas mientras descendía—. Quiero saborear cada centímetro de ti.

Fiel a su palabra, exploró mi cuerpo con una minuciosa dedicación. Su lengua trazó la línea de mi cadera, sus dientes rozando la piel sensible de mi muslo interno. Para cuando llegó a mi verga, yo estaba prácticamente sollozando de deseo.

—Tan hermoso —murmuró, su aliento caliente contra mi miembro—. Y tan *duro*.

Cuando finalmente me tomó en su boca, casi me desmoroné por completo. Su calor húmedo, la forma hábil en que trabajaba su lengua, era casi demasiado. Sentí el metal tibio de su perforación contra mi muslo, una deliciosa fricción que me hizo jadear y sacudir las caderas.

—Tranquilo —dijo, retrocediendo lo justo para hablar—. Deja que yo me encargue de ti.

Sus manos presionaron mis caderas hacia abajo mientras reanudaba su adoración, tomándome más profundo esta vez. Estaba perdido en la sensación, en la oscuridad detrás de la venda, en el abrumador placer de su boca sobre mí. Todas mis ansiedades, todas mis dudas, se derritieron bajo su toque experto.

Justo cuando pensé que no podía soportarlo más, se apartó, dejándome jadeando y desesperado.

—Todavía no —dijo, con la voz ronca por la excitación—. Tengo otra cosa planeada.

Cuando oí abrirse el cajón de la mesita de noche y destaparse la botella de lubricante, supuse que iba a follarme. Después de todo, yo era el sumiso, ambos lo sabíamos. Y me encantaba follarme con consoladores, así que no sería una sensación totalmente extraña. Sin embargo, no pude evitar el jadeo que se me escapó cuando sentí que pasaba una pierna por encima de mí y se acomodaba a horcajadas sobre mis caderas, mi verga empapada en saliva latiendo contra su apretado y musculoso culo.

—¿Está bien así? —preguntó, estirando la mano hacia atrás y acariciándome mientras su verga palpitaba sobre mi vientre.

Me mordí el labio inferior. —Ajá.

—Bien —arrulló, esparciendo lubricante sobre mi verga con la otra mano. Se inclinó, su aliento caliente contra mi oído—. Porque voy a montarte hasta que supliques por venirte.

La promesa en su voz hizo que todo mi cuerpo se contrajera de anticipación. Sentí cómo se movía sobre mí, posicionándose, y luego su increíble calor mientras comenzaba a hundirse sobre mi verga. La sensación era abrumadora, apretada, resbaladiza, perfecta, y no pude evitar el gemido entrecortado que se escapó de mis labios.

—Joder —respiró Alex, con la voz tensa mientras me tomaba centímetro a centímetro—. Te sientes tan jodidamente *bien*, Dustin.

Mis manos encontraron sus muslos, agarrando el músculo sólido mientras se asentaba completamente sobre mí. La venda en los ojos hacía todo más intenso, y podía oír cada respiración entrecortada, sentir cada temblor que recorría su cuerpo. Cuando empezó a moverse, girando las caderas en círculos lentos y tortuosos, pensé que me volvería loco.

—Eso es —murmuró, con las manos apoyadas en mi pecho mientras encontraba su ritmo—. Solo siente esto. Siente mi culo apretado.

Me montó con una confianza que me dejó sin aliento, alternando entre movimientos profundos y restregantes y embestidas rápidas y superficiales que me hicieron ver estrellas detrás de la seda. Su verga se arrastraba contra mi estómago con cada movimiento, dejando rastros de líquido preseminal que me hacían desear tocarlo.

—¿Puedo…? —empecé, mis manos moviéndose hacia donde sabía que estaría su miembro.

—No —dijo con firmeza, agarrando mis muñecas e inmovilizándolas por encima de mi cabeza—. Esto se trata de ti ahora mismo. De hacerte sentir bien. Yo me vendré cuando quiera.

La dominación en su voz, tan diferente de su habitual carácter alegre, me envió una descarga eléctrica directa. Me rendí por completo, dejándole controlar el ritmo, la presión, todo. Lo único que podía hacer era yacer allí y recibirlo, perdido en la oscuridad y en la increíble sensación de estar dentro de él.

—Te estás portando tan bien —jadeó, sus movimientos volviéndose más urgentes—. Haciendo exactamente lo que te digo mientras ordeño esa hermosa verga tuya.

Estaba completamente a su merced, mi cuerpo respondía a cada movimiento de sus caderas, a cada cambio de ángulo. Cuando se inclinó hacia delante, cambiando la profundidad, grité su nombre como una plegaria.

—Por favor —jadeé. Pero ¿qué estaba suplicando?

—¿Por favor, qué? —preguntó, con la voz espesa por la excitación mientras continuaba su ritmo implacable.

—Necesito… no puedo…

—Claro que puedes —dijo, su agarre en mis muñecas se apretó mientras me sujetaba. No es que me resistiera, me encantaba—. Me estás dando toda la verga que puedo aguantar, hermoso —jadeó—. Vas a hacer que me corra sin tocarme.

Sus palabras me provocaron una sacudida, y sentí cómo se apretaba a mi alrededor mientras sus movimientos se volvían más erráticos. La idea de que lo estaba llevando al límite sin que él siquiera se tocara era embriagadora. Podía sentir la tensión acumulándose en su cuerpo, la forma en que sus muslos temblaban contra mis caderas.

—Alex —respiré, mi propio orgasmo creciendo hasta un clímax que apenas podía contener—. Estoy tan cerca.

—Todavía no —ordenó, pero su voz se estaba quebrando ahora, desesperada—. Espérame. Ya casi… *joder*… ya casi llego.

Se clavó con más fuerza, penetrándome más profundo, y sentí cómo se estremecía sobre mí. Su verga palpitó contra mi estómago mientras se corría con un grito ahogado, su eyaculación pintando mi pecho y abdomen con vetas tibias. La visión que no podía ver pero podía sentir, combinada con la forma en que se apretó a mi alrededor, me empujó al abismo.

—Ahora —jadeó—. Córrete para mí ahora.

Me rompí bajo él, mi orgasmo me desgarró con una intensidad que me dejó temblando. Oleada tras oleada de placer me inundó mientras me derramaba dentro de él, mi cuerpo arqueándose en la cama tanto como su peso lo permitía. Su nombre cayó de mis labios como un mantra, la única palabra que podía recordar.

Se desplomó sobre mi pecho, ambos respirando con dificultad, su rostro hundido en mi cuello. Podía sentir su corazón martilleando contra mis costillas, igualando el ritmo frenético del mío. Lenta y

cuidadosamente, extendió la mano y desató la venda, dejándola caer por fin.

Parpadeé ante la tenue luz de la luna, mis ojos ajustándose mientras lo miraba. Tenía el pelo revuelto, la cara sonrojada, y había algo tan tierno en su expresión que me oprimió el pecho.

—Hola —dijo en voz baja, apartándome un mechón de pelo de la frente.

—Hola —respondí, con la voz ronca.

—¿Qué tal estuvo eso? —sonrió, muy orgulloso de sí mismo.

—¿La verdad? —reí suavemente—. Mejor que cualquier cosa que haya hecho.

Nos quedamos acostados así un largo momento; ninguno de los dos quería romper el hechizo. Finalmente, él se movió y se apartó con un suave suspiro. Detesté que se terminara nuestro momento, pero regresó enseguida con un paño tibio y nos limpió a ambos con toques suaves y cuidadosos.

—Quédate —dije, tomándolo del brazo cuando hizo el ademán de levantarse de nuevo—. Por favor.

Él sonrió; era esa sonrisa radiante que me había cautivado desde el principio. —No pensaba ir a ningún lado.

Se acomodó a mi lado y nos arropó a los dos con la sábana. Me giré de lado para quedar frente a él, maravillándome de lo bien que se sentía todo, de lo perfecto que encajaba contra mi cuerpo. Sentí como si me hubieran quitado un peso de encima y que en su lugar tenía el sentimiento más hermoso que jamás había experimentado.

—Gracias —dije en voz baja—. Por… por saber lo que necesitaba.

—Gracias a ti por confiármelo —respondió, mientras sus dedos trazaban figuras lánguidas sobre mi pecho—. Buenas noches, hermoso.

Me incliné hacia su tacto, atrayéndolo hacia mí. —Buenas noches.

# CAPÍTULO QUINCE: ALEX

Me desperté antes del amanecer, acostumbrado a levantarme antes que el sol para empezar mi día de trabajo. Sin embargo, cuando tomé mi teléfono para ver la hora, vi un mensaje de texto que Logan me había enviado tarde en la noche. Me decía que me tomara el día libre y que sacara mis cosas del departamento. Iba a llamar a alguien para que reparara la ventana y quería que me cambiara a uno de los otros departamentos. Se disculpó profusamente por las molestias y dijo que podía volver a trabajar cuando estuviera listo. Sentí culpa de que se disculpara por algo que obviamente era mi culpa. Yo era el que tenía un ex celoso persiguiéndome por todo el país, no él.

Sin embargo, no podía rechazar la idea de pasar la mañana en la cama con Dustin. Dándome la vuelta, lo atraje a mis brazos. Acurrucó su rostro contra mi pecho, depositando besos suaves sobre mi piel aunque todavía estaba dormido. Pasé mi mano por su nuca, enredando mis dedos en su cabello. Era realmente *increíblemente* hermoso.

Sin embargo, sentí una punzada de culpa mientras lo observaba, admirando cada una de sus hermosas facciones. Él no sabía nada de mi ex loco ni del hecho de que, *muy probablemente*, había entrado a robar en mi departamento y se había llevado mi diario, lo que significaba que conocía cada detalle íntimo de mi vida. Si realmente era Keith, no tenía duda de que tarde o temprano vendría a buscarme. Pero una parte de mí, por ilógica que fuera, no estaba dispuesta a aceptar que Keith se tomara toda esta molestia solo para seguirme la pista. Ya habían pasado tres años… seguro que ya lo

habría superado para ahora, ¿verdad? Quizás el robo y la camioneta roja eran solo una extraña coincidencia…

Pero, ¿cómo podía arriesgarme? Keith podía ser cruel, y yo no quería que Dustin quedara atrapado en medio de todo, no cuando era tan frágil y apenas se estaba inclinando hacia lo que sea que esto fuera entre nosotros. Por otro lado, si le contaba todo… ¿no lo asustaría? En este punto, Dustin quería estar cerca de mí, pero todavía tenía toda la energía de una liebre nerviosa a punto de salir corriendo. No quería perderlo, no cuando apenas habíamos empezado.

Y la verdad más difícil, la que evitaba admitir, era que me gustaba demasiado. Dos citas y ya sentía que me estaba enamorando de él. Dios… me hacía sentir desesperado y patético, como el tipo de hombre al que todo el mundo bloquea en las aplicaciones de citas cuando se vuelve demasiado posesivo.

Así que, ahí estaba yo, abrazando a un hombre al que no podía admitirle ni la verdad de mis sentimientos ni la realidad de mi pasado sin asustarlo. Parecía que mi única opción era mantener la actitud de vaquero despreocupado hasta que él se sintiera más cómodo y seguro. Entonces podría exponerle lentamente mi pasado y, con suerte… *con suerte*, no saldría corriendo y gritando. Y cuando hubiera pasado una cantidad de tiempo apropiada, le diría lo que sentía por él. Además, podría ser solo un enamoramiento pasajero. ¿Verdad?

Apreté los párpados, tratando de alejar los pensamientos que daban vueltas en mi cabeza. Este era exactamente el tipo de sobreanálisis que me había metido en problemas antes. Quizás estaba siendo paranoico con respecto a Keith. Quizás el robo realmente fue solo un crimen al azar. Y quizás lo que sentía por Dustin era solo la novedad de estar con alguien que realmente parecía preocuparse por mí. Quizás, quizás, quizás…

Dustin se removió en mis brazos, sus oscuras pestañas revolotearon contra sus mejillas antes de que esos impresionantes ojos azules se abrieran y encontraran los míos. Una sonrisa somnolienta se

extendió por su rostro, y mi corazón hizo esa estupidez de revolotear de nuevo.

—Buenos días —murmuró, con la voz ronca por el sueño.

—Buenos días, hermoso —respondí, apartándole un mechón de pelo de la frente—. ¿Dormiste bien?

Asintió, estirándose lánguidamente contra mí como un gato.

—Mejor que en meses. ¿Y tú?

—Como un bebé —mentí sin problemas. La verdad era que llevaba despierto la mayor parte de una hora, con la mente acelerada por todas las formas en que esto podría salir mal. Pero al mirarlo ahora, suave y contento bajo la luz de la mañana que se filtraba por las cortinas, tomé mi decisión. No iba a abrumarlo con mi equipaje. Todavía no.

—¿Qué hora es? —preguntó, acurrucándose más cerca.

—Aún es temprano. Logan me dio el día libre para resolver la situación del departamento. —Le di un beso en la coronilla, inhalando el aroma de su champú mezclado con nuestra persistente intimidad. Me encantaba el olor de mi sudor en su piel—. Significa que puedo pasar la mañana contigo.

—Qué suerte la mía —dijo, y había algo en su voz que me hizo bajar la mirada hacia él. Su expresión era vulnerable, casi tímida—. Me preocupaba que quisieras… no sé, que lo de anoche hubiera sido demasiado.

—¿Demasiado? —Me apoyé en el codo para verlo mejor—. Dustin, lo de anoche fue perfecto. Tú fuiste perfecto.

El alivio que inundó sus facciones fue tan profundo que me dolió el pecho. ¿Cómo podía alguien tan increíble estar tan inseguro de su propio valor?

—Es que… sé que no fue exactamente… *normal* —dijo en voz baja —. Lo de la venda en los ojos, pedirte que… tomaras el control así. No es exactamente convencional.

Le ahuequé el rostro suavemente, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Oye, escúchame. No hay nada en ti que no sea normal. Nada. Lo que hicimos anoche fue hermoso e íntimo y exactamente lo que ambos necesitábamos.

Se apoyó en mi mano, cerrando los ojos.

—No me había sentido tan cómodo con alguien en… bueno, quizás nunca.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, a la vez emocionantes y aterradoras. Este hombre hermoso y roto me estaba confiando pedazos de sí mismo, y aquí estaba yo, guardando secretos que podrían destrozar todo entre nosotros.

—Yo tampoco —admití, porque eso sí era verdad—. Me haces sentir… *bien*.

—Serías el primero —respondió, quedándose en silencio de nuevo.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, forzando su barbilla hacia arriba para que su mirada se encontrara con la mía.

—Ya conoces mi historia —dijo, y sus ojos azules se aguaron—. Cómo he estado decepcionando a todo el mundo toda mi vida porque no podía aceptarme a mí mismo.

—Dustin —dije con brusquedad, tomándole la barbilla entre mis dedos—. Voy a necesitar que dejes de castigarte, ¿de acuerdo? Eso fue hace años. Dijiste la verdad, lo resolviste y seguiste adelante. —Lo recorrí con la mirada, asegurándome de que me escuchaba con todo su ser—. No eres una decepción. Eres solo una persona, como el resto de nosotros, tratando de resolver las cosas día a día.

Me miró fijamente por un largo momento; algo cambió en su expresión. —¿Cómo haces eso?

—¿Hacer qué?

—Hacer que crea que podría ser verdad. —Su voz era apenas un susurro.

Me incliné y lo besé suavemente, saboreando la vulnerabilidad en sus labios. —Porque es verdad. Y quizás… quizás necesito que lo creas tanto como tú.

Se echó un poco hacia atrás, estudiándome el rostro. —¿A qué te refieres?

Mierda. Había dicho demasiado, había dejado escapar mis propias inseguridades. —A nada, solo… que todos tenemos nuestros demonios, supongo.

—Alex. —Su mano encontró mi mejilla, el pulgar rozando mi mandíbula—. También puedes hablar conmigo, ¿sabes? No todo tiene que girar en torno a mi carga.

La ironía no se me escapó. Ahí estaba él, ofreciéndome la oportunidad perfecta que debería tomar para contarle sobre Keith, sobre el diario, sobre todo. Pero al mirarlo a esos confiados ojos azules, no fui capaz de romper la paz que habíamos encontrado.

—Lo sé —dije en su lugar, tomando su mano y llevándomela a los labios—. Pero ahora mismo, solo quiero concentrarme en esto. En nosotros. En el hecho de que puedo despertar junto al hombre más increíble que he conocido.

Un sonrojo le subió por el cuello. —Vas a hacer que llore otra vez.

—Lágrimas de felicidad esta vez, espero.

—Bastante felices —confirmó, atrayéndome hacia él para otro beso. Este fue más profundo, más urgente, y sentí que mi cuerpo respondía a pesar de nuestra conversación. Sus manos recorrieron mi espalda, sus dedos trazando los músculos con caricias reverentes.

—Mmm —murmuró contra mis labios—. Me encanta cómo te sientes.

—¿Ah, sí? —Me moví para quedar suspendido sobre él, deleitándome con la imagen de su cuerpo extendido debajo de mí a la luz de la mañana—. ¿Qué más amas?

La pregunta se me escapó antes de que pudiera detenerla, cargada de más significado del que pretendía. Sus ojos se abrieron un poco y vi el momento en que entendió lo que realmente estaba preguntando, aunque sabía que no debía.

—Amo… —empezó, luego se detuvo, con el color inundándole las mejillas—. Amo lo seguro que me haces sentir. Cómo no me juzgas por las cosas que necesito. Cómo me miras como si yo valiera algo.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas. —Vales algo. Vales *muchísimo*.

Sus ojos se suavizaron, y levantó la mano para delinear mi mandíbula con dedos suaves. —Tú me haces creerlo. Y yo… estoy empezando a pensar que quizás tú también vales algo para mí.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, frágiles y nuevas. No pude hablar por un momento, temeroso de hacer añicos lo que sea que estuviera creciendo entre nosotros. En cambio, me incliné y apreté mi frente contra la suya, inhalándolo.

—Me gusta cómo suena eso —susurré finalmente.

Dustin sonrió, una sonrisa tímida y genuina que hizo que me doliera el pecho. —A mí también.

Me giré sobre mi costado, tirando de él conmigo para que quedáramos uno frente al otro, con las piernas enredadas bajo las sábanas. La luz de la mañana se filtraba por las cortinas, pintando vetas doradas sobre su piel. Tracé una con mi dedo, siguiéndola desde su hombro hasta su cadera.

—Podría acostumbrarme a mañanas como esta —murmuró, con los ojos entrecerrados mientras disfrutaba de mi caricia.

—Entonces tengamos más de ellas —dije simplemente, como si fuera la cosa más fácil del mundo. Como si no hubiera complicaciones y trabajo acechando justo fuera de esta burbuja que habíamos creado.

Me tomó la mano y se la llevó a los labios. —Me gustaría.

Nos quedamos así un rato, intercambiando besos perezosos y caricias suaves mientras el sol ascendía en el cielo. Se sentía surrealista, esta tranquila intimidad con un hombre que se había estrellado en mi vida como un meteorito. Una parte de mí se preguntaba si estaría soñando, si despertaría solo en mi apartamento sin nada más que el recuerdo de lo que pudo haber sido.

—¿En qué piensas? —preguntó Dustin, interrumpiendo mis pensamientos—. Pareces estar a kilómetros de distancia.

Forcé una sonrisa. —Solo pensaba en lo afortunado que soy de estar aquí contigo.

Me estudió por un momento y me preocupó que pudiera ver a través de mi media verdad. Pero entonces me devolvió la sonrisa, esa hermosa y confiada sonrisa que hizo que mi culpa se retorciera más profundo.

—El afortunado soy yo —dijo—. Nunca pensé que encontraría a alguien como tú en Sagebrush, Texas.

—¿Un vaquero engreído sin nada que perder? —bromeé, agradecido por el giro más ligero—. Debe haber un millón como nosotros.

—Un hombre que me ve —corrigió, su voz de repente seria—. Que me ve de verdad. Por primera vez.

El peso de sus palabras se posó sobre mis hombros. Él confiaba en que yo lo viera, que lo conociera, mientras yo mantenía partes de mí mismo ocultas. La hipocresía de la situación me quemaba, pero el miedo a perderlo quemaba aún más.

—Sí te veo —dije, porque eso era cierto—. A ti, por completo. Y me pareces espectacular.

Sus mejillas se sonrojaron de nuevo. —¿Incluso con todos mis complejos e inseguridades?

—Sobre todo con esos —dije con firmeza—. Son parte de lo que te hace ser quien eres. Y quien eres es alguien con quien quiero estar.

Las palabras se me escaparon de nuevo antes de que pudiera detenerlas, más sinceras de lo que pretendía. Algo en Dustin hacía casi imposible contenerlas. Observé cómo sus mejillas ardían, pero no dijo nada. En lugar de eso, solo deslizó una mano por mi cadera, dándole un ligero apretón.

—Me lo pones difícil para mantener las manos quietas —murmuré contra su cuello, sintiendo cómo se estremecía mientras yo deslizaba mis manos por su torso.

—¿Y quién dice que tienes que hacerlo? —susurró él, y su voz adquirió esa cualidad entrecortada que me aceleraba el pulso.

Me aparté para mirarlo, estudiando el rubor que se extendía por su pecho, la forma en que sus pupilas ya se dilataban de deseo. —Insaciable —bromeé, pero no había queja en mi voz.

—Tengo que ponerme al día con muchas cosas —dijo, con una sonrisa pícara dibujada en el rostro.

Me reí, con una risa grave y ronca, mientras apretaba mi boca contra su garganta. —Bueno, tenemos toda la mañana —murmuré contra su piel, sintiendo cómo su pulso saltaba bajo mis labios—. Y si algo soy, es meticuloso.

# CAPÍTULO DIECISÉIS: DUSTIN

Había pasado una semana desde el allanamiento del apartamento de Alex y, hasta el momento, no había pasado ni una sola noche en su propia cama. En cambio, se quedaba conmigo, pasando cada noche envueltos en los brazos del otro. Era la gloria pura y cada día que pasaba me sentía más confiado y seguro de que esto era lo que quería de la vida.

Hasta ahora, había estado cuestionando en secreto si había tomado o no la decisión correcta con Ali. En su momento, el divorcio fue más un acto desinteresado. Quería salvarla de la situación claramente infeliz en la que se encontraba conmigo. Si yo era el que pedía el divorcio, podía ser el malo de la película y dejar que ella conservara algo de dignidad.

Pero ahora que por fin había encontrado el valor para perseguir lo que había deseado en secreto todos esos años… bueno, me sentía yo mismo. Y no solo eso, era *realmente* feliz. Lo cual, para ser sincero, era una sensación jodidamente increíble, una que nunca había experimentado de verdad hasta ahora. No sabía que era posible estar tan maravillosamente envuelto en afecto, sexo y belleza como lo estaba con Alex. Él era solo un vaquero polvoriento que, casi por accidente, había sido la respuesta a todas mis esperanzas, plegarias y sueños.

Y aunque solo lo conocía desde hacía tres semanas, sabía que me estaba enamorando de él. *Perdidamente*. Y eso me cagaba de miedo.

¿Cómo podía un verano que empezó como todos los demás, resultar ser tan innegablemente maravilloso? Sentía que estaba viviendo en un sueño. Una bruma difusa envolvía todo en mi mundo, volviéndolo suave, misterioso y nostálgico. Era como si una de mis novelas románticas hubiera cobrado vida y yo fuera el joven señor que regresaba a casa de un largo viaje. Y allí, mientras la niebla de la mañana se disipaba, estaba Alex, esperando con los brazos abiertos para darme la bienvenida al lugar más dulce del que no quería irme nunca más.

No hace falta decir que, mientras Alex trabajaba en el rancho, mis dedos tecleaban furiosamente en mi computadora portátil. Ya no me limitaba a garabatear mis pensamientos en las esquinas de los diarios o en entradas de blog a medio hacer que nunca se publicarían. En cambio, ardía en energía creativa, escribiendo personajes, ideas y escenas que me dejaban sin aliento y con los jeans apretados. Estaba viviendo un romance, así que escribía sobre eso. Aunque mis historias tenían un toque claramente británico de la época eduardiana. Siempre me han podido los buenos romances de época. *Bridgerton* prácticamente me cambió la vida en el momento en que salió. No es que se lo admitiera a nadie.

Pero me di cuenta de que era incapaz de abandonar la estética vaquera. El rostro de Alex se había metido en mi mente y no pensaba soltarlo. Así que mi historia, en contra de mis propios deseos, se convirtió lentamente en algo inesperado. Un vaquero en Inglaterra, el primo lejano convertido en heredero de un título y una gran finca en ruinas, que viene a reclamar su fortuna en contra de su voluntad. Y su futuro amante, un abogado local que se encargaba del traspaso de la propiedad. Parecía quizá demasiado obvio, ya que yo también era abogado y Alex era mi vaquero. Pero no dejé que eso me impidiera fantasear. ¿Y el sexo entre ellos? Bueno, me dejaba jadeando y goteando cada vez que tenía que escribir una escena.

Después de una escena particularmente erótica en la que el vaquero ataba a su joven abogado a la cama y se lo follaba, decidí dar un

paseo para despejarme. Por mucho que quisiera bajarme los jeans y acariciar mi verga que goteaba, reviviendo la escena en mi cabeza, sabía que quería guardarme para Alex esa noche. El sexo con él siempre era *mucho* mejor que cualquier cosa que yo pudiera hacerme a mí mismo, y quería estar completamente presente en esos momentos.

Así que, con un lánguido estiramiento y un reajuste de mi miembro, me obligué a alejarme de la computadora e ir a la puerta principal. Allí, me puse mis botas vaqueras negras, el par que me había llegado a encantar desde que llegué a Sagebrush, y salí al sol de la tarde. El sol de Texas me golpeó como un ladrillo, y levanté la mano para bloquear el resplandor a pesar de que mis lentes de sol eran los más oscuros que pude encontrar. Me hice una nota mental de comprarme un sombrero uno de estos días. Los chicos juraban por ellos, decían que no saldrían sin uno. Pero me encontré dudando. Las botas eran una cosa, todo el mundo necesitaba zapatos. Sin embargo, comprar un sombrero de vaquero casi se sentía como si me estuviera metiendo en un mundo al que no pertenecía, como si estuviera tratando de mentir sobre quién era realmente. Después de todo, yo no era un vaquero, era un abogado de Nueva York que se había comprado una vida rural. No me la *gané* exactamente.

Dándole la espalda al sol, me dirigí por el largo camino de regreso a la casa principal y a la arena de rodeo. Las clases probablemente estarían en pleno apogeo a esta hora del día, así que quizá podría ver la carrera de barriles un rato. De cualquier manera, era bueno salir de la casa. Había estado demasiado encerrado la semana pasada.

El aire estaba cargado de polvo cuando me acerqué a la arena, y pude oír el trueno rítmico de los cascos antes incluso de doblar la esquina. Me detuve en la valla, observando cómo una adolescente con largas trenzas guiaba a su yegua cuarto de milla alazana entre los barriles con una precisión que me aceleró el corazón. Caroline estaba en el centro, cronómetro en mano, asintiendo con aprobación mientras la chica terminaba su recorrido.

—¡Nada mal, Michaela! ¡Le bajaste otros dos segundos!

Me apoyé en la madera desgastada, contento de observar sin llamar la atención. Había algo hipnótico en ver a estos jinetes trabajar en perfecta armonía con sus monturas, una danza de confianza e instinto que nunca había apreciado del todo antes de venir aquí.

—¿Disfrutando del espectáculo?

Me giré y encontré a Colt Dawson a mi lado, con el sombrero inclinado para protegerse del sol. No lo había visto desde ese día en el restaurante. Había pasado… ¿qué? ¿Una semana tal vez? ¿Más? Usualmente seguía a Colt como un perrito perdido, contento de beberme su belleza sin acercarme lo suficiente como para tocarlo. Era extraño no estar prendado de él. Pero al mirar esos rasgos apuestos, el cabello pelirrojo y los ojos verdes, me di cuenta de que de repente tenía mucho menos poder sobre mí.

—Solo necesitaba un poco de aire fresco —respondí, intentando sonar casual—. Estuve escribiendo toda la mañana.

Colt asintió, con los ojos fijos en mí. —Logan y Dakota dijeron que has estado muy encerrado últimamente. —Sonrió ampliamente, con esa sonrisa arrogante suya siempre presente—. Bueno… no *solo*, que digamos.

El corazón se me aceleró. —Yo… eh… no sé a qué te refieres —dije, fingiendo estar muy interesado en lo que pasaba en la arena.

—Ajá —rio por lo bajo—. Cómo no. —Se apoyó en la cerca a mi lado y también se quedó mirando un momento—. Sabes, creo que es genial que hayas encontrado a alguien con quien pasar el tiempo. Te lo mereces. Y Alex parece un buen tipo.

Sus palabras me cayeron como un balde de agua fría y sentí que el calor me inundaba las mejillas. —Yo… nosotros no… —empecé, pero la mentira murió en mis labios. ¿Qué caso tenía? Era evidente que todo el mundo lo sabía.

—Oye —dijo Colt en voz baja; su voz ya no tenía ese tono burlón—. No quise incomodarte. Es solo que… te ves feliz. Muy feliz. Y eso es bueno.

Lo miré, sorprendido por la sinceridad en su tono. —¿De verdad?

—Sí, de verdad. Tienes este… no sé, este brillo que antes no tenías. —Sonrió y, por primera vez, su sonrisa se sintió genuina en lugar de actuada—. Sea lo que sea que Alex esté haciendo, está funcionando.

Se me hizo un nudo en la garganta por la emoción. —No me di cuenta de que era tan obvio.

—Solo para los que tenemos ojos —dijo Colt, encogiéndose de hombros—. ¿Y honestamente? Bien por ti. La vida es demasiado corta para pasarla solo cuando podrías estar con alguien que te hace sonreír así.

Me toqué la cara sin darme cuenta. —¿Estoy sonriendo?

—Como un idiota —confirmó con una sonrisa—. De hecho, es bastante adorable.

La camaradería relajada entre nosotros se sentía diferente ahora, menos cargada de la energía nerviosa que solía sentir a su alrededor. Me di cuenta con una claridad sorprendente de que mi enamoramiento por Colt se había evaporado por completo, reemplazado por algo más profundo y real con Alex.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije, girándome para mirarlo de frente.

—Dispara.

—¿Cómo sabes cuándo es… cuándo es de verdad? No solo un capricho o soledad o lo que sea.

Colt se quedó en silencio un largo momento, con una expresión pensativa. —Creo… creo que es cuando dejas de intentar ser otra persona a su lado. Cuando puedes ser tú mismo, con todos tus defectos, y aun así te miran como si fueras la gran cosa. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Cuando dejas de actuar y empiezas a vivir.

Las palabras resonaron tan profundamente que las sentí en los huesos. Eso era exactamente lo que Alex había hecho por mí, me había dado permiso para dejar de fingir, para dejar de intentar ser la persona que creía que debía ser. ¿Era eso lo que Eli había hecho por Colt? Claro, yo había estado allí cuando se reconciliaron, pero nunca me di cuenta de lo profundo que debió de ser su sentimiento. Lógicamente, sabía que estaban enamorados, pero al oír hablar a Colt ahora… supe que era un amor de esos que solo se dan una vez en la vida, no solo por conveniencia.

—Sí —dije en voz baja—. Suena acertado.

—Entonces, ¿sí es de verdad? —preguntó Colt, y había algo casi melancólico en su voz.

—Creo que sí. Dios, espero que sí. —Me pasé una mano por el pelo oscuro, calentado por el sol, sintiéndome de repente vulnerable—. Nunca he sentido nada como esto. Es aterrador y maravilloso y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Ninguno de nosotros la tiene —dijo Colt con una risa—. Eso es lo que lo convierte en una aventura.

—Una aventura —repetí, y las palabras se asentaron en mi pecho como una brasa cálida—. Me gusta eso.

Nos quedamos en un cómodo silencio durante un rato, viendo a Caroline guiar a otro jinete a través de los barriles. El polvo que levantaban los caballos captaba la luz de la tarde, creando nubes doradas que danzaban en el aire. Me encontré pensando en Alex, probablemente por ahí en alguna parte arreglando cercas o revisando el ganado, con la camisa pegada a la espalda por el sudor y esa sonrisa fácil en su rostro.

—Lo estás haciendo de nuevo —dijo Colt con diversión.

—¿Haciendo qué?

—Esa sonrisa de tonto. Cielos, estás coladísimo.

Me reí, sin siquiera intentar negarlo más. —Quizá sí.

—Bien por ti, viejo. De verdad. —Colt se apartó de la cerca, ajustándose el sombrero—. Sé que has estado colado por mí por un tiempo…

—Yo no… —empecé. Pero me interrumpió con un gesto de la mano.

—No pasa nada —sonrió Colt—. De verdad. Pero me alegra ver que tienes a alguien que puede corresponder a ese afecto.

—Yo… —hice una pausa y solté un largo suspiro—. Gracias. Y perdón si fui molesto.

—No lo fuiste —asintió—. Fue adorable. Pero amo a Eli más que a nada en el mundo.

—Lo sé. Es un buen hombre.

—Lo es —coincidió Colt, dándome una palmada en el hombro—. Pero eso no significa que no te tuviera en mente. Si no hubiera aparecido alguien pronto, Eli y yo teníamos medio pensado aparecer en tu casita una noche y follarte solo para hacerte sentir mejor.

El corazón me dio un brinco a la garganta. Abrí la boca para responder, pero no me salió ningún sonido. El calor me inundó las mejillas y mi verga dio una sacudida tremenda.

Colt echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Dios, sabía que eso te dejaría de una pieza. —Sonrió de oreja a oreja y me dio una palmada en el hombro—. No te preocupes, podemos hablar de ello cuando tú y Alex se asienten. He hablado con él un par de veces y tengo la sensación de que no se opondría a intercambiar parejas por una noche o dos.

—Oh… por… Dios… —tartamudeé, apenas capaz de respirar.

—Y con eso me despido —dijo Colt entre risas—. Le prometí a Eli que le ayudaría con el papeleo de la granja esta noche. —Hizo una pausa y me miró—. Sabes, si alguna vez quieres hablar de… cómo navegar todo esto de las relaciones en un pueblo pequeño… por aquí ando. No siempre es fácil ser diferente aquí, pero la gente adecuada hace que valga la pena.

Sentí una oleada de gratitud por su inesperada amabilidad, aunque mi corazón todavía latía con fuerza por su repentina confesión. —Gracias, Colt. Puede que te tome la palabra con eso. Y con lo otro… *eventualmente*.

—No hay apuro —dijo—. Y sin presiones. Es solo una idea divertida para más adelante. Ahora concéntrate en Alex.

Hizo una seña con el sombrero y se alejó, dejándome a solas con mis pensamientos y el sonido rítmico de los cascos sobre la tierra. Me quedé un rato más, dejando que el sol de Texas me calentara la cara, pensando en lo mucho que había cambiado todo en solo unas pocas semanas. El hombre que había manejado desde Nueva York había estado perdido, buscando algo a lo que ni siquiera podía ponerle nombre. Ahora sentía que por fin me estaba convirtiendo en alguien a quien podía reconocer en el espejo.

Mi celular vibró con un mensaje de texto de Alex.

*Trabajo hasta tarde esta noche. Se avecina una tormenta y tenemos que mover el ganado. Estaré allí en cuanto pueda.*

Le respondí.

*Te guardaré la cena caliente. Cuídate.*

Su respuesta llegó rápidamente.

*Siempre lo hago. Ya te extraño.*

Tres simples palabras que hicieron que mi corazón diera un vuelco. Guardé el celular en el bolsillo y me dirigí de vuelta a la casa, planeando ya lo que tendría listo para él. Podría simplemente ir al diner por comida, eso sería un éxito garantizado. Nadie cocinaba tan bien como Dolly. Pero la otra parte de mí se preguntaba si le gustaría algo más, después de la cena, mantenido caliente. Como quizás mi *trasero*… Era una perspectiva emocionante. Todavía no había hecho ese tipo de cosas con él, pero tenía demasiada curiosidad como para esperar mucho más. Solo tenía que asegurarme de estar listo.

Mientras pasaba por la arena, vi nubes de tormenta acumulándose en el horizonte, oscuras y cargadas de lluvia. El viento arreciaba, agitando el pasto y haciendo que los árboles se susurraran secretos entre sí. Al otro lado de la arena, una camioneta roja y polvorienta estaba estacionada sobre el pasto. Debía de ser el padre de uno de los estudiantes. Sin embargo, parecía que me estaba mirando fijamente, siguiendo cada uno de mis movimientos. Por otro lado, probablemente yo desentonaba con una camiseta de diseñador.

Lo ignoré y apuré el paso. La tormenta no iba a esperar, y yo quería que todo estuviera perfecto para Alex cuando volviera a casa.

# CAPÍTULO DIECISIETE: ALEX

La lluvia caía a cántaros mientras subía por el sendero hacia la casa de Dustin. Habría corrido, pero no pareció tener mucho sentido después de unos tres segundos. La lluvia me empapó hasta los huesos casi en el momento en que puse un pie en el camino. Sabía que debería haber tomado mi camioneta, pero la caminata sonaba bien después de pasar todo el día a caballo. En fin, mi ropa se secaría. Sabía que a Dustin no le importaría.

Para cuando llegué a su porche, el agua me chorreaba del pelo y mis botas chapoteaban a cada paso. Podía ver una luz cálida que brillaba a través de las ventanas, y la imagen me oprimió el pecho con algo a lo que todavía tenía miedo de nombrar. Hogar. Así se sentía, volver a él después de un largo día.

Toqué, no quería entrar sin más a pesar de la confianza que habíamos ganado. La puerta se abrió casi de inmediato, y el rostro de Dustin se iluminó al verme, para luego cambiar a preocupación al instante.

—Por Dios, Alex, estás empapado —dijo. Retrocedió, jalándome hacia adentro—. Entra antes de que te pesques una neumonía.

Me quedé goteando sobre su piso de madera, de repente cohibido por el charco que se formaba a mis pies. —Lo siento, debería haber tomado la camioneta. La lluvia arreció más de lo que esperaba.

—No te disculpes —dijo, dirigiéndose ya hacia lo que supuse que era el armario de la ropa blanca—. Me alegra que hayas llegado bien. Los relámpagos se estaban poniendo bastante intensos.

Regresó con una toalla y esperé que me la diera. En cambio, se acercó más, alzando las manos para secarme el pelo con suavidad. El gesto íntimo me tomó por sorpresa y me encontré estudiando su rostro mientras lo hacía. Había algo diferente en él esta noche, una seguridad que no le había visto antes.

—¿Mejor? —preguntó en voz baja, con sus manos quietas en mi pelo.

—Mucho —respondí, con la voz más áspera de lo que pretendía.

La tormenta afuera pareció intensificarse, la lluvia golpeaba las ventanas y los truenos retumbaban por la pradera. Pero dentro de esta pequeña casa, con las manos de Dustin todavía enredadas en mi pelo húmedo, todo se sentía perfectamente quieto.

—Sabes —dijo, con una pequeña sonrisa dibujada en sus labios—, estuve pensando mientras no estabas. En la lluvia, en que volvieras a casa conmigo… —dejó la frase en el aire, y el color le subió a las mejillas.

—¿Y qué pensabas?

En lugar de responder, se acercó a su celular, buscando algo antes de que una música suave comenzara a llenar la habitación. Algo lento y romántico que me aceleró el pulso.

—Baila conmigo —dijo, extendiendo su mano.

Bajé la mirada hacia mi ropa empapada, y luego de vuelta a su rostro expectante. —Dustin, todavía estoy chorreando.

—No me importa. —Sus ojos azules brillaban con algo que parecía alegría—. Quiero bailar contigo bajo la lluvia.

—Estamos adentro —le señalé, pero ya estaba extendiendo mi mano hacia la suya.

—Entonces arreglemos eso —dijo, tirando de mí hacia la puerta.

—¿Estás loco? —reí, pero lo seguí de todos modos—. Está diluviando ahí afuera.

—Exacto. —Abrió la puerta de par en par, y el sonido de la lluvia llenó el pequeño espacio—. Vamos, vaquero. Vive un poco.

Me llevó al porche y sentí el rocío de la lluvia en mi cara. La música se colaba por la puerta abierta, mezclándose con la percusión de las gotas sobre el techo. El pelo de Dustin ya se estaba humedeciendo, con mechones oscuros pegados a su frente, pero sonreía como si hubiera descubierto un secreto maravilloso.

—Te vas a empapar —le advertí, incluso mientras dejaba que me acercara más a él.

—Bien —dijo, bajando del porche para meterse en el aguacero—. Quiero estar empapado contigo.

La lluvia nos golpeó a ambos de inmediato, fría, impactante y perfecta. En segundos estábamos los dos empapados, con la ropa pegada al cuerpo y el agua chorreando por nuestras caras. Pero Dustin se reía, se reía de verdad, y ese sonido era mejor que cualquier música.

Me tomó en sus brazos, una mano en mi cintura, la otra sujetando la mía. Nos mecimos juntos en la hierba lodosa, con la lluvia cayendo a nuestro alrededor como una cortina. Apenas podía oír la música por encima de la tormenta, pero no importaba. Encontramos nuestro propio ritmo, lento, íntimo y completamente nuestro.

—Esto es una locura —murmuré contra su oreja, pero yo también sonreía.

—La mejor clase de locura —replicó, echando la cabeza hacia atrás para que la lluvia le bañara el rostro. Cuando volvió a mirarme, sus ojos brillaban con lágrimas que no pude distinguir del agua de lluvia —. Me siento vivo, Alex. Por primera vez en mi vida, me siento completamente vivo.

Algo en su voz me dolió en el pecho. Lo hice girar lentamente, observando cómo se movía con una gracia sorprendente, su camisa mojada transparente contra su piel. Cuando lo atraje de nuevo hacia mí, estaba sin aliento, hermoso y completamente mío.

—Amo esto —susurró, pegándose más a mí—. Amo bailar contigo. Amo la lluvia. Amo…

Se detuvo, pero escuché lo que no dijo flotando en el aire entre nosotros. Las palabras que yo llevaba guardando como un secreto desde hacía días.

—Dilo —lo animé, sosteniendo su cara entre mis manos—. Lo que sea que ibas a decir.

Sacudió la cabeza, y las gotas de agua salieron volando de su cabello. —Es demasiado pronto. Es demasiado.

—No lo es —dije con firmeza, sorprendiéndome incluso a mí mismo —. Nada de esto es demasiado.

La lluvia seguía cayendo a cántaros a nuestro alrededor, creando un mundo privado donde solo existíamos nosotros. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, el pecho subía y bajaba rápidamente, y pude ver el momento exacto en que tomó su decisión.

—Te amo —susurró, con las palabras apenas audibles por encima de la tormenta—. Sé que es una locura y que solo nos conocemos desde hace tres semanas, pero te amo, Alex.

Mi corazón se detuvo por completo, y luego volvió a latir con un ritmo feroz que no tenía nada que ver con nuestro baile. —Dustin…

—No tienes que decírmelo tú también —se apresuró a decir, con un destello de pánico en los ojos—. Ya sé que tienes que irte una vez que termines el trabajo aquí y que no te gusta quedarte en un solo lugar por mucho tiempo y…

Puse un dedo sobre sus labios para acallarlo. —No me quedo en los lugares porque nunca tengo una razón para hacerlo. —Lo atraje hacia mí, ahuecando su mejilla en mi mano—. Yo también te amo.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera dudarlo, y observé cómo el rostro de Dustin se transformaba. La alegría pura inundó sus facciones, borrando la ansiedad y el miedo que se habían estado acumulando allí. Se abalanzó hacia adelante y capturó mis

labios en un beso que fue desesperado y dulce, y que sabía a agua de lluvia y a promesas.

Le devolví el beso con todo lo que tenía, vertiendo todas mis enmarañadas emociones en la conexión que nos unía. La tormenta rugía a nuestro alrededor, pero yo solo podía concentrarme en la calidez de su boca, en la forma en que sus manos se aferraban a mi camisa empapada, en los pequeños sonidos que hacía contra mis labios.

Cuando finalmente nos separamos, ambos con la respiración agitada, apoyó su frente contra la mía. —Dilo otra vez —susurró, con la voz cargada de emoción.

—Te amo —repetí, las palabras más fáciles esta vez, más naturales —. Te amo, Dustin Corvus.

Soltó una risa temblorosa, las lágrimas se mezclaban con la lluvia en sus mejillas. —Nunca pensé que escucharía a alguien decirme eso. No así. No como si de verdad lo sintiera.

—Lo siento de verdad —dije con ferocidad, apretando mis manos en su cintura—. Nunca he dicho algo con más sinceridad en mi vida.

Un relámpago brilló sobre nosotros, iluminándonos a ambos con un nítido contraste por un momento. El trueno le siguió casi de inmediato, y lo sentí temblar en mis brazos.

—Deberíamos entrar —dije, aunque era reacio a romper este hechizo que habíamos creado a nuestro alrededor.

—Todavía no —dijo, pegándose más a mí—. Quiero quedarme aquí contigo un poco más. En nuestro pequeño mundo.

Y así lo hicimos. Nos mecimos juntos bajo la lluvia, aferrándonos el uno al otro como si fuéramos salvavidas, susurrando palabras de amor y devoción que la tormenta se llevaba de inmediato, pero que quedaron grabadas a fuego en nuestros corazones para siempre. Sus manos recorrieron mi espalda, mis hombros, mi cara, como si estuviera tratando de memorizar cada centímetro de mí.

—Tenía tanto miedo —admitió contra mi cuello, su aliento cálido a pesar de la lluvia fría—. Miedo de que pensaras que estaba loco o que era un necesitado o…

—Nunca —lo interrumpí, levantando su barbilla para que me mirara a los ojos—. Eres valiente, Dustin. Más valiente que yo.

—¿Cómo que soy más valiente que tú?

—Porque tú lo dijiste primero —dije simplemente—. Llevo días cargando con esas palabras, demasiado aterrado para decirlas en voz alta.

Sus ojos se agrandaron. —¿De verdad?

—De verdad. —Le aparté un mechón de pelo mojado de la frente—. Estaba convencido de que te asustaría.

—No podrías asustarme ni aunque lo intentaras —dijo con tal convicción que me dolió el pecho—. Soy tuyo, Alex. Completamente tuyo.

La posesividad en su voz me envió una ola de calor a pesar de la lluvia fría. Lo hice girar de nuevo, más despacio esta vez, observando cómo sus ojos nunca se apartaban de los míos. Cuando lo traje de vuelta, estaba sonrojado y sin aliento, con los labios entreabiertos en una invitación. No pude resistirme a reclamar su boca de nuevo, en un beso más hambriento que el anterior. Sus manos se enredaron en mi pelo mojado mientras se apretaba contra mí, y pude sentir su erección a través de la mezclilla empapada de sus jeans.

—Llévame adentro —susurró contra mis labios, con la voz áspera por la necesidad—. Por favor.

No necesité que me lo pidiera dos veces. Lo alcé en brazos y lo llevé a través de la lluvia hacia el porche, ambos riéndonos mientras el agua chorreaba de nuestra ropa. Enterró su cara en mi cuello, presionando suaves besos allí que hicieron que mis pasos vacilaran.

—Te amo —murmuró contra mi garganta, y sentí las palabras vibrar por todo mi cuerpo.

—Yo también te amo —respondí, dejándolo suavemente en el suelo una vez que llegamos al refugio del porche—. Tanto, joder.

Nos quedamos allí chorreando, mirándonos con asombro y deseo. La música todavía sonaba suavemente en el interior, mezclándose con el sonido de la lluvia en el techo. Los relámpagos iluminaban su rostro en breves y brillantes destellos, y no vi nada más que amor y confianza en aquellos ojos azules.

—Estás temblando —noté, frotando mis manos por sus brazos.

—No me importa —dijo, acercándose—. Nunca antes sentí algo así. Como si estuviera exactamente donde se supone que debo estar.

—Lo estás —dije, acunando su rostro entre mis manos—. Los dos lo estamos.

Se apoyó en mi caricia, cerrando los ojos. —Tenía tanto miedo de sentir esto por alguien. Miedo de arruinarlo, o de que no fuera real o…

—Oye —lo interrumpí con suavidad—. Mírame. —Sus ojos se abrieron y se encontraron con los míos—. Esto es real. Lo que tenemos es real. Y no vas a arruinarlo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te conozco —dije, simplemente—. Conozco tu corazón, Dustin. Y es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, mezclándose con el agua de lluvia. —Te amo tanto que me asusta.

—Bien —dije, apoyando mi frente contra la suya—. El amor debe dar un poco de miedo. Significa que importa.

Asintió, tragando saliva con dificultad. —Importa. Tú importas. Más que nada.

La intensidad en su voz hizo que mi corazón se acelerara. Lo atraje hacia mí, sintiendo el calor de su cuerpo incluso a través de nuestra ropa empapada. —Entremos antes de que te resfríes.

—Solo si prometes darme calor —dijo él, con esa sonrisa tímida que tanto me encantaba dibujada en sus labios.

—Te lo prometo —dije, abriendo la puerta y guiándolo hacia adentro —. Me pasaré toda la noche dándote calor si quieres.

—¿Lo prometes? —susurró, y la forma en que lo dijo hizo que se me encendiera la sangre.

—Lo prometo —respondí, atrayéndolo hacia la casa.

Y carajo que lo decía en serio.

# CAPÍTULO DIECIOCHO: DUSTIN

Alex y yo nos besábamos con pasión mientras entrábamos de sopetón a la casita. El agua nos chorreaba por la ropa y formaba charcos en el suelo. Me aparté y me arrodillé frente a él.

—Botas —dije sin más, extendiendo las manos.

Alex sonrió y levantó un pie. Le subí la pernera del pantalón, dejando al descubierto el cuero marrón. Con movimientos delicados y reverentes, le quité lentamente sus botas de vaquero y luego los calcetines, y los tiré a un lado. Mis manos le subieron por los muslos, agarrando la mezclilla mientras le desabrochaba el botón y le bajaba el cierre. La mezclilla empapada por la lluvia se le pegaba a la piel, resistiéndose a mis esfuerzos. Tiré con más fuerza, bajándole los jeans por sus muslos musculosos hasta que se amontonaron en sus tobillos. Alex se los quitó y su mano se posó en mi pelo mojado.

—Estás hermoso así —murmuró, delineando mi mandíbula con el pulgar.

Lo miré desde abajo, a través de mis pestañas, mientras el agua de mi pelo me seguía goteando en la cara. Sus bóxers negros apenas ocultaban su creciente excitación; el contorno presionaba con insistencia contra la tela mojada. Me incliné hacia adelante y presioné mi boca contra el bulto, sintiéndolo contraerse bajo mis labios al exhalar mi aliento caliente a través del algodón húmedo.

—Por Dios, Dustin —gimió, apretando los dedos en mi pelo.

Mis manos se deslizaron por sus muslos, sintiendo cómo los músculos se tensaban bajo mi tacto. Enganché los dedos en la cinturilla de su ropa interior y se la bajé lentamente, revelándolo centímetro a centímetro. Su verga saltó libre, ya dura y ansiosa, y el piercing plateado del frenillo captó la tenue luz.

—Me pasé todo el día pensando en esto —confesé, con la voz ronca por el deseo, mientras le rodeaba la verga con la mano—. En que volvieras a casa, conmigo.

A Alex se le cortó la respiración mientras lo acariciaba lentamente, mi pulgar rozando el piercing en la parte inferior de su miembro. —¿De veras? —preguntó, con la voz tensa—. ¿Y en qué pensabas exactamente?

En lugar de responder, me incliné y me lo metí en la boca, saboreando su brusca inhalación. El metal de su piercing se sentía frío contra mi lengua, en contraste con su calor. Me lo metí más profundo, tomándome mi tiempo, mostrándole exactamente en qué había estado pensando.

—Joder —siseó, sus caderas sacudiéndose ligeramente hacia adelante—. Tu boca, Dustin… es tan *jodidamente* buena.

El agua seguía goteando de nuestros cuerpos, creando pequeños charcos en el suelo. La tormenta de afuera se intensificó, la lluvia azotando las ventanas, pero solo contribuía a la sensación salvaje y primitiva que crecía entre nosotros. Hundí las mejillas para metérmelo más profundo, amando la forma en que gemía mi nombre como una plegaria.

Sin previo aviso, Alex se apartó, con el pecho agitado. —Así no —dijo, agachándose para ponerme de pie—. Quiero más. Te quiero todo.

Sus manos me pusieron de pie y pasaron a mi ropa, quitándome la camiseta empapada, revelando mi piel centímetro a centímetro. Su boca siguió a sus manos, besando cada trozo de carne recién

expuesto. Cuando llegó a mis jeans, no dudó; los desabrochó y me los bajó junto con mi ropa interior en un solo movimiento fluido.

Nos quedamos de pie, uno frente al otro, ambos desnudos y chorreando, nuestros cuerpos iluminados por los destellos de los relámpagos a través de las ventanas. Los ojos de Alex me recorrieron, hambrientos y posesivos.

—La cena está en la mesa —dije sin aliento, señalando la comida para llevar de Dolly's Diner.

—Tu culo es lo único que quiero comerme ahora mismo —respondió Alex, sin dudarlo.

Asentí, sonriendo sin poder evitarlo. —Esperaba que dijeras eso.

Sus palabras me provocaron un escalofrío que no tenía nada que ver con mi piel empapada por la lluvia. Alex se acercó, acortando la distancia entre nosotros, sus manos encontrando mis caderas con una certeza posesiva. El calor de sus palmas contra mi piel fría me hizo jadear.

—Has estado planeando esto —murmuró, su voz bajando a ese registro grave que siempre me debilitaba las rodillas. Sus ojos, oscuros de deseo, se encontraron con los míos mientras sus manos se deslizaban hacia atrás para ahuecar mi culo—. ¿No es así?

Asentí, de repente tímido a pesar de mi audacia de hacía unos momentos. —Quería estar listo para ti.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro mientras la comprensión lo invadía. —¿Qué tan listo exactamente?

En lugar de responder, le tomé la mano y la guié entre mis nalgas. Sus dedos encontraron la base del consolador de silicona que me había metido antes, mientras esperaba que volviera a casa. El brusco jadeo que soltó valió cada minuto que había pasado preparándome.

—Mierda, Dustin —susurró, dándole al consolador un suave giro que me hizo gemir—. Estás lleno de sorpresas esta noche.

—Quería… —Mis palabras se cortaron en un gemido cuando tiró ligeramente del consolador antes de volver a meterlo—. Quería sentirte. Saber cómo se siente.

Un relámpago iluminó el hambre cruda en su expresión. —Lo sabrás —prometió, con la voz ronca por la necesidad—. Voy a asegurarme de ello.

En un solo movimiento fluido, me giró y presionó mi pecho contra la pared. La superficie fría contra mi piel acalorada me hizo jadear, pero no tuve tiempo de acostumbrarme antes de que su boca estuviera en mi cuello, sus dientes rozando el punto sensible donde martilleaba mi pulso.

—Yo también estuve pensando en esto —confesó, su aliento caliente contra mi oreja mientras su mano seguía jugando con el consolador —. En cómo te sentirías a mi alrededor, en cómo sonarías cuando finalmente te penetrara.

Sus palabras enviaron un calor líquido que se acumuló en la boca de mi estómago. Me apreté contra él, sintiendo su dura erección contra la parte baja de mi espalda. —Entonces no nos hagas esperar más.

Su mano libre se enredó en mi cabello mojado, echándome la cabeza hacia atrás para exponer mi garganta. —Paciencia — murmuró, mordisqueándome el lóbulo de la oreja—. Quiero saborear esto.

Lenta, tortuosamente, comenzó a sacarme el plug. Sentí cada centímetro mientras se deslizaba hacia afuera, dejándome vacío y anhelante. Los dedos de Alex lo reemplazaron de inmediato; dos de ellos se hundieron en mi interior, donde ya estaba lubricado y abierto.

—Joder —gimió, dejando caer la frente sobre mi hombro—. Estás tan listo para mí.

—Te lo dije —jadeé mientras sus dedos se curvaban dentro de mí, encontrando ese punto que hacía estallar estrellas tras mis párpados —. He estado pensando en esto todo el día.

Introdujo un tercer dedo, estirándome aún más, asegurándose de que estuviera preparado. El cuidado que ponía, incluso en su evidente desesperación, hizo que mi corazón se hinchara. Este era un hombre que me deseaba, que me amaba y que nunca me haría daño.

—Alex —gemí, empujando hacia atrás contra su mano—. Por favor. Te necesito… *ahora*.

Retiró sus dedos lentamente, dejándome vacío y desesperado. Oí el chasquido de la botella de lubricante al abrirse, luego los sonidos resbaladizos de él cubriéndose. La anticipación era casi insoportable mientras esperaba, con las palmas de las manos planas contra la pared, mi verga palpitando y goteando entre mis piernas.

—Date la vuelta —ordenó en voz baja—. Quiero ver tu cara la primera vez.

Obedecí, girando para enfrentarlo. Sus ojos estaban oscuros de deseo, su pecho subía y bajaba mientras se acariciaba, el piercing de metal brillando con cada movimiento. Sin previo aviso, me alzó en vilo, agarrándome los muslos mientras me presionaba contra la pared. Envolví mis piernas alrededor de su cintura por instinto, sintiendo la cabeza roma de su verga presionar contra mi agujero estirado.

—¿Estás seguro? —preguntó, con la voz tensa por el esfuerzo de contenerse.

—Nunca he estado más seguro de nada —susurré, acunando su rostro entre mis manos—. Fóllame, Alex. Lo *necesito*.

Con un gemido que pareció arrancado de su alma, empujó hacia adelante, penetrándome lentamente. El estiramiento fue intenso, más de lo que el plug me había preparado, pero no doloroso. Solo… lleno. Tan increíblemente lleno.

—Joder —jadeó, con la frente pegada a la mía mientras se hundía más profundo—. Estás tan apretado.

Me aferré a sus hombros, mi cuerpo ajustándose a la intrusión. Cuando el metal de su piercing se deslizó más allá de mi entrada, solté un grito de placer ahogado. La sensación era diferente a todo lo que había sentido antes. Era mucho mejor que cualquier cosa que hubiera podido hacer con un consolador.

—¿Te lastimé? —preguntó de inmediato, quedándose quieto.

—Dios, no —respiré, mis uñas clavándose en su piel—. Es… el piercing… se siente increíble.

El alivio inundó sus facciones, seguido de una sonrisa maliciosa. —Solo espera —prometió, girando ligeramente las caderas para que lo sintiera de nuevo.

El movimiento envió chispas de placer que recorrieron mi espina dorsal. Apreté las piernas a su alrededor, instándolo a ir más profundo. Él obedeció, empujando hasta que estuvo completamente asentado dentro de mí, nuestros cuerpos pegados el uno al otro.

—Alex —susurré, abrumado por la sensación de plenitud—. Te amo.

Sus ojos se suavizaron incluso cuando su agarre en mis muslos se tensó. —Yo también te amo —respondió, con la voz ronca por la emoción—. Muchísimo.

Entonces comenzó a moverse, con embestidas lentas y medidas que me hacían jadear con cada roce de su piercing contra mi próstata. La lluvia seguía golpeando las ventanas, creando un maravilloso telón de fondo para nuestro amor. Un relámpago brilló, iluminando el sudor que comenzaba a formarse en su frente a pesar de nuestra piel enfriada por la lluvia.

—Te sientes tan bien —murmuró.

—Tú también —jadeé, aferrándome a él mientras me apretaba con más fuerza contra la pared. Cada embestida enviaba olas de placer que irradiaban por mi cuerpo, el metal de su piercing creaba sensaciones que nunca había imaginado posibles.

La tormenta de afuera pareció igualar nuestra intensidad; un trueno retumbó justo cuando Alex golpeó ese punto perfecto dentro de mí. Mi cabeza cayó hacia atrás contra la pared, exponiendo mi garganta, que él inmediatamente reclamó con su boca. Sus dientes rozaron el punto de mi pulso, enviando escalofríos por mi columna que se mezclaron con el placer que se acumulaba en mi centro.

—Más duro —rogué, sorprendiéndome de mi propia desesperación —. Por favor, Alex.

Gruñó contra mi cuello, sus manos cambiando para agarrar mi trasero mientras obedecía, embistiendo con renovado vigor. El nuevo ángulo hizo que su piercing rozara perfectamente mi próstata con cada estocada, y no pude contener el grito ahogado que se escapó de mis labios.

—Eso es —me animó, su voz áspera y sin aliento—. Toma cada centímetro de mi verga, hermoso.

Mis dedos se enredaron en su cabello húmedo, atrayéndolo hacia mí para un beso que fue todo dientes, lengua y necesidad. Nuestros cuerpos se deslizaron uno contra el otro, todavía resbaladizos por la lluvia, creando una deliciosa fricción donde mi verga estaba atrapada entre nosotros.

—No voy a aguantar —admití contra su boca, sintiendo la conocida tensión en la base de mi columna—. Te sientes demasiado bien.

—Entonces no lo hagas —dijo, sus ojos fijos en los míos, intensos y amorosos—. Córrete para mí, Dustin. Muéstrame cuánto te encanta mi verga.

Sus palabras, combinadas con una embestida particularmente profunda, me empujaron justo al límite. Estaba tambaleándome en el borde, tan cerca que podía saborearlo, cuando Alex volvió a cambiar su agarre, alterando el ángulo ligeramente. El movimiento hizo que su piercing me golpeara exactamente en el punto correcto, y me perdí.

Mi orgasmo me arrasó con una intensidad que me robó el aliento. Grité su nombre, mi cuerpo se contrajo a su alrededor mientras cubría nuestros abdómenes con chorros calientes. El mundo se redujo solo a esto: Alex dentro de mí, sus brazos rodeándome, su nombre en mis labios mientras el placer recorría cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Joder, eres hermoso —gimió, y su ritmo flaqueó cuando mi cuerpo lo apretó—. Voy a llenarte…

Sus palabras se interrumpieron en un gemido gutural cuando su propio orgasmo lo reclamó. Lo sentí pulsar dentro de mí, llenándome con su calor mientras hundía su cara en mi cuello. Su cuerpo entero se estremeció contra el mío, y lo sostuve durante todo el proceso, susurrándole palabras de amor y aliento mientras se corría.

Durante un largo rato después, nos quedamos así, presionados contra la pared, nuestras respiraciones ralentizándose gradualmente. Podía sentir su corazón martillear contra mi pecho, igualando el ritmo frenético del mío. La lluvia seguía cayendo afuera, pero ahora parecía más suave, como si la tormenta también hubiera descargado su furia.

—¿Estás bien? —preguntó Alex en voz baja, con la voz ronca mientras me daba besos suaves en la garganta—. ¿No fui demasiado brusco?

Solté una risa entrecortada, mis dedos se deslizaron por su cabello húmedo. —Fuiste perfecto —le aseguré, sintiéndome sin una pizca de fuerza en sus brazos—. Mejor que perfecto.

Se echó un poco hacia atrás para mirarme, sus ojos marrones escudriñaban mi rostro con tierna preocupación. —Tu primera vez no debería ser contra una pared como un…

—¿Como un qué? —lo interrumpí, tomándole la mandíbula—. ¿Como una fantasía erótica hecha realidad? Porque así es exactamente como se sintió.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —¿Una fantasía erótica?

El calor me inundó las mejillas al darme cuenta de lo que había admitido. —Puede que haya estado escribiendo algunas escenas… inspiradas últimamente.

—¿Inspiradas en qué? —preguntó, aunque su sonrisa sugería que ya lo sabía.

—En ti, obviamente —dije, poniendo los ojos en blanco aunque mi sonrojo se intensificó—. En nosotros. En todo lo que quería hacer contigo.

—¿Y la realidad estuvo a la altura de la fantasía?

Apreté las piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca. —La superó en todas las formas posibles.

Me besó entonces, suave y dulce, muy diferente del hambre desesperada de momentos antes. Cuando nos separamos, se retiró con cuidado de mí, y ambos siseamos ante la pérdida de contacto. Sentí las piernas inestables cuando me bajó, y mantuvo sus manos en mi cintura para estabilizarme. Su semen corrió cálidamente por mi muslo.

—Anda —murmuró, dándome un beso en la sien—. Vamos a limpiarnos y luego recalentaré esa cena que mencionaste.

—En un minuto —dije, no estaba listo para romper el hechizo de intimidad que nos rodeaba—. Solo quiero abrazarte un poco más.

Él sonrió, atrayéndome contra su pecho. Podía sentir el latido de su corazón bajo mi palma, todavía acelerado pero volviendo gradualmente a la normalidad. La tormenta afuera comenzaba a calmarse, los truenos se alejaban, pero la lluvia continuaba su suave percusión contra las ventanas.

—Te amo —susurró en mi cabello, y sentí esas palabras asentarse en mis huesos como una bendición.

—Yo también te amo —respondí, y lo decía con cada fibra de mi ser —. Tanto que a veces me asusta.

—¿Un susto bueno o un susto malo?

Me eché hacia atrás para encontrar su mirada. —El mejor tipo de susto. El que significa que todo está a punto de cambiar.

Sus ojos se suavizaron, y trazó mi pómulo con su pulgar. —Todo ya cambió, hermoso. En el momento en que te conocí, todo cambió.

La verdad de sus palabras me golpeó con la fuerza de un impacto físico. Tenía razón, por supuesto. Nada volvería a ser igual. Había encontrado algo que ni siquiera sabía que estaba buscando, algo que hacía que todo el dolor y la confusión de mi pasado valieran la pena.

Y nunca iba a volver atrás.

# CAPÍTULO DIECINUEVE: ALEX

Me desperté unos minutos antes de que sonara la alarma, con la casita todavía a oscuras en las horas previas al amanecer. Afuera, por la ventana, el borde del horizonte apenas comenzaba a teñirse de gris. Flexioné los brazos, atrayendo a Dustin con fuerza contra mí, tanto por el calor como porque… bueno, joder, lo amaba.

De alguna manera, él se las ingenió para decirlo primero. Y, sinceramente, yo me moría de ganas por decírselo desde hacía días. Aun así, no podía creer que de verdad hubiera reunido el valor para responderle. Normalmente, yo era el tipo de persona que salía corriendo cuando la gente empezaba a encariñarse. La única vez que eso *no* había pasado fue con Nico. Pero incluso con Keith… me alejé. Aunque me alegré de haberlo hecho con él, ese maldito loco.

Pero con Dustin… las cosas eran diferentes. No me hacía sentir ansioso, ni que todo iba demasiado rápido, ni que me iba a atar. En realidad, yo quería quedarme con él. Y dudaba que a Logan o a Caroline les molestara que me quedara otro año si quería. No tenían más que cosas buenas que decir sobre mí, y me gustaba Sagebrush. Claro que no esperaba sentar cabeza cuando acepté el trabajo, pero cuanto más lo pensaba, más me gustaba la idea.

Los minutos pasaron lentamente y, al final, tuve que apartarme de Dustin. Extrañé su calor y el dulce olor de su piel al instante. Pero tampoco quería que mi alarma lo despertara. Se merecía dormir hasta tarde después de haber tomado mi verga tan bien la noche anterior. Y me había conseguido la cena.

¿Cómo tuve tanta puta suerte? Pensar que un vaquero errante como yo terminara con un abogado importante de la ciudad. Jamás lo habría imaginado. Pero, de nuevo, nada en mi vida había salido realmente como yo esperaba.

Me deslicé fuera de la cama lo más silenciosamente que pude, agarré mis jeans del suelo y me los puse. Dustin se movió un poco, pero no se despertó, con su cabello oscuro desordenado sobre la almohada. Dios, era hermoso. Incluso dormido, había algo en los ángulos afilados de su rostro que me oprimía el pecho de deseo.

Las tablas del suelo crujieron suavemente bajo mis pies descalzos mientras me dirigía a la cocina. La cafetera gorgoteó al encenderse, llenando el pequeño espacio con ese familiar sonido matutino. Me apoyé en la encimera, observando por la ventana cómo el amanecer pintaba el cielo de Texas con tonos rosas y dorados. Todo se sentía bien de una manera que nunca antes había experimentado. Como si, tal vez por primera vez en mi vida, estuviera exactamente donde se suponía que debía estar.

El café terminó de hacerse y me serví una taza, inhalando el rico aroma. Pensé en sentarme un rato en el porche, disfrutar del aire de la mañana antes de que el día se pusiera demasiado caluroso. Quizá Dustin se me uniría si se despertaba antes de que tuviera que ir a trabajar.

Empujé la puerta mosquitera y salí, taza en mano. La mañana era perfecta. Soplaba una brisa fresca, los pájaros cantaban en algún lugar a lo lejos, el olor a hierba y a tierra. Entonces lo vi.

Un pajarito yacía arrugado sobre las tablas del porche, cerca de mis pies. Un gorrión, con el cuello torcido en un ángulo antinatural. Un charco de sangre fresca bajo su diminuto cuerpo, todavía húmeda y de un rojo oscuro. Se me revolvió el estómago.

A su lado había una postal, del tipo que encontrarías en el exhibidor para turistas de cualquier gasolinera. La imagen mostraba una puesta de sol genérica de Texas. Me agaché, con cuidado de no tocar al pájaro, y recogí la tarjeta con los dedos temblorosos.

Había dos palabras garabateadas en el reverso con una caligrafía familiar.

*«Te estoy vigilando».*

Se me heló la sangre.

Keith.

Miré a mi alrededor frenéticamente, escudriñando el horizonte, los árboles, cualquier lugar donde pudiera estar escondido. Pero no había nada. Solo la interminable pradera de Texas y el sonido de mi propia respiración agitada.

Pero era Keith. Sabía que era él. Porque esta era su señal. Arrugué la postal en mi puño, intentando calmar mi respiración. No era la primera vez que Keith me dejaba *regalos*. Cuando intenté terminar con él por primera vez después de aquellas noches salvajes en Nueva Orleans, aparecieron flores en la puerta de mi casa. Luego notas. Luego cosas muertas.

Pensé que lo había perdido de vista cuando acepté este trabajo. Se suponía que Sagebrush sería mi nuevo comienzo, mi escape de la sofocante sensación de ser observado. Estaba tan lejos de cualquier otro lugar en el que hubiera estado. ¿Cómo carajo me encontró?

—Mierda —susurré, mirando hacia la casita donde Dustin aún dormía plácidamente. No podía dejar que viera esto. No podía arrastrarlo a esta pesadilla.

Dejé mi café y rápidamente recogí el pájaro muerto con un trapo viejo, tirándolo junto con la postal al bote de basura al lado de la casa. Me temblaban las manos mientras me las enjuagaba bajo el grifo exterior, viendo cómo el agua rosácea bajaba en espiral hacia la tierra.

Después de fregar la sangre de las tablas del porche con agua y un cepillo viejo, me levanté e inspeccioné la zona de nuevo. La mañana perfecta estaba arruinada, manchada por la presencia de Keith.

¿Cómo me había encontrado aquí? ¿Cuánto tiempo llevaba observando?

Necesitaba contárselo a alguien, pero no a Dustin. Todavía no. Esto nuestro era demasiado nuevo, demasiado precioso. Lo último que quería era ver miedo en esos ojos azules cuando me mirara.

Me terminé el café a tragos rápidos, sin saborearlo ya. Para cuando me duché y me vestí, Dustin seguía dormido, su rostro apacible bajo la creciente luz de la mañana. Le di un suave beso en la frente.

—Te veo en la noche —susurré, aunque no podía oírme. Luego, cerré bien la puerta con llave al salir.

En lugar de ir directamente a los establos, manejé mi camioneta hacia el pueblo. El sheriff Marcus ya estaría en su oficina, tomando su café matutino y probablemente leyendo el periódico antes de que comenzara el día. Estoy seguro de que no tenía mucho de qué preocuparse en este pueblito polvoriento. Hasta ahora.

La comisaría del sheriff era un pequeño edificio de ladrillo justo al lado de la calle Principal. Una campanilla sonó cuando abrí la puerta, y el sheriff Marcus levantó la vista desde detrás de su escritorio, y su apuesto rostro se iluminó con una sonrisa.

—Buenos días, Alex. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? —el sheriff Marcus dejó el periódico a un lado, sus ojos verdes me evaluaron con un interés casual que rápidamente se transformó en preocupación—. ¿Todo bien? Pareces como si hubieras visto un fantasma.

Cerré la puerta detrás de mí, mirando a mi alrededor para asegurarme de que estuviéramos solos. La oficina estaba vacía, a excepción de nosotros; la cafetera en la esquina borboteaba suavemente.

—Necesito hablar contigo de algo —dije, con la voz más baja de lo que pretendía—. Algo privado.

Marcus asintió, señalando la silla frente a su escritorio. —Toma asiento.

Me dejé caer en la silla, de repente inseguro sobre cómo empezar. Él ya sabía que yo tenía un pasado, se lo había explicado cuando entraron a robar a mi departamento. Pero después de que nos vigiló, no pareció volver a pasar nada. Que yo supiera, nadie había vuelto a ver la camioneta roja tampoco. Todo estaba bien hasta que…

—Encontré algo en el porche de Dustin esta mañana —dije finalmente, encontrándome con la mirada firme de Marcus—. Un pájaro muerto. Recién cazado. Y una postal que decía *Estoy vigilando*.

La expresión de Marcus no cambió, pero noté que enderezaba la postura. —¿Es de tu ex, verdad?

—Sí. —Me pasé una mano por el pelo, aún húmedo por la ducha—. Ya ha hecho esto antes. En otros lugares. Usualmente empezaba con flores y se ponía peor. Pero esta vez… bueno, se fue directo a los animales muertos.

—Me hablaste de ustedes dos allá en Louisiana —asintió—. No he tenido ningún reporte de su camioneta en ningún lugar del pueblo.

—Está aquí —respondí, con la voz temblorosa—. Ahora estoy seguro. Y no… no quiero que le pase nada a Dustin por mi culpa.

Marcus se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados frente a él. —Háblame de ese ex tuyo. Todo lo que puedas recordar.

Respiré hondo, obligándome a organizar mis pensamientos. —Se llama Keith Bordeaux. Originario de Louisiana. Nos conocimos en el Mardi Gras hace unos años, pasamos un tiempo juntos en una granja. Pensé que solo era una aventura de verano, pero él… —hice una pausa, buscando las palabras correctas—. Se obsesionó. Cuando intenté irme, no lo quiso aceptar.

—¿Qué tipo de obsesión? —la voz de Marcus era tranquila, profesional, pero pude ver la preocupación en sus ojos verdes.

—Al principio eran cosas románticas. Flores, cartas de amor, regalos caros que aparecían dondequiera que yo estuviera trabajando. Pero cuando seguí rechazándolo, la cosa escaló. Rosas muertas, notas amenazantes y, sí… animales muertos dejados donde yo los encontrara. —Tragué saliva—. Él tiene una forma de hacerlo parecer una coincidencia, como si en realidad no me estuviera amenazando directamente. Pero el mensaje es claro.

Marcus sacó una libreta y tomó notas. —¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

—Tres años, más o menos. He estado huyendo de rancho en rancho, sin quedarme en ningún lugar más de un año. Pensé que finalmente lo había perdido cuando vine aquí. —Reí amargamente—. Debería haberlo sabido.

—¿Y estás seguro de que es él?

—La letra en la postal, el pájaro muerto… es su firma. Siempre firma su trabajo. —Me sentí mal al decirlo en voz alta—. Sheriff, no puedo permitir que esté cerca de Dustin. Es peligroso cuando no consigue lo que quiere. Y no querrá compartirme. Con nadie.

Marcus dejó el bolígrafo y me estudió con atención. —Alex, necesito que seas completamente honesto conmigo. ¿Este Keith te ha lastimado físicamente a ti o a alguien más alguna vez?

Se me hizo un nudo en la garganta. —No directamente. Pero es… intenso. Posesivo. Y viene de una familia de dinero de toda la vida, del tipo que está acostumbrada a conseguir lo que quiere. Es encantador cuando necesita serlo, pero por dentro… —negué con la cabeza—. Hay algo roto en él.

—¿Alguna vez presentaste una orden de restricción?

—Es difícil hacerlo cuando técnicamente nunca me ha amenazado directamente. Y es listo, borra sus huellas. Además, he estado mudándome tanto que parecía más fácil simplemente huir. —Bajé la mirada a mis manos—. Pero ya no puedo huir. No cuando he encontrado una razón para quedarme…

Marcus asintió lentamente. —Voy a necesitar que escribas todo lo que recuerdes sobre Keith. Nombre completo, descripción física, última dirección conocida, cualquier cosa que pueda ayudarnos a localizarlo. Y quiero que documentes cada incidente que puedas recordar.

—¿Crees que puedes detenerlo?

—Creo que vamos a hacer todo lo posible. —La voz de Marcus era firme—. Mientras tanto, quiero que tengas mucho cuidado. No vayas a ningún lado solo si puedes evitarlo. ¿Y, Alex? —se inclinó hacia adelante, con expresión seria—. Necesitas decírselo a Dustin. Merece saber en lo que podría estar metiéndose.

Sentí un nudo en el estómago. —No puedo. Todavía no. Nosotros apenas… apenas nos dijimos que nos amamos anoche. No puedo soltarle todo esto ahora.

—Alex —la voz de Marcus era suave pero firme—. Entiendo que quieras protegerlo, pero mantenerlo a oscuras lo pone en más peligro, no en menos. Si Keith está intensificando las cosas, Dustin necesita saber a qué señales prestarle atención.

Me quedé mirando el suelo, con las manos apretadas en el regazo. Todo lo que Marcus decía tenía sentido, pero la idea de ver el miedo reemplazar la confianza en los ojos de Dustin hacía que me doliera el pecho.

—¿Y si huye? —pregunté en voz baja—. ¿Y si decide que no valgo la pena?

—Entonces no es el hombre que crees que es. —Marcus se puso de pie, rodeó el escritorio y se apoyó en el borde delantero—. Pero por lo que he visto, Dustin Corvus no es de los que huyen. Él también vino aquí buscando un nuevo comienzo, ¿no? Sabe lo que es enfrentar el pasado.

Asentí a regañadientes. Marcus tenía razón, pero eso no lo hacía más fácil.

—Aumentaré las patrullas alrededor del rancho —continuó Marcus—. Y quiero que me llames de inmediato si ves algo sospechoso. Una camioneta roja, caras desconocidas, cualquier cosa que te parezca extraña.

—De acuerdo. —Me levanté, sintiéndome de repente agotado a pesar de lo temprano que era—. Debería ir a trabajar antes de que Logan se pregunte dónde estoy.

—Alex. —La mano de Marcus se posó en mi hombro—. No estás solo en esto. Pase lo que pase, aquí tienes gente que se preocupa por ti. No lo olvides.

La amabilidad en su voz casi me derrumbó. Había pasado tanto tiempo huyendo, tan acostumbrado a encargarme de todo yo solo, que había olvidado lo que se sentía tener a alguien de mi lado.

—Gracias, alguacil. De verdad.

—Es Marcus. Y de nada. —Me apretó el hombro una vez antes de soltarme—. Ahora vete de aquí antes de que la gente empiece a hablar de por qué visitas la oficina del alguacil tan temprano.

Logré esbozar una sonrisa débil. —No podemos permitirlo. Mi reputación de errante misterioso se arruinaría.

—Algo me dice que tus días de errante misterioso están contados de todos modos —dijo Marcus, con un brillo en los ojos—. Enamorarse tiene ese efecto en la gente. Y a Sagebrush… bueno, le gusta mantener cerca a hombres como tú y como yo.

Mis ojos se abrieron como platos por un momento al darme cuenta, antes de sonreír. —Es bueno saber que tengo un amigo como tú en el pueblo.

—Siempre —asintió—. Deja tu declaración cuando puedas. Les diré a los muchachos que estén atentos.

Asentí una vez más y me fui, con una pesadez instalándose en mi pecho. Iba a tener que decírselo a Dustin después de todo. Y a

pesar de las amables palabras de Marcus, no estaba del todo convencido de que fuera a perdonarme.

# CAPÍTULO VEINTE: DUSTIN

Me desperté con la sensación del sudor corriéndome por la espalda. Refunfuñando, me di la vuelta en la cama y me di cuenta de que las cortinas estaban abiertas de par en par y el sol pegaba de lleno sobre mis sábanas. Debí de haberme olvidado de cerrarlas la noche anterior.

Hice las sábanas a un lado y me deslicé hasta el borde de la cama para poner los pies en el suelo frío. La tormenta de anoche debió de traer este calor. Eso significaba que probablemente haría un calor infernal por un par de días. Pero, sinceramente, no podía importarme menos. No después de haber sido completamente jodido y amado por el hombre más hermoso que había visto en mi vida.

Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras los recuerdos de anoche me inundaban. Las manos de Alex sobre mi cuerpo, su boca contra la mía, la forma en que me había llenado por completo, tanto física como emocionalmente. Mi verga se contrajo contra mi muslo ante el recuerdo; ya se estaba endureciendo.

Ya debía de estar en el trabajo. La cama a mi lado estaba vacía, las sábanas frías al tacto. Debió de haberse ido hacía horas, con la salida del sol. Tomé mi celular de la mesita de noche y entrecerré los ojos para ver la hora. Eran las nueve y media. Definitivamente, ya se había ido a trabajar.

Me dejé caer de espaldas sobre las almohadas, estirándome con languidez. Su aroma aún estaba impregnado en las sábanas, esa mezcla embriagadora de cuero, heno y el olor de su piel. Hundí la

cara en su almohada, inhalando profundamente, recordando lo que sentí al oír esas tres palabras de sus labios.

*Yo también te amo.*

Dios, estaba actuando como un adolescente enamorado, pero no podía evitarlo. Deslicé la mano por mi pecho, sobre mi estómago, hasta que mis dedos rodearon mi verga, que se endurecía. Lentamente, empecé a masturbarme, cerrando los ojos y dejando que los recuerdos me invadieran.

La sensación de su barba incipiente contra mis muslos. El metal de su piercing deslizándose contra mi próstata. La forma en que me miró cuando le confesé mi amor, como si yo fuera lo más preciado que hubiera visto jamás.

Mi ritmo se aceleró, mi respiración se entrecortaba mientras lo imaginaba mirándome, con esos cálidos ojos marrones absorbiendo cada detalle. Ya estaba cerca, vergonzosamente cerca; mi cuerpo seguía sensible por las actividades de la noche anterior.

—Alex —susurré en la habitación vacía, mi espalda arqueándose sobre la cama mientras me venía, derramándome sobre mi puño y mi estómago.

Me quedé tumbado un momento, recuperando el aliento, sintiéndome satisfecho y vacío a la vez. Nada se comparaba con lo real. Con él.

Después de limpiarme con unos pañuelos de la mesita de noche, volví a revisar mi celular. No había mensajes de Alex, pero sí uno de Ali.

*Ali: Hola, desaparecido. Hace tiempo que no hablamos. ¿Podemos ponernos al día?*

Se me revolvió el estómago de culpa. Tenía razón. Había estado tan absorto en Alex que apenas había pensado en mi exesposa. Mi mejor amiga. La persona que me conocía mejor que nadie en el mundo.

O, al menos, eso es lo que había sido. Ahora estaba Alex, que parecía entender partes de mí que nunca le había mostrado a Ali.

Le escribí una respuesta rápida.

*Yo: Por supuesto. ¿Todo bien?*

Su respuesta llegó casi de inmediato.

*Ali: La verdad es que no. Rompí con Jason. Necesito alejarme un poco. ¿Puedo ir a visitarte?*

Mis dedos se quedaron suspendidos sobre el teclado. ¿Ali, aquí? ¿En mi pequeña casa? ¿Donde Alex y yo habíamos estado viviendo en nuestra burbuja privada de amor nuevo? La idea me llenó de ansiedad, pero era Ali. Me necesitaba.

Antes de que pudiera responder, llegó otro mensaje.

*Ali: Sé que es a último momento, pero de verdad necesito a mi mejor amigo ahora mismo. ¿Por favor?*

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. ¿Cómo podía decirle que no? Después de todo lo que habíamos pasado juntos, todos los años de amistad antes y durante nuestro matrimonio, no podía darle la espalda cuando me necesitaba.

*Yo: Por supuesto que puedes venir. ¿Cuándo pensabas?*

*Ali: ¿Mañana? Ya reservé un vuelo a Dallas. Puedo alquilar un auto desde allí.*

El corazón se me aceleró. ¿Mañana? Era demasiado pronto. Miré alrededor de mi diminuta casa, la evidencia de Alex por todas partes: sus botas junto a la puerta, su sombrero en el perchero, sus camisas mezcladas con las mías en el cesto de la ropa sucia. ¿Qué pensaría Ali? Sabía que yo era gay, por supuesto, pero saberlo y verme con otro hombre eran dos cosas distintas. Por alguna razón, sentí la necesidad de ocultárselo todo.

*Yo: Mañana está bien. Mi casa es un poco pequeña para ti, así que me aseguraré de que tengas un lugar en el pueblo.*

*Ali: Eres el mejor. Te quiero.*

Dejé el celular a un lado, sintiéndome abrumado de repente. Tenía que hablar con Alex. Este ya no era solo mi espacio; se había convertido en nuestro desde el allanamiento de su departamento hacía una semana. Él tenía su propio lugar, pero nunca se quedaba allí. ¿Le parecería bien que Ali viniera de visita? ¿Querría volver a su departamento temporalmente? La idea de dormir sin él me oprimía el pecho.

Me arrastré fuera de la cama y me metí en la ducha, dejando que el agua caliente cayera en cascada sobre mi cuerpo. Mientras lavaba la evidencia de mis actividades matutinas, intenté ordenar mis pensamientos. Ali venía. Mi exesposa venía al lugar donde finalmente me había encontrado a mí mismo, donde me había enamorado de un hombre que me hacía sentir completo por primera vez en mi vida. El lugar al que había huido para escapar de la vida que había compartido con ella.

¿Cómo iban a colisionar esos dos mundos?

Después de ponerme unos jeans limpios y una camiseta, preparé café y tostadas, con la cabeza todavía a mil por hora. Tendría que ordenar el lugar, quizá lavar las sábanas. ¿Debía contarle lo de Alex de inmediato o dejar que se instalara primero? ¿Se sentiría herida por el hecho de que yo hubiera rehecho mi vida tan rápido?

No, eso era ridículo. Ella llevaba meses saliendo con Jason. Había pasado página mucho antes que yo. Y llevábamos divorciados dos años. Sin duda, era tiempo más que suficiente. Aun así, había algo diferente en esto, en Alex. Algo que podría hacerle entender que nuestro matrimonio estaba condenado al fracaso desde el principio, de una forma que no tenía nada que ver con ella.

Mi teléfono vibró con un mensaje de Alex.

*Alex: Buenos días, guapo. Ya te extraño. ¿Almorzamos en el diner más tarde? Quería hablar contigo de todas formas.*

Mi corazón dio un vuelco con sus palabras. ¿Cómo sabía siempre qué decir para hacerme sentir como un adolescente enamorado por primera vez?

*Yo: Me encantaría. También necesito hablar contigo de algo.*

*Alex: ¿Todo bien?*

*Yo: Sí, solo una noticia inesperada. Nada malo. Te cuento cuando te vea.*

*Alex: Ya quiero verte. Te amo.*

Te amo. Esas palabras todavía se sentían nuevas y valiosas, como un frágil cristal que temía sostener con demasiada fuerza. Dejé el teléfono, sonriendo a pesar de mi ansiedad por la visita de Ali.

Terminé mi café y mis tostadas, intentando sacudirme la ansiedad que se había instalado en mi pecho. La idea de que Ali viera este lugar, que viera la evidencia de mi vida con Alex, me daba ganas de esconderlo todo. Pero era ridículo. Era un hombre adulto y no tenía nada de qué avergonzarme.

Aun así, me encontré ordenando más de lo normal: doblé la ropa de Alex y la guardé en la cómoda, enderecé los libros de la mesa de centro. No era que me avergonzara de él. Dios, no. Estaba más orgulloso de lo nuestro que de cualquier otra cosa en mi vida. Pero Ali representaba mi pasado, la versión de mí mismo que tanto me había esforzado por dejar atrás. Tenerla aquí se sentía como si esos dos mundos chocaran de una forma para la que no estaba seguro de estar preparado. Sencillamente me ponía nervioso.

Para cuando tenía que encontrarme con Alex en el diner, ya me había llenado de ansiedad. Tomé mis llaves y salí; el calor me golpeó como una pared en el momento en que puse un pie afuera. La tormenta definitivamente había traído la humedad consigo y mi camisa ya se me pegaba a la espalda para cuando llegué a mi camioneta.

El diner estaba lleno con la clientela del almuerzo, pero distinguí a Alex de inmediato. Estaba sentado en un reservado de la esquina, con su sombrero negro sobre la mesa a su lado y su corto pelo castaño ligeramente alborotado por haberlo llevado puesto todo el día. Cuando me vio, su rostro se iluminó con esa sonrisa radiante que nunca fallaba en hacer que mi corazón diera un vuelco.

—Oye, guapo —dijo mientras me deslizaba en el reservado frente a él, su voz cálida e íntima a pesar de lo lleno que estaba el local.

—Oye, tú —respondí, sintiéndome de pronto mejor solo por estar cerca de él—. ¿Qué tal tu mañana?

Algo cruzó por su expresión, demasiado rápido para poder descifrarlo. —Ajetreada. Ya sabes cómo es. ¿Y tú? ¿Dijiste que tenías noticias?

Tomé aire para calmarme. —Mi exesposa viene de visita. Mañana, de hecho. Acaba de romper con su novio y necesita un respiro.

La sonrisa de Alex vaciló ligeramente y lo vi procesar la información. —Tu exesposa. Ali.

—Sí. —Jugueteé con mi servilleta, de pronto nervioso por su reacción—. Es mi mejor amiga, la verdad. Lo ha sido desde la universidad. Lo del matrimonio… fue complicado, pero seguimos siendo cercanos.

—Claro —dijo Alex, pero su voz sonó tensa—. ¿Cuánto tiempo se queda?

—No lo sé todavía. Sonaba bastante mal por la ruptura. —Extendí la mano sobre la mesa y cubrí la suya con la mía—. Quería decírtelo antes de que llegara. No estaba seguro de si querrías volver a tu apartamento por unos días, o…

—No. —La palabra salió más cortante de lo que creo que pretendía, e inmediatamente suavizó el tono—. Es decir, si quieres que te dé tu espacio con ella, puedo hacerlo. Pero no quiero volver a mi casa.

Había algo en su voz, un miedo que yo conocía demasiado bien.

—Se va a quedar en la posada del pueblo —añadí, extendiendo la mano sobre la mesa para tomar la suya—. Voy a reservarle una habitación después de almorzar. No tienes que preocuparte. Solo te pertenezco a ti.

—Perdón —suspiró Alex, liberando la tensión de su cuerpo. Apretó mi mano antes de inclinarse para besar mis nudillos—. Me puse un poco posesivo. Sé que tu pasado todavía te causa dolor y no quiero perderte por su culpa.

—No vas a perderme —le aseguré.

—¿Lo prometes? —Por la forma en que me miró, tuve la sensación de que necesitaba oírlo.

—Lo prometo —respondí—. Ahora, ¿de qué querías hablar conmigo?

La expresión de Alex cambió y noté una tensión alrededor de sus ojos que no estaba ahí antes. Retiró su mano de la mía y se la pasó por el pelo corto, de esa forma que tenía de hacerlo cuando estaba nervioso.

—No es nada —dijo, evitando mi mirada—. Solo cosas del rancho. Logan quiere que asuma más responsabilidades con el programa de cría.

Algo en su tono no sonaba sincero, pero antes de que pudiera presionarlo más, Dolly apareció con su libreta.

—Vaya, si no son mis dos clientes favoritos —dijo con una sonrisa cómplice—. ¿Qué va a ser hoy, chicos?

Pedimos lo de siempre: una hamburguesa con papas fritas para mí, una milanesa de res para Alex, y entablamos una conversación más relajada. Pero no podía quitarme la sensación de que Alex había estado a punto de decirme algo importante antes de cambiar de opinión.

—¿Estás seguro de que todo está bien? —le pregunté cuando Dolly se llevó nuestros pedidos—. Pareces…, no sé, tenso.

Volvió a tomarme la mano y su pulgar trazó círculos en mi palma. —Solo fue una mañana larga. Y ahora con la visita de tu ex… —Se encogió de hombros—. Es una estupidez, pero supongo que estoy un poco celoso.

—¿De Ali? —No pude evitar la sorpresa en mi voz—. Alex, llevamos divorciados dos años. Ese capítulo de mi vida está completamente cerrado.

—Lo sé, lo sé. —Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. Como te digo, es una estupidez. No me hagas caso.

Nuestra comida llegó, interrumpiendo temporalmente la conversación. Mientras comíamos, me encontré estudiándolo, la forma en que sus hombros permanecían ligeramente encorvados, cómo sus ojos no dejaban de mirar hacia la ventana y la puerta. Era sutil, pero definitivamente algo andaba mal.

—Me dirías si algo estuviera mal, ¿verdad? —le pregunté en voz baja.

Sus ojos se encontraron con los míos y, por un momento, vi algo en ellos. Miedo, tal vez, o culpa. Luego desapareció, reemplazado por esa cálida sonrisa de la que me había enamorado.

—Claro que sí —dijo—. Te amo, Dustin. No hay secretos entre nosotros.

Quería creerle. Le creí. Pero mientras terminábamos de comer y nos despedíamos, él de vuelta al rancho, yo a la posada para reservar la habitación de Ali, no pude quitarme la fastidiosa sensación de que Alex Reyes me estaba ocultando algo.

Y fuera lo que fuese, lo asustaba lo suficiente como para mentir al respecto.

# CAPÍTULO VEINTIUNO: DUSTIN

No estaba seguro de si temía el momento en que vería el auto de alquiler subiendo por el camino de entrada o no. Una parte de mí quería ver a Ali. La había extrañado desde el día que me fui de Nueva York. Pero la otra parte de mí, el nuevo yo, quería mantener esos mundos separados para siempre, quería nunca volver a poner un pie en esa mentira en la que viví durante tantos años. Pero ya era demasiado tarde para echarme atrás. Ali ya tenía una habitación en el pueblo, y su avión había aterrizado en Amarillo hacía más de una hora.

Como si el universo me leyera la mente, vi un sedán negro aparecer por la cima de la colina más cercana; el auto impecablemente limpio brillaba bajo el sol. Se veía tan fuera de lugar, tan obvio que no pertenecía a este sitio. A veces me preguntaba si yo también me veía así. Pero ahora que Alex estaba en mi vida… bueno, finalmente sentía que estaba en el lugar correcto. Y sin importar lo que pasara con Ali, aquí era donde me iba a quedar. No tenía dudas de que Alex era la elección correcta, ahora y para siempre.

Me moví, incómodo, en los escalones del porche, limpiándome las palmas sudorosas en los jeans. El sedán levantó polvo al acercarse, dejando una nube a su paso como si fuera una entrada dramática de película. Una parte de mí quiso reír por lo perfectamente que capturaba el estilo de Ali: siempre causando una buena impresión, siempre un poco fuera de lugar, pero de alguna manera encajando en todos los sitios a los que iba.

El auto se detuvo junto a mi camioneta y el motor se apagó con un suave ronroneo que parecía casi ofensivamente cortés en comparación con los estruendosos motores que me había acostumbrado a oír por el rancho. Por un momento, no pasó nada. Podía ver la silueta de Ali a través de las ventanillas polarizadas, y me pregunté si ella también estaría dudando.

Entonces, la puerta del conductor se abrió de golpe, y allí estaba ella.

—¡Dustin! —su voz resonó por el patio, brillante y familiar. Se veía exactamente igual: su cabello oscuro caía en ondas perfectas sobre sus hombros, unas gafas de sol de diseñador sobre la nariz y una sonrisa que podría iluminar Times Square.

Me puse de pie, sorprendido por la genuina calidez que me inundó al verla.

—Ali.

Prácticamente corrió hacia mí, echándome los brazos al cuello. Olía a perfume caro y a aire de avión, y por un momento desorientador, volví a estar en nuestro apartamento de Manhattan, llegando a casa después de un largo día en el bufete.

—Mírate —dijo, apartándose para examinarme—. Estás bronceado. ¿Y eso que siento es un músculo? —me apretó el bíceps con una sorpresa teatral—. ¿Qué le pasó a mi pálido adicto al trabajo?

—El trabajo físico te hace eso —respondí, de repente cohibido por mis jeans gastados y mis botas polvorientas—. ¿Qué tal tu vuelo?

—Horrible. Apretado. Lleno de niños gritando —hizo un gesto despectivo con la mano—. Pero ¿a quién le importa? Ya estoy aquí —sus ojos se desviaron más allá de mí, hacia la casita—. Así que, aquí es donde te has estado escondiendo.

—S-Sí —sonreí—. No es mucho, pero es mi hogar.

Ladeó la cabeza, estudiándome con esa mirada penetrante que siempre me hacía sentir como si pudiera ver a través de mí.

—Te ves feliz, Dustin. Realmente feliz.

Algo en su tono hizo que se me oprimiera el pecho. ¿Era sorpresa? ¿Arrepentimiento? ¿Enojo? No sabía distinguirlo.

—Lo soy —dije simplemente, porque era verdad. A pesar de las complicaciones, a pesar del extraño comportamiento de Alex en el almuerzo de ayer, era más feliz de lo que jamás había sido.

—Bueno, ¿no me vas a dar el gran tour? —señaló hacia la casa—. Muéstrame este paraíso rústico que te robó de la civilización.

Dudé, de repente consciente de todas las pruebas de la presencia de Alex adentro: su sudadera colgada junto a la puerta, su par de botas extra alineadas junto a las mías, las dos tazas de café todavía en el fregadero de esta mañana.

—Es bastante pequeña. No hay mucho que ver.

La ceja perfectamente arqueada de Ali se alzó por encima de sus gafas de sol.

—Dustin Corvus, ¿estás tratando de ocultarme algo? Porque si es así, me voy a sentir muy ofendida de que creas que no puedo manejar lo que sea.

Suspiré, reconociendo ese tono. Ali siempre había sido como un perro de presa cuando intuía un secreto.

—No es eso. Es solo que… las cosas han cambiado desde que me mudé aquí.

—¿Cosas como qué? —se cruzó de brazos, y casi podía ver los engranajes girando detrás de esas gafas de sol de diseñador—. Espera. ¿Hay alguien?

El calor me inundó las mejillas antes de que pudiera evitarlo, y Ali se quedó con la boca abierta de la sorpresa.

—¡Hay alguien! —me agarró del brazo; sus uñas perfectamente cuidadas se clavaron en mi piel—. Ay, Dios mío, Dustin, te estás sonrojando como un adolescente. ¿Quién es él?

—¿Cómo su…?

—Por favor. Estuve casada contigo cinco años. Conozco esa mirada —su expresión se suavizó ligeramente—. ¿Y bien? Cuéntamelo todo. ¿Cómo se llama? ¿Cómo es? ¿Es guapísimo?

Me encontré sonriendo a pesar de mi nerviosismo.

—Se llama Alex. Y sí, es… es increíble.

—Alex —repitió, probando el nombre—. ¿Y dónde está este increíble Alex ahora mismo?

—Trabajando. Es peón aquí en el rancho.

Las cejas de Ali se dispararon.

—¿Un vaquero? ¿Te enamoraste de un vaquero de verdad? —echó la cabeza hacia atrás y se rio, un sonido brillante y genuino—. Oh, esto es perfecto. Mi estirado exesposo, el abogado corporativo, está metido con un vaquero en medio de la nada en Texas.

—No estamos juntados —protesté, aunque mis palabras sonaron vacías hasta para mí.

—Cariño, sus botas están junto a tu puerta y hay dos tazas de café en tu ventana. —Señaló hacia la ventana de la cocina, donde la evidencia de nuestra rutina mañanera era claramente visible. Había olvidado lo observadora que era—. Están completamente juntados y yo…, no podría estar más feliz por eso.

Había una alegría genuina en su voz, pero ese trasfondo extraño estaba ahí de nuevo. Sentí que había algo que no me estaba diciendo. —¿Estás… feliz por eso? —pregunté, queriendo asegurarme.

—Dustin. —Se quitó las gafas de sol y vi algo en carne viva en sus ojos café claro—. Te ves más vivo ahora mismo hablando de este hombre que en los últimos dos años de nuestro matrimonio. Por supuesto que estoy feliz por eso.

Las palabras me golpearon como un puñetazo. —Ali, lo siento. Nunca quise…

—Basta. —Levantó una mano—. Hemos tenido esta conversación un millón de veces. No necesito otra disculpa. —Hizo una nueva pausa y respiró hondo—. Pero quizá deberías mostrarme el lugar. Luego debería descansar un poco. Todavía tengo mi propio corazón roto que procesar.

—Dios… lo siento —respondí rápidamente—. Ni siquiera te pregunté…

—No quiero hablar de eso —sonrió, aunque pude notar que era falso —. Solo muéstrame tu mundo. Quiero olvidarme del mío por un rato.

Asentí, comprendiendo la necesidad de escapar de las realidades dolorosas. Yo había hecho lo mismo cuando hui a Texas. —Entonces, ven. Déjame mostrarte el lugar.

La guié por los escalones del porche y a través de la puerta principal. La pequeña casa se sentía aún más pequeña con la presencia de Ali llenándola, su energía demasiado grande para el espacio compacto. Se movía por ella como si estuviera catalogando todo, asimilando los muebles sencillos, la cocina pequeña, la cama sin hacer visible a través de la puerta abierta del dormitorio.

—Es tan… silencioso —dijo finalmente, sin malicia—. No oigo tráfico. Ni sirenas. Ni construcciones.

—Cuesta un poco acostumbrarse —convine, observándola mientras examinaba los libros apilados en la mesa de centro. Novelas románticas, en su mayoría. Otra cosa que me habría avergonzado antes de Alex, pero que ahora se sentía como una parte más de quien me estaba convirtiendo.

—Has vuelto a escribir —observó, señalando con la cabeza mi computadora portátil sobre la pequeña mesa del comedor—. Lo sé por cómo la miras de reojo, como si guardara todos tus secretos.

—Solo algunas historias. Nada importante.

Me lanzó esa mirada de nuevo, la que decía que sabía que estaba evadiendo el tema. Pero en lugar de presionar, se acercó a la ventana que daba a las colinas onduladas. —Es hermoso aquí. No se ve ni un edificio.

—Están al otro lado de esa colina —dije, señalando hacia el camino de entrada—. Los viste al llegar, ¿no?

—No sabía qué eran —sonrió Ali—. Soy una chica de ciudad, ¿recuerdas? No es que nos llevaran de excursión a granjas en la primaria. —Volvió a mirar por la ventana—. Nunca he estado en un lugar tan verde.

—¿Quieres ir a ver la arena? —le ofrecí—. Estoy seguro de que a Caroline no le importaría que acariciaras los caballos o algo así.

—¿*Acariciarlos*? —bufó Ali, levantando una ceja—. ¿Y que me arranquen los dedos de un mordisco?

—¡No muerden! —me reí. Luego hice una pausa—. Bueno… la mayoría no.

—Estás presentando un caso muy convincente…

—Oh, vamos —sonreí, tomándola del brazo—. ¿Qué sentido tiene venir a un rancho de Texas si ni siquiera vas a echarle un vistazo?

Ali se rio, un sonido que era a la vez familiar y extraño en este nuevo contexto de mi vida. —Bien, pero si me pisotea un bronco salvaje, te atormentaré para siempre.

—Trato hecho —dije, guiándola de nuevo afuera y por el sendero hacia los edificios principales del rancho.

Mientras caminábamos, Ali no dejaba de mirar a su alrededor como si intentara memorizarlo todo. La forma en que la hierba se movía con la brisa, el sonido de nuestras botas sobre la grava, la infinita extensión de cielo azul sobre nuestras cabezas. Me di cuenta de lo diferente que se veía aquí, su ropa de diseñador y su cabello perfecto casi cómicos contra el telón de fondo rústico.

—Entonces, háblame de él —dijo mientras subíamos una pequeña loma—. De este Alex. ¿Cómo se conocieron?

Sentí esa calidez familiar extenderse por mi pecho al mencionar su nombre. —Llegó buscando trabajo hace unas semanas. Logan lo contrató como peón de rancho. —Hice una pausa, recordando el primer día que lo vi—. Él es… no se parece a nadie con quien haya estado antes.

—¿Diferente para bien o diferente para mal?

—El mejor tipo de diferente —dije sin dudar—. Me hace sentir como yo mismo. Como la persona que siempre debí ser.

Ali se quedó en silencio un momento, sus tacones resonando contra la grava con un ritmo extrañamente tranquilizador. —Eso es hermoso, Dustin. De verdad. —Su voz era suave, casi nostálgica—. Me alegro de que hayas encontrado eso.

Había algo en su tono que me hizo mirarla más de cerca. —¿De verdad estás bien? Con lo de Jason, quiero decir.

Ella suspiró y sus hombros se hundieron ligeramente. —¿La verdad? No lo sé. Estuvimos juntos ocho meses y pensé… pensé que tal vez él podría ser el indicado. Pero, al parecer, no era quien yo creía… —Se rio con amargura—. La historia de mi vida, ¿no? Enamorarme de hombres que no son quienes dicen ser.

Las palabras quedaron flotando en el aire entre nosotros y sentí una punzada de culpa. No se equivocaba. Yo también le había mentido, aunque dudaba de que fuera por las mismas razones que Jason.

—Ali…

—No —dijo ella rápidamente—. Sonó mal. Lo que pasó entre nosotros fue… *diferente*. Ambos lo sabemos. —Dejó de caminar y se giró para mirarme—. Me diste todo lo que tenías para dar, Dustin. Simplemente no era el tipo de amor adecuado para ninguno de los dos.

Antes de que pudiera responder, oímos voces que venían de la dirección de la pista. Al doblar la esquina, vi a Caroline trabajando con una joven jinete, dándole instrucciones mientras la chica guiaba a su caballo a través de una serie de barriles.

—Esa es Caroline —dije, señalándola—. Dirige el programa de carreras de barriles en la pista. Aquí entrenan gente para cosas de rodeo.

Caroline debió de oírnos acercarnos porque volteó a vernos, y sus agudos ojos marrones examinaron la apariencia de Ali con evidente curiosidad. Le dijo algo a su alumna y luego trotó hasta donde estábamos, junto a la cerca.

—Vaya, vaya —dijo Caroline, con su acento tejano más marcado que nunca—. Miren…

—Miren a quién trajo el viento —terminé por ella, riéndome—. De verdad necesitas una nueva frase, Caroline. Se está volviendo predecible.

Me fulminó con la mirada. —Es mi marca personal. —Luego se dirigió a Ali, tendiéndole la mano—. Soy Caroline Baker. Mucho gusto.

Ali le tomó la mano. —Alicia Harris.

Esperaba que se dieran un apretón de manos. Sin embargo, pasó un instante entre ellas. Luego otro. Todo el tiempo se quedaron ahí, mirándose la una a la otra, ambas con una expresión de felicidad y miedo a la vez. Nunca había visto algo así. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Así que… —empecé, rompiendo el momento incómodo—. ¿Volviste a usar tu apellido de soltera?

Ali parpadeó y finalmente soltó la mano de Caroline. —¿Qué? Ah, sí. Después del divorcio volví a usar Harris. —Miró de Caroline a mí, con un ligero rubor que le subía por el cuello—. Se sintió como un nuevo comienzo.

—Los nuevos comienzos son buenos —dijo Caroline, con la voz más suave que jamás le había oído. Seguía mirando a Ali como si intentara resolver un rompecabezas—. Muy buenos.

El silencio se extendió de nuevo entre ellas y me sentí como si estuviera presenciando algo que no entendía del todo. Ali, que podía manejar una sala de juntas llena de ejecutivos de Manhattan sin despeinarse, parecía casi tímida. Y a Caroline, a quien nunca había visto más que directa y sin rodeos, prácticamente se le trababa la lengua.

—¿Así que entrenas a corredoras de barriles? —preguntó Ali, señalando hacia la pista donde la joven jinete seguía trabajando con su caballo.

—Entre otras cosas —asintió Caroline—. Monto desde que aprendí a caminar. Empecé a competir a los ocho años. —Hizo una pausa y luego añadió con una leve sonrisa—: ¿Alguna vez has montado un caballo?

Ali se rio, con un sonido un poco entrecortado. —Dios, no. Soy una chica de ciudad de pies a cabeza. Lo más cerca que he estado de un caballo es en los paseos en carruaje de Central Park. Y normalmente me mantengo alejada de ellos.

—Bueno, eso no es montar de todos modos —dijo Caroline, y su sonrisa se ensanchó—. Eso es solo estar sentada de adorno mientras otro hace el trabajo.

—¿Estás insinuando que no sé trabajar? —Ali enarcó la ceja de esa manera que solía poner nerviosos a los abogados de la contraparte, pero había diversión en su voz.

Los ojos de Caroline brillaron con algo que parecía peligrosamente interés. —Ni se me ocurriría. Pero hay diferentes tipos de trabajo. El trabajo de ciudad y el trabajo de rancho son harina de otro costal.

—¿Ah, sí? —Ali se acercó a la cerca, sus manos perfectamente cuidadas aferrándose a la madera desgastada—. ¿Y qué implica exactamente el trabajo de rancho?

—Oh, ya sabes —dijo Caroline, apoyándose en el poste de la cerca con una facilidad estudiada—. Madrugar, ensuciarse las manos, aprender a confiar en algo más grande y fuerte que tú para que te lleve a donde tienes que ir.

Tuve la clara sensación de que ya no hablaban solo de caballos. Esto era un duelo en toda regla. Había un desafío silencioso que me puso más que un poco nervioso.

—Suena aterrador —dijo Ali en voz baja.

—Las mejores cosas suelen serlo —respondió Caroline, y sus miradas se encontraron de nuevo.

Me aclaré la garganta, sintiéndome como un intruso en lo que sea que estuviera ocurriendo entre ellas. —Quizás deberíamos volver. Seguro que Ali está cansada por el viaje.

—De hecho —dijo Ali, sin apartar la vista de Caroline—, no estoy nada cansada. Supongo que es la adrenalina de estar en un lugar completamente nuevo. —Hizo una pausa—. ¿Estarías… estarías dispuesta a enseñarme? A montar, quiero decir.

La cara de Caroline se iluminó como en la mañana de Navidad. —¿En serio? Porque tengo que advertirte que no trato con guantes de seda a la gente de ciudad. Si te subes a uno de mis caballos, te lo vas a tener que ganar.

Ali alzó el mentón, con esa expresión terca y familiar que le había visto usar en incontables negociaciones. —No te pedí que me trataras con algodones. Te pedí que me enseñaras.

—Me parece justo. —Caroline se apartó del poste de la cerca y le tendió la mano a Ali—. Anda, pues. Vamos a ver de qué estás hecha.

Ali se miró el atuendo de diseñador, unos pantalones color crema y una blusa de seda que probablemente costaban más que el sueldo mensual de la mayoría de la gente. —No estoy vestida precisamente para esto.

—A eso le llamamos un problema *tuyo* —dijo Caroline con una sonrisa—. Pero creo que tengo ropa de repuesto en el cuarto de aperos. Pareces de mi talla, quizá un poco… *con más curvas*.

La forma en que los ojos de Caroline recorrieron la figura de Ali hizo que algo se me revolviera incómodamente en el estómago. No eran celos exactamente, pero algo parecido. Era mi exesposa y… bueno, Caroline también se estaba volviendo importante para mí, de una manera diferente. Como de la familia. ¿Así era como las mujeres se hacían cumplidos? La sonrisa de Ali me dijo que no le había molestado.

—¿Dustin? —Ali se giró hacia mí, y me di cuenta de que me había quedado mirando—. ¿Está bien? No quiero ser una molestia para tus amigos.

—Está bien —atiné a decir, aunque no estaba del todo seguro de que lo estuviera—. Caroline es la mejor maestra de por aquí. Estarás en buenas manos.

La sonrisa de Caroline se ensanchó. —Claro que lo estará. —Señaló con la cabeza un edificio desgastado cerca de la pista—. Vamos, citadina. Vayamos a vestirte apropiadamente para el trabajo.

Mientras se alejaban juntas, con los tacones de Ali repiqueteando contra las botas gastadas de Caroline, no pude quitarme la sensación de que algo importante acababa de ocurrir. Algo que no entendía del todo.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS: ALEX

Los nervios habían estado a flor de piel todo el día por la inminente llegada de Ali. Dustin me había mandado un mensaje para avisarme que ella había llegado y que cenaríamos todos juntos en el restaurante. Y a pesar de cada neurona lógica en mi cabeza, seguía aterrorizado de que ella me lo quitara, de que hubiera venido a llevárselo de vuelta.

Quizás no románticamente, pero sí de vuelta a su antigua vida, de vuelta a Nueva York, de vuelta al mundo donde yo no existía. La idea me oprimía el pecho de ansiedad mientras terminaba mi trabajo del día, cepillaba al último caballo y aseguraba el establo.

Me había cambiado de ropa dos veces antes de decidirme por mis mejores jeans y una camisa de botones que, según Dustin me dijo una vez, resaltaba mis ojos. No es que estuviera tratando de competir con su exesposa ni nada por el estilo. Eso sería ridículo.

Pero en cuanto entré al Dolly's Diner y los vi sentados juntos en una mesa de esquina, todos mis pensamientos racionales se esfumaron. Ali era incluso más hermosa de lo que había imaginado, toda elegancia refinada y ropa de diseñador que probablemente costaba más de lo que yo ganaba en un mes. Parecía pertenecer al viejo mundo de Dustin, el de las oficinas en las esquinas, los restaurantes caros y la cultura.

Y allí estaba Dustin, sonriendo por algo que ella había dicho, luciendo más animado de lo que lo había visto en toda la semana. Encajaban tan fácilmente, su conversación fluía como si la estuvieran retomando justo donde la habían dejado. Había tanta

familiaridad… algo que Dustin y yo no llevábamos juntos el tiempo suficiente como para tener. Diablos, yo todavía estaba tratando de que se abriera completamente conmigo.

—¡Alex! —El rostro de Dustin se iluminó cuando me vio, y parte de la tensión en mi pecho se alivió. Se deslizó para hacerme un lugar y su mano encontró la mía bajo la mesa tan pronto como me senté—. Ali, este es Alex. Alex, esta es Ali.

Ali clavó en mí esos agudos ojos marrones y sentí que me estaba evaluando. Su sonrisa era educada, pero inquisitiva, y casi podía verla catalogando cada detalle sobre mí.

—Así que usted es el famoso Alex —dijo, extendiendo una mano perfectamente cuidada—. Dustin me ha hablado mucho de usted.

—Espero que cosas buenas —respondí, estrechándole la mano. Su apretón era firme, seguro; el de alguien acostumbrado a las juntas directivas y las negociaciones.

—Las mejores —dijo, pero había algo en su tono que no pude descifrar—. Parece estar muy encaprichado con usted.

El calor me subió por el cuello. —El sentimiento es mutuo.

Dustin me apretó la mano bajo la mesa y sentí que parte de mi ansiedad disminuía. Estaba aquí conmigo, eligiendo sentarse a mi lado, tomar mi mano incluso con su exesposa observando. Eso tenía que significar algo.

—Ali me estaba contando sobre su clase de equitación con Caroline —dijo Dustin, con los ojos brillantes de diversión—. Aparentemente fue… accidentada.

Ali se rio, un sonido que era a la vez musical y un poco avergonzado. —Esa es una forma de decirlo. Creo que pasé más tiempo en el suelo que sobre la silla de montar. Caroline es… intensa.

—Es una buena maestra —ofrecí—. Dura pero justa.

—Oh, definitivamente es dura —asintió Ali, y había algo en su voz que me hizo mirarla más de cerca. Un sonrojo le había subido por el

cuello, y jugueteaba con su vaso de agua—. Muy… práctica.

Dustin resopló en su vaso de agua, casi ahogándose. —¿Caroline? ¿Práctica? Eso es… interesante.

Observé el intercambio entre ellos, sintiendo que me estaba perdiendo algo. El sonrojo de Ali se intensificó y cambió rápidamente de tema.

—Y dígame, Alex —dijo, sus ojos encontrándose con los míos de nuevo—. Cuénteme sobre usted. ¿Cómo terminaron juntos un abogado de ciudad y un vaquero en medio de la nada en Texas?

—Pura suerte —respondí honestamente, sintiendo el pulgar de Dustin trazar círculos en mi palma bajo la mesa—. El lugar correcto, en el momento correcto.

—Está siendo modesto —intervino Dustin—. Apareció buscando trabajo, y yo estaba… bueno, yo era un desastre, Ali. Tú sabes cómo estaba cuando me mudé aquí.

La expresión de Ali se suavizó. —Perdido. Tratando de encontrarte a ti mismo.

—Exacto. Llevaba así los últimos dos años. Y entonces Alex entró campante en el rancho. —Dustin me miró con un afecto tan abierto que mis miedos anteriores parecieron ridículos—. Él simplemente… me vio. Al verdadero yo.

—Qué hermoso —dijo Ali, y para mi sorpresa, sonaba genuinamente feliz—. De verdad.

Dolly apareció en nuestra mesa, salvándome de tener que responder. —Vaya, ¿no son ustedes tres una estampa? ¿Qué les sirvo esta noche?

Ordenamos, y mientras Dolly se alejaba, sentí que parte de la tensión en mis hombros se disipaba. Esto no estaba tan mal. Ali parecía bastante agradable, y Dustin estaba claramente cómodo con nosotros dos aquí. Quizás esta cena no sería el desastre que había temido.

—Dígame, Ali —me aventuré, queriendo hacer un esfuerzo—. ¿Dustin mencionó que usted también es abogada?

—De seguros —asintió, soltando un largo suspiro—. Es aburridísimo, pero paga bien y nunca hay nada demasiado complicado que hacer. Los mayores problemas que tengo son discusiones sobre la redacción de contratos y pólizas. —Miró a Dustin—. En cierto modo lo odio, pero paga mi apartamento y mi adicción a las compras, así que no me quejo.

—Siempre se te dio mejor que a mí aceptar la monotonía —dijo Dustin con una pequeña sonrisa—. Yo seguía pensando que cada nueva adquisición sería de alguna manera más gratificante que la anterior.

—Eso es porque eres un romántico —respondió Ali, su tono cariñoso pero burlón—. Siempre esperando que el mundo sea mejor de lo que es.

Sentí que Dustin se tensaba ligeramente a mi lado y le apreté la mano por debajo de la mesa. No eran simples observaciones casuales; era alguien que lo conocía de maneras que yo todavía estaba descubriendo.

—No tiene nada de malo ser un romántico —dije, sorprendiéndome a mí mismo de lo protector que soné—. Al mundo le hacen falta más soñadores.

Los ojos de Ali se posaron en mí, con algo parecido a la aprobación en su mirada. —Tiene usted razón. Es una de sus mejores cualidades. —Le dio un sorbo a su agua—. Y usted, Alex, ¿qué hacía antes de ser peón de rancho?

Se me encogió el estómago. Este era un terreno peligroso. —Un poco de todo. Trabajé en ranchos por todas partes. Texas, Oklahoma, Georgia, Luisiana. —Me encogí de hombros, intentando parecer despreocupado—. Me gusta la libertad que da.

—Un trotamundos —observó Ali, y sus ojos de abogada vieron más de lo que yo quería—. ¿Qué lo hizo decidirse por Sagebrush?

—Tenían un puesto vacante y yo necesitaba uno.

—¿Y piensa quedarse?

La pregunta me tomó por sorpresa, pero asentí. —Por ahora, sí.

Ella levantó una ceja. —¿Por qué?

El pulgar de Dustin dibujó círculos en mi palma y me encontré respondiendo con sinceridad. —Él —dije, sin más.

La palabra quedó suspendida en el aire entre nosotros, cruda y sincera. La expresión de Ali se suavizó y, por un momento, creí ver algo parecido al alivio en sus ojos.

—Bueno —dijo en voz baja—, me alegro de que haya encontrado a alguien que vea lo que vale.

Llegó nuestra comida, salvándome temporalmente de la intensidad de la conversación. Mientras comíamos, la charla derivó hacia temas más ligeros en lugar de ser un interrogatorio. Hablamos de las aventuras de Ali aprendiendo a montar, del nuevo amor de Dustin por la cocina, de los personajes que conformaban Sagebrush. Era casi… cómodo.

Hasta que miré por la ventana y la vi.

La camioneta roja estaba estacionada al otro lado de la calle, apenas visible en la creciente oscuridad. Pero yo conocía esa camioneta. La reconocería en cualquier parte, hasta por la abolladura en el guardabarros del lado del conductor.

Mi tenedor resonó contra el plato y Dustin se volvió hacia mí con preocupación. —¿Alex? ¿Qué pasa?

Forcé una sonrisa, aun cuando mi corazón martilleaba contra mis costillas. —Nada. Solo soy torpe. Estoy bien.

Dustin frunció el ceño, claramente sin creerme. —¿Seguro? Parece que viste un fantasma.

—Estoy bien —insistí, aunque mi voz sonó forzada incluso para mis propios oídos—. De verdad.

Ali observaba este intercambio con ojos penetrantes, su instinto de abogada claramente percibía que algo andaba mal. Necesitaba recomponerme antes de que empezara a hacer preguntas que no podría responder.

—Y dígame, Ali —dije, desesperado por cambiar de tema—, ¿cuánto tiempo planea quedarse en Sagebrush?

Permitió el desvío, aunque sus ojos permanecieron fijos en mí. —Unos días, quizá una semana —respondió, su mirada aún estudiándome—. Depende de cómo vayan las cosas. Estoy descubriendo que el lugar tiene… encantos inesperados.

Asentí, tratando de concentrarme en sus palabras en lugar del pánico que me oprimía el pecho. La camioneta roja seguía allí, una sombra de la que no podía escapar. Tomé un largo sorbo de agua, obligando a mis manos a no temblar.

—Deberías quedarte por lo menos el fin de semana —dijo Dustin, ajeno a mi tormento interior—. Hay una pequeña competencia de rodeo el sábado en la arena. Nada del otro mundo, pero podrías ver a Caroline y a sus alumnos competir entre ellos.

Algo brilló en el rostro de Ali al mencionar el nombre de Caroline, un breve destello de interés que rápidamente disimuló. —Puede que lo haga.

Me obligué a comer, cortando mecánicamente mi filete empanizado en trozos cada vez más pequeños mientras mantenía la vista alejada de la ventana. Keith estaba ahí afuera, observándonos. Observándome con Dustin. La idea me revolvió el estómago.

—Alex —la voz de Dustin me sacó de mis pensamientos en espiral, su mano cálida en mi rodilla debajo de la mesa—. No has tocado tu comida. ¿Qué está pasando?

Encontré sus preocupados ojos azules y me odié por la mentira que estaba a punto de decir. —Solo estoy cansado. Fue un día largo. —Logré una sonrisa que se sintió quebradiza en mi rostro—. Y quizá un poco nervioso por conocer a la exesposa.

Ali se rio, con un sonido sorprendentemente genuino. —Ay, por favor, no soy tan intimidante.

—Dice la mujer que hizo llorar al director ejecutivo de su empresa —replicó Dustin con una sonrisa afectuosa.

—Eso fue una sola vez —protestó Ali, agitando el tenedor—. Y se lo merecía. Se estaba portando como un imbécil.

Su fácil camaradería continuó, pero yo me descubrí revisando la ventana cada pocos segundos. La camioneta seguía allí, con el motor apagado y los faros oscuros. Solo esperando. Se me erizó la piel al saber que los ojos de Keith estaban sobre nosotros, sobre este momento que debería haber sido solo nuestro. Juraría que podía ver su silueta en el asiento del conductor.

—¿Saben qué? —dije de repente, apartando mi plato—. Creo que ya deberíamos volver. Mañana empezamos temprano y todo eso.

Dustin pareció sorprendido. —Pero no hemos comido postre. El pastel de manzana de Dolly es el mejor del condado.

—Podemos pedirlo para llevar —sugerí, buscando ya mi billetera—. Yo invito.

Los ojos de Ali se entrecerraron ligeramente, percibiendo claramente que algo no estaba bien. —¿Está seguro de que todo está bien, Alex? Parece… ansioso.

—De acuerdo —insistí, y dejé sobre la mesa dinero suficiente para pagar la cena y una propina generosa—. Me acabo de acordar de que le prometí a Logan que lo ayudaría con el potrillo nuevo mañana a primera hora.

No era del todo mentira. Había un potrillo nuevo y yo había prometido ayudar. Pero no era por eso que necesitaba sacar a Dustin de aquí, lejos de la mirada vigilante de Keith.

—Si estás seguro —dijo Dustin con lentitud, mientras salía del reservado.

Asentí, desesperado por irnos. De repente, las paredes del restaurante se sentían demasiado agobiantes, el aire demasiado denso. Cada momento que nos demorábamos era un momento más que Keith tenía para observarnos, para planear el juego retorcido que fuera que se traía entre manos.

—Lamento tener que acortar la velada —le dije a Ali, tratando de mantener la voz firme—. ¿Queda pendiente ese pastel?

—Por supuesto —respondió ella, aunque su expresión seguía siendo pensativa, evaluadora—. Estaré aquí por lo menos unos días.

Mientras caminábamos hacia la puerta, me coloqué entre Dustin y la ventana, protegiéndolo sutilmente de las miradas. Mi mano se posó en la parte baja de su espalda, guiándolo hacia la salida con lo que esperaba que pareciera un gesto de cariño casual en lugar de una urgencia protectora.

El aire de la noche fue un bienvenido alivio después del sofocante restaurante. Escudriñé la calle y el corazón me latió con fuerza cuando confirmé que la camioneta roja seguía allí, estacionada bajo un farol que apenas iluminaba su silueta.

—Yo estacioné por aquí —dijo Dustin, señalando su camioneta en el extremo opuesto del estacionamiento.

—Primero acompañaré a Ali a su auto —dije rápidamente, sin querer que ninguno de los dos se quedara solo ni por un instante.

Ali enarcó una ceja. —¿Todo un caballero sureño, eh? Estoy justo ahí. —Señaló un elegante auto de alquiler cercano.

La acompañamos hasta su vehículo, manteniendo una charla trivial que apenas registré. Mi atención estaba dividida entre mantener a Dustin cerca y vigilar la camioneta roja con el rabillo del ojo. Cuando Ali llegó a su auto, se giró para mirarnos a ambos.

—Gracias por la cena —dijo, con la mirada yendo de Dustin a mí—. Fue… reveladora.

—Hay que repetirlo —respondió Dustin, rodeándome la cintura con su brazo en un gesto que normalmente habría hecho que mi corazón se acelerara. Esa noche, solo me hizo ser más consciente de lo expuestos que estábamos de pie bajo el farol.

Ali nos estudió un momento más, y tuve la incómoda sensación de que estaba catalogando cada detalle de nuestra interacción. —Alex —dijo finalmente—, cuídalo.

Las palabras eran bastante simples, pero algo en su tono sugería que se refería a algo más que el bienestar general. Como si pudiera sentir el peligro que yo intentaba ocultar con tanto esmero.

—Siempre —logré decir, con la voz más áspera de lo que pretendía.

Ella asintió una vez, satisfecha con lo que sea que hubiera visto en mi expresión, y luego se subió a su auto. La vimos alejarse, sus luces traseras desapareciendo a la vuelta de la esquina en dirección al pueblo.

—Vamos —dije de inmediato, tomando la mano de Dustin y tirando de él hacia su camioneta con una urgencia apenas contenida.

—Alex, más despacio —se rio Dustin, tropezando ligeramente mientras yo prácticamente lo arrastraba por el estacionamiento—. ¿Cuál es la prisa?

Me obligué a calmarme, pero cada uno de mis instintos me gritaba que lo sacara de allí, lejos de la mirada vigilante de Keith. —Lo siento. Es que estoy ansioso por llevarte a casa.

Las palabras salieron cargadas de dobles sentidos, y los ojos de Dustin se oscurecieron de interés. —¿Ah, sí?

Asentí, sin confiar en mi voz. No era una mentira total. Sí quería llevarlo a casa, quería perderme en su cuerpo, en la seguridad de nuestro mundo privado donde Keith no podía tocarnos. Donde podía fingir, al menos por unas horas, que mi pasado no amenazaba con destruir todo lo bueno en mi vida.

Llegamos a su camioneta y no pude evitar mirar hacia donde había estado estacionada la camioneta roja. Ya no estaba.

Se me heló la sangre. Si Keith ya no estaba observando desde la distancia, ¿dónde estaba? ¿Estaba siguiendo a Ali? ¿Estaba dando la vuelta para interceptarnos en el camino de regreso al rancho?

—Alex. —La mano de Dustin me ahuecó la mejilla, obligándome a mirarlo—. Estás distraído. ¿Pasa algo malo?

La preocupación en sus ojos azules, la confianza y el amor que vi allí, casi me quebraron. Él merecía la verdad. Merecía saber qué clase de peligro podría estar yo trayendo a su vida. Pero la idea de ver esa confianza convertirse en miedo, o peor, verlo decidir que yo no valía el riesgo…

—No pasa nada —mentí, apoyándome en su caricia a pesar de mí mismo—. Solo quiero estar a solas contigo.

Su pulgar rozó mi pómulo, y vi el momento en que decidió dejarlo pasar, confiar en que se lo diría cuando estuviera listo. —Bueno, entonces —dijo, abriendo la puerta del conductor de su camioneta y guiñándome un ojo—. Nos vemos en casa. —Se inclinó, besándome bajo el farol—. ¿Me haces un favor?

—Lo que sea —asentí, dejando que el calor de su beso me inundara.

—Trae una soga.

Antes de que pudiera responder, ya estaba en su camioneta y saliendo del estacionamiento. Me quedé allí un momento, con la boca abierta ante la implicación. De repente me había olvidado por completo de Keith. Ahora mi mente estaba centrada en una sola cosa.

Dustin.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS: DUSTIN

Me alegré de haber llegado a casa antes que Alex. Eso me dio el tiempo que necesitaba para estar listo para él. La forma en que había hablado en el estacionamiento del restaurante, cómo me deseaba tanto que tuvo que acortar nuestra velada… me tenía empalmado de una manera que no creía posible.

Apenas crucé la puerta de entrada, me desnudé por completo. De ahí, solo fue un viaje rápido a la habitación para tomar mi venda para los ojos y un anillo de goma para el pene, más que nada por estética. Me los puse y fui a la sala, donde tiré una manta para suavizar el piso mientras me ponía de rodillas. Con una última mirada por la ventana, vi la camioneta azul de Alex subiendo por el camino de entrada. Una sonrisa se dibujó en mi rostro y mi verga se crispó mientras me acomodaba sobre la manta, sentándome sobre los talones. Alcé la mano y me bajé la venda, y todo mi mundo se oscureció.

Mis otros sentidos se agudizaron rápidamente. Podía sentir mi verga latiendo entre mis piernas. Colgaba pesada y gruesa gracias al anillo, y su sensible parte inferior rozaba la tela suave de la manta debajo de mí. Afuera oí la puerta de la camioneta de Alex cerrarse de un portazo y el inconfundible crujido de sus botas sobre la grava.

La casa estaba tan silenciosa que pude oír el golpe sordo de las botas de Alex al pisar los escalones del porche. Cada pisada me provocaba un escalofrío de anticipación por la espalda, y la piel ya se me había puesto de gallina a pesar del aire cálido de la noche. El

picaporte giró con un clic metálico que pareció increíblemente fuerte en la quietud.

—¿Dustin? —la voz de Alex sonó áspera, con un quiebre que me indicó que no se esperaba esta escena.

Permanecí en silencio, arrodillado en la oscuridad, con la respiración agitándose mientras lo oía entrar y cerrar la puerta detrás de él. El cerrojo encajó en su lugar con un clic decisivo.

—Por Dios —susurró, y pude oír el hambre en su voz. Sus botas rozaron el piso mientras se acercaba, rodeándome lentamente. Podía sentir su presencia, el calor que emanaba de él mientras se movía a mi alrededor, recorriendo cada centímetro de mi piel expuesta.

—Mírate —murmuró, ahora más cerca, su aliento cálido contra mi oreja—. Listo para mí y goteando. Jodidamente hermoso.

Me estremecí ante sus palabras, mi verga crispándose contra la contención del anillo. Entonces sentí las yemas de sus dedos, apenas rozando mis hombros, bajando por mi columna, dejando rastros de fuego a su paso.

—¿Te excité tanto? —preguntó, su voz bajando a ese registro grave que siempre hacía que mis entrañas se derritieran—. ¿Ni siquiera pudiste esperar a que llegara a casa para prepararte?

Asentí, sin confiar en mi voz.

—Usa tus palabras, hermoso —ordenó suavemente, su mano posándose en mi nuca.

—Sí —logré decir, mi voz ya destrozada por el deseo—. Quería estar listo para ti.

Su mano se apretó ligeramente en mi nuca, una suave presión que envió una sacudida de placer directamente a mi ingle. —¿Recuerdas lo que dijiste en el restaurante? ¿Sobre la cuerda?

Asentí de nuevo y luego añadí rápidamente: —Sí. Por favor.

Le oí soltar una risita, un sonido cálido y profundo en la oscuridad que me rodeaba. —Qué educado. Estás siendo un muy buen chico para mí esta noche. Creo que eso merece una recompensa.

El elogio me bañó como miel tibia, haciéndome arquear hacia su tacto. Oí el susurro de la tela mientras se alejaba, luego el sonido inconfundible de su cinturón al desabrocharse. Se me hizo agua la boca al pensar en lo que se venía.

—Quédate así —me instruyó, su voz moviéndose por la habitación mientras reunía lo que necesitaba—. No muevas ni un músculo.

Me quedé inmóvil, tratando de controlar mi respiración mientras lo escuchaba moverse por la pequeña casa. La anticipación era una tortura exquisita, cada sonido amplificado por mi estado con los ojos vendados. Escuché el golpe sordo de sus botas al quitárselas, el murmullo de la ropa al ser desechada, el crujido de un cajón al abrirse.

Cuando regresó, pude sentir su presencia desnuda frente a mí, el calor de su piel irradiando hacia mí como un horno. Su aroma llenó mis sentidos, a cuero y sudor, a heno y a ese trasfondo de masculinidad que era tan propio de Alex. Lo inhalé profundamente, mi cuerpo temblando de necesidad.

—Los brazos detrás de la espalda —ordenó en voz baja.

Obedecí de inmediato, cruzando mis muñecas en la parte baja de mi espalda. La posición empujó mi pecho hacia adelante, dejándome aún más vulnerable y expuesto. Sentí el primer contacto de la cuerda contra mi piel, suave pero inflexible, mientras Alex comenzaba a envolverla alrededor de mis muñecas con destreza.

—¿Es esto lo que querías? —preguntó, su voz convertida en un murmullo grave mientras trabajaba—. ¿Estar completamente a mi merced?

—Sí —resoplé, la palabra apenas audible.

La cuerda se apretó, firme pero no dolorosa, atando mis muñecas. Los dedos de Alex recorrieron mis brazos, sobre mis hombros, bajando por mi pecho. Cuando llegaron a mis pezones, los pellizcó, lo suficientemente fuerte como para hacerme jadear.

—Eres tan sensible —murmuró con aprecio—. Tan ansioso por mi tacto.

Sus manos continuaron su exploración, trazando cada centímetro de mi torso antes de deslizarse más abajo, evitando deliberadamente mi verga tensa. Gimoteé de frustración cuando sus dedos pasaron rozando justo donde más lo necesitaba.

—Paciencia —me reprendió, con un tono divertido—. Tenemos toda la noche.

Sentí que se movía detrás de mí. Su pecho se presionó contra mi espalda, tibio y sólido, su erección acomodándose en la curva de mi trasero. Sus brazos me rodearon; una mano se extendió sobre mi pecho mientras la otra, por fin, misericordiosamente, me envolvió la verga.

—Mira lo duro que estás —me susurró al oído, dándome una caricia lenta y firme que me hizo gemir—. Tan gruesa y pesada en mi mano.

Su pulgar rozó la cabeza, esparciendo el líquido preseminal que se había acumulado allí. El deslizamiento lubricado de su mano era enloquecedor, demasiado ligero para proporcionar la fricción que yo ansiaba.

—Alex —supliqué, con las caderas intentando instintivamente embestir contra su agarre.

—Shh —me calmó, mientras su otra mano se movía hacia mi garganta, aplicando la presión justa para acelerar mi pulso—. Te tengo.

Me acarició sin prisa, con un ritmo deliberado y provocador. Sus labios encontraron mi cuello, presionando besos calientes y húmedos

sobre la piel sensible. Cuando llegó a la unión de mi cuello y mi hombro, me mordió, lo suficientemente fuerte como para marcarme, pero sin romper la piel.

Grité, el agudo dolor se mezcló con el placer en un cóctel embriagador que me hizo dar vueltas la cabeza. En respuesta, su agarre en mi verga se apretó, sus caricias se volvieron más firmes, con más propósito.

—¿Te gusta eso? —preguntó, con su aliento caliente contra el lugar que acababa de morder—. ¿Que te marque, que te reclame como mío?

—Sí —jadeé, mi cuerpo arqueándose hacia su tacto. No necesitaba saber que acababa de terminar de leer una novela romántica de hombres lobo, y esta era exactamente la atención que anhelaba—. Muérdeme otra vez.

Alex gruñó en lo profundo de su garganta, un sonido primitivo y posesivo. Sus dientes encontraron mi piel de nuevo, esta vez en la curva de mi hombro, hundiéndose con la fuerza suficiente para hacerme gritar. El dulce escozor envió una electricidad crepitante por mis venas.

—Mío —susurró contra mi piel, y sentí la palabra marcarse a fuego en mi propio ser.

—Tuyo —asentí sin aliento, con la verga palpitando casi dolorosamente en su agarre.

Me soltó de repente, dejándome desolado y anhelante. Lo oí moverse, sentí el cambio en el aire mientras me rodeaba para quedar de nuevo frente a mí. Me tomó el rostro con las manos, sus pulgares rozaron mis pómulos con una ternura inesperada.

—Abre la boca —ordenó en voz baja.

Obedecí sin dudar, separando los labios con ansiosa anticipación. La punta roma de su verga se presionó contra mi labio inferior, caliente

y aterciopelada. Pude sentir el metal de su piercing del frenillo, una promesa tentadora del placer que se avecinaba.

—Eso es —murmuró mientras me lo llevaba a la boca, el peso familiar de él acomodándose en mi lengua—. Qué boca tan perfecta.

Sus dedos se enredaron en mi pelo, guiándome mientras empezaba a meterlo más profundo. La oscuridad tras la venda intensificaba cada sensación: su sabor dulce y salado, el ligero roce de su piercing contra mi lengua, la forma en que su respiración cambiaba cuando ahuecaba las mejillas y succionaba.

—Carajo —siseó, apretando más el agarre en mi pelo—. Justo así, hermoso.

Me perdí dándole placer, en los sonidos que hacía, en la forma en que sus caderas comenzaron a moverse en embestidas superficiales. Mi propia excitación pulsaba insistentemente entre mis piernas, descuidada, pero de alguna manera mucho más intensa por ello. Con las manos atadas a la espalda, estaba completamente a su merced, existiendo únicamente para su placer. Solo ese pensamiento era embriagador.

Se retiró de repente, su verga se deslizó fuera de mi boca con un sonido obsceno que me hizo sonrojar de calor.

—Todavía no —dijo, con la voz tensa por la contención—. Quiero estar dentro de ti cuando me venga.

Gimoteé ante sus palabras, mi cuerpo ya dolorido por él. Sentí sus manos en mis hombros, instándome a ponerme de pie. Con las manos todavía atadas a la espalda, me costó encontrar el equilibrio, pero el fuerte agarre de Alex me estabilizó.

—Te tengo —me aseguró, guiándome hacia atrás hasta que mis piernas chocaron con el borde del sofá—. Inclínate.

Obedecí, doblándome por la cintura hasta que mi pecho descansó sobre los suaves cojines. La posición me dejó completamente

expuesto, con el trasero levantado y vulnerable. Oí el gemido de apreciación de Alex y sentí sus manos separarme las nalgas.

—He estado aguantando las ganas de comerme este culo todo el día… —Su dedo rodeó mi entrada, enviando escalofríos por mi cuerpo—. …Y me voy a tomar mi tiempo —gruñó Alex, con la voz espesa por el deseo.

Sentí su aliento caliente contra mi agujero expuesto momentos antes de que su lengua hiciera contacto, plana, húmeda y perfecta. Grité, mi cuerpo sacudiéndose ante la sensación íntima. Sus manos me sujetaron las caderas con firmeza, manteniéndome en mi sitio mientras movía su lengua contra mí en círculos lentos y deliberados.

—Alex —jadeé, mi frente presionando con fuerza contra los cojines del sofá. La venda intensificaba cada lamida, cada sensación, hasta que sentí que podría romperme solo de placer.

Zumbó contra mí, la vibración enviando chispas que me recorrían la espina dorsal. Su lengua se adentró, apenas penetrándome antes de retirarse para rodear mi borde de nuevo. La provocación era una tortura exquisita, cada casi-penetración me dejaba más desesperado que antes.

—Por favor —rogué, sin saber siquiera qué estaba pidiendo.

Su boca se apartó y sentí sus dientes mordisquear la sensible piel de mi nalga. —¿Por favor qué, hermoso? Dime qué necesitas.

—Más —logré decir, con la voz quebrada—. Necesito más de ti.

—Tendrás todo de mí —prometió, mientras su dedo volvía a delinear mi orificio, húmedo con su saliva—. Hasta el último centímetro.

El primer dedo se deslizó con facilidad; mi cuerpo ya estaba relajado por sus atenciones. Empujé hacia atrás contra él, buscando más, más profundo, cualquier cosa que llenara el vacío dentro de mí.

—Qué ansioso —murmuró Alex, añadiendo un segundo dedo junto al primero—. Tan insaciable.

Oí el chasquido de la tapa de una botella, y luego sentí el frío y resbaladizo lubricante cuando retiró sus dedos y los volvió a introducir con más. La forma en que me estiraba era deliciosa mientras me abría metódicamente, añadiendo un tercer dedo, retorciéndolo y deslizándolo hasta que temblaba, incoherente por la necesidad.

Sus dedos encontraron mi próstata, presionándola con una precisión infalible que hizo que mi verga se sacudiera y goteara debajo de mí. —Justo ahí —jadeé, con estrellas explotando detrás de mis ojos vendados.

—Sé exactamente dónde tocarte —dijo Alex, con la voz ronca por la excitación—. Conozco cada centímetro de este hermoso cuerpo.

Retiró sus dedos de repente, dejándome vacío y adolorido. Solté un gemido por la pérdida, pero entonces sentí la punta roma de su verga presionando mi entrada; el metal de su *piercing*, una promesa tentadora contra mi sensible borde.

—¿Quieres esto? —preguntó, provocándome solo con la punta.

—Sí —respiré, empujando hacia atrás contra él, con las manos aún atadas a la espalda—. Dios, sí.

Me penetró con una lentitud agónica, cada centímetro me estiraba más, llenándome más por completo. El *piercing* rozaba mis paredes internas, creando fricción en lugares que nunca antes había sentido. Cuando se asentó por completo dentro de mí, con sus caderas pegadas a mi trasero, ambos nos detuvimos, jadeando.

—Te sientes jodidamente bien —gimió, bajando la mano para agarrar la soga que ataba mis muñecas.

Usó la soga para jalarme hacia él y el nuevo ángulo me hizo jadear cuando su *piercing* presionó directamente contra mi próstata. Mi cuerpo se apretó a su alrededor involuntariamente, arrancándole un profundo gemido de la garganta.

—Eso es —susurró, mientras su mano libre se deslizaba por mi columna para sujetar mi nuca—. Tómame todo.

Entonces comenzó a moverse, con embestidas lentas y profundas que me hacían gritar con cada roce de su *piercing* contra mi punto más sensible. La oscuridad tras la venda hacía cada sensación más intensa, cada toque eléctrico. No podía verlo, pero podía sentirlo en todas partes: su verga estirándome, su mano sujetando mis muñecas atadas, su aliento caliente contra mi espalda.

—Joder, Dustin —jadeó, su ritmo aumentando gradualmente—. Estás tan apretado y caliente…

Intenté responder, pero solo pude articular gemidos entrecortados mientras él golpeaba ese punto perfecto dentro de mí una y otra vez. El anillo para el pene me mantenía extremadamente duro, mi erección se balanceaba pesadamente con cada embestida, rozando ocasionalmente la tela del sofá en toques provocadores que no eran ni de cerca suficientes.

Alex cambió ligeramente su ángulo, penetrando más profundo, y sentí que mis rodillas flaqueaban. Solo su agarre en mis muñecas atadas me mantenía erguido mientras el placer recorría mi cuerpo en olas que amenazaban con ahogarme.

—Alex —jadeé, con una voz apenas reconocible para mis propios oídos—. Por favor… necesito tocarme.

—Todavía no —gruñó, sus embestidas volviéndose más enérgicas—. Te quiero completamente a mi merced.

Se retiró de repente, dejándome vacío y gimiendo. Antes de que pudiera protestar, sus manos estaban en mis caderas, haciéndome girar. Me sentí desorientado en la oscuridad, inseguro de dónde pisaba hasta que me guio para que me acostara de espaldas en el sofá, con las manos atadas atrapadas debajo de mí.

—Quiero sentir cómo te corres alrededor de mi verga —dijo, con la voz ronca por el deseo, mientras se posicionaba entre mis piernas—. Quiero ver tu cara cuando lo des todo por mí.

Volvió a entrar en mí en una sola embestida suave que me hizo arquearme en el sofá. La nueva posición le permitía un acceso aún más profundo; su *piercing* se arrastraba deliciosamente por mis paredes internas. Sus manos agarraron mis muslos, empujándolos hacia mi pecho, abriéndome por completo a su mirada.

—Si pudieras verte —murmuró, con la voz espesa por el asombro—. Abierto para mí, tomando mi verga tan hermosamente.

Una de sus manos soltó mi muslo para envolver mi descuidada erección, y casi sollocé de alivio. Sus caricias eran firmes y seguras, acompasando el ritmo de sus embestidas; la doble estimulación era casi demasiado para soportar.

—Alex —rogué, sintiendo la presión acumularse en la base de mi columna, contenida solo por la constricción del anillo para el pene—. Por favor, necesito correrme.

—Aún no —dijo con firmeza, aliviando su agarre en mi verga lo suficiente para evitar que me fuera por el precipicio—. Quiero saborear esto. Quiero sentirte desesperado y temblando debajo de mí.

Sus embestidas se ralentizaron a un ritmo exasperante, cada una deliberada y profunda. El metal de su *piercing* se enganchaba en mi borde con cada retirada, enviando descargas de electricidad por todo mi cuerpo. Ahora temblaba, atrapado entre la exquisita tortura de su verga llenándome y el dolor de mi propia liberación descuidada.

—Eres tan hermoso así —susurró, mientras su mano libre recorría mi pecho para provocar a mis pezones—. Con los ojos vendados y atado, completamente mío.

Intenté hablar, pero solo pude emitir sonidos incoherentes mientras él me pellizcaba el pezón entre sus dedos. La aguda sensación, combinada con el lento arrastre de su verga dentro de mí, era abrumadora. Cada terminación nerviosa se sentía en carne viva, expuesta, hipersensible a su tacto.

—Puedo sentir lo cerca que estás —continuó Alex, con la voz tensa por su propia necesidad—. Tu cuerpo me lo está diciendo todo. La forma en que te contraes a mi alrededor, cómo se estremece tu verga en mi mano.

Tenía razón. Estaba al filo de la navaja, con cada músculo de mi cuerpo tenso por la anticipación. El anillo para el pene cumplía su función, manteniéndome duro y desesperado, pero también impidiendo la liberación que anhelaba con cada fibra de mi ser.

—Por favor —jadeé, con la voz quebrándose en la palabra—. No puedo… necesito…

—¿Qué necesitas? —preguntó, acelerando un poco el ritmo—. Dime exactamente qué necesitas de mí.

—Necesito que me dejes correrme —dije entre jadeos, arqueándome debajo de él cuando su piercing dio con ese punto perfecto de nuevo —. Por favor, Alex. Haré lo que sea.

Su agarre en mi verga se tensó, su pulgar rozando la sensible cabeza. —¿Lo que sea?

—Lo que sea —confirmé, desesperado.

—Entonces dime que me amas —ordenó, con la voz áspera por la emoción—. Dime que eres mío.

—Te amo —dije de inmediato; las palabras brotaron de mí como una plegaria—. Dios, Alex, te amo tanto que me asusta. Soy tuyo, completamente tuyo.

Algo cambió en su respiración y sus embestidas se volvieron más urgentes, más desesperadas. —Dilo otra vez —exigió, mientras su mano trabajaba mi verga con renovado propósito.

—Te amo —repetí, con la voz quebrada por la emoción—. Eres todo para mí. Por favor, necesito correrme para ti.

Su ritmo vaciló por un momento y lo oí maldecir en voz baja. —Joder, Dustin. Vas a ser mi perdición.

Sus dedos encontraron la base de mi verga y sentí cómo la recorría por completo con una facilidad experta. En el momento en que sus dedos me rodearon, una sensación abrumadora inundó mi cuerpo. No iba a aguantar.

—Ahora —gruñó, su mano masturbándome con firmeza mientras sus embestidas se hacían más duras, más profundas—. Córrete para mí ahora.

La orden, junto con el desprendimiento repentino del anillo para el pene, me lanzó al abismo. Mi orgasmo me desgarró con una fuerza que me dejó sin aliento, mi cuerpo arqueándose sobre el sofá mientras una oleada de placer tras otra me arrollaba. Grité su nombre, un sonido crudo y primitivo, mientras mi corrida pintaba mi estómago y mi pecho con franjas calientes.

—Eso es —gimió Alex, sus caderas moviéndose hacia adelante sin tregua—. Joder, me estás apretando tan fuerte.

Las réplicas de mi orgasmo me recorrieron, mis músculos contrayéndose rítmicamente a su alrededor. Podía sentirlo ponerse imposiblemente más duro dentro de mí, su ritmo volviéndose errático mientras buscaba su propia liberación.

—¿Dónde la quieres? —jadeó, con la voz tensa por el esfuerzo de contenerse—. Dime, hermoso.

—Adentro —dije sin aliento, todavía temblando por la intensidad de mi clímax—. Llénname. Quiero sentirte.

Su agarre en mis muslos se tensó, sus dedos hundiéndose en mi carne mientras embestía con renovado propósito. Deseé poder ver su rostro, observar cómo el placer se apoderaba de él, pero la oscuridad de la venda me obligaba a concentrarme por completo en la sensación de él moviéndose dentro de mí, en los sonidos que hacía mientras se acercaba a su clímax.

—Dustin —gimió, mi nombre como una bendición en sus labios—. Voy a…

Sus palabras se cortaron en un gemido gutural mientras se enterraba hasta el fondo, su cuerpo estremeciéndose contra el mío. Sentí el pulso caliente de su corrida en lo profundo de mí, cada latido de su verga enviando réplicas de placer a través de mi hipersensible cuerpo.

Durante largos momentos, permanecimos inmóviles así, ambos jadeando, su peso como un ancla bienvenida mientras mi cuerpo continuaba temblando con las réplicas. Lenta y cuidadosamente, se estiró y me quitó la venda, dejando que la tenue luz de la habitación volviera a filtrarse.

Parpadeé, mis ojos ajustándose mientras lo miraba. Tenía el rostro sonrojado, el pelo corto húmedo de sudor y sus ojos marrones, oscuros y suaves, se encontraron con los míos. Había algo vulnerable en su expresión, una crudeza que coincidía con lo que sentía en mi propio pecho.

—Hola —dijo en voz baja, inclinándose para rozar mis labios con los suyos.

—Hola a ti —respondí, con la voz ronca de tanto gritar.

Él sonrió, esa sonrisa radiante que me había cautivado desde el primer día, pero ahora había algo diferente en ella, algo más profundo, más íntimo. —Déjame desatarte.

Se retiró de mí con cuidado; ambos siseamos ante la pérdida de conexión. Con manos gentiles, me ayudó a girarme de costado, sus dedos trabajando hábilmente para desatar la cuerda que ataba mis muñecas. Cuando el último nudo cayó, me masajeó los brazos, aliviando el flujo de sangre de vuelta a mis manos. De un movimiento rápido se sentó en el sofá, me envolvió en sus brazos y nos cubrió a ambos con una manta. Allí nos quedamos, en silencio y radiantes mientras él me enredaba los dedos en el pelo.

Fue en ese momento que me di cuenta de que todo era perfecto en mi mundo ahora. Esta era la vida que siempre había querido, y *nada* me la arrebataría jamás.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO: ALEX

Ojalá me hubiera podido quedar en la cama. Dustin estaba tan calentito envuelto en mis brazos y, con mi verga perfectamente acomodada entre sus nalgas, estaba en el paraíso. Pero mi alarma sonó como todos los días. La apagué antes de que lo despertara y lo abracé por unos minutos más, sin querer soltarlo.

Aquí era donde pertenecía. Mi lugar estaba con este hombre hermoso, acurrucado con él en su cama. Pero al final tuve que moverme. Me deslicé fuera de las sábanas y, con cuidado, me desenredé del cuerpo tibio de Dustin. Él se removió un poco y murmuró algo incoherente antes de hundir más la cara en la almohada. Dios, era precioso bajo la tenue luz de la mañana, con el pelo oscuro alborotado por el sueño y su rostro tranquilo de una forma que rara vez tenía cuando estaba despierto.

Me vestí en silencio; me puse los jeans y la camisa de trabajo y me calcé las botas con movimientos ensayados. Tenía los músculos agradablemente adoloridos por las actividades de anoche, un recordatorio que llevaba conmigo mientras me movía por la pequeña casa. En la cocina, puse a andar la cafetera antes de ir al baño a echarme un poco de agua fría en la cara.

El espejo reflejaba a un hombre que a veces apenas reconocía. Estaba satisfecho, era alguien con un propósito. Las ojeras bajo mis ojos, que habían sido un rasgo permanente durante años, se habían atenuado. Me veía… feliz. La idea todavía me sorprendía.

Con el café en la mano, salí al porche y respiré el aire fresco de la mañana. El sol apenas comenzaba a asomarse por el horizonte,

pintando el cielo en tonos de rosa y dorado. Iba a ser otro día caluroso, pero por ahora, el mundo estaba fresco y silencioso.

Algo no andaba bien. Inspeccioné la propiedad y entrecerré los ojos mientras observaba el camino de entrada vacío y el pasto aún cubierto de rocío. Nada parecía fuera de lugar, pero de todos modos se me erizaron los pelos de la nuca. El regalito de Keith de principios de semana todavía estaba fresco en mi mente, haciéndome saltar ante cualquier sombra.

Debería decírselo a Dustin. El pensamiento surgió sin que lo llamara, insistente. Merecía saber qué tipo de peligro podría estar acechando. Pero la idea de ver su rostro cambiar cuando le explicara la obsesión de Keith, la forma en que sus ojos podrían llenarse de preocupación o darse cuenta de que no había sido honesto con él… la idea era abrumadora.

—Solo unos días más —murmuré para mí—. Deja que pase este tiempo con Ali sin preocuparse.

Era una excusa pobre, y lo sabía. Cada día que no se lo decía era otro día que le estaba mintiendo. Otro día que lo estaba poniendo en riesgo.

Terminé mi café y dejé la taza en la barandilla del porche, echando un último vistazo a la tranquila propiedad antes de bajar los escalones. Hablaría con Marcus de nuevo hoy, para ver si habían avistado a Keith o su camioneta y para dar mi declaración. Tal vez ya lo habían sacado del pueblo y yo me estaba preocupando por nada.

La caminata hasta los edificios principales del rancho me dio tiempo para aclarar mi mente, para reprimir la ansiedad que había sido mi compañera constante desde que vi esa camioneta roja. Para cuando llegué a la arena, casi me había convencido de que todo estaría bien.

Casi.

Pero en el momento en que rodeé la parte trasera de la arena, lo vi. Una figura alta se apoyaba contra el edificio; su silueta esbelta fue

reconocible casi de inmediato. Vi ese pelo largo y oscuro recogido y esos fríos ojos verdes mirándome fijamente mientras me detenía. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Hola, cariño —dijo Keith, con una voz que era de todo menos cálida o acogedora—. Te he extrañado.

Se me heló la sangre en las venas. Keith estaba allí parado como si ese fuera su lugar, vestido con ropa cara que de alguna manera parecía encajar perfectamente a pesar del entorno rural. Su sonrisa no le llegaba a los ojos. Nunca lo hacía.

—¿Qué diablos haces aquí? —Mantuve la voz baja, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie más pudiera oírme. Lo último que necesitaba era que alguien nos viera juntos y comenzara a hacer preguntas.

Keith se apartó de la pared con movimientos fluidos y depredadores. —Vaya, esa no es la cálida bienvenida que esperaba después de tanto tiempo separados. —Su acento de Luisiana parecía más marcado de lo que recordaba, deliberado de una manera que solía encantarme pero que ahora me provocaba escalofríos.

—Tienes que irte. —Me mantuve firme, aunque cada instinto me gritaba que corriera, que me alejara de él lo más posible—. No te quiero aquí.

—Qué lástima —respondió, dando un paso más cerca—. Porque me he tomado muchísimas molestias para encontrarte, mi amor. ¿Te gustaron mis regalitos? El pájaro fue un buen detalle, ¿no crees? Como algo simbólico.

Apreté los puños a los costados. —¿Es eso lo que es esto para ti? ¿Una especie de juego?

La sonrisa de Keith se ensanchó, mostrando unos dientes blancos y perfectos. —La vida es un juego, Alex. Y yo siempre gano. —Miró en dirección a la pequeña casa de Dustin—. Es bastante guapo tu abogado. Aunque debo decir que no es para nada lo que esperaba de ti. Un poco… blando, ¿no te parece?

La mención tan casual de Dustin me revolvió el estómago. —Aléjate de él.

—¿O qué? —Keith se acercó más, lo suficiente como para que pudiera oler su colonia, cara y empalagosa—. ¿Vas a contarle a tu amiguito el sheriff sobre mí otra vez? Eso no funcionó muy bien la última vez, ¿verdad?

Luché por mantener mi expresión neutral, no queriendo darle la satisfacción de ver mi miedo. —Marcus ya sabe que estás aquí. Te está vigilando.

Keith se rio, un sonido como de cristales rotos. —La policía de pueblo. ¡Qué pintoresco! —Sus ojos se endurecieron de repente, y toda pretensión de diversión se desvaneció—. Camina conmigo.

—No voy a ir a ningún lado contigo.

Su mano salió disparada y me agarró el antebrazo con una fuerza brutal. —No fue una petición, *Alex* —dijo con un susurro peligroso—. Camina conmigo ahora o le hago una visita a tu bella durmiente en la casa. ¿Sabes?, ¿a esa de la que no le has contado sobre mí? Tú decides.

La amenaza quedó flotando en el aire entre nosotros, y yo sabía que no era en vano. Keith siempre fue capaz de cualquier cosa cuando no se salía con la suya.

—Está bien —cedí, liberando mi brazo de un tirón—. Cinco minutos.

Keith señaló un sendero que se alejaba de los edificios principales hacia el pastizal abierto, donde no nos verían. Caminé con rigidez, muy consciente de que estaba justo detrás de mí, tan cerca que podía oír su respiración. El sol de la mañana se sintió de repente áspero contra mi piel, y me di cuenta de que me temblaban las manos.

—¿Sabes? —dijo Keith en tono de conversación mientras caminábamos—. Debo admitir que estoy impresionado. Lograste llevarme la delantera por tres años. Eso requiere verdadera

dedicación. —Hizo una pausa, y pude sentir sus ojos clavados en mi espalda—. Pero todo lo bueno llega a su fin.

Nos detuvimos cerca de una cerca, lo suficientemente lejos de los edificios como para que nadie nos oyera si yo gritaba. El aislamiento me puso la piel de gallina.

—¿Qué quieres? —Me volví para encararlo, manteniendo la distancia.

La expresión de Keith cambió, volviéndose casi nostálgica. —Quiero lo que siempre he querido, Alex. A ti. En casa conmigo, en Louisiana, donde perteneces. —Su voz adquirió esa cualidad melosa que recordaba de nuestras primeras noches juntos—. La pasábamos bien juntos, tú y yo. Mejor que bien.

—Eso fue hace tres años. Y apenas un puñado de noches. Se acabó.

—¿En serio? —Ladeó la cabeza, estudiándome como si yo fuera un acertijo por resolver—. Porque desde mi punto de vista, sigues huyendo. Sigues escondiéndote de lo que podríamos tener juntos. —Sus ojos se desviaron hacia los edificios del rancho—. Y ahora estás metiendo a un abogado inocente en *tu* problema.

La forma en que dijo *inocente* hizo que se me helara la sangre. —Dustin no tiene nada que ver con esto.

—¿No? —La sonrisa de Keith regresó, afilada y depredadora—. Es una cosita dulce, ¿no? Todo él es ternura y ojos amables. Del tipo que confía fácilmente, que ama profundamente. —Dio un paso más cerca—. Del tipo que se rompe muy fácil cuando descubre que el hombre con el que ha estado compartiendo cama le ha estado mintiendo.

—No he mentido sobre nada importante.

Keith se rio, y el sonido cortó el aire de la mañana. —Ay, cariño. No le has hablado de mí para nada, ¿verdad? Ni de lo que tuvimos, ni de por qué te sigues mudando de un lugar a otro. —Sus ojos brillaron con maliciosa satisfacción—. ¿Qué crees que diría si supiera la verdadera razón por la que viniste a Sagebrush? ¿Que no eres el

vaquero misterioso que él cree que eres, sino solo un niñito asustado que huye de su pasado?

Cada palabra me golpeaba como un puñetazo. —No sabes de lo que hablas.

—¿Ah, no? —Keith me rodeó lentamente, como un depredador midiendo a su presa—. Te conozco, Alex. Mejor de lo que nadie te ha conocido o te conocerá jamás. Sé que debajo de toda esa fachada de vaquero rudo, sigues siendo ese niño asustado al que sus padres echaron de casa por ser diferente. Que sigues buscando a alguien que te ame incondicionalmente. —Se detuvo justo frente a mí—. Yo soy el único que podría hacerlo.

—Estás loco.

—Quizá. —Se encogió de hombros, con un gesto casual y aterrador —. Pero también soy persistente. Y paciente. Y ahora mismo, te estoy ofreciendo una opción.

Apreté la mandíbula. —¿Qué clase de opción?

Los ojos verdes de Keith brillaron de satisfacción, como si hubiera estado esperando este momento. —Simple, en realidad. Vuelves a Louisiana conmigo, por tu propia voluntad, y tu lindo abogaducho podrá seguir viviendo su vida tranquila aquí en el paraíso. No le pasará nada, no se revelarán verdades desagradables. —Su voz bajó a poco más que un susurro—. O sigues jugando a la casita con él, y yo me aseguro de que se entere de para qué clase de hombre ha estado abriendo las piernas.

Se me fue el color de la cara. —No lo harías.

—¿Que no? —Keith sacó su teléfono, deslizando el dedo por lo que parecían fotos. Giró la pantalla hacia mí y se me revolvió el estómago. Eran fotos de Dustin y mías. En el restaurante. Caminando hacia su camioneta. Besándonos en su porche—. Llevo días observándolos, Alex. Conozco sus rutinas, a dónde va, con quién habla. Su exesposa también es muy guapa. Sería una lástima que le pasara algo mientras está de visita.

Me temblaban las manos de rabia y miedo. —Si los tocas…

—¿Harás qué? —La sonrisa de Keith se volvió cruel—. Acéptalo, cariño. Aquí no tienes ningún poder. Yo sí lo tengo. —Guardó el teléfono de nuevo en su bolsillo—. Pero no soy irracional. Te estoy dando una salida que mantiene a todos a salvo.

—¿Y llamas «mantenerlo a salvo» a abandonar al hombre que amo?

Algo oscuro parpadeó en el rostro de Keith. —¿Amor? —Escupió la palabra como si tuviera un sabor asqueroso—. Lo que tienes con él no es amor, Alex. Es miedo. Miedo a estar solo, miedo a enfrentar lo que realmente eres. —Se acercó, su voz se tornó sedosa—. Yo sé lo que necesitas. Siempre lo he sabido. Puede que ese lindo abogaducho crea que te ama, pero no te conoce como yo. No sabe de la oscuridad que hay en ti, del hambre.

—No hay ninguna oscuridad —dije con firmeza, aunque mi voz temblaba—. Dustin ve mi verdadero yo.

Keith se rio, y el sonido resonó en el pastizal vacío. —¿Tu verdadero yo? Cielo, llevas tanto tiempo fingiendo ser otra persona que creo que ya ni siquiera sabes quién eres en realidad. —Su expresión se suavizó en algo que podría haber sido lástima si no estuviera tan retorcida—. Pero yo sí me acuerdo. Recuerdo al hombre que pasó tres días en mi cama, hablando de cosas que harían que tu preciado abogado saliera corriendo y gritando.

El calor me subió a las mejillas, pero me obligué a sostenerle la mirada. —Eso fue distinto. Yo era distinto.

—¿Lo eras? ¿O es que por fin fuiste sincero sobre lo que querías? —Keith estiró la mano como para tocarme la cara, y retrocedí de un tirón. Dejó caer la mano a su costado, sin que su sonrisa vacilara—. Tienes hasta mañana en la noche para decidir. Encuéntrame en el viejo granero abandonado en el lindero norte de la propiedad al atardecer. Ven solo y preparado para irte. —Su mirada se endureció —. O empiezo a hacer llamadas. A Dustin. A su exesposa. Al

periódico local. Tengo toda una historia que contar sobre el misterioso vaquero con un pasado violento.

—No tengo un pasado violento —siseé, y apreté los puños.

—¿Ah, no? —Keith enarcó una ceja con elegancia—. Tengo muchos mensajes de texto tuyos guardados con pruebas que dirían lo contrario. La gente cree lo que quiere creer, Alex. Sobre todo si se trata de forasteros. Solo hace falta un pequeño empujón.

El estómago se me revolvió con náuseas. Esto ya no se trataba solo de mí. Keith amenazaba con destruir todo lo que yo había construido aquí, a todos los que me importaban. La peor parte era saber que podía hacerlo. Keith Bordeaux era el tipo de hombre que podía desplegar su encanto en cualquier momento. Y cuando lo conocí, yo todavía estaba enojado. Recordé lo que había dicho y él tenía razón, era una prueba condenatoria aunque nunca hubiera actuado en consecuencia.

—Estás fanfarroneando —dije, pero mis palabras sonaron huecas incluso para mis propios oídos.

—¿Ah, sí? —Keith metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña caja de terciopelo. La abrió de golpe, revelando un anillo de plata con una piedra negra—. Mandé a hacer esto para ti hace tres años. Lo he andado trayendo desde entonces. —Cerró la caja de golpe y se la guardó de nuevo en el bolsillo—. Yo no fanfarroneo, cariño. No cuando se trata de las cosas que quiero.

De repente, el sol de la mañana se sintió demasiado brillante, demasiado duro. Los pájaros cantaban a lo lejos, ajenos a la pesadilla que se desarrollaba bajo ellos. Pensé en Dustin, que todavía dormía plácidamente en nuestra cama, sin saber que su mundo estaba a punto de hacerse pedazos de una forma u otra.

—Mañana al atardecer —repitió Keith, dándose ya la vuelta para marcharse—. No llegues tarde. Y no intentes ninguna estupidez como decirle a tu amigo el sheriff. Tengo ojos por todas partes en este pueblucho. —Hizo una pausa y miró hacia atrás por encima del

hombro—. Ah, ¿y Alex? No te molestes en empacar mucho. Ya te compré un guardarropa completamente nuevo. Algo más apropiado para un Bordeaux, ya que vas a tomar mi apellido.

Lo vi alejarse, su andar seguro lo llevaba a través del pastizal hacia donde supuse que había estacionado su camioneta. Sentí las piernas como plomo, ancladas al suelo mientras todo el peso de su ultimátum se asentaba sobre mí.

Irme con Keith o ver cómo destruía la vida de Dustin… y posiblemente lo ponía en peligro físico. La elección era imposible, y a la vez, brutalmente simple.

Tenía que proteger a Dustin. Sin importar lo que me costara.

# CAPÍTULO VEINTICINCO:
# DUSTIN

No había sabido nada de Alex en todo el día, lo cual era un poco extraño. Normalmente, nos mensajeábamos casi todo el día. Sus respuestas solían ser esporádicas, tomándose un momento entre trabajos para responder cuando podía. Pero hoy había un silencio total, y supuse que debía de haber sido un día particularmente ajetreado en el rancho.

Así que cuando Ali me escribió y me pidió que nos viéramos para cenar, acepté más que encantado. Le mandé un mensaje rápido a Alex, diciéndole dónde estaríamos y que debía unirse a nosotros en cuanto estuviera libre. Por lo general, lo dejaban salir sobre las cuatro de la tarde, así que tendría tiempo de sobra para asearse y encontrarnos en Dolly's Diner antes de que siquiera hubiéramos pedido.

Pero cuando llegué al restaurante, solo estaba Ali. De hecho, ni siquiera vi la camioneta azul de Alex al salir del rancho. Quizás ya estaba en camino. O al menos eso esperaba. Empezaba a preocuparme un poco.

—Hola —dijo Ali mientras me deslizaba en el asiento frente a ella. Se veía diferente de alguna manera, más relajada de lo que había estado desde su llegada, con el pelo recogido en una cola de caballo informal en lugar de sus habituales ondas perfectas—. Te ves preocupado.

—Solo me pregunto dónde está Alex —admití, revisando mi teléfono de nuevo. Seguía sin responder a ninguno de mis mensajes—. Normalmente ya ha salido del trabajo a estas horas.

La expresión de Ali se suavizó con algo que parecía comprensión. —¿Quizás se le complicó algo? El trabajo del rancho no sigue exactamente un horario de nueve a cinco, ¿verdad?

—Verdad —asentí, aunque el nudo en mi estómago no se aflojó—. ¿Qué tal tu día? ¿Sobreviviste a otra clase de equitación con Caroline?

Un rubor le subió por el cuello a Ali, y de repente se interesó mucho en el menú. —Fue… educativo.

—¿Educativo? —levanté una ceja, reconociendo ese tono. Era el mismo que usaba en la universidad cuando intentaba disimular su interés por alguien—. ¿Qué tipo de educativo?

—Del tipo en que aprendí que tengo un equilibrio terrible y que Caroline tiene las manos muy fuertes —dijo rápidamente, y luego pareció darse cuenta de lo que había insinuado. Su sonrojo se intensificó—. Quiero decir, para atraparme cuando me caía. Varias veces.

No pude evitar sonreír a pesar de mi preocupación por Alex. —Ali Harris, ¿te está empezando a gustar mi amiga vaquera?

—No seas ridículo —protestó, pero la forma en que no podía mirarme a los ojos contaba una historia diferente—. Es solo que… es interesante. Muy diferente a cualquiera que haya conocido.

—¿Diferente cómo?

Ali guardó silencio por un momento, girando distraídamente su vaso de agua. —No le importa ninguna de las cosas que suelen importarle a la gente en mi mundo. Ropa de diseñador, restaurantes caros, qué tipo de auto manejas. Ella simplemente… ve a las personas por lo que son debajo de todo eso. —Me miró entonces, con una expresión

vulnerable—. ¿Cuándo fue la última vez que alguien te miró así, Dustin? ¿Como si fueras suficiente exactamente como eres?

Se me oprimió el pecho. —Hace poco, de hecho.

—Alex —dijo en voz baja, y no fue una pregunta.

—Sí. —Volví a mirar mi teléfono, su silencio se volvía más preocupante a cada minuto—. Me hace sentir como si hubiera estado fingiendo ser otra persona toda mi vida, y él es el primero que ve a mi verdadero yo.

Ali extendió la mano sobre la mesa y cubrió la mía con la suya. —Eso es hermoso. Y aterrador.

—¿Por qué aterrador?

—Porque cuando alguien te ve con tanta claridad, también ve todos tus defectos. Todo tu daño. —Su voz era apenas un susurro—. ¿Y si deciden que no vales la pena?

La cruda honestidad en su voz me hizo apretarle la mano. —Entonces nunca fueron la persona correcta para empezar.

Ella sonrió, pero fue una sonrisa temblorosa. —¿Desde cuándo te volviste tan sabio en el amor?

—No soy sabio en nada —me reí—. Solo he cometido suficientes errores.

—Tú y yo —dijo.

La miré mientras su expresión se ensombrecía. —¿Te refieres a mí? —pregunté, sabiendo ya la respuesta.

Ali suspiró, claramente sin querer responder pero sabiendo que estaba acorralada. —Sí —dijo al fin—. Supongo que sí.

—Entiendo —respondí en voz baja, sabiendo que me lo merecía.

—Estaba tan enojada contigo —agregó, mirando fijamente la mesa —. Durante muchísimo tiempo. Intenté no estarlo, pero no pude evitarlo. —Finalmente levantó la mirada; tenía una expresión triste

en los ojos—. Sentí que no se me *permitía* estar enojada. Si hubieras sido hetero y me hubieras engañado o algo así, habría tenido todo el derecho del mundo a estar furiosa. Pero cuando saliste del clóset… supe que habías estado sufriendo. Te dolió tanto admitírtelo a ti mismo que no quise añadir más dolor a tu sufrimiento. Dejé de lado el mío e intenté apoyarte, intenté ser una buena aliada.

—No tenías que hacer eso…

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. Al principio sí. Pero después de que te mudaste, tuve la libertad de estar molesta, de hablar mal de ti o hacer chistes groseros. ¿Y sabes qué? No me hizo sentir mejor. Porque… bueno, porque todavía te amaba.

Me quedé sentado escuchando y sintiéndome el idiota más grande del planeta. —Lo siento, Ali —dije al fin—. De verdad. Si pudiera volver atrás y cambiarlo… lo haría.

—Sé que lo harías —asintió ella con una sonrisa suave—. Y por eso sigo siendo tu amiga. Todavía nos llevamos bien, solo que no como pareja. —Luego soltó un gran suspiro—. Pero esta tonta fue y cometió el mismo error *otra vez*.

Eso me llamó la atención. Arqueé una ceja. —¿A qué te refieres?

—Nunca te conté por qué rompí con Jason, ¿o sí?

—No —dije, tratando de no mostrar mi creciente curiosidad. Parecía impertinente preguntar.

—Bueno, no estoy muy orgullosa de esto —empezó, soltando las palabras con un suspiro—. Pero una mañana él estaba en la ducha y escuché una notificación extraña de su teléfono. Resulta que no lo tiene bloqueado, y lo revisé. —Cerró los ojos un momento y respiró hondo—. Resultó que estaba en Grindr.

Un jadeo agudo se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

—Sí —asintió—. No solo eso, sino que los mensajes que estaba recibiendo eran de un tipo con el que aparentemente se había *acostado* la tarde anterior sin que yo lo supiera. —Levantó una mano

antes de que pudiera hablar—. Habría estado encantada si me hubiera dicho que era bisexual. Un trío candente con dos tipos suena genial. *Pero…* —añadió con ese tono de enojo que le había escuchado más de una vez—, que me sea infiel no está bien. Y para ser sincera, que intentara ocultarlo me resultó demasiado familiar.

—Lo siento mucho, Ali —dije rápidamente, sintiendo como si de alguna manera fuera mi culpa—. Y para que lo sepas, nunca te engañé. Para nada. El primer hombre con el que he estado fue Alex.

—Lo sé —dijo ella suavemente, estirando la mano por encima de la mesa para apretar la mía—. Nunca pensé que lo hicieras. Eso es lo que lo hace peor con Jason. Él no solo mintió sobre quién era, sino que traicionó *activamente* mi confianza.

Asentí, entendiendo la distinción. Había un mundo de diferencia entre estar aterrorizado de tu propia identidad y engañar deliberadamente a alguien que confiaba en ti.

—Como sea —continuó Ali, agitando la mano con desdén—, no vine aquí para echarte todo mi rollo. Vine a ver si eras feliz, y claramente lo eres. —Sus ojos se suavizaron—. Alex parece maravilloso.

—Lo es —dije, mirando mi teléfono de nuevo. Todavía nada. El nudo en mi estómago se apretó—. Me estoy preocupando, Ali. No es propio de él desaparecer así sin más.

Ali frunció el ceño, estudiándome el rostro. —¿Has llamado al rancho? Quizás todavía está trabajando.

—Podría intentar con Logan —dije, buscando ya en mis contactos—. Él sabría si surgió algo.

Justo cuando estaba a punto de presionar «llamar», la puerta del restaurante se abrió de golpe. Levanté la cabeza de un salto, con la esperanza encendiéndose en mi pecho, pero no era Alex. Era Caroline, su larga trenza oscura se balanceaba mientras recorría el lugar con la mirada. Cuando sus ojos se posaron en nuestra mesa, específicamente en Ali, su rostro se iluminó con una sonrisa que rara vez le había visto en su cara habitualmente seria.

—Vaya, vaya, miren a quién trajo el viento —dijo con tono pausado, acercándose a nuestra mesa. Me saludó con la cabeza, pero sus ojos volvieron rápidamente a Ali—. No esperaba verte por aquí, chica de ciudad. Pensé que estarías tomando un baño caliente después del entrenamiento que te di hoy.

Las mejillas de Ali se sonrojaron. —Soy más fuerte de lo que parezco.

—Claro que lo eres —convino Caroline, con los ojos fijos en Ali de una manera que me hizo sentir como si estuviera interrumpiendo algo privado. Finalmente se volvió hacia mí—. ¿Estás buscando a tu vaquero? Se fue temprano hoy.

Mi corazón dio un vuelco. —¿Se fue? ¿Cuándo?

Caroline se encogió de hombros y se deslizó en el asiento junto a Ali, quien inmediatamente se hizo a un lado para hacerle espacio. —No lo sé exactamente. Logan mencionó que había pedido salir cerca de la hora del almuerzo. Dijo que tenía algo importante que hacer.

—¿Dijo qué? —pregunté, tratando de que la preocupación no se notara en mi voz.

—Nop. —Caroline le hizo una seña a Dolly y pidió un café antes de volverse hacia mí—. ¿Intentaste llamarlo?

—Le mandé mensajes —admití—. Intentaré llamarlo ahora.

Salí del restaurante, el aire cálido de la tarde contra mi piel mientras me llevaba el teléfono a la oreja. Sonó una, dos, tres veces antes de saltar el buzón de voz. La voz de Alex, cálida y familiar, pidiéndome que dejara un mensaje.

—Oye, soy yo —dije después del pitido, tratando de sonar casual a pesar de la preocupación que me carcomía el estómago—. Estoy en Dolly's con Ali y acaba de llegar Caroline. Caroline dijo que te fuiste temprano hoy. Solo me preguntaba dónde estás. Llámame cuando recibas esto, ¿sí? Te amo.

Colgué, mirando fijamente el teléfono como si pudiera obligarlo a sonar. La calle estaba tranquila para ser un jueves por la noche, solo unos pocos lugareños deambulando, dirigiéndose a casa después del trabajo o yendo a cenar. Ni rastro de la camioneta azul de Alex por ningún lado.

Algo no andaba bien. Podía sentirlo hasta en los huesos. Alex nunca tardaba tanto en responder, especialmente cuando teníamos planes. Y, sin duda, no se habría ido del trabajo antes sin decirme por qué.

Regresé al restaurante y me deslicé en la cabina donde Caroline y Ali se reían de algo. Ambas guardaron silencio cuando vieron mi cara.

—¿Buzón de voz? —preguntó Ali con suavidad.

Asentí, pasándome una mano por el pelo. —Algo anda mal. Puedo sentirlo.

La expresión de Caroline se tornó seria. —¿Por qué lo dices? Tal vez se le acabó la batería del celular.

—No —negué con la cabeza firmemente—. Se ha estado portando raro toda la semana. Desde que… —hice una pausa, tratando de recordar—. Desde que cenamos aquí con Ali anoche, ha estado peor. Estaba distraído mientras estuvimos aquí, no dejaba de mirar por la ventana como si esperara algo. Y prácticamente me sacó a rastras de aquí antes de que termináramos de comer.

—¿Pasó algo anoche? —preguntó Ali, su mente de abogada claramente atando cabos.

Recordé nuestra velada, lo tenso que había estado Alex, cómo se había colocado entre la ventana y yo, cómo sus ojos no dejaban de mirar hacia la calle.

—No lo sé —admití—. Pero ha andado raro desde hace un tiempo. Como si estuviera escondiendo algo. Y ahora, simplemente… desapareció.

Caroline frunció el ceño. —Eso no es propio de él.

—Exacto —dije, sintiendo cómo se me apretaba el nudo en el estómago—. Por eso estoy preocupado.

Ali se inclinó hacia adelante, su expresión cambiando a esa intensidad concentrada que recordaba de sus días de abogada. —Dustin, piensa con cuidado. ¿Alex ha mencionado algo sobre su pasado? ¿Alguien que pudiera estar buscándolo?

Abrí la boca para decir que no, pero me detuve. Sí había habido cosas. Pequeños comentarios aquí y allá que yo había ignorado, atribuyéndolos a que Alex era misterioso sobre su estilo de vida errante.

—Una vez mencionó que nunca se queda mucho tiempo en ningún lugar porque no suele tener una razón para hacerlo —dije despacio —. Y cuando nos conocimos, parecía… no sé, como si estuviera huyendo de algo. Pero supuse que solo eran ideas mías.

A Caroline se le tensó la mandíbula. —Mierda.

—¿Qué? —preguntamos Ali y yo al unísono.

—Entraron a robar a su departamento hace unas semanas —dijo Caroline, con voz sombría—. No se llevaron más que un diario, pero le revolvieron todo. Y el sheriff Marcus aumentó las patrullas alrededor del rancho después de eso. Pensé que solo había sido vandalismo, pero ahora…

La sangre se me heló. —¿Crees que alguien lo ha estado siguiendo?

—Creo que tenemos que encontrarlo —dijo Caroline, poniéndose de pie abruptamente—. Ustedes terminen aquí. Voy a revisar su departamento, a ver si regresó por alguna razón.

—Voy contigo —dije, buscando ya mi billetera.

—Yo también —añadió Ali.

Caroline pareció querer discutir, pero una mirada a mi cara debió de convencerla de lo contrario. —Está bien, pero no nos separamos. Si algo anda mal, no tenemos que andar solos por ahí.

Tiramos el dinero sobre la mesa y nos dirigimos a la puerta. El sol comenzaba a ponerse, pintando el cielo con tonos naranjas y rosas que habrían sido hermosos en otras circunstancias. Ahora solo se sentía ominoso, como si el tiempo se estuviera agotando.

Caroline nos guio hasta su camioneta y nos subimos, con Ali en el medio. Mientras manejábamos hacia el departamento de Alex, arriba de la tienda de forrajes, intenté llamarlo de nuevo. Directo al buzón de voz esta vez.

—Su teléfono está apagado ahora —dije, con la voz tensa por la preocupación—. Ni siquiera suena.

—O sin batería —sugirió Ali, pero no sonaba convencida.

El departamento estaba a oscuras cuando llegamos, ni rastro de la camioneta de Alex en el pequeño estacionamiento detrás del edificio. Caroline sacó una llave de repuesto de su bolsillo.

—Logan me la dio cuando Alex se mudó aquí —explicó ante mi mirada interrogante—. En caso de emergencias.

Esto se sentía como una emergencia.

El departamento estaba vacío, pero parecía que Alex había estado allí recientemente. Tenía la cama deshecha, ropa esparcida por el suelo como si se hubiera cambiado de prisa. Pero lo que hizo que se me parara el corazón fue lo que encontré en la pequeña mesa de la cocina.

Una nota, escrita con la letra familiar de Alex.

*Lo siento, Dustin. No me busques. - A*

# CAPÍTULO VEINTISÉIS: DUSTIN

Me temblaban las manos mientras sostenía el papel. —Esto no tiene sentido. ¿Por qué se iría así sin más? Nos dijimos que nos amábamos. Estábamos construyendo algo juntos. —Sentí que se me cortaba la respiración—. Yo… yo estaba seguro de que no se iría.

Ali se acercó a mi lado y tomó con delicadeza la nota de mis dedos temblorosos. La estudió, sus ojos bien entrenados buscando pistas que yo pudiera haber pasado por alto.

—Algo no está bien —dijo en voz baja—. Esto es demasiado abrupto. Demasiado definitivo. —Alzó la vista hacia mí, con una expresión seria—. Esta no es la nota de alguien que dejó de amar, Dustin. Esta es la nota de alguien que siente que no tiene otra opción.

Caroline se apoyó en el mostrador de la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Tengo que estar de acuerdo con la chica de ciudad. Puede que no lo conociera desde hace mucho, pero Alex no es de los que huyen sin una muy buena razón. Y ni de chiste te dejaría en la estacada así. He visto cómo te mira.

Me dejé caer en una silla de la cocina, sintiendo como si el suelo desapareciera bajo mis pies. —Pero ¿qué razón podría tener? Si estaba en problemas, pudo habérmelo dicho. Podríamos haberlo enfrentado juntos.

—A menos que estuviera tratando de protegerte —dijo Ali suavemente, dejando la nota sobre la mesa—. A menos que aquello

de lo que está huyendo sea tan peligroso que prefiriera irse antes que arriesgarse a que salieras herido.

Las palabras quedaron flotando en el aire, cargadas de implicaciones. Mi mente repasó a toda velocidad cada conversación con Alex, buscando pistas que podría haber ignorado.

—Desde hace un tiempo he sentido que oculta algo —respondí con sinceridad, aunque doliera admitirlo—. Pero pensé que me lo diría cuando estuviera listo. No quise forzarlo.

—Parece que alguien más ya lo hizo —dijo Ali, doblando la nota y guardándosela en el bolsillo.

—¿Alguna idea de quién podría ser? —preguntó Caroline.

Negué con la cabeza. No tenía ni idea. Alex había estado ocultando algo, pero lo había mantenido muy bien escondido. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

—El sheriff —dije de repente, levantándome tan rápido que la silla casi se volcó—. Marcus. Pasó a vernos la noche después de que entraron al departamento de Alex para ver cómo seguíamos. Tal vez… Tal vez él sepa algo.

Caroline asintió con gravedad. —Bien pensado. Marcus ha estado echándole un ojo a las cosas por aquí últimamente. Si se ha estado gestando algún problema, él lo sabría.

—Él también sabe lo nuestro —agregué, tratando de tranquilizarme a mí mismo más que nada—. Si sabe algo, creo que nos ayudará.

Cerramos el departamento de Alex y nos subimos de nuevo a la camioneta de Caroline; el silencio pesaba entre nosotros mientras ella manejaba hacia la estación del sheriff. El sol casi había desaparecido tras el horizonte, dejando el cielo de un color púrpura oscuro que hacía juego con el pavor que se instalaba en mi pecho.

La estación del sheriff todavía estaba iluminada cuando llegamos, y pude ver a Marcus a través de la ventana, encorvado sobre unos papeles en su escritorio. Levantó la vista cuando entramos, y su

expresión cambió inmediatamente de cansada a alerta al ver nuestras caras.

—Caroline —dijo, poniéndose de pie. Me miró—. ¿Qué pasa?

—Alex se fue —dije sin preámbulos, con la voz quebrándoseme un poco—. Salió temprano del trabajo hoy y ahora no aparece por ningún lado. Solo dejó esto. —Le hice un gesto con la cabeza a Ali, quien sacó la nota de su bolsillo y se la entregó a Marcus.

El rostro del sheriff se ensombreció mientras la leía, y apretó la mandíbula. —Mierda —masculló, y luego me miró con algo que parecía culpa—. Me temía que esto pudiera pasar.

—¿Qué quieres decir? —exigí, acercándome a su escritorio—. ¿Qué está pasando?

Marcus se pasó una mano por el pelo, de repente luciendo mayor de lo que era. —Alex vino a verme a principios de esta semana. Estaba… asustado. Dijo que alguien de su pasado lo había encontrado, alguien *posiblemente* peligroso.

Se me detuvo el corazón. —¿Quién?

Marcus hizo una larga pausa.

—Dinos, Marcus —dijo Caroline, su tono no dejaba lugar a discusión —. No me importa tu mierda de la confidencialidad. El hombre está claramente en problemas.

Marcus dejó escapar un largo suspiro. —Un exnovio llamado Keith Bordeaux. De Louisiana. —La voz de Marcus era sombría, haciendo que se me revolviera el estómago—. Alex dijo que el tipo lo había estado acosando durante años, siguiéndolo de trabajo en trabajo. Pensó que lo había perdido de vista cuando vino a Sagebrush, pero…

—Pero lo encontró de todos modos —terminó Ali, su mente de abogada ya uniendo las piezas de las implicaciones.

Marcus asintió. —Alex encontró un pájaro muerto en tu porche hace unos días, junto con una postal. Era la tarjeta de presentación de Keith, al parecer. Su forma de decir que estaba vigilando.

La sangre se me fue del rostro al recordar el extraño comportamiento de Alex, cómo había estado nervioso y distraído. —¿Por qué no me lo dijo?

—Estaba tratando de protegerte —dijo Marcus con amabilidad—. Dijo que no podía soportar la idea de arrastrarte a su lío. Le dije que de todos modos debía decírtelo, que mantenerte en la oscuridad era más peligroso que la verdad.

Caroline dio un palmetazo en la pared. —Maldito vaquero terco. Por supuesto que intentaría encargarse de esto solo. *Hombres*.

—Hay más —continuó Marcus, con una expresión cada vez más sombría—. Investigué un poco a Keith Bordeaux después de que Alex vino a verme. El tipo viene de una familia adinerada de Luisiana, de esas de toda la vida, acostumbradas a salirse siempre con la suya. Nunca lo acusaron formalmente de nada, pero ha habido denuncias. Acoso, hostigamiento, intimidación. El tipo de cosas que se barren debajo de la alfombra cuando tienes suficiente dinero e influencia.

Sentí que se me aflojaban las piernas y tuve que agarrarme del borde del escritorio de Marcus para no caerme. —¿Entonces, qué estás diciendo? ¿Que Alex se fue con ese psicópata por su propia voluntad?

—Estoy diciendo que Keith Bordeaux es el tipo de hombre que no acepta un no por respuesta —respondió Marcus con gravedad—. Y si te amenazó a ti o a cualquier otra persona que le importe a Alex, él haría lo que fuera necesario para mantenerlos a salvo. Aunque significara sacrificarse a sí mismo.

Todo me empezó a dar vueltas. Esto no podía estar pasando. No ahora que por fin había encontrado algo real, algo por lo que valía la pena luchar. —Tenemos que encontrarlo.

—Dustin… —empezó a decir Marcus, pero lo interrumpí.

—No. No me importa qué tan peligroso sea ese tal Keith. Alex está por ahí, en alguna parte, muerto de miedo, pensando que tiene que

enfrentar esto solo. —Se me quebró la voz por la emoción—. Lo amo. No voy a dejar que un psicópata rico destruya esto.

Ali dio un paso adelante y me puso una mano en el hombro para darme apoyo. —¿Qué podemos hacer, sheriff? Tiene que haber algo.

Marcus se quedó en silencio un momento, sopesando claramente sus opciones. —He estado tratando de rastrear los movimientos de Keith, pero es cuidadoso. Paga todo en efectivo, usa nombres falsos. La camioneta roja que Alex mencionó haber visto tiene placas de Luisiana, pero es posible que esté ocultando la placa de alguna manera.

—¿Y su familia? —preguntó Caroline—. Si es de una familia adinerada de las de antes, tiene que haber registros, propiedades, algo que podamos usar.

—La familia Bordeaux posee varias propiedades por todo Luisiana y Texas —confirmó Marcus—. Pero eso es mucho terreno que cubrir, y ni siquiera sabemos si es ahí a donde llevaría a Alex.

Me sentí impotente, como si me estuviera ahogando en mi propio pánico. En algún lugar, el hombre que amaba estaba en manos de alguien que lo había estado atormentando durante años. Y yo ni siquiera lo sabía.

—Esperen —dijo Ali de repente, y sus ojos se iluminaron con una idea—. Dustin, dijiste que Alex ha estado actuando raro toda la semana, ¿verdad? Específicamente, ¿desde nuestra cena de anoche?

Asentí, sin saber a dónde quería llegar con eso.

—¿Y si Keith estaba observando entonces? ¿Y si nos vio juntos y decidió actuar? —La voz de Ali se volvió más apremiante—. Piénsalo… Alex no dejaba de mirar por la ventana, se posicionaba entre tú y la calle. Vio algo que lo asustó.

Marcus se enderezó. —Puede que tenga razón. Si Keith fue lo suficientemente audaz como para dejar un pájaro muerto en tu porche, podría haber estado observando desde muy cerca.

—Hay un par de habitaciones en alquiler justo al lado de Dolly's que son de ella —añadió Caroline—. ¿Qué posibilidades hay de que le esté alquilando una a ese tal Keith?

—No está en mi motel —agregó Ali—. Me habría dado cuenta de una camioneta roja.

—No hay otro lugar donde podría estarse quedando —asintió Marcus, agarrando su cinturón con la pistola del escritorio—. Vamos a preguntarle a Dolly.

El trayecto de vuelta a Dolly’s Diner se sintió eterno, aunque solo fueron unos minutos. Mi corazón martilleaba contra mis costillas mientras Caroline estacionaba la camioneta, y salté de la cabina antes de que se detuviera por completo. A través de las ventanas del restaurante, pude ver a Dolly limpiando las mesas, preparándose para cerrar por la noche.

La campanilla tintineó cuando entramos, y Dolly levantó la vista con una sonrisa cansada que se desvaneció rápidamente cuando vio nuestros rostros.

—Vaya, esto parece serio —dijo, dejando el trapo—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Marcus dio un paso al frente, y su placa reflejó la luz. —Dolly, necesito preguntarte sobre tus habitaciones de alquiler. ¿Tienes a alguien alojado allí ahora mismo?

—Solo a uno —asintió, con expresión cada vez más curiosa—. Un caballero muy educado de Luisiana. Pagó la semana en efectivo, no ha dado ningún problema. ¿Por qué? ¿Hizo algo malo?

Se me revolvió el estómago. —¿Cómo es él?

Los ojos de Dolly se movieron entre nosotros, sintiendo claramente la tensión. —Alto, apuesto. Pelo oscuro, ojos verdes. Viste muy bien, habla con ese acento suave del sur. —Hizo una pausa—. Dijo que se llamaba Kevin Smith.

—¿Maneja una camioneta roja? —preguntó Marcus con gravedad.

—Sí… —Dolly ya parecía preocupada.

—Te mintió sobre su nombre —dijo Marcus, llevando la mano a su pistola—. Y tenemos razones para creer que secuestró a Alex Reyes.

Dolly me miró, y su rostro perpetuamente amable se contrajo en algo parecido a la rabia. —Ese desgraciado… —Se dio la vuelta, mirando por la ventana trasera—. Su camioneta todavía está aquí.

—¿Me das las llaves de la habitación? —preguntó Marcus, extendiendo la otra mano—. Voy a ponerle fin a esto.

Dolly no dudó; tomó un juego de llaves de detrás de la caja registradora y las presionó contra la palma de Marcus. —Habitación dos, por detrás. Si ese hijo de puta lastimó a Alex… —Dejó la frase en el aire, pero su intención quedó clara cuando sus uñas acrílicas se clavaron en el mostrador.

—Ustedes quédense aquí —ordenó Marcus, pero yo ya estaba negando con la cabeza.

—Un carajo —dije, siguiéndolo hacia la puerta trasera—. Si Alex está ahí, no voy a esperar afuera.

—Dustin… —empezó Marcus.

—Es mi pareja —lo interrumpí, sorprendido por la firmeza en mi propia voz—. Voy contigo.

Caroline se puso a mi lado. —Todos vamos. Alex es de la familia.

Ali asintió con firmeza. —Y no vine hasta Texas para quedarme de brazos cruzados mientras un psicópata secuestra al novio de mi exesposo.

Marcus pareció querer discutir, pero una mirada a nuestros rostros decididos pareció convencerlo de lo contrario. —Está bien. Pero se quedan detrás de mí, y si les digo que corran, corren. ¿Entendido?

Asentimos y lo seguimos por la puerta trasera hacia el pequeño patio de atrás del restaurante. Las habitaciones de alquiler estaban en un edificio separado, una modesta estructura de dos pisos que había

visto días mejores. La habitación dos estaba en la planta baja y, en efecto, la camioneta roja estaba estacionada justo enfrente.

El corazón me latía tan fuerte que estaba seguro de que todos podían oírlo. En algún lugar, detrás de esa puerta, estaba Alex, y no tenía ni idea del estado en que podría encontrarse. La idea de que Keith lo lastimara hizo que la vista se me nublara de rabia.

Marcus nos hizo una seña para que nos quedáramos atrás mientras se acercaba a la puerta, con el arma desenfundada pero apuntando bajo. Pegó la oreja a la madera, escuchando por si había algún sonido dentro. Después de un momento, nos miró y negó con la cabeza.

—No oigo nada —susurró—. Podría estar vacía, o podrían estar en silencio.

Insertó la llave lo más silenciosamente posible y luego nos miró una vez más. —¿Listos?

Asentí, con la boca demasiado seca para hablar.

Marcus giró la llave y abrió la puerta de un solo movimiento rápido, con el arma en alto. —¡Departamento del Sheriff! ¡Nadie se mueva!

La habitación estaba vacía.

Se me encogió el corazón mientras entrábamos en fila, observando los escasos muebles de motel y las pocas pertenencias esparcidas por ahí. Una maleta de cuero de aspecto caro estaba abierta sobre la cama, llena de ropa que gritaba dinero. En la mesita de noche había un portarretratos de plata con una foto que me heló la sangre.

Era Alex, pero no el Alex que yo conocía. Esta era una versión más joven, tal vez de hace tres o cuatro años, riéndose de algo fuera de cámara. Se veía despreocupado de una forma que nunca le había visto, y era evidente que no sabía que le estaban tomando la foto.

—Dios mío —susurró Caroline, tomando el portarretratos—. Qué enfermo.

Ali examinaba el contenido de la maleta con distanciamiento profesional. —Todo aquí es caro —dijo, levantando con cuidado una camisa de seda—. Marcas de diseñador. Y miren… —Señaló una pequeña caja de terciopelo que había entre la ropa.

Marcus la abrió cuidadosamente con un bolígrafo, revelando un anillo de plata con una piedra negra. —Un anillo de bodas —dijo con gravedad.

Se me revolvió el estómago. Este hombre no solo estaba acosando a Alex, sino que planeaba una vida con él, una vida de la que Alex claramente no quería formar parte.

—Hay algo más —llamó Caroline desde el baño. Corrimos hacia ella y la encontramos señalando un cigarrillo encendido que aún se consumía en un cenicero. La ventana estaba abierta de par en par, y las cortinas se agitaban con la brisa.

—Debió de huir en cuanto nos vio venir…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, un disparo partió el aire. Todos dimos un brinco del susto.

—¡No te muevas, carajo! —oímos gritar a alguien afuera—. ¡O de un tiro te convierto de toro a novillo!

Era Dolly.

# CAPÍTULO VEINTISIETE: ALEX

Ignorar los mensajes de Dustin casi me mata. Cuando empezó a llamarme y a dejarme mensajes de voz, sentí un dolor muy real en el pecho y tuve que apagar el teléfono. Simplemente ya no soportaba presionar el botón de ignorar. Él lo era todo para mí y ahí estaba yo, intentando fingir que no existía.

Se me partió el corazón.

Pero sabía que no tenía otra opción. Y no podía volver, ni siquiera por una noche. Por eso me había ido a mitad del día, dejando solo una pequeña nota, y conseguí una habitación en el pueblito más cercano. Si estuviera cerca de Dustin, en cualquier lugar donde pudiera toparme con alguna de las maravillosas personas de Sagebrush, nunca sería capaz de irme. Y si no me iba, Keith lastimaría a Dustin… o algo peor.

No pegué ojo en toda la noche.

Cuando amaneció, hice todo lo posible por mantenerme ocupado. Tenía que reunirme con Keith hasta el atardecer. Eso significaba que tendría que volver a Sagebrush e incluso pisar de nuevo las tierras del Rancho Baker, pero nadie iba nunca al granero abandonado del norte. Nadie me vería llegar y nadie me vería irme con Keith. Con suerte, algún día encontrarían mi camioneta oxidada estacionada detrás del granero. Incluso así, lo dudaba.

Cuando dejé el motel esa mañana, fui a una cafetería a desayunar. Pero apenas pude pasar el café, y mucho menos la comida. Así que salí a caminar y eso fue lo que hice la mayor parte del día.

Simplemente deambulé por ahí, pensando en todo lo que había hecho mal en mi vida y cómo todo me había llevado a esto. Iba a perder al hombre que amaba más que a nada por culpa de un imbécil rico con mucho ego y un pito chico. Pero si eso mantenía a Dustin a salvo e impedía que se hundiera conmigo, valía la pena. No quería que se viera envuelto en las estupideces que hice cuando era un chico enojado. Él se merecía algo mejor que eso.

Cuando el sol comenzó a descender hacia el horizonte, pintando el cielo de Texas en tonos de naranja y rosa, supe que no podía posponerlo más. Mis manos temblaban mientras me subía a mi camioneta y encendía el motor. El trayecto de vuelta a Sagebrush se sintió como ir a mi propia ejecución.

Las familiares colinas onduladas aparecieron a la vista mientras coronaba la última loma antes del pueblo, y mi pecho se oprimió con una añoranza tan intensa que casi me dobló en dos. Este lugar se había convertido en mi hogar de una manera que ningún otro lo había sido. Esta gente… Logan, Caroline, y especialmente Dustin, se habían convertido en mi familia. Y estaba a punto de perderlo todo.

Tomé los caminos secundarios para evitar atravesar el pueblo, dirigiéndome hacia el granero abandonado del norte, en el extremo más alejado de la propiedad del Rancho Baker. La vieja estructura se asentaba en una hondonada entre dos colinas, oculta de los edificios principales del rancho y olvidada por todos, excepto por el coyote ocasional que buscaba refugio.

Cuando llegué, la camioneta roja de Keith aún no estaba allí. Una parte de mí sintió un destello de esperanza. Quizás no aparecería, o quizás todo esto era un juego retorcido. Pero sabía que no sería así. Él estaría aquí. Siempre cumplía su palabra cuando se trataba de las cosas que quería. Y ese horrible anillo de bodas tenía mi nombre grabado.

Me quedé en mi camioneta por unos minutos, reuniendo el poco valor que me quedaba, y luego me obligué a bajar y caminar hacia el granero. Las viejas bisagras rechinaron cuando abrí la pesada

puerta de madera, y el olor a humedad, a heno y a polvo me golpeó de inmediato.

Se me cortó la respiración cuando mi mirada se posó en la figura que estaba frente a mí. Pero no era la esbelta figura de Keith la que me esperaba en la penumbra que se filtraba por las rendijas de las tablas desgastadas.

Era Dustin.

Estaba de pie en el centro del granero, su cabello oscuro revuelto como si hubiera estado pasándose las manos por él, sus ojos azules ardiendo con una furia que nunca antes le había visto. Todo su cuerpo estaba tenso, enroscado como un resorte a punto de estallar. Me estaba mirando fijamente.

—Hijo de puta —dijo, con la voz áspera por la emoción—. ¿Simplemente ibas a desaparecer? ¿Sin decir una palabra? ¿Sin siquiera darme la oportunidad de…? —Se le quebró la voz, y tuvo que detenerse y tomar una respiración entrecortada—. ¿De luchar por ti? —terminó Dustin, apretando las manos en puños a los costados—. ¿Después de todo lo que hemos pasado?

Me quedé paralizado en la entrada, la conmoción me inmovilizó. Se suponía que esto no debía pasar. Se suponía que Dustin no debía estar aquí. Keith llegaría en cualquier momento, y entonces…

—¿Cómo me encontraste? —logré decir, mi voz apenas audible por encima de los latidos de mi corazón.

—Tu acosador está en la cárcel —dijo Dustin con sequedad—. Dolly lo atrapó intentando escapar por la ventana del baño. Le apuntó con su escopeta antes de que pudiera pestañear.

El mundo se tambaleó bajo mis pies. —¿Qué?

—Keith Bordeaux —escupió Dustin el nombre como si tuviera un sabor asqueroso—. El hombre que te ha estado aterrorizando durante años. El hombre del que no confiaste en mí lo suficiente como para contármelo.

Di un paso hacia él, luego me detuve, temeroso de lo que pudiera ver en sus ojos. —Dustin, estaba tratando de protegerte…

—¡Puras mierdas! —Su voz resonó en el granero vacío, espantando a algunos pájaros de las vigas—. ¡No proteges a alguien mintiéndole, Alex! ¡No proteges a alguien tomando decisiones por él!

—Te amenazó… y a Ali —dije desesperadamente—. Tenía fotos nuestras. Dijo que te lastimaría si no me iba con él.

La expresión de Dustin vaciló; su rostro se suavizó por un instante antes de que la ira regresara. —¿Así que tu solución fue simplemente… qué? ¿Sacrificarte? ¿Desaparecer de mi vida sin siquiera darme la oportunidad de ayudarte?

—¿Y qué habrías podido hacer? —lancé las manos al aire, frustrado —. Keith es peligroso, Dustin. Está obsesionado. Lleva años siguiéndome.

—¡Y yo habría estado a tu lado! —gritó Dustin, acortando la distancia entre nosotros en tres rápidas zancadas. Ya no era el exabogado tímido que yo recordaba. Este hombre estaba lleno de rabia y pasión—. Lo habría enfrentado contigo. Pero no me diste esa opción. ¡Decidiste por los dos, maldito idiota!

Ahora estábamos a centímetros de distancia, tan cerca que podía ver el dolor nadando bajo su ira, la traición que oscurecía sus ojos a un azul tormentoso. Me destrozó por dentro.

—No podía arriesgarte —susurré, con la voz quebrada—. No podría soportar que te pasara algo por mi culpa.

—Esa no era tu decisión —dijo Dustin, bajando la voz para igualar la mía—. No soy algo delicado que necesite protección, Alex. Soy un hombre adulto que se enamoró de ti. ¡Diablos, te llevo al menos siete años! ¡Habría hecho cualquier cosa para mantenerte a salvo!

Las palabras me golpearon como si fueran puñetazos. —Tenía miedo —admití, mientras la verdad por fin salía a la luz—. Estaba aterrorizado de que si te enterabas de lo de Keith, de las cosas

terribles que le dije cuando estábamos juntos… me verías de otra manera. Que ya no me querrías.

La expresión de Dustin se suavizó ligeramente. —¿Qué cosas? —preguntó, su tono aún cortante—. ¿O también me vas a ocultar eso? Dime con qué te amenazó que pudiera ser tan horrible.

Respiré hondo, con lágrimas formándose en las comisuras de mis ojos. Alcé la mano, me quité el sombrero y empecé a girarlo entre mis manos con nerviosismo.

—Cuando Keith y yo empezamos a salir —dije, forzándome a mirar la paja seca y podrida en el suelo del granero—, yo era… joven y estaba *enojado*.

—¿Por qué? —preguntó secamente.

—Porque… —tomé otra bocanada de aire, sabiendo que todos mis secretos personales estaban a punto de ser revelados por fin. Pero debí haberlos compartido hace mucho tiempo—. Porque mis padres me echaron de la casa cuando tenía dieciséis años. Cuando descubrieron que era gay.

Dustin solo suspiró. —Alex…

—No lo entiendes —dije, con las lágrimas ya corriendo por mis mejillas mientras me apartaba de él—. No fue solo que me echaron y me fui a vivir con un amigo o algo así. No tenía *adónde* ir. Dejé la escuela, hacía trabajos esporádicos para sobrevivir… —mi voz se suavizó hasta convertirse en casi un susurro—. Hice… muchas cosas que ningún chico de dieciséis años debería hacer solo para conseguir un aventón. *Cualquier cosa* para alejarme de ellos y de lo que amenazaban con hacerme.

—Alex…

—Esa no es la peor parte —dije, interrumpiéndolo—. La peor parte es que cuando conocí a Keith unos años después, todavía estaba tan resentido y enojado que… que hice muchas amenazas de muerte contra mis padres. —El corazón me martilleaba en los oídos, y

apenas podía respirar—. Él tiene todos los mensajes. Cada una de las odiosas palabras que he dicho. Y si usa su influencia para hacerlos públicos… nadie volvería a confiar en mí. Ni siquiera… ni siquiera *tú*.

La expresión de Dustin cambió, la ira dio paso a algo más profundo, más dolido. Se acercó y su mano se extendió para girar suavemente mi rostro hacia el suyo.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —preguntó, su voz baja y herida—. ¿Que te abandonaría porque estabas herido y enojado cuando eras un adolescente? ¿Que te juzgaría por sobrevivir a algo que ningún niño debería tener que enfrentar?

No pude mirarlo a los ojos, la vergüenza me quemaba por dentro. —Las cosas que dije, Dustin… fueron viles. Violentas. Fantaseaba con hacerles daño, con hacerles sufrir como ellos me hicieron sufrir a mí.

—¿Pero alguna vez actuaste? —su pregunta fue suave pero directa.

—No —susurré—. Nunca. Solo… dije cosas. Cosas terribles.

—Porque eras un niño que había sido traicionado por las personas que se suponía debían amarte incondicionalmente. —La mano de Dustin se movió para acunar mi mejilla, obligándome a mirarlo—. ¿Crees que no entiendo la rabia? ¿Crees que nunca he tenido pensamientos oscuros?

Una risa amarga se me escapó. —¿Tú? ¿El señor abogado corporativo con la vida perfecta?

Sus ojos brillaron. —¿Perfecta? Viví una mentira durante treinta años, Alex. Me casé con mi mejor amiga sabiendo que algo andaba mal, que le estaba mintiendo a ella y a mí mismo cada día. ¿No crees que tuve momentos de desesperación? ¿De furia? ¿De querer quemarlo todo a mi alrededor?

Lo miré fijamente, viendo algo que nunca antes había reconocido del todo: la profundidad de su propio dolor, cuidadosamente enmascarado bajo su comportamiento tranquilo.

—La diferencia es —continuó— que yo tuve el privilegio de esconderme. Tú no. A ti te forzaron a sobrevivir antes de ser siquiera un adulto. Te viste obligado a hacer cosas que *nadie* debería tener que hacer.

Sentí que las piernas me flaqueaban y me dejé caer sobre una paca de heno; el sombrero se me cayó de los dedos temblorosos. —Estaba tan seguro de que me odiarías si lo supieras. O que me verías como lo que soy… *mercancía dañada*.

Dustin se arrodilló frente a mí y me tomó ambas manos entre las suyas. —Alex Reyes, jamás podría odiarte. Y menos por haber sobrevivido. Y no creo que seas mercancía dañada. —Su agarre se hizo más fuerte—. Pero estoy furioso de que no confiaras en mí lo suficiente como para contármelo; de que ibas a tirar por la borda todo lo que tenemos porque tenías demasiado miedo de ser honesto conmigo.

—Intentaba protegerte —repetí, y las palabras sonaron huecas hasta para mis propios oídos.

—No —dijo Dustin con firmeza—. Te estabas protegiendo a ti mismo de tener que ser vulnerable. De tener que confiar en que yo amaría todo de ti, incluso las partes de las que te avergüenzas.

La verdad de sus palabras me golpeó como un puñetazo. Había pasado tanto tiempo huyendo, tanto tiempo escondiendo pedazos de mí mismo, que nunca aprendí a dejar que me vieran por completo. Incluso con Dustin, que se había abierto a mí de una manera tan total, le había ocultado los rincones más oscuros de mi corazón.

—Lo siento —susurré. Las palabras eran insuficientes para el dolor que había causado—. Tenía tanto miedo…

No dijo nada. En lugar de eso, Dustin simplemente me atrajo a sus brazos, meciéndome mientras las lágrimas seguían corriendo. Sus manos me sujetaban con fuerza, y su solidez me aseguró que no se iría a ninguna parte, que me amaba y que… estaba en casa.

—Sé que tenías miedo —murmuró contra mi pelo, con la voz cargada de emoción—. Pero ya no tienes que tener miedo. Keith no puede hacernos daño. No puede hacerte daño.

Me aparté un poco para mirarlo, buscando en su rostro cualquier señal de duda o asco. En cambio, solo encontré amor y determinación, la misma expresión que tenía cuando me dijo por primera vez que me amaba.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, con la voz rota de tanto llorar—. Con Keith, quiero decir. ¿Pueden acusarlo de algo?

La mandíbula de Dustin se tensó. —Marcus dijo que lo detuvieron por acoso, hostigamiento y allanamiento de morada. Al parecer, se estaba quedando en una de las habitaciones de alquiler de Dolly, observándonos. Cuando fuimos a buscarte, intentó huir y Dolly… bueno, digamos que no es alguien con quien quieras meterte cuando está protegiendo a los suyos.

A pesar de todo, no pude evitar sonreír ante la imagen de la pequeña Dolly apuntando a Keith con una pistola, con su delantal y sus uñas de acrílico rojas. —¿De verdad lo atrapó?

—Con su escopeta apuntándole justo a las pelotas —confirmó Dustin, con una sombría satisfacción en la voz—. Caroline dijo que nunca había visto a nadie rendirse tan rápido. Resulta que los niños ricos de Louisiana no se toman muy bien la hospitalidad de Texas cuando viene con el cañón de una calibre doce.

—¿Y las pruebas que tenía contra mí?

La expresión de Dustin se suavizó. —Marcus confiscó su teléfono. Los mensajes que tuviera, ahora son pruebas. E incluso si no lo fueran… —Me tomó la cara entre las manos de nuevo—. Alex, eras un niño traumatizado. Cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta. Esas no eran las palabras de una persona peligrosa, eran las palabras de alguien que sufría y no tenía dónde más descargar ese dolor.

Me apoyé en su contacto, permitiéndome por fin creer que tal vez, solo tal vez, esta pesadilla realmente había terminado. —Debí habértelo dicho desde el principio.

—Sí, debiste hacerlo —convino él, pero su tono era amable—. Pero entiendo por qué no lo hiciste. No es fácil confiar cuando la gente te ha fallado antes.

Nos quedamos sentados en el polvoriento granero, abrazados, mientras los últimos rayos de sol se filtraban por las rendijas de las paredes de madera. Podía oír el mugido lejano del ganado y el susurro del viento entre la hierba de afuera. Sonidos normales. Sonidos seguros.

—Dustin —dije finalmente, apartándome para encontrar su mirada —. Necesito que sepas algo. Lo que sentía por Keith… no era amor. Nunca fue amor. Fue desesperación y soledad y confundir la intensidad con una conexión.

—Lo sé —dijo él, simplemente.

—¿Cómo lo sabes?

Una pequeña sonrisa asomó en la comisura de sus labios. —Porque te he visto amar a alguien, Alex. He sido yo quien lo ha recibido. Lo que tú y yo tenemos… no se parece en nada a lo que has descrito con Keith. Aquello era obsesión y manipulación. Esto es… *real*.

Se inclinó hacia delante y me besó suavemente, con los dedos en mi mandíbula. Lo dejé entrar, saboreándolo. Era a él a quien quería, a quien *necesitaba* más que a nada en el mundo.

—Te amo, Alex —dijo Dustin, apartándose al fin.

—Yo también te amo, Dustin —respondí, con los ojos todavía hinchados y las mejillas ardiendo.

Me tomó de la mano y me llevó hacia las puertas del granero. —¿Vendrás a casa conmigo ahora?

Asentí.

—¿Y te quedarás conmigo? —preguntó en un tono más suave—. Me gustaría tenerte… bueno, para *siempre*, si puedo.

El corazón me latía con fuerza en el pecho y no pude evitar la estúpida sonrisa en mi cara. —¿Quieres a este vaquero tonto que ni siquiera terminó la preparatoria?

—Más que a nada —dijo Dustin simplemente.

Sonreí de nuevo, con una sonrisa que sabía que nunca se me borraría del todo. —Soy tuyo, hermoso. Cada parte de mí.

Y lo decía en serio.

# EPÍLOGO: DUSTIN

El verano había llegado y se había ido, llevándose consigo los días sofocantes. Ahora las cosas eran un poco más tolerables, y las noches a veces eran francamente frías. Aunque era octubre, los árboles seguían verdes. Nunca me había acostumbrado del todo a eso. Los cambios de estación en Nueva York eran espectaculares, pero Sagebrush siempre permanecía más o menos igual. Supongo que la pradera se ponía un poco más dorada, pero no mucho más.

Pero este otoño era muy diferente a cualquiera que hubiera vivido antes. Esta vez tenía a Alex.

Estaba desparramado sobre nuestra cama esta mañana, todavía profundamente dormido con un brazo sobre los ojos para bloquear la luz del sol. El anillo para el pene de anoche todavía estaba alrededor de la base de su miembro, olvidado en nuestro letargo postsexo. No pude evitar sonreír al verlo, completamente desnudo, completamente mío y completamente en paz de una manera que nunca lo había estado durante esas primeras semanas, cuando la sombra de Keith todavía lo atormentaba.

La terapia había ayudado. El Dr. McGreggor en Amarillo había valido la pena el viaje de una hora en auto dos veces por semana, ayudando a Alex a superar años de trauma que iban mucho más allá del acoso de Keith. Algunos días eran más difíciles que otros, pero Alex estaba aprendiendo a confiar en que el amor no siempre venía con condiciones, que un hogar no tenía por qué ser temporal. También ayudó que Keith ahora tuviera una orden de restricción.

Fui a la cocina sin hacer ruido para preparar café y eché un vistazo al calendario en el refrigerador. Hoy estaba marcado con un círculo rojo: la barbacoa y fogata del Rancho Turner. Beau y Lucas daban la fiesta anual para sus amigos y trabajadores. Pero Caroline había insinuado que esta era especial. Pensaba que podía haber algunos motivos ocultos, aunque yo no estaba seguro de cuáles podrían ser.

La cafetera empezó a gorgotear justo cuando sonó la alarma de Alex en el dormitorio. Lo oí gemir, y luego el suave golpe de sus pies contra el suelo. Un momento después, unos brazos cálidos me rodearon la cintura por detrás, y sentí la presión de su pecho desnudo contra mi espalda.

—Buenos días, hermoso —murmuró contra mi cuello, con la voz todavía ronca por el sueño. Sus labios encontraron ese punto sensible justo debajo de mi oreja, haciéndome estremecer.

—Buenos días a ti también —respondí, recostándome en su calor—. ¿Dormiste bien?

—Como un tronco. —Sus manos se extendieron sobre mi abdomen, sus pulgares trazando círculos perezosos—. Aunque tuve unos sueños muy interesantes sobre ti y esa cuerda otra vez.

El calor se acumuló en mi vientre ante sus palabras, pero me obligué a concentrarme en servir el café en lugar de darme la vuelta y arrastrarlo de vuelta a la cama. —Tenemos esa barbacoa esta noche. Caroline nos despellejará vivos si llegamos tarde.

—Mmm. —Los dientes de Alex rozaron el lóbulo de mi oreja—. ¿A qué hora tenemos que estar allí?

—A las seis. —Le pasé una taza humeante, girándome por fin entre sus brazos. Estaba gloriosamente desnudo, con su pelo corto alborotado y el anillo de plata aún rodeando su pene—. Quizá quieras quitarte eso antes de vestirte.

Alex se miró y se rio entre dientes, quitándose el anillo con cuidado. —No quiero emocionar *demasiado* a los chicos en la fogata. —Me guiñó un ojo.

Lo observé moverse por nuestra diminuta cocina, completamente cómodo en su propia piel de una manera que todavía me dejaba sin aliento. El hombre que había tenido tanto miedo de ser visto, de ser conocido, ahora andaba desnudo preparando el desayuno como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Qué? —preguntó, sorprendiéndome mirándolo fijamente.

—Solo pensaba en lo mucho que ha cambiado todo —dije con sinceridad—. Hace un par de años, era un abogado corporativo miserable en Manhattan, fingiendo ser algo que no era. Y ahora estoy aquí contigo, viviendo en una casita en medio de la nada en Texas. Y nunca he sido más feliz.

La sonrisa de Alex le iluminó todo el rostro, esa sonrisa radiante que todavía hacía que mi corazón diera un vuelco. —¿Qué vueltas da la vida, no? —Cascó unos huevos en un tazón, con movimientos prácticos y eficientes—. Pasé años huyendo, sin quedarme nunca en un lugar el tiempo suficiente para echar raíces. Ahora no me imagino estar en ningún otro sitio.

Bebí un sorbo de mi café, observándolo cocinar. La luz del sol de la mañana incidía en los ángulos de su cara, resaltando la relajación de sus hombros que una vez habían estado perpetuamente tensos. —¿Alguna vez lo extrañas? ¿El vagar?

Hizo una pausa, considerando la pregunta seriamente mientras batía los huevos. —A veces extraño la libertad de aquello. El no saber qué había a la vuelta de la siguiente curva. —Vertió los huevos en la sartén caliente—. Pero no extraño la soledad. El estar constantemente mirando por encima del hombro. —Sus ojos se encontraron con los míos, cálidos y seguros—. Y cambiaría mil caminos abiertos por una sola mañana despertando a tu lado.

Sentí una opresión en el pecho por la emoción. —Cuidado, vaquero. Si sigues hablando así, puede que después de todo no lleguemos a la barbacoa.

Se rio, el sonido llenando nuestra pequeña cocina. —¿Lo prometes?

Después del desayuno, pasamos el día trabajando en la casa. Alex había asumido más responsabilidades en el rancho, ayudando a Logan con el programa de cría, pero todavía tenía los sábados libres. Habíamos caído en una rutina cómoda, trabajando codo a codo, construyendo una vida juntos un pequeño proyecto a la vez. Hasta ahora, habíamos hecho una pequeña ampliación en la casa para expandir, principalmente, el dormitorio. Alex no tenía mucho, pero intentar que dos de nosotros cupiéramos en una casa pequeña, apenas suficiente para uno, era difícil. Además, no me importaba tener espacio extra para más libros. Nuestro próximo proyecto iba a ser agregar una oficina en el otro extremo, para que yo tuviera un lugar donde trabajar. Me imaginé que me lo merecía después de terminar mi primer libro.

Al caer la tarde, ya estábamos bañados y vestidos, listos para ir al rancho de los Turner. Alex se veía especialmente guapo con sus mejores jeans y una camisa de botones azul oscuro que hacía que sus ojos marrones parecieran más profundos. Incluso había lustrado sus botas, una señal inequívoca de que consideraba que era una ocasión especial.

—Qué bien te ves —dije, acomodándole el cuello de la camisa.

—Tú no te quedas atrás. —Me recorrió con la mirada con aprobación —. Aunque ya estoy pensando en quitarte esa ropa más tarde.

Me incliné hacia él, con los labios rozándole la oreja. —Si juegas bien tus cartas, tal vez podamos escaparnos un rato durante la fogata.

Sus ojos se oscurecieron con interés. —¿Ah, sí?

—Mmm —asentí, dándole un beso rápido en los labios antes de apartarme—. Pero primero, tenemos que socializar. Caroline nunca nos dejará en paz si llegamos tarde.

El trayecto hasta el rancho de los Turner fue corto, con el paisaje familiar desfilando por nuestras ventanillas. La mano de Alex descansaba sobre mi muslo, un toque casual que aun así me transmitía calidez. A lo lejos, el humo ascendía en espiral desde las

parrillas de la barbacoa y, al acercarnos, pude ver camionetas y autos estacionados en el campo junto a la casa principal.

—Parece que vino bastante gente —observó Alex mientras nos estacionábamos junto a la camioneta de Caroline. El sol comenzaba a hundirse en el horizonte, pintando el cielo de naranjas y rojos brillantes que hacían resplandecer todo el paisaje.

—¡Dustin! ¡Alex! —La voz de Caroline se oyó por todo el patio mientras bajábamos de la camioneta. Se acercó a nosotros con grandes zancadas, su trenza oscura balanceándose, vestida con unos jeans limpios y una camisa vaquera que distaba mucho de su habitual ropa de trabajo manchada de tierra—. Ya era hora de que aparecieran.

—Llegamos justo a tiempo —protesté, mirando mi reloj.

—Lo que significa que, para los estándares de Caroline, llegan tarde —rio Alex, aceptando el abrazo que ella le dio con un brazo.

—Por supuesto —asintió ella—. Vamos, Beau y Lucas están a punto de hacer un gran anuncio. Han estado actuando muy misteriosos y risueños todo el día.

Mientras seguíamos a Caroline hacia la multitud que se estaba reuniendo, vi a Ali charlando con Jack Turner cerca de las parrillas. Últimamente había estado haciendo viajes más frecuentes a Sagebrush, diciendo que necesitaba un descanso de la vida de la ciudad. El hecho de que esos descansos siempre coincidieran con las competencias de carreras de barriles de Caroline era algo que ninguno de nosotros mencionaba, pero que todos notábamos.

—Miren a quiénes encontré —anunció Caroline al acercarnos, su mano deslizándose con naturalidad alrededor de la cintura de Ali en un gesto que todavía me hacía mirar dos veces.

El rostro de Ali se iluminó al vernos. —¡Dustin! ¡Alex! —Nos abrazó a ambos, la rigidez que había marcado nuestras primeras interacciones había desaparecido por completo—. ¿Cómo va la ampliación de la casa?

—Lento, pero seguro —respondió Alex, con su brazo acomodándose cómodamente sobre mis hombros—. Debería estar terminada antes de que el invierno llegue de verdad.

Jack Turner le dio una palmada en la espalda a Alex. —¡Qué bueno verlos, muchachos! ¡Agarren un plato!

La comida estaba servida en mesas largas. Había falda de res, costillas, ensalada de papa y todos los acompañamientos de una auténtica barbacoa texana. Llenamos nuestros platos y encontramos asientos en una de las mesas de pícnic, uniéndonos a Logan y Dakota, que estaban sentados hombro con hombro.

A medida que el sol descendía, proyectando largas sombras sobre el rancho, Beau y Lucas se dirigieron al centro de la reunión. Beau parecía nervioso, jugueteando con el ala de su sombrero, mientras que Lucas estaba a su lado, irradiando una tranquila confianza.

—¿Me permiten su atención, por favor? —llamó Beau, con su voz resonando por todo el patio. Las conversaciones se acallaron mientras la gente se volvía hacia ellos—. Lucas y yo queríamos agradecerles a todos por venir esta noche.

—La comida gratis siempre atrae a una multitud —gritó alguien, provocando risas.

Beau sonrió, relajándose visiblemente. —Bueno, en realidad tenemos un par de anuncios que hacer. Primero… —miró a Lucas, quien asintió para animarlo—, nos vamos a casar. En la primavera.

Un clamor se elevó de la multitud, seguido de aplausos y silbidos. Caroline soltó un largo suspiro.

—¡Ya era hora, carajo! —dijo.

—Y segundo —dijo Lucas, dando un paso adelante con una amplia sonrisa—, nos complace anunciar que hemos contratado ayuda extra para el rancho. A partir del próximo mes, Diego Martinez se unirá a nosotros como nuestro nuevo gerente del rancho.

Un hombre alto y delgado, de pelo oscuro y cálidos ojos marrones, se adelantó desde el borde de la multitud, levantando la mano en un tímido saludo. Parecía tener unos veinticinco años, con el tipo de sonrisa afable que tranquiliza a la gente de inmediato.

—Diego viene de un rancho cerca de Houston —continuó Beau—. Tiene experiencia con ganado, caballos y casi todo lo que le echemos encima.

—¡Bienvenido a la familia! —gritó Jack, levantando su botella de cerveza a modo de saludo. El sentimiento fue repetido por toda la reunión y vi cómo la cara de Diego se sonrojaba con lo que parecía alivio y gratitud.

—¡Ahora, a comer! —anunció Lucas, y la multitud comenzó a dispersarse de nuevo hacia las mesas de comida y las conversaciones.

Alex me apretó el hombro. —¿Crees que encajará?

Observé a Diego mientras Logan y Dakota lo rodeaban de inmediato, sin duda poniéndolo al tanto de la situación. —Parece bastante simpático. Y si Beau y Lucas lo contrataron, debe de ser bueno en lo que hace.

A medida que caía la noche y el sol finalmente desaparecía tras las colinas, alguien encendió la enorme fogata que habían preparado en el campo detrás de la casa. Las llamas se alzaron hacia el cielo que oscurecía, proyectando sombras danzantes en los rostros de todos los reunidos a su alrededor. Alguien había sacado una guitarra y el suave rasgueo de canciones country conocidas flotaba en el cálido aire nocturno.

Terminé sentado en una paca de heno, con Alex pegado a mi costado y su mano descansando despreocupadamente sobre mi muslo. La simple intimidad del momento, la forma en que podíamos simplemente existir juntos en este lugar, rodeados de personas que se habían convertido en nuestra familia elegida, me llenó de una plenitud que nunca supe que fuera posible.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —murmuró Alex contra mi oído, su aliento cálido y prometedor.

Eché un vistazo a la reunión. La mayoría de la gente estaba concentrada en la fogata o en sus conversaciones, y la oscuridad más allá de las llamas proporcionaba la cobertura perfecta. —Creo que sí.

Alex se puso de pie y me ofreció la mano con esa sonrisa pícara que tanto me había llegado a gustar. —Vamos. Conozco un lugar.

Nos escabullimos de la fogata y caminamos de la mano por la oscura pradera. Los sonidos de las risas y la música se desvanecieron a nuestras espaldas mientras Alex me guiaba hacia una pequeña loma con vista al rancho. Las estrellas sobre nosotros brillaban en el despejado cielo de Texas, más estrellas de las que había visto en todos mis años en la ciudad.

—Aquí —dijo Alex, deteniéndose junto a un grupo de mezquites que nos protegían de cualquier mirada indiscreta desde la fogata.

Me volví para mirarlo, con el corazón ya acelerado por la anticipación. A la luz de las estrellas, se veía casi etéreo, su rostro suavizado por el deseo y el amor. —¿Estás seguro de que nadie nos verá?

—Totalmente —susurró, atrayéndome hacia él—. Además, te deseo demasiado como para que me importe.

Sus labios encontraron los míos en la oscuridad, hambrientos e insistentes. Su sabor, ahumado por la fogata y dulce por la cerveza que había estado bebiendo, hizo que me diera vueltas la cabeza. Sus manos se deslizaron bajo mi camisa, con las palmas calientes contra mi piel mientras subían por mis costados.

—Dios, he querido tocarte toda la noche —murmuró contra mi boca, mientras sus dedos desabrochaban los botones de mi camisa—. Verte reír, verte a la luz del fuego… no tienes idea de lo que me provocas.

Jadeé cuando su boca se movió hacia mi cuello, sus dientes rozando el punto sensible justo debajo de mi mandíbula. —Creo que tengo una idea —respiré, apretando mis caderas contra las suyas, sintiendo su verga dura contra mi muslo.

El aire nocturno estaba fresco contra mi piel mientras Alex me quitaba la camisa de los hombros, dejándola caer al suelo. Sus manos estaban por todas partes, cartografiando mi cuerpo como si lo estuviera grabando de nuevo en su memoria. Cuando sus pulgares rozaron mis pezones, no pude evitar el gemido que se me escapó.

—Shh —susurró, aunque sus ojos estaban oscuros de excitación ante el sonido—. A menos que quieras que todo el rancho te oiga.

—Entonces deja de hacerme sentir tan bien —lo desafié, mis manos ya trabajando en la hebilla de su cinturón.

Alex soltó una risita, un sonido bajo y peligroso en la oscuridad. —Nunca.

Nos desvestimos con una urgencia experta, la ropa desechada en un montón desordenado sobre la hierba. El aire de la noche me puso la piel de gallina, pero las manos y la boca de Alex ahuyentaron cualquier escalofrío. Me apretó contra uno de los mezquites; la áspera corteza contrastaba bruscamente con la suavidad de sus labios mientras descendían por mi pecho.

—Alex —jadeé cuando se arrodilló ante mí, sus intenciones claras en la mirada hambrienta que me dedicó—. No trajimos nada.

Metió la mano en sus jeans tirados en el suelo y sacó un pequeño sobre de lubricante con una sonrisa triunfante. —Habla por ti, hermoso. Yo vine preparado.

La imagen de él arrodillado allí, bañado por la luz de las estrellas y mirándome con tanto deseo, me dejó sin aliento. Sus manos se aferraron a mis caderas, manteniéndome firme contra el árbol mientras se llevaba mi verga a la boca sin previo aviso. Su calor

húmedo me envolvió, arrancando de mi garganta un grito ahogado que rápidamente amordacé con la mano.

Su lengua hizo magia, arremolinándose alrededor de mi glande antes de metérsela más profundo. Chupó y lamió hasta que no pude evitar los ruidos que escapaban de mis labios. Tenía la mano enredada en su cabello, guiando sus movimientos mientras le follaba la cara. Cristo… nunca me cansaría de esto.

Su lengua se deslizó contra la sensible parte inferior de mi miembro mientras trabajaba, esa sensación familiar que nunca dejaba de volverme loco. Bajé la vista y vi sus ojos marrones mirándome a la luz de las estrellas, llenos de deseo y algo más profundo. Amor. Un amor completo e incondicional que todavía me asombraba cada día.

—Joder, Alex —susurré, tratando de mantener la voz baja a pesar del placer que me recorría.

Murmuró con mi verga en la boca, la vibración enviando chispas por mi espina dorsal. Sus manos agarraron mi trasero, empujándome más profundo en su garganta hasta que sentí que tocaba fondo. El hombre no tenía reflejo nauseoso, algo que descubrí al principio de nuestra relación y por lo que nunca dejé de estar agradecido.

Pero antes de que pudiera perderme demasiado en la sensación, se apartó con un sonido obsceno, dejándome sin aliento y deseando más. —Date la vuelta —ordenó en voz baja, su voz áspera por el deseo.

Obedecí de inmediato y presioné las palmas de mis manos contra la áspera corteza del mezquite. La posición me dejó completamente expuesto a él, vulnerable de la mejor manera posible. Escuché cómo rasgaba el sobre de lubricante y luego sentí los dedos resbaladizos de Alex rodeando mi entrada.

—Eres tan hermoso así —murmuró, depositando suaves besos a lo largo de mi columna mientras introducía un dedo en mi interior—. Abierto para mí bajo las estrellas y rogando por mi verga.

—Joder, sí —asentí sin aliento, empujando hacia atrás contra su mano—. Me entregaré a ti cada vez que me quieras.

—Buen chico —dijo, y pude oír la sonrisa en su voz.

Añadió un segundo dedo, luego un tercero, estirándome con la paciencia y el cuidado que se habían convertido en su sello característico. Incluso cuando estábamos desesperados el uno por el otro como en ese momento, nunca se apresuraba, nunca tomaba más de lo que yo estaba listo para darle. Era una de las mil razones por las que lo amaba.

—Por favor —jadeé cuando sus dedos encontraron mi próstata, enviando una descarga eléctrica por todo mi cuerpo—. Te necesito dentro de mí.

—Lo sé, hermoso —dijo, mientras su mano libre me acariciaba la espalda—. Solo quiero asegurarme de que estés listo.

Sus dedos se retiraron, dejándome vacío y adolorido. Lo oí lubricarse a sí mismo, y luego sentí la punta roma de su verga presionando contra mi entrada. Su piercing del frenillo estaba frío contra mi piel caliente, una tentadora promesa del placer que vendría.

—¿Listo? —preguntó, con la voz tensa por la contención.

—Dios, sí —respiré.

Se introdujo lentamente, centímetro a tortuoso centímetro, hasta que estuvo completamente dentro de mí. Ambos gemimos ante la sensación, el encaje perfecto de nuestros cuerpos. El piercing se arrastraba contra mi próstata, tocando puntos que me hacían ver estrellas más brillantes que las del cielo.

—Muévete —supliqué, con los dedos clavados en la corteza del árbol —. Por favor, Alex.

Comenzó a embestir, lento y profundo al principio, creando un ritmo que me hizo jadear su nombre en el aire de la noche. Sus manos me agarraron las caderas, guiándome hacia atrás para recibir cada estocada. Los sonidos de nuestros cuerpos uniéndose se mezclaron

con los sonidos lejanos de la hoguera, creando nuestra propia sinfonía privada en la oscuridad.

—Más duro —susurré, necesitando más de él, todo de él—. Puedo soportarlo.

El control de Alex se hizo añicos con mis palabras. Sus embestidas se volvieron más enérgicas, más desesperadas, penetrándome con una intensidad que me dejó sin aliento. El piercing golpeaba mi próstata con cada estocada, enviando olas de placer que se estrellaban contra mí y amenazaban con doblar mis rodillas.

—Tan apretado —jadeó contra mi hombro, sus dientes encontraron la unión sensible de mi cuello—. Se siente jodidamente bien tenerte rodeando mi verga.

Una de sus manos soltó mi cadera para envolver mi descuidada verga, masturbándome al ritmo de sus embestidas. La doble sensación era abrumadora, el placer acumulándose en la base de mi columna como un resorte en espiral a punto de saltar.

—Estoy cerca —jadeé, mi voz apenas audible sobre nuestras respiraciones agitadas.

—Vente para mí —ordenó Alex, con la voz ronca por su propio clímax cercano—. Déjame sentirte.

Su pulgar rozó la punta de mi verga justo cuando su piercing tocó mi próstata en el ángulo perfecto, y me rompí. Mi orgasmo me desgarró con una intensidad que me dejó temblando, mi corrida manchando la corteza del árbol mientras me mordía la mano para ahogar mis gritos.

La contracción rítmica de mi cuerpo a su alrededor empujó a Alex al límite. Se enterró profundamente dentro de mí con un gemido ahogado, su cuerpo estremeciéndose contra el mío mientras me llenaba con su calor.

Nos quedamos congelados así por largos momentos, ambos temblando con las réplicas, su pecho presionado contra mi espalda

mientras recuperábamos el aliento. Finalmente, depositó suaves besos a lo largo de mi hombro, tiernos y reverentes.

—Te amo —susurró contra mi piel, las palabras cargadas con toda la emoción que no siempre podía expresar.

—Yo también te amo —respondí, girándome en sus brazos para mirarlo. A la luz de las estrellas, su rostro estaba suavizado por la satisfacción y algo más profundo. Plenitud. Paz.

Nos limpiamos lo mejor que pudimos con los pañuelos que, al parecer, Alex también había pensado en traer, y luego nos vestimos lentamente, robándonos besos entre prendas. Para cuando regresamos a la hoguera, la fiesta seguía en pleno apogeo; nadie parecía haberse dado cuenta de nuestra ausencia.

—Ahí están —dijo Caroline en voz alta cuando nos reunimos con el grupo alrededor del fuego—. Pensé que se habían perdido.

—Solo tomábamos un poco de aire —respondió Alex con naturalidad, acomodándose de nuevo en nuestra paca de paja y atrayéndome hacia su costado.

Ali me miró desde el otro lado del fuego, con una sonrisa socarrona en los labios. Sentí que el calor me subía por el cuello, pero ella solo me guiñó un ojo y volvió a su conversación con Diego, quien ya estaba encajando notablemente bien en el grupo.

A medida que la noche avanzaba y el fuego se consumía, me encontré pensando en lo perfecta que se había vuelto esta vida. El hombre a mi lado, sólido y cálido contra mi costado. Los amigos que se habían convertido en mi familia. La pequeña casa que estábamos haciendo nuestra. Era todo lo que nunca supe que quería hasta que lo encontré.

—¿En qué piensas? —murmuró Alex, sus labios rozando mi oreja.

—Solo pensaba en lo afortunada que soy —le respondí, apoyándome en él para recostar mi cabeza en su hombro—. En que este es *exactamente* el lugar donde debo estar.

Su brazo se apretó a mi alrededor, acercándome más a él. —Ya somos dos, entonces.

Asentí, sabiendo que me decía la verdad. —Te amo, Alex.

—Yo también te amo, hermosa.

# ABOUT THE AUTHOR

## Atreus Rosewood




Atreus Rosewood is a gay romance author living in Michigan with his two boyfriends, two cats, a spoiled dog, and all the beaches he could ask for. He writes constantly to the detriment of all else and that's just the way he likes it. If you happen to find him wandering a beach and mumbling to himself, iced coffee is how you'll lure him back to civilization.

Atreus writes under three separate Pen Names:

--Blake R. Wolfe -- Gay Paranormal Romance

--Atreus Rosewood -- Gay Contemporary Romance

--Eoghan R. Cunningham -- LGBTQ+ Fantasy

Sign up for Atreus's newsletter for exclusive discounts and special editions at www.blakerwolfe.com

Get access to exclusive short stories on Blake’s Patreon!
www.patreon.com/blakerwolfe